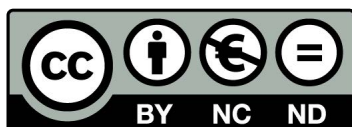


Itinerarios reformistas, perspectivas revolucionarias

MAXIMILIANO FUENTES CODERA
ÁNGEL DUARTE
PATRIZIA DOGLIANI
(eds.)

La versión original y completa de esta obra debe consultarse en:
<https://ifc.dpz.es/publicaciones/ebooks/id/3578>



Esta obra está sujeta a la licencia CC BY-NC-ND 4.0 Internacional de Creative Commons que determina lo siguiente:

- **BY (Reconocimiento):** Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.
- **NC (No comercial):** La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.
- **ND (Sin obras derivadas):** La autorización para explotar la obra no incluye la transformación para crear una obra derivada.

Para ver una copia de esta licencia, visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Itinerarios
reformistas,
perspectivas
revolucionarias

Maximiliano Fuentes Codera,
Ángel Duarte
Patrizia Dogliani
(eds.)

Itinerarios reformistas, perspectivas revolucionarias

Maximiliano Fuentes Codera
Ángel Duarte
Patrizia Dogliani
(editores)



INSTITUCIÓN «FERNANDO EL CATÓLICO» (C.S.I.C.)
Excma. Diputación de Zaragoza
ZARAGOZA, 2016



Proyecto de investigación HAR2012-35322

Publicación número 3.495 de la Institución «Fernando el Católico»,
Organismo autónomo de la Excma. Diputación de Zaragoza
Plaza de España, 2 · 50071 Zaragoza (España)
Tels. [34] 976 28 88 78/79 · Fax [34] 976 28 88 69
ifc@dpz.es
www. ifc.dpz.es



© De los textos, los autores
© De la presente edición, Institución «Fernando el Católico»

ISBN: 978-84-9911-408-8

DEPÓSITO LEGAL: Z 1361-2016

IMPRESIÓN: Cometa, S.A.

IMPRESO EN ESPAÑA. UNIÓN EUROPEA

ÍNDICE

Presentación, por Maximiliano Fuentes Codera, Àngel Duarte y Patrizia Dogliani...	9
---	---

I. De la democracia como revolución

De terrores y arrebatos republicanos. Pere Coromines y Lluís Companys (c.1914-c.1923), por ÀNGEL DUARTE	21
Socialistas a fuer de liberales, revolucionarios por necesidad: Antoni Fabra Ribas y Rafael Campalans, por MAXIMILIANO FUENTES	45
El socialismo elíptico de Luis Araquistáin, por ÁNGELES BARRIO ALONSO.....	65
La defensa de la democracia liberal en unos años difíciles: los casos de Nicolau d'Olwer y Camps i Arboix, por GIOVANNI CATTINI.....	89
Ángel Ossorio en el exilio. Religión, cultura y política entre España y Argentina (1939-1946), por JOSÉ ZANCA.....	107
Pere Català i Pic, catalanista, republicano y antifranquista (1889-1947), por PABLO GIORI	123

II. De firmezas liberales, reacciones conservadoras y tentaciones fascizantes

Entre la reacción y el fascismo: las derechas europeas en la primera mitad del siglo XX, por ISMAEL SAZ	143
Tránsfugas. Itinerarios políticos entre las izquierdas y el fascismo en la Europa de entreguerras, por STEVEN FORTI.....	161
El vencedor vencido. Dionisio Ridruejo en su laberinto, por FRANCISCO MORENTE	175

III. Los desafíos de la política de masas en Italia

Itinerarios políticos italianos entre nacionalismos e internacionalismos, por PATRIZIA DOGLIANI.....	193
Un movimiento internacionalista sin Internacional. Itinerarios de sindicalistas revolucionarios italianos entre Francia y España, por MARCO MASULLI.....	205
Camillo Berneri, un intelectual de frontera. Tres itinerarios de lectura, por CARLO DE MARIA.....	221
Lo nacional y lo popular. La reflexión de Antonio Gramsci sobre la crisis italiana en los años de la guerra civil europea, por GIAIME PALA	237

PRESENTACIÓN

EL 14 de julio de 1931 se reunían por primera vez las Cortes Constituyentes de la Segunda República española. La sesión inaugural solemnizaba el cambio político que acababa de vivirse en las calles, en las urnas y, por lo demás, de manera legal y revolucionaria a un tiempo, en los distintos ámbitos institucionales de ejercicio del poder: desde el municipal al nacional. Agotada la dictadura, el país abandonaba la posibilidad del retorno a la normalidad constitucional liberal y optaba, mayoritariamente, por un cambio de raíz. Era la de 1931 una mudanza que, vista en el contexto europeo del momento, se situaba del lado de las contadas experiencias en las que las tensiones políticas y las quiebras socioeconómicas, tanto las estrictamente coyunturales como las que apuntaban a la condición de estructurales, se intentaban resolver eludiendo las tentaciones dictatoriales y fascistas.

Desde la reivindicación del legado revolucionario liberal y apostando por un ahondamiento de las prácticas democráticas, por una incorporación del pueblo, mediante dichas prácticas, a la toma de decisiones, España se situaba, en esos momentos, a contracorriente. Recordemos que entre 1925 y 1927, con las leyes *fascistísimas*, el régimen encabezado por Benito Mussolini se dotaba de un marco legal que daba por finiquitada la experiencia liberal que había sido indisociable de la forja de la nación. Por esas mismas fechas, en el vecino Portugal la crisis de la I República abría las puertas a un dictadura militar que, al formalizarse en régimen corporativo, dio lugar al Estado Novo. En 1929 la muerte de Gustav Stresemann abría un agitado ciclo de acontecimientos que culminaría con el ascenso del nacionalsocialismo y la liquidación de aquella República de Weimar nacida de una derrota militar a escala continental. Son únicamente tres ejemplos, podrían señalarse otros tantos en la Europa centro oriental, de una deriva que tenía como contraparte, algo más distante en la percepción de los españoles del momento, la consolidación en la Unión Soviética.

.....

tica de una modalidad de poder revolucionario burocratizado que optaba por los planes quinquenales, la deskulakización y, ya en tiempos de la Guerra Civil española, la Gran Purga. En otras palabras: no era quizás, el de 1931, el mejor momento para proceder a una revolución democrática y reformista. Las fuerzas de la reacción antiliberal marcaban el ritmo de la política continental. Incluso en la modélica, para tantos republicanos españoles de generaciones y generaciones, Francia el progreso de la experiencia reformista asociada a la República se veía confrontado con energía por la acción de las ligas nacionalistas y llevado al borde del precipicio un seis de febrero de tres años más tarde.

De lo que estamos hablando, lo reiteramos, es que en la España de 1931 tenía lugar una revolución democratizadora, de raíces liberales, llevada a cabo por gentes diversas. Entre ellas figuraban no pocos liberales y reformistas que en las décadas previas habían participado activamente en la política monárquica junto a otros que llevaban toda su vida combatiéndola. Ese día de julio tomaba la palabra, en primer lugar, un liberal devenido republicano, un hombre de orden reconvertido, transitoriamente, en revolucionario, un ministro de la Monarquía que había pasado a presidir el Gobierno Provisional de la República Española: el cordobés Niceto Alcalá Zamora. De su intervención queríamos reproducir, aquí, en esta nota introductoria un párrafo:

«Para mí, Sres. Diputados, para el Gobierno en su conjunto, la revolución triunfante es la última de nuestras revoluciones políticas que cierra el ciclo de las otras, y la primera, que quisiéramos fuera la única, de las revoluciones sociales que abre paso a la justicia. (Grandes aplausos.) Es decir, que invocando ante el mundo una ley de compensación histórica, habiendo sufrido más que nadie por la libertad política, habiendo luchado por ella siglo y cuarto, con una tenacidad de la que no hay ejemplo en el mundo, habiendo derramado la sangre a torrentes como ningún pueblo lo hiciera, habiendo redimido el nombre de la patria y de la raza, porque después de la tenacidad en la lucha supimos dar el ejemplo de paz y de revolución pacífica más maravilloso que la Humanidad contemplara, la fórmula de compensación a que aspiramos es que, si fuimos los que pagamos más cara la transformación política, seamos los que obtengamos más fácil la transformación social».

Reproducimos de manera algo extensa una voz republicana que, insistimos, había sido liberal. Lo hacemos porque en las frases recogidas se establece una síntesis explicativa de lo que habría sido, para cualquier liberal la historia de España desde los tiempos de las Cortes de Cádiz: una sucesión de batallas orientadas a la conquista de las libertades políticas, a la construcción de una nación de ciudadanos y, a partir de un determinado momento, en pro de la generalización de derechos y deberes en clave democrática. Se trataba de un

liberal que, como otros, se había adjudicado un perfil reformista y había acabado rompiendo con la monarquía al escoger ésta la ruptura con el constitucionalismo. Esa ruptura le condujo, como a otros de su condición, a la coalición con elementos genuinamente revolucionarios.

La acción política de personajes como Alcalá Zamora, como la de aquellos otros que desde procedencias e itinerarios bien distintos se sumaron a la empresa republicana de 1931, se sustentaba sobre un relato que, a grandes trazos, sostenía lo siguiente: España, en liberal, habría sufrido un retraso respecto de las naciones de su entorno. Las resistencias de la reacción, la fuerza de las inercias, cuando no el hecho de que el punto de partida del devenir liberal –las Cortes de Cádiz– hubiese coincidido con la liquidación del papel imperial de España y la ocupación extranjera del solar patrio alimentaron pesimismo y percepciones relacionadas con toda suerte de excepciones, por supuesto negativas, del Ochocientos español. En 1931 ese vacío se habría llenado, el salto hacia adelante habría sido espectacular tanto como por su radicalidad como por su carácter pacífico y unánime.

Era, por eso mismo, un momento de plenitud nacional. Junto al argumento de la radicalidad democrática –la participación inequívoca del pueblo y la ciudadanía– recorre toda la intervención de Alcalá Zamora la insistente caracterización del momento histórico como un momento soberano. La nación se ha expresado. Lo ha hecho desde su autoridad plena, en el interior y en el concierto de las naciones. El tiempo republicano era, pues, tiempo de independencia nacional. Acaso se había llegado tarde a la plenitud de la revolución política pero se habría hecho con tanta fuerza que problemas europeos de fondo, todo aquello a lo que Alcalá Zamora alude con la fórmula «transformación social», podían ser abordados con mayor eficacia y rapidez desde España. En breve, en eso consistía la esperanza republicana: el Estado como instrumento de paz, como marco abierto a la cooperación en un sistema de relaciones internacionales, como elemento eficaz e imprescindible de reformismo laboral y cultural y como instrumento para hacer frente, desde criterios de equidad, a la perentoriedad de la cuestión social obrera y agraria.

El cambio de régimen, o si se prefiere la nueva esperanza abierta en tierras de España, había sido posible, y había hecho posible, una mudanza biográfica. Las trayectorias de tantos y tantos reformistas de finales del siglo XIX y primer tercio del XX se reconstruyeron, en España como en Italia o en Argentina. Hemos recurrido, brevemente y sin atender a sus evoluciones posteriores, a Alcalá Zamora, el primer presidente del ejecutivo republicano y, posteriormente, presidente de la República Española, por tratarse de un personaje cuya

biografía refleja de manera canónica las tensiones del momento y, creemos, la intencionalidad del presente libro.

Este volumen propone un acercamiento, mediante el estudio de un número limitado pero significativo de biografías intelectuales y políticas, al impacto que los proyectos y las prácticas totalitarias tuvieron sobre quienes se habían reclamado herederos y partícipes de las tradiciones emancipadoras del liberalismo democrático y del radicalismo popular. Las recientes aportaciones sobre las culturas políticas y especialmente sobre la potencialidad de las biografías como método de acercamiento a los problemas políticos e intelectuales marcan metodológicamente este volumen¹. El marco cronológico nos lleva de los años previos al estallido de la Primera Guerra Mundial, en el tránsito del liberalismo clásico al liberalismo social, de las viejas modalidades de organización sindical a las prácticas sindicales y políticas de la socialdemocracia, hasta aquellos en los que se abren las puertas a la segunda de las posguerras mundiales. El cuadro cultural de análisis es el español y, por extensión y con voluntad de pensar en términos transnacionales la problemática enunciada, aquel que tiene lugar en marcos estatales estrechamente conectados con el acontecer político y las dinámicas intelectuales de nuestro país, en particular el argentino. Asimismo, como resulta evidente desde el índice del volumen, la perspectiva comparada con el caso italiano sobrevuela el conjunto de la obra; un caso, por otra parte, que ha demostrado numerosas potencialidades para todas y cada una de las biografías.

En el bloque inicial, la obra se aproxima a los itinerarios políticos de republicanos, catalanistas de izquierdas y socialistas. En el primer capítulo Ángel Duarte se ocupa de dos figuras claves del republicanismo catalanista y socialmente avanzado que vinieron a coincidir, aunque en posiciones diversas, en la experiencia de la Cataluña autónoma y la Segunda República. Pere Coromines y Lluís Companys acabaron asumiendo funciones claves, aunque en proporciones evidentemente muy diversas, en unos años en los que su compromiso y sus posicionamientos se explican, a no dudarlo, por la sucesión de impactos previos: los costes (personales y políticos) de su implicación en la cuestión obrera y campesina, las impresiones de todo orden causadas por la sucesión de conflictos internos e internacionales, la nacionalización de las culturas políticas

¹ Véanse en este sentido, entre la amplísima bibliografía, la reciente colección *Historia de las culturas políticas en España y América Latina* editada por Marcial Pons y la Universidad de Zaragoza y dirigida por Manuel Pérez Ledesma e Ismael Saz y así como, para las aproximaciones biográficas, Burdiel, Isabel y Foster, Roy (eds.), *La Historia biográfica en Europa: nuevas perspectivas*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015.

catalanas y su muy diversa actitud vital —empezando por la concepción del papel de la familia— ante el compromiso ciudadano.

La segunda aportación, a cargo de Maximiliano Fuentes, analiza comparativamente las trayectorias biográficas e intelectuales de dos de los principales referentes socialistas catalanes, Antoni Fabra i Ribas y Rafael Campalans. Desde su perspectiva, a pesar de que el debate sobre la relación entre catalanismo y socialismo ha sido ampliamente trabajado y podría llevarnos a suponer que ambos fueron dos personajes enfrentados a lo largo de toda su vida y sin puntos de contacto, resulta necesario situarlos en un marco más amplio, el de la crisis del liberalismo resultante de la Gran Guerra, para observar en ambos la continuidad de una apelación recurrente a un nuevo liberalismo, democrático y radical, que tuvo diversas expresiones en Europa y América después de 1918. Desde este punto de vista, Fuentes también pone el foco en las relaciones entre sus concepciones del liberalismo y el nacionalismo. A pesar de las diferencias conocidas y revisitadas en el capítulo, el sustrato del pensamiento nacional de ambos siempre estuvo en un renovado liberalismo democrático.

A renglón seguido, el objeto de análisis se dirige a una de las figuras intelectuales más potentes del universo socialista español: Luis Araquistain. Ángeles Barrio dedica páginas iluminadoras a las elipsis del intelectual de carácter polémico, del dirigente que puso tanto las omisiones como sus alusiones y diligencias al servicio del combate por la democracia y el socialismo, por la revolución y la reforma. De los diversos Araquistain que emergen a lo largo de un tiempo tan convulso, Barrio dedica la atención, principalmente, al que ejerció de director de *España*, al defensor de la democracia liberal y del socialismo democrático, amenazados ambos en su naturaleza intrínsecamente liberadora, durante los años de la Guerra europea. Los reales y los aparentes mentises con el que vendrá a continuación, el de los tiempos revolucionarios de *Leviatán* y *Claridad*, constituirán las claves para comprender, y descodificar, el último, el del exilio, el de la lúcida mirada sobre la experiencia y la herencia de la República.

Giovanni Cattini nos retorna, en su escrito, al universo catalán y, de nuevo, al ejercicio de análisis en paralelo de dos vidas de demócratas y liberales, de nacionalistas catalanes tendencialmente republicanos que acabarán, en particular en el caso de Lluís Nicolau d'Olwer implicándose en el devenir de las instituciones republicanas más allá del solar, o de los solares, patrios. Tanto en su caso como en el de Joaquim de Camps i Arboix, personajes atentos ambos al dominio de la cultura como al de las grandes problemáticas sociales de su tiempo, la pasión republicana, y nacionalista catalana, se nutría de una inequívoca reivindicación del legado liberal como elemento definidor de las

posibilidades de la democracia, incluso y aun sobre todo, en su poner freno al avance del fascismo y, se intuye, a la tentación totalitaria en sentido lato.

En ese mismo campo político intelectual no faltaron los elementos católicos. Católicos à la *Maritain*, para entendernos. Católicos como Ángel Ossorio y Gallardo que acaso por serlo, y compartir dicha condición con un compromiso inequívoco con la razón democrática, con los ideales liberales, con el hacer frente decididamente a la reacción en todas sus manifestaciones –incluyendo lo que de esto tenía el moderno fascismo–, con la simpatía por los perseguidos, con la conexión amical con los nacionalismos subestatales... fuese toda su vida un francotirador. La significativa, tanto por sus singularidades como por la evolución vivida en relación con la cambiante cronología de asaltos a los procesos democratizadores, personalidad de Ossorio es afrontada, en una pieza que los editores consideramos especialmente relevante para la comprensión de la intención última de este volumen, por el colega argentino José Zanca. Atiende Zanca a la experiencia exílica de Ossorio, a la condición de antifascista entre argentinos y exiliados en una América sometida, desde sus condiciones específicas, a los avatares propios de esa coyuntura de derrota en España y de combate en Europa.

De lo transoceánico volvemos para cerrar el primer bloque a lo más próximo. Pere Català i Pic acaso resulte para alguno de nuestros lectores un personaje algo más ignoto. No obstante, su vida y sus posicionamientos, aquí reconstruidos por el colega de la Universitat de Girona Pablo Giori, nos acerca a una de esas biografías –católico, liberal, republicano, nacionalista catalán, artista y creador, europeísta, hostil al fascismo y por extensión, en los años inmediatos al fin de la Segunda Guerra Mundial, marcado por las prevenciones antisoviéticas– que constituyen la trama última sobre la que se solidifica la existencia de una tradición cultural y política que procura resistir desde las raíces liberales a las tempestades que azotaron las experiencias democráticas de los años de entreguerras.

El segundo bloque del libro propone una aproximación en buena medida alternativa a la del primero. Se centra en las tensiones entre las diversas corrientes de las derechas españolas y europeas –conservadoras, tradicionalistas, reaccionarias, fascistas– y el liberalismo –renovado y no renovado– tras la Primera Guerra Mundial. En este marco general, la primera de las aportaciones, la de Ismael Saz, ofrece una interpretación, no exenta de elementos polémicos, sobre las relaciones e influencias entre las derechas fascistas y los nacionalismos reaccionarios. Como es conocido, a pesar de que eran profundamente antiliberales, sus perspectivas y sus fuentes intelectuales y políticas no fueron

las mismas. Por eso, Saz pretende responder a la pregunta de cómo se produjeron los procesos de «fascistización» llamando la atención sobre la necesidad de analizar los sujetos «fascistizados», y en concreto, lo que sucedió entre los nacionalistas reaccionarios, para comprender cómo éstos pudieron influir sobre amplios sectores de pensamiento fascista europeo y numerosas dictaduras, la franquista entre ellas.

El segundo texto de este bloque, escrito por Steven Forti, plantea un problema relativamente novedoso desde el punto de vista metodológico: el análisis del *transfuguismo* político entre las izquierdas y el fascismo en la Europa posterior a la Gran Guerra. Tras advertirnos sobre una serie de prevenciones metodológicas y poner el acento en la potencialidad del enfoque biográfico y del análisis de los lenguajes políticos, propone un estudio comparado y transnacional de unas trayectorias vitales europeas –entre ellas, las de Nicola Bombacci, Óscar Pérez Solís y Paul Marion– que iluminan una serie de consideraciones sobre la existencia de algunas *pasarelas* entre las izquierdas socialistas y comunistas –aunque no exclusivamente– y el fascismo, entre las cuales destacan el papel de la nación y el antiliberalismo.

Este segundo bloque se cierra con un texto de Francisco Morente dedicado a la figura de Dionisio Ridruejo, una especie de *tránsfuga* que realizó el camino inverso al estudiado mayoritariamente por Forti, con quien Morente comparte la preocupación por los «itinerarios a veces sorprendentes, frecuentemente tortuosos y siempre conflictivos en su interpretación». En el caso de Ridruejo, como es conocido, se trata de una evolución del fascismo hacia un «liberalismo socializante» que tuvo lugar en un contexto marcado por la guerra civil, primero, por el largo devenir de la dictadura franquista, después, y por la propia construcción de los relatos sobre la Transición española, finalmente.

Finalmente, de acuerdo con el enfoque comparativo mencionado antes, el libro presenta un tercer y último bloque dedicado al caso italiano, que, no obstante su especificidad, presenta varios puntos de conexión, en particular en las biografías analizadas por Carlo de Maria y Marco Masulli, con el caso español. Su primer capítulo, escrito por Patrizia Dogliani, analiza, a través de las biografías de dos figuras eminentes del liberalismo italiano, Luigi Einaudi y Gaetano Salvemini, el desarrollo de las mutaciones en las tres principales familias políticas que habían aparecido a finales del siglo XIX: la liberal, la cristiano-social y la socialista. El punto de partida del capítulo se sitúa en los años previos a la Gran Guerra para estudiar cómo las posiciones intervencionistas en el conflicto de ambas figuras acabaron por influir decisivamente –y de maneras diversas– sobre una nueva generación de jóvenes intelectuales de la

cual formaron parte Piero Gobetti, Carlo Levi, Ernesto Rossi, Carlo Rosselli, Umberto Zanotti Bianco y Antonio Gramsci, entre otros.

Tras esta visión panorámica y simultáneamente interpretativa, Marco Masulli analiza en su capítulo las tensiones en el internacionalismo de los grupos sindicalistas revolucionarios italianos. Desde su perspectiva, un estudio de las biografías «menores», inmersas en el sindicalismo revolucionario entendido como una «biografía colectiva», permite observar una realidad que opera en un sentido transnacional y que vincula las diferentes experiencias organizativas y políticas nacionales. Como muestra el texto, este planteamiento se concreta a través de las biografías, marcadas por la constancia del exilio, de Lorenzo Giusti y Alberto Meschi, que permiten observar puntos de contactos entre Italia y España en el período analizado en este libro.

El texto de Carlo de Maria, el tercero de este bloque, presenta elementos en común con el de Masulli. Su capítulo, centrado en la figura del intelectual Camillo Berneri, plantea un análisis entre tres niveles de una trayectoria vital compleja y de una enorme riqueza que tuvo como punto de partida el anarquismo proudhoniano y que estuvo marcada por el antifascismo y una particular presencia del pensamiento liberal. Los tres niveles de análisis, el pensamiento político entre las dos guerras mundiales, la presencia —no exenta de idealización— del exilio y la biografía familiar, conforman una propuesta de interpretación compleja y multicausal para poder enmarcar la trayectoria y el pensamiento de Berneri.

Finalmente, el bloque y el libro se cierran con el capítulo de Giaime Pala, que propone un análisis de las reflexiones de Antonio Gramsci sobre la crisis italiana del período posterior a la Gran Guerra y la llegada al poder del fascismo. Desde el punto de vista del intelectual sardo, marcado por una aproximación histórica que Pala se encarga de destacar, tanto el *Risorgimento* como la experiencia liderada por Mussolini habían sido «revoluciones pasivas» que no habían conseguido hacer desaparecer de los núcleos de poder a los sectores sociales que habían dominado las épocas anteriores.

Este libro es el resultado de un proyecto de investigación titulado “Itinerarios reformistas, perspectivas revolucionarias (1909-1949)” (HAR2012-35322), concedido por el Ministerio de Economía y Competitividad, y en el cual han participado algunos de los autores de sus capítulos. Otros, como Ángeles Barrio, Giovanni Cattini, Ismael Saz, Steven Forti, Francisco Morente, Marco Masulli y Giaime Pala, formaron parte de un congreso que, con el mismo nombre tuvo lugar en la Universitat de Girona en octubre de 2015 y que contó también con la participación de Javier Moreno Luzón, Manuel

Suárez Cortina, Ferran Archilés y Xavier Pla. A todos ellos les agradecemos sus aportaciones que, sin duda, han contribuido a mejorar algunos capítulos de este trabajo. Por último, no queremos dejar de reconocer la ayuda y el estímulo constantes de Anna Maria Garcia Rovira, Pablo Giori, Francesc Montero y Lluís Serrano en todo el proceso que concluye con este libro.

MAXIMILIANO FUENTES CODERA, ÀNGEL DUARTE y PATRIZIA DOGLIANI

*ITINERARIOS REFORMISTAS,
PERSPECTIVAS REVOLUCIONARIAS*



*I. DE LA DEMOCRACIA
COMO REVOLUCIÓN*

DE TERRORES Y ARREBATOS REPUBLICANOS. PERE COROMINES Y LLUÍS COMPANYS (C.1914-C.1923)

ÀNGEL DUARTE
Universitat de Girona

EL propósito de este capítulo es analizar en qué medida el republicanismo catalán se vio alterado en sus expresiones concretas, e incluso trastornado en su naturaleza última, por los impactos de la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa. En España esos efectos se dieron en un contexto de fin de época: las dificultades del régimen liberal para articular ejecutivos estables, la división de la opinión pública en aliadófilos y germanófilos contestando a la neutralidad oficial ante la contienda europea, la intensa agitación obrera y campesina que daría lugar al denominado Trienio Bolchevique, la acumulación de crisis y de actores críticos para con el orden constitucional que tuvo lugar alrededor del año 1917, la beligerancia creciente de los nacionalismos subestatales y, en fin y para cerrar este largo listado, el apoyo de la monarquía, en la persona de Alfonso XIII, a una *solución* dictatorial a tal estado de cosas¹.

En lo que se refiere a Cataluña y a sus culturas republicanas el decorado se completaba con la estabilización, a partir de 1901, de un subsistema de partidos políticos, con la creación de un marco institucional administrativo que desarrollaba lógicas de nacionalización –la *Mancomunitat* (1914)– y con el tránsito registrado en el republicanismo catalán –aunque no en todo él– de la condición provincial a la condición nacional². Los tres rasgos incidían en

¹ Navarra, Andreu, 1914: *aliadófilos y germanófilos en la cultura española*, Madrid, Cátedra, 2014 y Fuentes Codera, Maximiliano, *España en la Primera Guerra Mundial: una movilización cultural*, Madrid, Akal, 2014, prólogo de José Álvarez Junco. En relación al impacto de la revolución véase el breve, e injustamente olvidado, texto de Pérez Baró, Albert, «Sobre la influencia universal de la Revolución Rusa, 1917-1967», *Anuario de la Academia de Doctores del Distrito Universitario de Barcelona*, 1967-1968, separata.

² Duarte, Àngel, *Història del republicanisme a Catalunya*, Vic, Eumo, 2004. En la última década se han producido incontables libros y artículos que se aproximan a las biografías y experiencias republicanas en los ámbitos local y regional. Evitaré las notas dedicadas a dar cuenta de los estados de la cuestión.

la búsqueda de una salida autónoma –regionalizada– a la crisis civilizatoria y a la del Estado que se arrastraba en España y que ahora, de manera virulenta, se desplegaba también en la Europa liberal y burguesa presentada, desde hacía tiempo, como modelo de progreso y cultura.

El modo concreto mediante el cual queremos abordar la problemática anotada consiste en establecer un juego mínimo de premisas y, a continuación, reseguir los compromisos asumidos en la esfera pública por un par de dirigentes catalanes que dieron cuenta, en sus juicios y en su práctica política, de la conmoción aludida. De hecho, enfrentamos una coyuntura en la que acontece un fenómeno de alta significación social: el de la trasmutación de valores. Una trasmutación que modifica el sistema de vida de una sociedad en todas sus ramificaciones. La trasmutación a la que aludimos tiene sus raíces en una situación de grupo «en la que centenares y millares de personas, cada cual a su manera, participa en el derrumbe de la sociedad existente». La historia individual de una vida, la biografía, no basta. No basta pero facilita una puerta de entrada a un tiempo. Lo que procede, en cualquier caso, es «acabar con la ficción de la independencia del individuo frente al grupo con cuyo esquema el individuo piensa y actúa»³. Esa precaución tutela mi aportación centrada en Pere Coromines y Lluís Companys.

EL REPUBLICANISMO Y EL FIN DE UN TIEMPO LIBERAL

El ejercicio propuesto parte de una triple premisa. La primera recuerda que el republicanismo contemporáneo –sería más preciso aludir a su naturaleza plural y escribir *republicanismos*– no había sido, en el siglo previo a la cronología que nos ocupa, ni un cuerpo de ideas y un conjunto de materiales, ni un proyecto político asociado a unas prácticas institucionales y a unas modalidades de acción, ni un movimiento de raíces sociales que puedan ser considerados *inalterables*. Desde sus orígenes había ido mutando para procurar dar respuestas defensivas a los embates de un presente cambiante y, al mismo tiempo, para proceder al diseño de proyectos de futuro. ¿Facilitar instrumentos de resistencia y propuestas de cambio a quién o quiénes? A aquellos grupos sociales que, a su vez, nutrían y trasformaban, mediante su uso, los materiales republicanos: un abanico de sujetos colectivos que incluía núcleos

³ Mannheim, Karl, *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento* [1941], FCE, 2010 ebook, posición pp. 821-824 y 835-836.

significativos del mundo obrero y campesino, de los sectores profesionales, de artesanos y pequeños propietarios, de no pocos hombres de letras y otras tantas mujeres emancipadas y librepensadoras que conquistaban un sitio en la esfera pública e incluso, porque de todo hubo en el campo de la república, de industriales o propietarios rurales no tan pequeños atraídos, debido a causas complejas, por la perspectiva de una democracia republicana como factor de progreso e incluso de negocio.

Desde los márgenes de la vida política oficial, y desde múltiples condiciones, subalternas o no tanto, obreras, pequeñoburguesas o burguesas e incluso tardoaristocráticas, lo republicano constituyó un marco de convivencia y solidaridad –concretado en una urdimbre de corales, centros obreros, redacciones periodísticas, sociedades librepensadoras o logias masónicas– y un lugar desde el que pensar una expectativa de cambio susceptible de aceptar, preservando el principio de propiedad, un cierto número de modificaciones en las bases del orden social. La maleabilidad de la que el republicanismo hacía gala fue clave en su permanencia en el tiempo y en la capacidad de generar, por momentos, percepciones de éxito.

Probablemente dicha plasticidad, confundida en ocasiones con blandura, algo tuvo que ver con la incapacidad para la concreción republicana como modelo de estado. La otra gran razón de su insolvencia, desde antes de la Restauración, sería la eficacia de los instrumentos del Estado en la neutralización de la derecha republicana y de la izquierda democrática y popular. Mediante la combinatoria de estrategias de represión y de cooptación la monarquía anulaba con facilidad el salto de la posibilidad republicana a su encarnación institucional. Incluso a su posibilidad como *momento* liberador. En todo caso, las adaptaciones descritas nunca habían dejado de realizarse, en el último tramo del siglo XIX y aun en los primeros años del XX, dentro de un marco conceptual heredero del liberalismo radical en su variante más igualitaria, en tránsito, en las dos direcciones, entre los ideales de libertad negativa y positiva, y presidido por la compleja construcción de un estado nacional y por los efectos de la industrialización y la urbanización sobre el tejido social.

En la segunda década del siglo XX, lo que se hallaba en un trance crítico era precisamente ese universo en el cual el republicanismo histórico habría obrado con sus éxitos y fracasos. Y ahí radica la segunda de las premisas a las que aludíamos al principio. La civilización europea, hija de la Ilustración y de la confianza en el progreso de la que los republicanos se consideraban los herederos más avanzados y consecuentes, y por ello los escogidos para llevarla

a la plenitud, quebraba inmersa en una guerra civil que oponía a los pueblos del norte contra la raza latina, la mediterraneidad u otras identidades antinómicas que proliferaron en esos años para dar cuenta, al fin y al cabo, de lo que no era más que la expresión más acabada de las brutales contradicciones interimperialistas. La quiebra civilizatoria pudo ser vista como una ventana de oportunidad para un orden social alternativo al sostenido sobre el mercado y la propiedad privada. En medio del marasmo belicista, la revolución soviética generó una oleada de temores en amplios sectores de la sociedad de su tiempo pero también fue un motivo de esperanza entre las izquierdas obreras así como entre la intelectualidad distante del *ethos* burgués. El interés alcanzó al reformismo democrático que, englobado mayoritariamente bajo el marchamo republicano, establecía sus fundamentos doctrinales en la Revolución Francesa. Conceptos claves en las propuestas reformadoras, me refiero concretamente a libertad e igualdad, fraternidad o equidad, laicidad y progreso, se reformulaban y adquirían significados inéditos. Más allá del país de los sóviets, era en el conjunto de Europa donde los aparatos institucionales asumían más amplias y determinantes funciones en la definición de las agendas o en los modos de gestión económica. El papel del Estado y la naturaleza última del mismo era lo que ahora amenazaba con alterarse. En otras palabras, era el marco en que había operado en tanto que cultura de raíces liberales lo que se recompone y obliga al republicanismo a repensarse y revisar su diccionario.

El reformismo demócrata había sido, y seguiría siendo pasada la tentación del momento, una propuesta que arrancaba de y estimulaba, tanto en el discurso como en la práctica política, un interclasismo que se resolvía en la conformación de un pueblo constructor de futuro. El actor colectivo codiciado, cuando no hablamos de la república obrera, era una ciudadanía forjada desde la paridad de derechos políticos y marcada por la supuesta querencia unánime por la equidad. Los acontecimientos vividos a raíz del estallido de la Primera Guerra Mundial, y en particular los habidos en el otoño de 1917, relativizaron el peso de esa propuesta y dotaron de nuevas alas a esquemas binarios de confrontación de clases que otorgaban idealmente el protagonismo en los trabajos emancipadores a un mundo obrero, proletario y jornalero, que se sustraía a las dinámicas cooperativas para abrirse paso de forma autónoma y adversativa entre la maraña del sistema social.

Finalmente, y dado el marco regional/nacional al que nos conducen los dos demócratas por los que hemos optado para proceder al análisis, conviene tener presente, en el ejercicio de fijación del marco, que el republicanismo catalán

transitó, en la consideración de uno de los protagonistas a los que atenderemos en la segunda parte de este texto, Pere Coromines, de la condición de proyecto democrático provincial –de participar, incluso en su variante federal, de un propósito español en tanto que parte del mismo– a la de propuesta nacional –intervención en la vida política del Estado a partir de la premisa de constituir un todo nacional singularizado en el seno del mismo. Esa nacionalización del republicanismo catalán llegaba a su ápex en un tiempo en el cual el principio de las nacionalidades ocupaba, fuese en su variante leninista o en la wilsoniana, un lugar preponderante en los análisis del presente y en los proyectos de futuro, tanto la guerra como la resolución de la misma en los tratados de paz. El horizonte de una Europa renovada desde sus pequeñas naciones figuraba en la agenda del día. Un dato en absoluto marginal en las propuestas republicanas que hacían frente a un tiempo nuevo.

Aquello que acontece en Europa en esa década de 1910 llega a nuestro país e impacta en las culturas políticas que aquí dan forma, y se forman, en las prácticas de acción colectiva orientadas a la emancipación de los cuerpos y las mentes. Acaso España fuese, como se sostenía por entonces, un arrabal de Europa. Pero no era un arrabal amodorrado. Era un suburbio en que los núcleos intelectuales, y crecientes sectores de la opinión pública, se posicionaban a favor de alguno de los bandos presentes en la contienda militar; una periferia en la que el sistema político establecido entre diciembre de 1874 y junio de 1876, y consolidado en noviembre de 1885, entraba en crisis; una barriada periférica en la que con dificultades se había conformado una primera alianza táctica entre republicanos y socialistas –lo que daba paso a la tardía eclosión de la socialdemocracia hispánica– mientras que en ciertas regiones del país las movilizaciones ciudadanas desbordaban, desde hacía casi una década, los cauces de participación, electorales o no, constitucionales; un arrabal, volviendo a la primera de las caracterizaciones, en el que el sindicalismo crecía y tras la fundación de la CNT dejaba en evidencia la existencia de dos polos articuladores de la lucha obrera. En esa geografía política concreta el doble, y catastrófico, impacto de problemáticas continentales acaecía en medio de una agitación política que llegaría a su momento culminante con la denominada crisis de 1917 –recordemos, militar, política y sindical– y con episodios de lucha proletaria sucesivamente enlazados en el denominado Trienio bolchevique o en huelgas generales como la desencadenada en Barcelona a raíz del conflicto de la Canadiense en febrero de 1919.

Lo que ocurre al sur de los Pirineos sintoniza con lo que tiene lugar al norte de la frontera. En 1918 la revolución se halla pendiente de resolución en Ale-

.....

mania mientras que Italia entra en una grave crisis de régimen. A dicha crisis no era ajeno un ciclo de huelgas que también tenía lugar, por esas mismas fechas, en Francia o en el Reino Unido. Las direcciones sindicales circunscribieron las mismas al terreno de la disputa económica, pero por momentos no parecieron del todo ajenas a la práctica de la movilización política. En otras palabras, eran tiempos en los que se abrían como posibilidades reales la recuperación de la estabilidad del sistema, la reforma del mismo o la salida revolucionaria.

Que en Cataluña y en España hubiese más miedo(s) que revolución lo expresó Coromines con aires proféticos de mal agüero. Al fin y al cabo, era, por entonces, un personaje cantor de la austeridad y restantes virtudes pequeñoburguesas, un individuo más dado al uso de la pluma y a la construcción de un corpus literario, ensayístico, narrativo y poético antes que a los gestos dramáticos. No participaba de los temores, o no los quiso ver, en sintonía con buena parte de los cuadros del Partit Republicà Català (1917), Lluís Companys. La persistencia de este en un compromiso partidario republicano solapado con los combates sindicales de 1917 o 1919 y de los años del pistolero le obligaba al optimismo de la voluntad. Uno y otro nos acercan a los estados de ánimo, a las expectativas y a las frustraciones generadas por un ciclo intenso de aceleración del tiempo histórico sobre unos demócratas asentados en un cúmulo de rutinas, tradiciones, dogmas y propósitos inveterados.

De combates políticos y de cultivo de virtudes

Coromines venía de lejos. Nacido en 1870, a la altura de 1914 había dejado atrás su equívoca etapa formativa en el tramo final de la década de 1880 y primeros años 1890. De joven frecuentó ambientes republicanos e iconoclastas, tomó parte en batallas librepensadoras y acabó recalando, temporalmente, en la acracia. Coromines hizo de Barcelona el marco ideal de sus correrías y contactos, con condiscípulos universitarios, republicanos y librepensadores, carreteros ávidos de la buena nueva libertaria o letraheridos modernistas que pululaban alrededor de la revista *L'Avenç*. Por entonces deviene nietzscheano, debelador del humanitarismo cristiano, colaborador en las páginas de la revista sociológica ácrata *Ciència Social* —desde cuyas páginas debate con Miguel de Unamuno sobre la psicología del amor patrio— e introductor del teatro simbolista. El joven Coromines comparte el interés de otros tantos bohemios con conciencia

social por los obreros. En ellos se hallará la anhelada fuerza emancipadora para el conjunto de la humanidad⁴.

El derrotero juvenil de Coromines no era inusual. Como no lo era que de este último episodio se saliera escaldado: sus conferencias en centros anarquistas, en los tiempos de la propaganda por el hecho, le llevaron a los calabozos del castillo de Montjuïc y le implicaron en el proceso que siguió al atentado contra la procesión del Corpus en la barcelonesa calle de Cambios Nuevos. Tras escapar a la suerte que le estaba reservada, en buena medida gracias a una innovadora movilización de intelectuales y políticos en su favor y en pro de la revisión del proceso, y tras una breve estancia en el extranjero y en Madrid, Coromines, por lo demás un universitario exitoso y una pluma eficaz en el combate político, será cooptado por las autoridades locales, y pronto regionales, que con la llegada del siglo XX se habían hecho con el control de municipios de la envergadura de Barcelona y, progresivamente, de las administraciones provinciales. Entre 1904 y 1914, Coromines adquirirá visibilidad como escritor, director de diarios de referencia de la izquierda nacionalista y dirigente de la formación que pretendió fundir las tradiciones republicanas unitaria y federal, las pulsiones nacionalistas y las querencias sociales avanzadas. Me refiero a *El Poble Català* y a la Unió Federal Nacionalista Republicana, a cuyo frente se le sitúa en 1910⁵. ¿Por qué, en abril de 1910, se depositaba en él la responsabilidad de manejar el timón de la izquierda catalanista? Entre otros méritos porque Coromines contaba con algo muy apreciado en el solar del nacionalismo catalán: la aureola de víctima de la arbitrariedad estatal.

Las acomodaciones en lo ideológico, en el tránsito de lo libertario a lo nacionalista y republicano, vinieron acompañadas por una modificación en sus hábitos más personales, en su forma de vida, en su quehacer profesional y en su visión del mundo. Dejar atrás la acracia significa, entre otras cosas, abandonar la condición bohemia. Entrar en el campo de la democracia republicana y

⁴ Coromines, Joan, «Notes biogràfiques i bibliogràfiques sobre Pere Coromines», en *Obres Completes de Pere Coromines [OO.CC.]*, Barcelona, Selecta, 1972, p. 40. Izquierdo, Santiago, *Pere Coromines, 1870-1939*, Catarroja-Barcelona, Afers, 2001. Duarte, Àngel, «Pere Coromines: las primeras fatigas del nacionalismo de izquierdas», en Duarte, Àngel, *Héroes de la nación. Apóstoles de la república*, Barcelona, El Viejo Topo, 2014, pp. 103-148.

⁵ Izquierdo, Santiago, *El republicanisme nacional a Catalunya: la gestació de la Unió Federal Nacionalista Republicana*, Barcelona, Societat Catalana d'Estudis Històrics/Institut d'Estudis Catalans, 2010.

catalanista supone abrazar los usos y costumbres de una clase media que aspira a recomponer los lazos erosionados con la cultura en el sentido más clásico y menos vanguardista del término. La vida austera pasa a ser la palanca que da lugar a una existencia amable, justa, culta y comprometida con el prójimo. Cualidades propias de una existencia que Coromines, como los republicanos de su tiempo, incluidos unos nacionalistas catalanes hostiles a toda expresión de centralismo estatal –para simplificar, lo que se motejaba groseramente de jacobinismo– veían compendiadas en Francia y, más concretamente, en la vida provincial de las medianas ciudades francesas, empezando por las del, por tantas razones próximo, Midi.

La Barcelona en la que Coromines sostenía su perfil republicano difería, en no pocas de sus manifestaciones, de la platónica ciudad republicana. La Solidaridad Catalana, con la dirigencia combinada de nacionalistas y regionalistas y la aquiescencia de su ídolo cuando estudiante, el republicano-filósofo Nicolás Salmerón, elevaba las expectativas de éxito en el republicanismo pequeñoburgués. Tanto como las reducían a la nada la Semana Trágica, con su anticlericalismo alejado del laicismo de suave aroma y de querencias deístas; o cuando se constataba que la clase obrera, venida de otras partes de España u originaria de Cataluña, se mantenía fiel, electoralmente, al liderazgo ejercido por Alejandro Lerroux. Una clase obrera que se orientaba, en muchos casos compatibilizándolo con lo antedicho, al desarrollo de una conciencia y una práctica autónomas que, hundiendo sus raíces en los combates sociales del Ochocientos, se alimentaba de las experiencias de la huelga general de 1902, de la citada semana de 1909 o de la lenta pero irreversible reconstrucción de un espacio sindical autónomo que llevó de la Solidaridad Obrera a los Sindicatos Únicos de la CNT.

En clave republicana, el Coromines de los momentos previos al estallido de la Gran Guerra, es, en tanto que líder de la UFNR, un hombre que constata las dificultades para hacer valer su proyecto de recomposición de la izquierda catalana⁶. El fracaso del encuentro entre nacionalistas republicanos y radicales –el Pacto de San Gervasio– será, en buena medida, un desengaño personal tanto como la evidencia de que en la vida catalana operaban con eficacia registros de identidad nacional que escindían el campo de la democracia. La

⁶ *El Meeting del Tívoli: don Pedro Coromina y don Alejandro Lerroux explican ante 10 mil republicanos la coalición de Defensa Republicana de Cataluña: el meeting termina al grito de Viva Cataluña Republicana, lanzado por Lerroux, Barcelona, Imprenta y Estereotipia Fortuny, 1914.*

atracción de algunos republicanos por la expectativa reformista encabezada por Melquíades Álvarez en todo el territorio español –recordemos el efímero, previo y entusiasta contacto de Companys con el reformismo– se combinaba con la negativa frontal de nacionalistas catalanes conspicuos a colaborar con Lerroux, más que un competidor electoral un genuino enemigo.

El republicanismo del que estamos hablando –el de los años 1910– se ha repensado. Ya no es un proyecto anclado en el siglo XIX. Y, sin embargo, no acaba de cuajar. Es más, presenta alarmantes síntomas de agotamiento y da lugar a lo que nuestros intransigentes del gorro frigio designaban como *apostasías*⁷. Coromines da cuenta de esta circunstancia y añade un argumento explicativo nada desdeñable. El dinamismo conflictual –político y social– de la vida española reduce el espacio operativo del ideal republicano. Por lo demás, ese ideal es mortecino: los republicanos se muestran incapaces para hacerse, después de décadas de estar instalados cómodamente en el terreno del ideal –es decir, alejados de la política práctica, reclusos en el espacio adversativo de la oposición y en las lindes exteriores del terreno oficial–, con el interés de las jóvenes generaciones intelectuales. En las universidades, y por extensión en el grueso de la juventud, las ilusiones republicanas han sido sustituidas –y la gran paradoja es que de ello serían culpables no pocas empresas intelectuales de raíz liberal reformista y caracterizadas grosso modo como republicanas– por la actividad científica, por el estudio y el saber desprovisto de alma democrática radical:

«Els joves d'avui tenen una excel·lent preparació i es donen a l'estudi amb un coneixement fòmidable de les llengües clàssiques, o amb la perfecta intel·ligència dels tres parlars moderns que són vehicles universals de civilització. Molts d'ells han estat a França, a Anglaterra, a Alemanya, i tornaren amb un sentiment pregon de les realitats de la ciència, amb una irresistible vocació de les accions immediates. Si els parles de la República aviat se cansen de la teva conversa, com si s'enyoressin en el teu divagar».

El republicano que acumula batallas desde finales del XIX padece, antes de 1914 y caso de no orientar su acción pública al mundo obrero, una suerte de prematuro envejecimiento que le conduce a la soledad. Creen, algunos de ellos, que el tiempo de la ciencia ha venido a sustituir al tiempo de la política. Y, no obstante, se resisten. Los terrenos en los que, al margen de las labores

⁷ *Apostasía* es el encabezamiento elegido por Pere Coromines para la primera de las cartas incluidas en *Cartes d'un visionari*, OCCC, pp. 952-955.

orgánicas, han desplegado sus energías han tenido que ver con una acción política en la que resultaban claves la movilización electoral, la articulación de sociabilidades que emparentaban, renovándolo, con el asociacionismo ensayado en las décadas finiseculares, la centralidad de los proyectos educativos, el combate —en su caso no exento de finura y respeto para con los creyentes— contra el clericalismo y una creciente atención —que en el caso de nuestro héroe se encuentra en el arranque de sus trayectorias públicas— por la cuestión social entendida, en sentido estricto, como cuestión obrera. Ahora no se siente tentado, como mínimo a la altura de 1913, por la posibilidad de la apostasía. Por razones idiosincrásicas:

«...el cor no se me'n va cap a la Monarquia, i en el restar fidel a les prèdiques de visionari, hi trobo un suau consol. Les meves idees cavalleresques sobre l'honor i la virtut es ressentirien del mancament que fes a les austeritats republicanes. (...)»⁸.

Coromines no faltará a la austeridad republicana, pero el republicanismo está en crisis. En 1914 la UFNR quedaba desacreditada como alternativa política y como espacio para la convergencia del catalanismo de izquierdas. El fracaso convenció a Coromines de sus limitaciones para el liderazgo. La autoevaluación de sus capacidades le llevó, dos años más tarde, en 1916 y en plena guerra mundial, a retirarse de la esfera de la política. Empezaba a ser un hombre de otra época. En lo político, claro está. Porque en lo profesional fueron años de esplendor, como jurista y como economista, como financiero y, también, como conferenciante y escritor. A partir de 1920, además, pasará a colaborar estrechamente con el financiero reusense Eduard Recasens i Mercader en la fundación y desarrollo del Banco de Cataluña⁹. Sería el consejero secretario de la entidad. Hacer banca era, también, hacer patria.

Company's ni se siente viejo ni presenta síntomas de fatiga¹⁰. Ni en 1914 ni en 1920. Por el contrario, en la primera de las fechas se embarca en la enésima aventura organizativa. No quiere saber nada de desvanecimientos o de

⁸ OO.CC., p. 955. *Diari i records de Pere Coromines*, vol. 2, edición de Max Cahner y Joan Coromines, Barcelona, Curial, 1974-1975, p. 264.

⁹ Ribas, Frederic, «Pere Coromines: el Francesc Cabana del Banc de Catalunya», *Revista de Catalunya*, núm. 154, IX.2000, pp. 40-49. Lluch, Ernest, «La Banca a Catalunya i el Banc de Catalunya», Reus, Centre de Lectura, 1998, transcripción conferencia. Recasens i Mercadé, Eduard, *Petites notes sobre la Banca en el present i en l'avenir: conferència...*, op. cit., Barcelona, Impr. Elzevieriana, 1918.

¹⁰ Casassas, Jordi (coord.), *Lluís Company's i la seva època*, Barcelona, Pòrtic, 2002. Duarte, Àngel, «Lluís Company's: a la redención por el martirio», en *Héroes...*, op. cit., pp. 197-240.

«*idees cavalleresques*». Companys no había nacido en Barcelona sino, en 1886, en un municipio leridano y en el seno de una familia de propietarios rurales. No obstante, como Coromines, se hace, como hombre político, en la capital catalana a donde llega con nueve años. El internado en que pasa los días acoge a algunas de las personalidades más relevantes de la vida cultural y social de los años 1920 y 1930. Companys, a diferencia de los jóvenes catalanistas de su tiempo, es un pésimo estudiante. Sólo alcanza el título de abogado en agosto de 1916. Lo que le seduce es el combate que se desarrolla en las calles, en los casinos, en las redacciones periodísticas y en los cafés. Las confrontaciones entre estudiantes católicos y liberales enmarcan la fundación de una Asociación Escolar Republicana de la que se convierte en referente y en la que traba nuevas amistades. En la agenda del estudiante politizado se privilegia una nada desdeñable predisposición a la vida bohemia, a la defensa del darwinismo y a la arremetida contra los católicos. De todas las amistades de esos años la que le marcará más decisivamente será la personificación más acabada de la abogacía laboralista en los tiempos del pistolero sindical, su paisano de las comarcas leridanas, Francesc Layret. Con él, y con muchos otros, se encuentra en los modestos locales del Ateneo Enciclopédico Popular, una entidad creada al calor del fracaso de la huelga general revolucionaria de 1902.

En la década de 1910, Companys está siguiendo el *cursus honorum* republicano. El compromiso con los partidos que defienden el ideal de libertad, igualdad y fraternidad es constante aunque errático. El Bloc Republicà Autonomista, producto de la descomposición de la UFNR tras el fallido Pacto de San Gervasio, el Partido Reformista o el Partit Republicà Català, plataforma creada entre el otoño de 1916 y la primavera de 1917, verán pasar a Companys por sus filas y por sus órganos de dirección. Su labor como abogado laboralista en el Sindicato Único se compagina con la actividad periodística. En 1912 es redactor de *La Barricada*, el semanario del BRA. También colabora en *El Diluvio*, paradigma del periodismo popular. Algo más tarde se incorpora a la redacción del más respetable e influyente diario *La Publicidad*. Fundado en los tiempos dorados de la Restauración como portavoz en Cataluña de Emilio Castelar, este diario será recordado, años más tarde, por ser el órgano de expresión de los jóvenes disidentes de la Lliga agrupados, desde 1922, en las sucesivas Acciones Catalanas. Pero todavía no es eso, todavía no ha catalanizado su cabecera cuando nuestro protagonista entra en la empresa. De hecho, Companys se integra porque durante un breve lapso Eusebio Corominas, el hombre fuerte de *La Publicidad*, la pone al servicio del reformismo de Melquíades Álvarez. Companys se siente atraído por la propuesta que lidera Álvarez. La reforma

social y, en particular, la democracia liberal parlamentaria, expresada a través de un sufragio redimido de los lastres del caciquismo y de la intervención del Ministerio de la Gobernación, pasan por delante de la apuesta institucional republicana. Companys no duda, por unos meses en defender la posición *accidentalista*. Incluso frente a antiguos y fieles camaradas como Layret.

Las diferencias no durarán mucho. La inconsistencia del reformismo catalán lleva a Companys a sufrir una dura derrota en las elecciones municipales de 1913. La crisis del reformismo se acelera en los dos años siguientes y nuestro héroe, como haría Manuel Azaña en Madrid, rompe con Álvarez al acercarse éste, desde 1915, al Partido Liberal. Tras su salida del reformismo, Companys se refugia en una de las múltiples entidades que componían la trama local y comarcal del republicanismo catalán: la Juventud Republicana de Lérida. Es en esos cenáculos donde la república resiste, como ideal y como esperanza, a los embates de las circunstancias adversas. También a las circunstancias europeas.

DE LA CONDICIÓN REPUBLICANA EN TIEMPOS APOCALÍPTICOS: ENTRE LA LLEGADA DE LA BESTIA Y EL DESCENSO DE LA NUEVA JERUSALÉN

Companys contempla con pasión democrática el estallido de las hostilidades en los campos de batalla de Europa. Se declara francófilo desde un primer momento, a pesar de las querencias neutralistas de no pocos obreros cenetistas con los que compartirá bregas en los meses por venir. No es, por lo demás, un hombre que elabore, desde la condición de republicano redescubierto en toda su amplitud, una mirada específica sobre el conflicto. Otra es la circunstancia de Coromines, quien tomará parte activa en las delegaciones de intelectuales que se acercaban a las trincheras para hacer manifiesto su amor a Francia. Asiste al inicio del conflicto y su reacción es doble. Por un lado le conmociona la brutalidad de lo que no deja de ser una guerra civil. Él, en republicano, no es imparcial. Los campos de Europa se han convertido en un cenagal que mezcla barro y sangre, vidas truncadas y espíritus atenazados por el dolor y la muerte. También es la cultura alemana, a la que como Joan Maragall, su maestro en tantos órdenes, rinde no poco culto, la que se halla en riesgo. Con todo, la civilización francesa es la que subyuga a Coromines. De su parte se encuentra desde los primeros momentos. Junto a ese componente —digamos de llanto por la tragedia continental,

por la colusión fratricida entre el mundo germánico y el latino— existe otro. La guerra es movilización, activación de energías dormidas, concordancia de las mismas en relación a un objetivo compartido. En el caso de los aliados, la defensa de la democracia liberal y de sus posibilidades posteriores de reforma. Y, junto a ello, el derecho, se dice desde Barcelona, de las pequeñas naciones a existir, a defenderse, como la brava Bélgica, de la agresión de los grandes estados vecinos.

Para quien, tras el fracaso de la UFNR, ha descubierto en sus paisanos el vicio de la apatía y el conformismo, la guerra europea constituye, pues, una expectativa. Su misma gravedad, su carácter apocalíptico, facilitará, según cree, el despertar de las energías colapsadas. Es ese un argumento que recorrerá todos esos años. Se sostiene a finales de 1914 para justificar el rechazo a la estéril neutralidad, se mantiene a lo largo de todo el ciclo de guerra y revolución, y se expresa con particular claridad cuando el fracaso de la crisis hispana de 1917. En agosto de ese año, el Coromines apartado de la primera línea de combate y el Companys que figura en ella, creen que por delante les pasa el tren de la revolución. Cada uno a su manera se sube a él. Al final resultará que se trata de un tren de maniobras que no lleva a ninguna parte. ¿Por qué, se preguntan? Coromines responde en apocalíptico y moralista: por la cobardía de la ciudadanía. Un apocamiento que es responsabilidad de la monarquía. De hecho esa es su obra más vil:

«La seva pau d'alcauoteria ha fet un país d'epicuris i de taüls. No hi ha res més podrit que el cor de l'home resolt a no donar la vida per res del món. I aquest és el ciutadà educat per la monarquia borbònica, el cuc de terra sense pàtria i sense Déu, que no té història ni tradició, que a missa profana el santuari, que no pot creure en la glòria perquè el greix de les seves delícies li va fer perdre la fe en la immortalitat».

Algo queda cuando de joven un demócrata liberal ha pasado por la fiebre vitalista. La solución, ahora como entonces, ha de venir de la atribulada, pero viva y combativa, Europa:

«Com vols que Europa ens deixi estar en la nostra corrupció, amb la nostra befa de sufragi universal, amb una Constitució violada a cada punt pels que l'haurien de fer complir, amb un Parlament que només s'obre de tant en tant, per entaular un llarg debat polític en el qual no es pot dir res de la guerra, ni de cap qüestió vital, i amb un exèrcit que segons diuen els seus defensors no serviria per a guardar la independència de la pàtria?»¹¹.

¹¹ OO.CC., p. 979.

Europa, además, resolverá el problema de las nacionalidades. La incapacidad por dar solución a las pretensiones de las nacionalidades, concausa de la guerra, era una manifestación más de la crisis del Estado liberal. ¿Cómo puede resolverse? No rompiendo, porque esto no haría sino reproducir la situación a menor escala. Tampoco resuelve el tema la perspectiva federal, en rigor sólo lo aplaza. Constata y propone, alternativamente:

«mentre els drets de les nacions no s'escriguin a la primera plana de la Constitució de l'Estat al mateix nivell que els drets de l'home, l'evolució històrica de l'Estat s'aturarà en el panteix del present tràgic persistent».

De unos tratados de paz inspirados en la filosofía wilsoniana cabría esperar que, para el caso español, esa fuese una implicación razonable.

Las pequeñas naciones precisan de marcos civilizatorios más amplios que los limitados por los Estados nacionales. Coromines cultivó el ideal iberista y, más allá, el de la conveniencia de forjar una nueva hegemonía, en Europa y en el mundo, de la raza latina. La latinidad, de la que Francia constituía un elemento central, debía ser de nuevo el hogar de civilización y, articulada en quiméricas confederaciones –la lógica estrictamente imperial quedaba en manos de proyectistas menos republicanos–, un hipotético actor de nuevo tipo en el escenario internacional. La simpatía por Francia procedía de la identificación de la causa de nuestros vecinos del otro lado de los Pirineos, con el combate por la democracia y la justicia social, en su país, en Europa y en el mundo. En una dimensión más casera, aunque influida por el idealismo autodeterminista wilsoniano, Coromines dará apoyo, desde fuera de los ámbitos de militancia partidaria republicana y en base a esta combinación de materiales anteriormente enumerados, a la campaña para la consecución de un Estatuto de Autonomía en 1918.

El abandono de la primera línea del combate político le permitió recuperar en toda su plenitud la pasión por la escritura. Escribía mucho y en todo tipo de registros. En el periodo primorriverista, y como miembro de la junta general del Colegio de Abogados de Barcelona, dio apoyo a las iniciativas encaminadas a preservar la autonomía y la catalanidad de la corporación frente a las intromisiones de las autoridades gubernativas. Intromisiones que, en buena medida, se centraban en el uso de la lengua castellana como oficial de la entidad. En la misma línea, especial significación tuvieron sus acciones como presidente del Ateneo Barcelonés entre 1928 y 1930. Coromines tuvo éxito en la tarea de frenar las interferencias del poder de la Dictadura y, lo que resultó determinante en esos meses, en vincular a la entidad que dirigía con el

conjunto del movimiento ciudadano que intentaba precipitar la restauración de las libertades democráticas. Con todo, al llegar el 14 de abril Coromines era, básicamente, un espectador.

Un espectador republicano. Un espectador que, desde la sociedad civil, advertía con alarma de los riesgos, más que de las posibilidades, de los nuevos tiempos. Mientras tanto, Companys, de vuelta a los orígenes en la Juventud leridana, se reencuentra con Layret. Una vez recuperadas las fuerzas, junto a su amigo y en compañía de Marcelino Domingo, participa en el proceso que lleva, entre septiembre de 1916 y abril de 1917, a la constitución del PRC. Isidre Molas caracterizó hace años al PRC anotando que el dúo que formaban Layret y Companys se empeñó en llevar adelante una tarea de dimensiones básicas para la izquierda catalana del primer tercio del siglo XX: atraer a Salvador Seguí, y con él al grueso del sindicalismo libertario, a la política republicana¹². La intención era asentar unos espacios, unos proyectos y unos lenguajes comunes y emancipadores. Sobre todos ellos planeaba el crepúsculo o alternativamente el faro, soviético. El domicilio particular de Companys, en la calle Sepúlveda de Barcelona, acogió reuniones orientadas a hacer posible los objetivos antedichos y a hacerlos realidad leyendo las modificaciones de contexto introducidas por el protagonismo de obreros y soldados en la toma del Palacio de Invierno. Ésta sería, aparentemente, la razón que se encontraría tras la fugaz adhesión del PRC a la Internacional Comunista. Los republicanos de entonces andaban algo despistados: nada tenía que ver el movimiento comunista internacional con los modos y los objetivos del republicanismo hispánico, por más avanzado que éste fuera.

En cualquier caso, y desde el punto de vista biográfico, el acierto de la opción orgánica, que tendrá ocasión de comprobar con relativa rapidez, partía del hecho que el PRC le permitía cultivar un perfil propio y una clientela específica. En la Cataluña de la segunda y tercera décadas del Novecientos los registros posibles eran los que eran y Companys optará por la camaradería de rabasaires y sindicalistas, trabajadores del campo y de la ciudad. Companys no es, a lo Coromines, espectador. En la crisis de julio a octubre de 1917, la de la Asamblea de Parlamentarios, la de las juntas de defensa militar y la de la huelga general revolucionaria, participa activamente. En el seno de la Asamblea apenas hace de secretario de Domingo —el único parlamentario del partido—, pero en la calle

¹² Molas, Isidre, *Les arrels teòriques de les esquerres catalanes*, Barcelona, Edicions 62, 2001. Seguí, Salvador, *Escrips*, edición de Isidre Molas, Barcelona, Edicions 62, 1974.

figura junto a Francesc Macià, Seguí, Domingo y Ángel Pestaña en el intento de las izquierdas por hacer desembocar el movimiento en una revolución.

Entre las preocupaciones del PRC la autonomía tenía su lugar. Pero lo hacía en el seno de una agenda más compleja. A Companys, la militancia en la formación le facilitó un nuevo periódico. Esta vez la cabecera era combativa: *La Lucha*. Y, además, en esta ocasión sí que, en el crítico año de 1917, llegó a alcanzar un lugar como electo en el pleno municipal. En un municipio en el que los debates culturales y lingüísticos amenazaban con tener una presencia creciente, Companys se adscribió a la comisión que intentaba obtener del Gobierno de la Nación una intervención más decidida en los conflictos sociales, en beneficio de la parte obrera. Cerrados los años de grandes beneficios propiciados por la neutralidad española en la Primera Guerra Mundial la recesión en el volumen de negocio de la industria catalana convirtió la agitación laboral en una oleada sangrante de enfrentamientos armados en la calle. Son los tiempos del pistoleroismo, en los que la burguesía, incluso la reformista, se muestra más interesada en recuperar la tranquilidad y el control en unos barrios y ciudades tomadas por la violencia sindical que en profundizar en el proceso de 'construcción nacional'. Organizar el Somatén urge más que editar a los clásicos grecolatinos en catalán. El punto de inflexión lo marcó, entre febrero y marzo de 1919, la huelga de la Canadiense. Dirigida por el Sindicato Único de la CNT, reorganizado tras el Congreso de Sants, su fracaso abrió las puertas a la dialéctica de los grupos de pistoleros del Único, de los Sindicatos libres y de la patronal. Companys se encontró en medio del caos.

En noviembre de 1920 Companys era detenido junto a sindicalistas del relieve de Seguí, Martín Barrera o José Viadiu, y, con ellos, deportado al castillo de la Mola, en Mahón. En el momento en el que Layret se disponía a asumir su defensa, moría a manos de un pistolero, parece que de antecedentes carlistas. La vieja guerra civil reaparece en términos de guerra de clases. Un mes más tarde, toma el relevo del amigo asesinado: se presenta a las elecciones legislativas por el distrito que ocupaba Layret, el de Sabadell, y es elegido diputado. Gracias a su recién adquirida inmunidad parlamentaria es puesto en libertad, se convierte en un orador particularmente audaz en la denuncia de la guerra en Marruecos y participa en los debates sobre el terrorismo social que tienen lugar tanto en la cámara legislativa como en la prensa¹³. La trama de complicidades entre el

¹³ *Lluís Companys contra la guerra: escrits i intervencions contra el conflicte del Marroc (1921-1923)*, edición de Josep M. Figueres; prólogo de Antoni Segura, Barcelona, Institut Internacional Català per la Pau, 2014.

republicanismo, del tipo del que sustentaba Companys, el antimilitarismo y el obrerismo anarquista reunido en mayo de 1922 en Zaragoza, continuaba operando gracias, en buena medida, a la dureza de la represión.

En ese mismo año de 1922, Companys fundará, junto a algunos colaboradores, el principal sindicato agrario de la Cataluña de principios de siglo: *Unió de Rabassaires i Altres Cultivadors* (UR)¹⁴. El dato, desde la perspectiva de la ubicación de Companys en el universo nacionalista, no es baladí. La entidad se consideraba heredera de las sociedades agrarias de inspiración federal que, en comarcas vitivinícolas como el Vallés o el Penedés, se habían enfrentado, por razones contractuales y ya desde finales de siglo XIX, a los propietarios de la tierra. Durante una parte del año 1923 Companys se dedicará a recorrer los municipios agrarios en los que se trabaja la viticultura y, desde las sucesivas tribunas, llamará a sus auditorios a oponerse al proyecto de reforma de los contratos de arrendamiento y aparcería que había elaborado la oficina jurídica de la Mancomunidad. De esta manera asentaba su popularidad, se convertía en un referente de la izquierda agraria y se garantizaba, en abril de ese mismo año, la reedición del éxito electoral. A partir de ese momento pasa a ser identificado, por amigos y enemigos, como el político *rabassaire*, como el personaje que siempre aparece, en las caricaturas, como una especie de Baco hirsuto, rodeado de cepas y racimos de uva.

La Dictadura no fue, para Companys, un tiempo muerto. Ni un tiempo poético o filosófico. Ni, por supuesto, de actividades financieras. Hombre de acción, retoma lo que nunca ha dejado del todo: la conspiración y, su correlato, la prisión. Las gestiones de asesoría jurídica y las reuniones más o menos estériles. No se recluye, como buena parte del catalanismo, excepción hecha de la intransigencia separatista, en la obra cultural. No es lo suyo. Los trabajadores de los desmantelados sindicatos cenetistas o los *rabassaires* continuaron contando con su ayuda y orientación. A finales de 1925 e inicios de 1926 se le podrá encontrar en las conversaciones que concluirán con la creación de la Alianza Republicana, la plataforma, dirigida, entre otros, por Azaña, Domingo —de quien sigue siendo por entonces un aliado fiel— y Lerroux. Dos años más tarde pasó a formar parte, como dirigente del PRC, de los órganos unitarios de la oposición. Será en su condición de miembro del Comité Revolucionario de Cataluña que, en octubre de 1930, es encarcelado de nuevo.

¹⁴ Pomés, Jordi, *La Unió de Rabassaires: Lluís Companys i el republicanisme, el cooperativisme i el sindicalisme pagès a la Catalunya dels anys vint*, Barcelona, Publicacions Abadia de Montserrat, 2000, prólogo de Pere Gabriel.

Volviendo al quinquenio 1914-1919, lo que para Companys constituía una posibilidad de renovación obrerista del eterno ideal emancipador que había cuajado en el republicanismo popular, para Coromines devenía un tiempo no sólo acelerado sino también, y fundamentalmente, inquietante. Lo ilustra un breve intercambio de correspondencia con Francesc Cambó. Un Coromines retirado de la primera línea política le confiaba al líder de la Lliga Regionalista, en mayo de 1919, que, en pocos meses, los que iban de principios de año a esas semanas de primavera, se detectaba una pérdida de exaltación en la acción política de los representantes catalanistas, en Cataluña y, en particular, en la labor parlamentaria. La frialdad, asegura Coromines, equivale a falta de autoridad en la presentación de los argumentos nacionales catalanes en la política española. A partir de ese diagnóstico sobre la situación, Coromines pone negro sobre blanco un par de consideraciones que se revelarán, en pocos años, visiones certeras: una de las características de los movimientos nacionalistas, tal y como ha mostrado lo acaecido en Europa, «no son reversibles». Es decir, no retroceden, no dan un paso atrás. Lo que hoy puede ser una solución, siquiera provisional, a los problemas de incardinación de las plurales naciones en los Estados, mañana no lo será. Y no lo será no porque puedan replantearse las condiciones u horizontes en sentido de una mayor moderación, de una ponderación de objetivos e instrumentos con los cuales alcanzarlos. «*Cada any que passa ens empeny cap a un radicalisme nou*». Esa es la condición propia de los tiempos, esa es la lógica inherente a todo nacionalismo. De todo ello se infiere lo siguiente: «*Si, després de les jornades del començament de l'any, deixeu que Catalunya s'adormi en el marasme d'avui, jo us diré com se'n despertarà: separatista*». Y, entonces, el receptor de la carta, le advierte Coromines, habrá dejado de ser el hombre-solución¹⁵.

Más allá de los ejercicios sobre las lógicas de despliegue de las agendas nacionalistas, Coromines requiere de su interlocutor una iniciativa sólo aparentemente desligada de la cuestión que está planteando hasta el momento. Coromines le pide a Cambó, «per l'amor de Catalunya», es decir, por patriotismo, que renuncie a impulsar el somatén —la organización cívica armada, variante catalana, y española en los años a venir, de las guardias blancas desplegadas en esos tiempos de brutalización de la política. Para Coromines, no sin evidencias, reclamar el establecimiento del somatén era «*una posició de lluita de classes*», y una iniciativa estéril —«*De la militarització la nostra burgesia no està*

¹⁵ *Diaris i records de Pere Coromines*, vol. 2, pp. 360-362.

*capacitada més que per a pendre'n fanfàrria exterior». En tanto que posición de clase, la iniciativa quebraba la posibilidad de una acción nacional conjunta; al quebrarla abría las puertas a la radicalización antes apuntada, al separatismo. Y aquí Coromines cerraba el bucle argumentativo. Lo hacía de manera magistral y desde una lógica estrictamente liberal, de izquierda republicana de raíces liberales: separatismo implica guerra y destrucción, y, a la manera europea, «*El separatisme català prendria aviat un funest contacte amb el bolxevisme, del qual aquí no hem d'esperar res de bo*»¹⁶.*

La respuesta de Cambó contiene un argumento de interés para el análisis de las lógicas nacionalistas. Como mínimo en un doble sentido, aunque nos aparta un tanto del problema específico del tiempo analizado: la reclamación del somatén es patriótica en la medida que no habrá poder catalán autónomo que pueda contar con el aval armado de los militares españoles. Estos, constituidos como partido, son hostiles a toda forma de autonomía. El segundo argumento tiene que ver con la asunción, siquiera retórica, de la hipotética caducidad del mandato del que se cree depositario Cambó. Si, como le advierte Coromines, los acontecimientos les desbordan, a Cambó en el parlamento y a Coromines en la cama, el prócer regionalista, tras haberse resistido, pasará a reconocer su fracaso y «*seré un seguidor decidit de qui llavors porti la bandera de la pàtria*»¹⁷. El conflicto social, tan vivo en 1917, ha quedado apartado del debate. Como suele acaecer entre patriotas.

HIPÓTESIS QUE SE CONVIERTEN EN CONCLUSIONES PROVISIONALES

El presente trabajo es el resultado de un proyecto que explora la naturaleza de los impactos que la combinatoria Guerra Europea/Revolución bolchevique tuvo sobre las prácticas políticas, las reflexiones teóricas y las experiencias vitales de líderes que, aunque radicados en una periferia hispánica sometida a procesos de nacionalización propios, dentro de la cultura republicana de principios de siglo XX acabarían teniendo un papel nada desdeñable en la experiencia abierta en abril de 1931. Herederos de un agregado de formas muy precisas de combate ciudadano y de un conjunto de materiales culturales

¹⁶ Para el escenario por venir, en términos de apoyo instrumental tanto o más que de compenetración ideológica y cultural, véase, Ucelay da Cal, Enric y Esculies, Joan, *Macià al país dels soviets*, Barcelona, Edicions de 1984, 2015.

¹⁷ Cambó responde el 20 de mayo a la nota de Coromines, del día 17.

con los que dotarlo de sentido, el del republicanismo democrático y socialmente avanzado de la segunda mitad del Ochocientos, un republicanismo que, nada paradójicamente, había compartido materiales culturales y prácticas de presencia en la arena pública de manera indiferenciada con lo libertario, esos republicanos hubieron de modular, y en algunos casos alterar de raíz, dichos utensilios. El estatismo y el corporativismo, la autodeterminación y el principio de las nacionalidades entraron en competencia con, cuando no ocuparon el lugar de, un impreciso espíritu societario y de un vago reformismo social así como de un federalismo de regusto provincial para no pocos admiradores de la perspectiva wilsoniana. Lo hicieron en un marco presidido por la percepción de la ruptura profunda de una cultura y, más aún, de un orden social, el europeo y el mediterráneo, el liberal y de raíces ilustradas. Un orden del que se sentían partícipes plenos y al que contemplaban frente a la profundidad de la sima en la que parecía abocarse.

La ficción de un supuesto fin de época, catastrófico y revolucionario, es para estos hijos del liberalismo una ficción útil desde el punto de visto analítico. Les da una clave sobre la que entender el mundo y sostener, haciendo uso de una retórica a veces audaz, una práctica política conservadora o a lo sumo moderadamente reformista. Mientras, a algunos otros los encaminará decisivamente hacia proyecciones de naturaleza social-revolucionaria. El igualitarismo democrático radical que constituía una convicción moral compartida por parte de nuestros protagonistas, en el sentido de que sabían del efecto deletéreo que sobre la circunstancia ciudadana tenían las desigualdades en el acceso a las condiciones para la libertad individual real y para una democracia en la que los intereses colectivos tuviesen incidencia efectiva en el diseño de las políticas generales, se vio afectada por el doble impacto del ciclo guerra revolución. A mediados de la segunda década del siglo XX a nuestros republicanos de adscripción juvenil anarquista y de posterior deriva democrática –con el elemento clave de la agenda nacionalista– se les presenta una doble presencia simultánea. La de la tentación y la de la visión. La primera pasa pronto, en la medida que les conduciría al pasado. Y en uno de los casos, el de Coromines, ese es un horror personal, estrictamente íntimo. Impensable, en suma. La segunda es la que arranca de la posibilidad de ajustar idearios y proyectos, filosofías y práctica políticas a los materiales que están apareciendo en el panorama europeo. Y también en el global.

Nos enfrentamos a personalidades que han de proponer un mundo nuevo desde la convicción de que el antiguo ha periclitado con la primera guerra mundial. Como apuntó Franco Venturi, tanto el espacio del socialismo refor-

mista como el de la democracia de raíces liberales¹⁸. Se presentan como intelectuales que claman por una renovación social y, sobre todo, moral. En algunos casos, el ejemplo aquí elegido ha sido el de Companys, asegurando una interlocución renovada con las bases sociales que podían dar consistencia a un proyecto político emancipador superador de esos mundos agotados. En otros, apegados a los viejos tiempos que entienden, eso sí, irremisiblemente perdidos, sin diálogo posible con las multitudes.

Las vacilaciones del republicanismo se corresponden, con gran exactitud, con la actitud cambiante de nuestros protagonistas. Por una parte asisten atónitos a la radicalidad de los acontecimientos. El derrumbe del mundo de ayer es observado con un cierto grado de esperanza: aquello que dejan atrás está políticamente obsoleto. De hecho, muerto. Todo es, para el republicano moralista, corrupción y marasmo. O despotismo inútil y negación de derechos sociales básicos para quien está acostumbrado a lidiar en el campo de las luchas sindicales. La liquidación de este todo puede dar paso a un orden social más equitativo que el del capitalismo descarnado, a una profundización (o real implantación) de la democracia política con la participación de las multitudes. En uno y otro orden de cosas, pueden desbordarse, por fin, la inercia y la cobardía que ha atenazado a toda una generación, en España, por los efectos deletéreos del liberalismo monárquico.

Entre algunos de nuestros republicanos, no en todos ellos, la esperanza no excluye un temor nada disimulado. Gentes como Coromines son amantes de la vida austera aunque no exenta de satisfacciones, materiales y morales, económicas y culturales. Han conseguido establecerse, han obtenido reconocimiento, han dado forma a sus anhelos de una vida pequeñoburguesa a la manera de la que se registra, creen, en los escenarios europeos asaltados por la contienda militar. Ese temor hace que algunos de ellos adquieran, en sus admoniciones, un cierto aire profético. Companys, en positivo, verá por momentos en la revolución soviética la parusía republicana popular. Él y el PRC sienten curiosidad, efímera, por el comunismo. La tentación dura poco. Coromines anunciará grandes tempestades y se recluirá en el estudio, el hogar, el colegio de abogados y la sede bancaria. Las derivas personales y las lógicas partidarias parecen conducir de nuevo a la fragmentación extrema de la política democrática popular. Será el Directorio el que acabará aportando

¹⁸ Devoto, Fernando, «Franco Venturi: historiador, intelectual, político», en Venturi, Franco, *Utopía y reforma en la Ilustración*, edición al cuidado de Fernando J. Devoto, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014 E-Book, pp. 102-111.

el catalizador que facilita la reacción en la dirección contraria: el dato que posibilita la conformación de un producto inédito, pasado por la experiencia de 1914-1919, pero superadora del mismo: el republicanismo que emerge el 14 de abril de 1931.

La Gran Guerra asoma, a finales de 1914 y principios de 1915, como una puerta abierta a un mañana impreciso en sus contornos. Un amanecer al que habría posibilidades de transición desde un presente marcado por las vacilaciones en el plano de los procesos democratizadores. A algunos demócratas veteranos la aceleración del tiempo histórico les arrebatava las seguridades, y las comodidades asociadas a las certezas ineficaces, de las que habían disfrutado en sus tiempos de formación personal y política. Los más jóvenes recibían el nuevo clima con no menores angustias. En parte por la naturaleza brutal del conflicto. En parte porque venía a poner en entredicho los fundamentos de una filosofía política que en la izquierda democrática seguía constituyendo el filón fundamental: un cierto liberalismo popular que recelaba tanto del Estado, nuevo agente conductor, como del protagonismo autónomo de unas masas proletarias que contribuía menos de lo deseable/esperable a la obra de regeneración nacional. La coyuntura facilitada por la Primera Guerra Mundial obra sobre la dirigencia republicana facilitando materiales para la reflexión puramente especulativa a propósito de la incidencia de condiciones hasta entonces impensadas en la operatividad de los proyectos emancipadores. En breve, la necesidad de reacomodar el sustrato liberal y socialista de la izquierda democrática y popular, de adecuarlo en sus respuestas a las emergentes condiciones no ya de la sociedad de masas sino de la movilización de las mismas y su encuadramiento en un contexto de combate total entre Estados. La nación y la reforma social adquieren una textura inédita.

El impacto del bolchevismo, por lo demás, no se dio sólo en las organizaciones obreras. Otros sectores de la opinión pública se sintieron cautivados por el radicalismo de la revolución rusa. Entre ellos se hizo visible un colectivo de intelectuales, periodistas y políticos de izquierda no marxista que, leales al recuerdo de la revolución francesa y a la tradición jacobina, aspiraban a derrocar en España el régimen monárquico para establecer una república de visos radicales en lo social. Muchos de ellos habían compartido, tres años antes, la apuesta aliadófila. Ahora, debido al efecto combinado del desgaste del entusiasmo provocado por las brutalidades conocidas de los campos de batalla, defraudados en sus expectativas de que el fin de la guerra mundial comportase una apuesta global por algún tipo de democracia próxima a sus horizontes revolucionarios y convencidos de que los principios decimonónicos

del liberalismo habían quedado obsoletos entendían, cada uno a su manera, que el siglo XX requería fórmulas nuevas y por un tiempo algunos de ellos transpusieron, aunque fuese temporalmente, su ideal de la Francia republicana a la Rusia soviética. El grueso de las izquierdas españolas compartió, cada una a su manera, similares tensiones, expectativas, rápidos desengaños, conversiones duraderas.

SOCIALISTAS A FUER DE LIBERALES, REVOLUCIONARIOS POR NECESIDAD: ANTONI FABRA I RIBAS Y RAFAEL CAMPALANS

MAXIMILIANO FUENTES CODERA

Universitat de Girona

ANTONI Fabra i Ribas (1879-1958) y Rafael Campalans (1887-1933) fueron dos intelectuales y militantes socialistas de gran relevancia en Cataluña y fuera de ella durante el primer tercio del siglo pasado. Aunque ambos ocuparon cargos de relevancia nacional e internacional dentro del PSOE y la Unió Socialista de Catalunya y tuvieron destacados papeles durante los años de la República, han sido escasamente analizados biográficamente¹. Asimismo, conocemos poco sobre muchos aspectos de su pensamiento político y su relación con el socialismo europeo, especialmente intensa en el caso del primero. A pesar de que el debate sobre la relación entre catalanismo y socialismo ha sido ampliamente trabajado y podría hacernos suponer que ambos fueron dos intelectuales y políticos enfrentados a lo largo de toda su vida y sin puntos de contacto, resulta interesante pensarlos en un marco más amplio, el de la crisis del liberalismo salido de la Gran Guerra, para observar y analizar, en un enfoque simultáneamente biográfico e intelectual, una apelación recurrente a un nuevo liberalismo, democrático y radical, que tuvo diversas expresiones en Europa y América después de 1918.

LOS INICIOS DEL CATALANISMO POLÍTICO, LA SEMANA TRÁGICA Y LA GRAN GUERRA

Antoni Fabra i Ribas nació en Reus el 6 de abril de 1879. Se licenció en Filosofía y Letras en la Universidad de Barcelona en 1900 y también estudió Derecho e Historia en la capital catalana y en París. Su evolución siguió las

¹ Balcells, Albert, *Rafael Campalans, socialisme català*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1985; Anguera, Pere, *Antoni Fabra Ribas*, Valls, Cossetània, 2005.

coordinadas del progresismo catalán de su época. Comenzó en las filas del republicanismo federal y poco a poco fue acercándose al socialismo, a pesar de que sus propuestas no eran las dominantes ni tenían una gran recepción en el movimiento obrero catalán, como comprobó en la Agrupación Socialista de Reus en 1905, donde se encontró con Josep Recasens Mercadé. La relación entre ambos sería una de las claves de la evolución del socialismo catalán². Fabra fue el principal redactor del semanario socialista de Barcelona *La Lucha Social*, que se publicó entre 1905 y 1906. Tras visitar Alemania y Gran Bretaña, en 1907 se trasladó a París, donde trabajó en *L'Humanité* y recibió una gran influencia de Jean Jaurès. Durante esta primera estancia parisina comprendió que su actuación en el partido debía dirigirse en dos sentidos, la propaganda escrita y las tareas organizativas. Teniendo en cuenta ambos elementos y dado su amplio conocimiento de idiomas, rápidamente se convirtió en una de las figuras clave del PSOE en sus congresos internacionales. Regresó a Cataluña en el verano de 1908 y participó activamente en la conferencia de agrupaciones socialistas de la región —fue nombrado secretario del comité regional— donde se acordó la reorganización de la Federación socialista catalana y la publicación de un periódico, *La Internacional*, que acabó por dirigir desde octubre de 1908 hasta 1909³. Eran los momentos en los que se consolidaba en la capital catalana Solidaridad Obrera, inspirada en la CGT francesa, que integraba socialistas, anarquistas y republicanos. A pesar de no contar con el apoyo del PSOE, que temía la anulación de la UGT, Fabra trabajó por potenciarla⁴.

Rafael Campalans nació en Barcelona el 21 de octubre de 1887. Se graduó en Ingeniería Industrial en la Universidad de Barcelona en 1911. Era algo más joven que Fabra y sobre todo tenía un perfil profesional diferente. Desde muy joven su preocupación por el catalanismo estuvo directamente relacionada con dos aspectos, la cuestión social y la enseñanza, especialmente técnica. En 1904, con su nacimiento, se convirtió en miembro de la redacción de *El Poble Català*, donde se encontró con Claudi Ametlla, Eugeni Xammar, Gabriel Alover, Antoni Rovira i Virgili, Andreu Nin, Eugenio d'Ors y otros destacados intelectuales catalanistas.

² Recasens i Mercadé, Josep, *Vida inquieta. Combat per un socialisme català*, Barcelona, Empúries, 1985, pp. 60 y ss.

³ Anguera, Pere, *Antoni Fabra Ribas, op. cit.*, pp. 12-15.

⁴ Cuadrat, Xavier, *Socialismo y anarquismo en Cataluña. Los orígenes de la CNT*, Madrid, Ediciones de la Revista del Trabajo, 1976, pp. 240-246.

En estos años de formación para ambos estalló la Semana Trágica. Fabra formó parte del comité de la huelga que se inició en Barcelona el 26 de julio de 1909. Su posición en contra de la intervención en la guerra de Marruecos se había concretado, entre otras cosas, en su participación el 21 de junio en un mitin contra la guerra en Terrasa junto a sectores anarquistas. Pero la huelga fracasó y Fabra se vio obligado a exiliarse. Otra vez en París, comenzó a publicar en *L'Humanité* una serie de siete artículos titulada «La revolte ouvrière en Espagne»⁵, que fue recogida en su libro *La Semana Trágica. El caso Maura. El krausismo*⁶. Algunos años después, con algo de perspectiva ya, caracterizó la Semana Trágica como una «gloriosa insurrección de Cataluña», que había tenido «un carácter verdaderamente popular, de defensa ciudadana, de reivindicación política y social, y humanitario en grado sumo». Los protagonistas de la Semana Trágica habían prestado «un gran servicio a España» y habían contribuido a asegurar «el éxito definitivo de la regeneración patria», el renacimiento de una nueva España «progresiva y civilizada»⁷. Fabra era caracterizado entonces como «un revolucionario a la europea: de acción. Por una parte, sus asiduas relaciones con revolucionarios internacionales, y, por otra parte, la distancia que le separa del medio ambiente en que vegetan nuestros políticos»⁸. Esta breve semblanza coincidía con la caracterización de Fabra del papel que los socialistas debían ejercer en la política española: «A los ojos de los socialistas la República burguesa se presenta, pues, como el campo de batalla ideal en donde el proletariado puede mejor y con mayor ventaja medir sus armas con la clase que explota a los asalariados y que monopoliza el Poder político»⁹. Frente a estas declaraciones, los periódicos dinásticos no dudaban en recordarle como «uno de los iniciadores confesos de la semana sangrienta»¹⁰.

No obstante su exilio parisino y una relación con Jean Jaurès que se fue convirtiendo en cada vez más estrecha, la Semana Trágica reforzó la agrupación

⁵ Connelly, Joan, *La semana trágica*, Barcelona, Ariel, 1972, pp. 536 y ss.

⁶ Fabra Ribas, Antonio, *La Semana Trágica. El caso Maura. El krausismo*, Madrid, Seminario y Ediciones SA, 1975.

⁷ Fabra Ribas, Antonio, «Significación y transcendencia de la Semana Trágica. Notas de un testigo», *La Campana de Gràcia*, 24 de julio de 1914, pp. 3-4.

⁸ Bonafox, Luis, «Españoles en París. Fabra Ribas», *El Heraldo de Madrid*, 20 de diciembre de 1911, p. 1.

⁹ Fabra Ribas, Antonio, «El Partido Socialista y los demás partidos políticos», *Vida Socialista*, 27 de marzo de 1910, pp. 5-6.

¹⁰ «La “colaboración sórdida”», *La Época*, 12 de enero de 1913, p. 1.

socialista de Reus, que dio nacimiento a *La Justicia Social*, cuyo director fue Recasens, quien también asumió el cargo de secretario del comité regional de la Federación Catalana del PSOE entre 1911 y 1916. Fabra se convirtió en el enlace entre el periódico de Reus y el socialismo europeo, en particular el francés. Fue, junto a Julio Gómez de Fabián, Andreu Nin, Manuel Núñez de Arenas y Luis Araquistáin, uno de sus colaboradores más destacados. Teniendo en cuenta el contexto y su radicalización política, no fue extraño que junto a Recasens cuestionara la continuidad de la conjunción republicano-socialista en el IX Congreso del PSOE¹¹.

El papel de Campalans fue mucho menos relevante que el de Fabra en la Semana Trágica, a pesar de que era entonces colaborador de *El Poble Català* y que estaba en contacto con los círculos republicanos catalanistas que participaban de Solidaritat Catalana. Tras regresar de un viaje de formación por Europa, se incorporó a *La Patria* a pesar de que se mantuvo al margen de Esquerra Catalana, el Bloc Republicà Autonomista de 1915 y el Partit Republicà Català de abril de 1917. Sus planteamientos estaban entonces más cerca de las tesis noucentistas, tal como mostró en abril de 1914 en un artículo de *Revista Nova*, donde se refirió a la necesidad de convertir Barcelona en una ciudad moderna como las que había visto en sus viajes¹². Esto le aproximó a la estructura educativa que comenzaba a consolidar la Mancomunitat de Cataluña, primero como secretario del Consell de Pedagogia y profesor de la Universitat Industrial y más tarde como director de la Escola Elemental del Treball. Teniendo en cuenta todo esto, resulta comprensible que no se planteara ingresar en el PSOE hasta después de la Primera Guerra Mundial.

Siempre entre París y Barcelona, Fabra volvió a tener un papel activísimo en los años de la Gran Guerra. Su relevancia en el socialismo internacional quedó confirmada al ser quien informó de la noticia del asesinato del heredero a la corona austrohúngara en la primera página de *L'Humanité*¹³. A pesar de que *La Justicia Social* asumió una posición que basculó entre el pacifismo y la aliadofilia –Núñez de Arenas, García Cortés, Nin y Recasens lideraron una voz

¹¹ Capdevila, Maria Dolors y Masgrau, Roser, *La Justicia Social. Òrgan de la Federació Catalana del PSOE. 1910/1916*, Reus, Centre d'Estudis d'Història Contemporània, 1979, pp. 18-19; Heywood, Paul, *El marxismo y el fracaso del socialismo organizado en España, 1879-1936*, Santander, Universidad de Cantabria, 1993, pp. 68-70.

¹² Balcells, Albert, *Rafael Campalans...*, op. cit., p. 16.

¹³ Fabra Ribas, «L'archiduc héritier d'Autriche et sa femme meurent, victimes d'un attentat, à Sarajevo», *L'Humanité*, 29 de junio de 1914, p. 1.

internacionalista disidente dentro del PSOE—, Fabra, que había representado al PSOE en la reunión del 29 de julio de 1914 del Bureau Socialista Internacional, publicó *El socialismo y el conflicto europeo*, un libro claramente aliadófilo donde se preguntaba sobre la conveniencia de la entrada en guerra. También fue el autor, junto a Araquistáin y Besteiro, de la resolución del X Congreso del PSOE que consolidó la aliadofilia en el socialismo español en nombre de la defensa de la democracia¹⁴.

En realidad, Recasens y la minoría pacifista se encontraban más cerca de Campalans, quien a pesar de asumir en buena medida la aliadofilia catalanista como propia, no dudó en firmar un manifiesto neutralista y europeísta impulsado por Eugenio d'Ors en noviembre de 1914 y escribió artículos contra los intelectuales que se dejaban arrastrar por sus pasiones guerreristas. En buena medida, las argumentaciones de Fabra y Campalans tenían como trasfondo la defensa de la democracia y la libertad y por ello no resultaban demasiado extrañas dentro de los sinuosos contornos de la aliadofilia española. Por ello, también, ambos pudieron reivindicar en varias oportunidades el legado de Jean Jaurès después de su asesinato¹⁵. A pesar de estas coincidencias, no puede olvidarse que el complejo horizonte nacional español y catalán constituía el telón de fondo sobre el que ambos proyectaban sus planteamientos¹⁶.

El final de la guerra abrió un escenario de radicalización política e intelectual y dio lugar a nuevas reflexiones sobre el papel de los parlamentos frente a una cada vez más proclamada crisis del liberalismo. Desde un trasfondo institucionista y noucentista, ambos vincularon sus respuestas a esta crisis a la necesidad de una mejora de la educación política y cívica. En este marco, ambos —especialmente Fabra— matizaron antiguos planteamientos radicales en nombre de un liberalismo «verdadero» frente a los sucesivos gobiernos a los que consideraron enemigos de la libertad. El horizonte europeo fue un elemento clave en la construcción de estas ideas.

¹⁴ Forcadell, Carlos, *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español 1914-1918*, Barcelona, Crítica, 1978, pp. 123-136.

¹⁵ Fabra Ribas, Antonio, «Jaurès», *España*, 29 de julio de 1922, pp. 13-14.

¹⁶ Como ejemplo: Fabra Ribas, Antonio, «España y Portugal», *España*, 17 de agosto de 1916, pp. 6-7.

LA REVOLUCIÓN RUSA, LOS AÑOS DE LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA Y LA DEFENSA COMÚN DE UN SOCIALISMO LIBERAL

Los últimos meses de la guerra y los años posteriores a ella estuvieron marcados por el triunfo de la revolución rusa. Como es conocido, los socialistas españoles saludaron con entusiasmo el primer episodio de febrero, interpretado como una revolución contra la autocracia, y rechazaron enérgicamente —como la mayoría del arco aliadófilo español y europeo— el de octubre al considerarlo una traición a la lucha por el progreso y las libertades¹⁷. En este marco, Campalans y Fabra se mostraron interesados por el nuevo modelo soviético y expresaron algunos matices que desaparecieron en los años posteriores.

Durante los primeros años de la posguerra, Fabra combinó la defensa de un nuevo liberalismo con la de algunos aspectos puntuales de la nueva experiencia soviética. Así lo mostró, por ejemplo, durante el curso de ocho lecciones sobre «La interpretació materialista de la Història» que pronunció en mayo de 1918 en los Cursos Monogràfics d'Alts Estudis i d'Intercanvi, invitado por Eugenio d'Ors¹⁸. Lo propio hizo unos meses más tarde durante una conferencia en la Escuela Nueva madrileña donde exigió la reforma agraria, la nacionalización de los medios de transporte, las minas y las fuerzas hidroeléctricas¹⁹. Allí, teniendo en cuenta el acuciante «problema» catalán —la conferencia se titulaba «El problema político en España y el momento actual en Cataluña» y tenía lugar en plena campaña autonomista—, sostuvo que, dada la comprobada incapacidad de los partidos monárquicos y sus aliados, la nueva solución liberal podía llegar a través de medios no propiamente liberales: «Quizás —de perdurar el régimen— una solución radical serviría para acabar con la tiranía centralista y para hacer posible una confederación liberal de todos los pueblos de Iberia». Así, con acciones de autoridad, se habían de defender a los «demócratas verdaderos», los herederos de Jefferson, Washington, Lincoln, la Revolución Francesa, Gambetta, Wilson, Madero y Carranza contra los que

¹⁷ Juan Avilés, *La fe que vino de Rusia. La Revolución bolchevique y los españoles (1917-1931)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.

¹⁸ Balcells, Albert (con Enric Pujol y Jordi Sabater), *La Mancomunitat de Catalunya i l'autonomia*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans – Proa, 1996, pp. 178-186

¹⁹ Las reivindicaciones agrarias no eran nuevas en Fabra. Ya en el X Congreso del PSOE de 1915 le habían llevado a enfrentarse con el núcleo dirigente del partido de Pablo Iglesias para aprobar un nuevo programa. Cruz Artacho, Salvador et al., «El socialismo español y la cuestión agraria (1879-1923). Luces y sombras en el debate teórico y en la práctica sindical y política», *Ayer*, 54 (2004), pp. 129-163 (especialmente pp. 148-149).

tenían «una concepción personal de la democracia»²⁰. Desde este mismo punto de vista, unos meses más tarde, al ser expulsado de La Habana por ser acusado de simpatías bolcheviques derivadas del reciente congreso del PSOE²¹ –iba a Cuba como representante de la Liga de los Derechos del Hombre francesa y de *L'Europe Nouvelle*–, publicó una carta dirigida al director de *La Prensa* de Cuba donde hizo explícita su opinión sobre la experiencia soviética: «En la revolución rusa hay un hecho positivo: la muerte del zarismo»²². Unos días más tarde concretó su visión, «Todas las democracias son hoy posibles, gracias a la revolución francesa, combatida, anatematizada, y que con todos sus errores, que los tuvo, ha hecho posibles las libertades que hoy disfrutamos. (...) No sería extraño que ella [la revolución rusa] sea un jalón nuevo en la escala del progreso y que las libertades del mañana sean posibles gracias a esa revolución como las democracias lo son gracias a la francesa»²³. Sus declaraciones coincidieron con su defensa de los sindicatos durante la huelga de La Canadiense²⁴.

Estas simpatías no son extrañas si tenemos en cuenta que Fabra dirigió en 1919 la breve *La Internacional* junto a Andreu Nin, una publicación de tendencia probolchevique. Sin embargo, su posición comenzó a clarificarse un año después, cuando, como director de *El Socialista*, defendió la continuidad del PSOE en la Internacional Socialista en los debates del congreso extraordinario de 1919²⁵. En 1921, coincidiendo con un Fernando de los Ríos recién llegado de un viaje por la Rusia revolucionaria, destacó en *La Voz* que, a pesar de que los socialistas debían apoyarla y defenderla «con todas sus fuerzas», era fundamental tener claro que una cosa era la revolución rusa, «violenta y terrible, como correspondía al despotismo que la engendró», y otra cosa muy distinta la Tercera Internacional, «dirigida por hombres que tienen del socialismo un concepto estrecho y puramente mecánico». Por ello, a pesar de que no podía rechazarse «la dictadura del proletariado, ni el empleo de la violencia», era inadmisibile, contra lo que pretendían los bolcheviques, que «la socialización de los medios de producción, distribución y cambio, esto es, la

²⁰ «En la Escuela Nueva. La reconstitución de España. Conferencia de Fabra Ribas», *El País*, 24 de enero de 1919, p. 2.

²¹ «Fabra Ribas, detenido», *El País*, 29 de julio de 1919, p. 1; «Fabra Ribas, expulsado de Cuba», *El Sol*, 5 de abril de 1919, p. 3.

²² «La expulsión de Fabra Ribas», *El País*, 12 de abril de 1919, p. 1.

²³ «La revolución rusa. Lo que dijo Fabra Ribas», *El País*, 16 de abril de 1919, p. 1.

²⁴ A. Fabra Ribas, «La lucha social en Cataluña», *España*, 28 de agosto de 1919, pp. 5-6.

²⁵ Heywood, Paul, *El marxismo...*, op. cit., pp. 120-22.

emancipación del proletariado de la opresión capitalista, pueda conseguirse por medio de la violencia, con el establecimiento de la dictadura y gracias al sistema de los soviets». La conclusión era clara: «El socialismo, lejos de negar las ideas de democracia y libertad, las completa y las afirma»²⁶. Teniendo en cuenta esta defensa de la democracia puede entenderse que estuviera entre los más destacados impulsores de las ligas de los derechos del hombre desde sus inicios en 1913. De hecho, junto a Augusto Barcia, representó a España como firmante del manifiesto de junio de 1922 que concluía con el famoso «¡Guerra a la guerra! Por la paz y por el respeto a los derechos del hombre»²⁷. Por ello también su firma apareció en el manifiesto «Por los derechos del hombre» que en nombre del «alma liberal» y la «civilización» llamaba a constituir en España la Liga por los Derechos del Hombre²⁸. La liga, presidida por Adolfo Buylla, se acabó constituyendo el año siguiente y Fabra fue su «secretario del exterior»²⁹.

La evolución parecía cerrarse hacia 1922: «Pasaron los días en que el proletariado, para dejar oír su voz, tenía que recurrir a los procedimientos de violencia. Hoy, reconocido el derecho a obtener sus justas reivindicaciones, debe reformarse la táctica obrera, basada en tres elementos: cooperativista, sindical y socialista»³⁰. En este marco, la Sociedad de Naciones y la OIT —en la que ya había comenzado a trabajar como colaborador externo gracias a Albert Thomas, a quien acogió en España durante su visita en 1929— eran fundamentales para favorecer «la paz universal»³¹. A pesar de que el momento no era el ideal —se iniciaba entonces la ocupación de la región del Ruhr—, en enero de 1923 sostuvo que a pesar de que la Internacional de Ámsterdam había censurado la Sociedad de Naciones porque no respondía a los intereses por los que se había creado, era necesario trabajar desde dentro para reformarla³².

²⁶ «Ante el próximo Congreso socialista. Actitud de las principales figuras del socialismo español», *La Voz*, 2 de abril de 1921, p. 4.

²⁷ «Federación Internacional de las ligas de los derechos del hombre. Llamamiento a los pueblos. Por los derechos del hombre y de la paz», *España*, 17 de junio de 1922, p. 13.

²⁸ «Un manifiesto. Por los derechos del hombre», *El Sol*, 5 de marzo de 1922, p. 3.

²⁹ «Asamblea Nacional. Liga Española de los Derechos del Hombre», *El Sol*, 22 de mayo de 1923.

³⁰ «El movimiento obrero. Hacia nuevas normas. Conferencia de Fabra Ribas», *El Imparcial*, 16 de abril de 1922, p. 3.

³¹ «La organización del trabajo. Conferencia de Fabra Ribas», *El Imparcial*, 7 de mayo de 1922, p. 3.

³² «En la Casa del Pueblo. Una conferencia del Sr. Fabra Ribas», *El Sol*, 20 de enero de 1923, p. 2.

«Hoy las masas deben conjurar sus fuerzas y hacer las veces en el terreno político —sin abandonar el campo propio de sus actividades— de partido liberal, de partido demócrata y de partido socialista. Y deben combinar siempre la prudencia con la audacia», afirmó en marzo del año siguiente, poco después del golpe de Estado de Primo de Rivera. Los socialistas debían proyectarse hacia un internacionalismo basado en «el orden, la paz y el bienestar de los pueblos», que llevaría «al establecimiento de una Sociedad de Naciones sobre bases democráticas»: «en el interior, acción mancomunada de productores, consumidores y mutualistas, y en el exterior, defensa de la Sociedad de Naciones democráticamente organizada»³³. Siguiendo el entonces exitoso modelo del laborismo inglés de Ramsay MacDonald, el PSOE debía prepararse para obtener la plena posesión del gobierno.

«Nos interesa a todos la actuación de los liberales —no de las viejas oligarquías, sino la de los que defienden las libertades públicas y los derechos del hombre y del ciudadano—, porque sólo una España liberal podrá con los pueblos de Iberoamérica, desempeñando un puesto digno en la Sociedad de Naciones (...) Estos principios están en pugna con los ideales militaristas y reaccionarios que imperan en un sector de la sociedad española; pero están de acuerdo con las corrientes liberales de Europa y con el principio que informa la Sociedad de Naciones».

El socialismo debía, por tanto, «realizar funciones de partido liberal, de partido democrático y de partido socialista»³⁴.

En los años previos de la dictadura, Fabra se había convertido en un activo conferenciante y divulgador de la perspectiva cooperativa internacional y su «sentido moral». Además, se había consolidado como responsable de la sección hispanoamericana del Instituto de Reformas Sociales y luego como Consejero técnico de la Conferencia Internacional del Trabajo dependiente de la Sociedad de Naciones. Los vínculos con el pacifismo y el cooperativismo internacionales le habían convertido en una figura de relieve europeo.

Campalans y Fabra coincidían en la atracción por el laborismo británico frente a la perspectiva probolchevique de sectores como el representado por el maurinista *La Batalla*. En el contexto de la huelga de La Canadiense, Campalans había mostrado su apoyo al Eugenio d'Ors más radicalizado, que había hecho diversas manifestaciones mostrando su adhesión a Lenin desde

³³ «En la Casa del Pueblo. Fabra Ribas habla de lo que se ha hecho en Inglaterra y lo que se puede hacer aquí», *El Heraldo de Madrid*, 21 de marzo de 1924, p. 4.

³⁴ «El Partido Socialista debe prepararse para obtener la plena posesión del Gobierno», *El Heraldo de Madrid*, 18 de abril de 1924, p. 5.

una perspectiva antiliberal, en el prólogo a unas glosas escritas en los días de la huelga³⁵. No obstante, su opinión de la experiencia soviética coincidió en lo esencial con la de la Unió Socialista de Catalunya, fundada en 1923, que cuestionaba su perspectiva antidemocrática después de que algunos de sus principales líderes hubieran mostrado una cierta simpatía (el Partit Republicà Català, recordémoslo, se había adherido a la Internacional Comunista brevemente antes de que lo hiciera la CNT). Mientras su compañero Manuel Serra i Moret elogiaba el gobierno laborista en 1924, Campalans, como Fabra, sin descartar que la violencia pudiera ser necesaria para establecer el socialismo en la oriental –y, por tanto, no europea y poco dada a la democracia– Rusia, desconfiaba de la dictadura de un partido de los trabajadores para alcanzar un socialismo auténtico: «La Revolució Russa no és, encara, la nostra revolució. (...) la pau entre els homes florirà només, en definitiva, en els càlids jardins de la democràcia i la fraternitat. I que fora del període catastròfic de la revolta –eventualment necessària– no admetrem dictadura del proletariat ni cap règim sistemàtic de força i de coacció»³⁶. A pesar de esta evidente coincidencia, ambos expresaban opiniones contrapuestas sobre las relaciones entre catalanismo y socialismo.

EL SOCIALISMO Y LA NACIÓN: EL DEBATE DE 1923

El problema de la definición del PSOE como partido «nacional» había existido desde sus inicios. Sin embargo, las reflexiones sobre esta cuestión y, en particular, su relación con el emergente catalanismo se convirtieron en centrales en los años previos a la Gran Guerra³⁷. En líneas generales, Fabra mostró una apertura mayor que otros socialistas españoles hacia la influencia de las diversas corrientes del socialismo europeo. Cabe destacar que no se había sentido especialmente atraído por el pensamiento de Jules Guesde, quien contribuyó decisivamente en la configuración del socialismo de Pablo Iglesias. En cambio, durante su estancia parisina había recibido la influencia de Jaurès,

³⁵ Ors, Eugeni d', *Gloses de la vaga*, Barcelona, La Novel·la Nova, 1920.

³⁶ Citado en Balcells, Albert, *Rafael Campalans...*, *op. cit.*, pp. 92-93. Véanse los artículos incluidos en Campalans, Rafael, *Obra política*, Barcelona, Fundació Rafael Campalans, 2008, pp. 504-556.

³⁷ Guerra Sesma, Daniel, «Socialismo y cuestión nacional en la España de la Restauración (1875-1931)», *Revista de Estudios Políticos*, 137 (2007), pp. 183-216.

de quien incorporó sus planteamientos reformistas, su talante conciliador y su apertura hacia el sindicalismo y el patriotismo³⁸.

Campalans también estuvo en estrecho contacto con los debates del socialismo europeo. En París conoció también a Jaurès en la redacción de *L'Humanité*, donde estaba Fabra Ribas. Gracias a sus viajes como estudiante por Alemania, mantuvo también un contacto directo con los debates sobre el Estado plurinacional antes de la guerra del 14. Sin embargo, la vinculación entre socialismo y catalanismo no le llegó tanto a través de Karl Renner y Otto Bauer como de Gabriel Alomar, que desde la Unió Federal Nacionalista Republicana, ya había planteado en 1910 la necesidad de un socialismo catalanista. Gracias a la influencia de Jaurès, Fabra y Campalans reconocieron la relevancia de la cuestión catalana para el desarrollo del socialismo español. Así lo certificaba el primero en octubre de 1908 en una de sus cartas a Karl Kautsky: «el partido español no será nunca potente hasta que haya triunfado en Cataluña»³⁹. No obstante, esta coincidencia, sus perspectivas fueron diametralmente opuestas.

La primera defensa del nacionalismo catalán desde el socialismo la hizo Andreu Nin en diciembre de 1913, quien había ingresado en el PSOE en marzo. El año siguiente Nin y Fabra tuvieron una dura polémica en *La Justicia Social* sobre el socialismo y la cuestión nacional y en junio, en el congreso de la Federación Catalana del PSOE, el primero consiguió que se introdujera una tesis confederal sobre las «pequeñas» naciones ibéricas, que no se acabaría aprobando hasta el XI congreso de 1918. Con el final de la guerra el debate fue creciendo hasta explotar en 1923.

Fabra, que había manifestado en julio de 1916 que «el problema catalán» era «inoportuno» y la postura del nacionalismo «profundamente conservadora y reaccionaria» frente al socialismo —«eminentemente evolucionista y progresivo»⁴⁰, se refirió a la campaña de autonomía de 1919 con las siguientes palabras: «los socialistas son decididamente partidarios de la autonomía de Cataluña, debiendo el proletariado intervenir para que esta autonomía sea roja y no lila, como lo sería de ser obra de los elementos retrógrados de las derechas»⁴¹. La cuestión estaba planteada como un enfrentamiento entre «la democracia

³⁸ Sobre el papel de Fabra en las relaciones entre el PSOE y la UGT, véase Gabriel, Pere, «El ugetismo socialista catalán, 1888-1923», *Ayer*, 54 (2004), pp. 165-197.

³⁹ Citada en Martínez de Sas, María Teresa, «Antonio Fabra Ribas, un socialista políticamente incorrecto», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CCV-III (2008), p. 348.

⁴⁰ «El problema catalán. Conferencia de Fabra Ribas», *El País*, 4 de julio de 1916, p. 1.

⁴¹ «Opiniones de socialistas y sindicalistas», *El Globo*, 17 de diciembre de 1918, p. 1.

federalista y la reacción centralista»⁴². Sin embargo, la polémica fue aparcada sin un debate profundo entre los socialistas frente a los debates surgidos sobre la Internacional Comunista. Esto posibilitó la aparición en Cataluña de un núcleo liderado por Serra Moret, Alomar y Campalans que acabó por romper con el PSOE y se propuso construir un polo socialdemócrata que combinara las reivindicaciones obreras con la cuestión nacional catalana.

A pesar de que fue Indalecio Prieto quien inició la polémica que acabó conduciendo a la fundación de la Unión Socialista de Catalunya con una intervención en enero de 1923 en el Centre de Lectura de Reus, fue Fabra quien asumió el protagonismo al pronunciar el 25 de ese mes su conferencia «Consideraciones sobre el nacionalismo y el problema catalán» en la Casa del Pueblo de Madrid. Allí calificó al nacionalismo catalán de «reaccionarismo mal disimulado» y propuso, contra el centralismo, un proyecto autonomista y federal. Unos días después, esta vez en el Ateneu Barcelonès, repitió estos argumentos en una nueva conferencia, que tuvo, como recordó *El Imparcial*, un carácter «accidentado», en parte por las repetidas interrupciones de un Campalans situado entre el público⁴³. Como era de esperar, la respuesta no se hizo esperar y llegó en forma de un texto titulado «Consideracions sobre unes altres consideracions»⁴⁴. Allí, asumiendo un pensamiento de matriz renaniana —«hi ha una nació on existeix una voluntat col·lectiva»—, planteó que, a diferencia de lo que pensaba Fabra, para quien «la legitimitat d'un nacionalisme és una qüestió de quilòmetres quadrats», la legitimidad nacional era «una qüestió de llibertat, un problema de dignitat humana». Su argumento central se afirmaba en una perspectiva liberal: «Nosaltres, els liberals de Catalunya, (...) Volem la total i plena sobirania política de Catalunya —tractant d'igual a igual— la natura del pacte federatiu a establir amb els altres pobles ibèrics i, d'ésser possible, amb tots els pobles lliures de la terra».

Los socialistas quedaron enfrentados. De un lado los detractores del nacionalismo, que lo consideraron como creador de nuevas fronteras y fuente de discordias. Del otro, los que afirmaban la necesidad de estimularlo ya que en

⁴² «El Partido Socialista Español toma posición ante el problema autonomista», *El Sol*, 18 de diciembre de 1918, p. 3.

⁴³ «El nacionalismo catalán. Accidentada conferencia de Fabra Ribas», *El Imparcial*, 8 de febrero de 1923, p. 3.

⁴⁴ Campalans, Rafael, «El nacionalisme i el problema català», *La Publicitat*, 6 de febrero de 1920, p. 3. Esta conferencia se publicó en forma de libro con el título *El Socialisme i el problema de Catalunya* con un prólogo de Gabriel Alomar.

una perspectiva internacionalista, lejos de negarse las patrias, era necesario el reconocimiento de todas ellas. En las sucesivas respuestas, unos y otros apelaron al liberalismo y la democracia para defender sus posiciones. Fabra Ribas, por ejemplo, llamó a «els homes liberals de la nostra terra, els vertaders patriotes» a denunciar «la nefasta política del nacionalisme català»⁴⁵. Consideraciones similares hizo Marcelino Domingo⁴⁶. Campalans, por su parte, contestó desde una inspiración de resonancias simultáneamente noucentistas y liberales afirmando que los socialistas catalanes «no sentim, perquè repugna a la nostra consciència liberal –realment liberal– cap *imperialisme materialista*, però desitgem de tot cor que en el pròxim futur Catalunya-Nació pugui estendre per tot l'ample de la terra que els homes trepitgen, el seu *imperialisme moral*, i aportí al tresor de la saviesa universal, els fruits de la pròpia espiritual iniciativa»⁴⁷. A pesar de las diferencias radicales, Fabra y Campalans apelaban a fuentes comunes: un nuevo liberalismo salido de los campos de batalla de la Gran Guerra y de los nuevos parlamentos emergidos tras ella.

Tras el distanciamiento de los años de la dictadura de Primo de Rivera, en los que el PSOE a través de la UGT participó de algunos organismos estatales como el Consejo de Estado⁴⁸, en los meses previos a la llegada de la Segunda República, a pesar de que Campalans había criticado duramente la colaboración del PSOE con la dictadura⁴⁹, las tensiones habían disminuido. Esto hizo posible que el propio Campalans estuviera entre los catalanes que realizaron la invitación a los intelectuales castellanos para visitar Barcelona en 1930⁵⁰.

LA SEGUNDA REPÚBLICA: LA LUCHA PARLAMENTARIA Y EL PELIGRO DEL FASCISMO

A pesar de que no hay constancia de que Fabra jugara ningún papel relevante en los movimientos de 1930 para implantar la república, fue elegido

⁴⁵ Campalans, Rafael y Fabra Ribas, Antoni, *Catalanisme i socialisme. El debat de 1923*, edición a cargo de Jesús M. Rodés, Barcelona, La Magrana, 1985, p. 58.

⁴⁶ *Ibidem*, pp. 74-5.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 34.

⁴⁸ Juliá, Santos, *Los socialistas en la política española, 1879-1982*, Madrid, Taurus, 1996, pp. 125-158.

⁴⁹ Balcells, Albert, *Rafael Campalans...*, *op. cit.*, p. 97.

⁵⁰ Ventalló, Joaquim, «Los intelectuales castellanos y Catalunya», *Destino*, 19 de mayo de 1977, pp. 42-44.

diputado a Cortes por Albacete en 1931. Su labor parlamentaria se limitó a un proyecto para impulsar el conocimiento de Hispanoamérica en España. También ejerció diversos cargos en el Ministerio de Trabajo durante el mandato de Largo Caballero, razón por la cual fue calificado como «el embajador espiritual de España en los medios internacionales»⁵¹. Con la instauración de la república, sostuvo que se había tratado de «la implantación de un régimen verdaderamente democrático» resultado de «un largo proceso de educación». Sin embargo, puntualizó, «la democracia no es un fenómeno natural, sino artificial» y, por tanto, debía desarrollarse. Se había pasado del momento de la «preparación» al de la «realización»⁵².

En diciembre de 1931 planteó que, a pesar de que la Constitución recientemente elaborada era la «más adelantada de todas las europeas», era fundamental defender el papel «corrector» del socialismo ante posibles desvíos futuros del proyecto republicano. Entre estos «desvíos» podía estar el catalanismo, sobre el cual advirtió que las libertades y autonomías debían ser compatibles con una voluntad de no «explotar hechos diferenciales»⁵³. Con motivo de las tensiones con los radicales en julio de 1932, como miembro de la comisión ejecutiva del partido, fue uno de los firmantes de un manifiesto del PSOE y la UGT que sostenía que no solamente debía combatirse la posición de Lerroux de secundar las derechas sino que también debían oponerse «con la violencia necesaria a toda política reaccionaria»⁵⁴. Algunos meses después volvía sobre esta cuestión: «nosotros hemos querido hacer una revolución de guante blanco, porque no había derecho a que todo siguiese igual; pero las gentes se empeñan en que todo esto no sea así, y entonces, si sucede, vamos a tener que hacer la revolución social, con todos sus inconvenientes y como sea preciso»⁵⁵. En setiembre de 1933, frente a la crisis de las fuerzas republicanas, volvió a detallar su posición: «mi parecer personal es que, siempre que sea posible, hay que respetar la esencia del régimen democrático»⁵⁶.

⁵¹ «Nuestra República en Ginebra. España ha encontrado su verdadero camino al extranjero», *Crisol*, 9 de junio de 1931, p. 16.

⁵² Fabra Ribas, Antonio, «La democracia triunfante», *Crisol*, 9 de julio de 1931, pp. 6-7.

⁵³ «Dos conferencias de Fabra Ribas», *Crisol*, 7 de diciembre de 1931, p. 15.

⁵⁴ «Ante el momento político actual. El partido socialista y la U.G.T. dirigen un manifiesto a la opinión pública», *Heraldo de Madrid*, 15 de julio de 1932, p. 9.

⁵⁵ «Informaciones políticas», *El Imparcial*, 6 de abril de 1933, p. 4.

⁵⁶ «La actitud de los socialistas», *Heraldo de Madrid*, 14 de setiembre de 1933, p. 1.

La subida al poder de las derechas en noviembre comportó la pérdida de sus cargos en el Ministerio, con lo cual pasó a dedicarse casi totalmente a sus tareas en la OIT. En julio de 1934, ya fuera de la primera línea política, mostró en una entrevista sobre las reformas del Parlamento y la formación de los parlamentarios que su punto de vista ya tenía más de técnico que político⁵⁷. Sin embargo, frente al avance de Hitler en el continente, volvió a afirmar en marzo de 1936 la importancia de una Sociedad de Naciones ya en horas francamente bajas⁵⁸. Fue elegido nuevamente diputado por Valencia en 1936 pero optó por aceptar el nombramiento de delegado de España en la OIT y presidente de la Comisión para Asiria e Irak, cosa que combinó con el nombramiento de ministro plenipotenciario de España en Berna. Después de la guerra, se exilió primero en Colombia y luego, en 1940, en Venezuela⁵⁹.

La trayectoria de Campalans fue sensiblemente diferente a la de Fabra en los años republicanos. Fue elegido el 4 marzo de 1930 vocal de la Unió Socialista de Catalunya. A finales de este mes se celebró una primera reunión de la oposición catalana a la dictadura, de la que salió un amplio frente de izquierdas. Entonces, Campalans fue el encargado de redactar un manifiesto de la Inteligencia Republicana firmado por catalanistas, republicanos y cenetistas⁶⁰. En la campaña municipal de abril del año siguiente apeló en repetidas oportunidades a la «revolución política», es decir, a la confianza en la política y al freno a las aspiraciones de cambio social inmediato que parecían prometer los líderes de la CNT⁶¹. Con estos antecedentes no resulta extraño que, como representante de la Unió Socialista de Catalunya, formara parte del gobierno provisional de la efímera República catalana proclamada por Francesc Macià el 14 de abril de 1931 como responsable de Instrucción después de ser elegido regidor en Barcelona⁶².

Campalans fue candidato por Barcelona ciudad por Esquerra Republicana de Catalunya (como miembro de Unió Socialista de Catalunya) en las elec-

⁵⁷ «Una consulta nacional de “Heraldo”», *Heraldo de Madrid*, 21 de julio de 1934, p. 1.

⁵⁸ «Opiniones de algunas personalidades sobre el momento internacional», *La Vanguardia*, 8 de marzo de 1936, p. 25.

⁵⁹ Martínez de Sas, María Teresa, «Antonio Fabra Ribas...», *op. cit.*, pp. 354-362.

⁶⁰ González Calleja, Eduardo, Cobo Romero, Francisco, Martínez Rus, Ana y Sánchez Pérez, Francisco, *La Segunda República*, Barcelona, Pasado & Presente, 2015, p. 45.

⁶¹ Citado en Balcells, Albert, *Rafael Campalans...*, *op. cit.*, p. 113.

⁶² «El Gobierno provisional de Cataluña», *La Vanguardia*, 16 de abril de 1931, p. 7.

ciones de diputados a Cortes. Como muchos catalanistas republicanos, afirmó que se había abierto un nuevo período que pondría fin a las tensiones entre Cataluña y España: «Desde el 14 de abril, los catalanes somos *españoles al ciento por ciento*, porque en un régimen de libertad para todos los españoles no puede subsistir el problema catalán»⁶³. En este marco, unas semanas después, se llevó a cabo en el Ateneo de Madrid un ciclo de conferencias sobre las aspiraciones catalanas «dentro de la futura estructuración de la República española». Campalans, que fue quien lo inauguró el 14 de mayo, tituló su conferencia de manera elocuente: «Cataluña al servicio de la República». A su regreso a Barcelona, se le organizó un banquete donde sostuvo que «El nuevo catalanismo empieza hoy y conviene que desaparezca la faz del anterior, ya que hoy no tiene justificación»⁶⁴. Proponía, en buena medida, superar el patriotismo defensivo y conservador tanto en Cataluña como en España: todo esto equivalía ir hacia un proceso de transformación simultáneamente social y nacional⁶⁵. No obstante, creía que el peligro del centralismo continuaba latente ya que era necesario el reconocimiento de plurinacionalidad del Estado.

Durante el debate del Estatuto, Fabra volvió a mostrarse contrario a las exigencias catalanas. Nuevamente, su argumentación se basó en la defensa del liberalismo: «Es muy conveniente que los hombres liberales de todas las tierras de España –como dirían los catalanistas y los catalanizantes– reflexionen un momento sobre estas cosas y opongán a la tesis nacionalista y estrecha de ciertos defensores de Estatutos la concepción humanista y abierta de los partidarios de la República»⁶⁶. No hacía más que recuperar sus argumentos de 1923. No obstante estos planteamientos, Fabra, como la gran mayoría del Parlamento, acabó votando a favor de un Estatuto que tuvo en Campalans un miembro de su comisión redactora y defendió, como mostró en *Política vol dir Pedagogia*, «adaptar a esta Constitución el Estatuto». Lo hizo nuevamente desde una perspectiva liberal: «los socialistas, tenemos una fe infinita en la democracia y recordamos lo que decía Jaurés, que “la democracia es una gran fuerza nueva que tiene también maneras nuevas para resolver los

⁶³ Olmedilla, Juan G., «Paseo anecdótico por el Palacio de la Generalidad de Cataluña», *Crónica*, 16 de agosto de 1931, p. 19.

⁶⁴ «Banquete al señor Campalans», *La Vanguardia*, 31 de mayo de 1931, p. 11.

⁶⁵ «Los amigos de Cataluña. Homenaje al Sr. Campalans», *El Sol*, 16 de mayo de 1931, p. 1.

⁶⁶ Fabra Ribas, Antonio, «La voz de la sangre» y el “hecho diferencial”, *Crisol*, 22 de agosto de 1931, p. 9.

viejos problemas de las nacionalidades”⁶⁷. Sus intervenciones parlamentarias se acabaron publicando en forma de libro en *Hacia la España de todos*, con un prólogo nuevamente firmado por Alomar. En estos textos, escritos en una abierta polémica con Ortega sobre los aspectos educativos del Estatuto, llegó a apelar a la herencia de la Institución Libre de Enseñanza al preguntarse si la tendencia centralista no venía únicamente de la monarquía sino que también podía encontrarse entre los republicanos españoles. La decepción comenzaba a hacerse evidente en Campalans. Después de la votación del Estatuto, el 9 de setiembre de 1932, comentando el papel del Parlamento, advirtió sobre el peligro de que las masas cayeran en el apoliticismo y criticó que Cataluña no pudiera federarse con «regions germanes» como Valencia y Mallorca. «Evidentment, des del camp dels principis, això és d'un antiliberalisme revoltant», concluyó⁶⁸.

Campalans moriría poco tiempo después, el 9 de setiembre de 1933⁶⁹. *Política vol dir pedagogia* fue su último libro. Había aparecido en febrero con prólogo de Joaquim Xirau. Allí se habían sintetizado los objetivos del socialismo catalán: «Primer, consolidar i realitzar la democràcia política. Segon, posar el nostre poble en marxa vers la democràcia econòmico-social»⁷⁰. En los últimos meses de su vida había continuado insistiendo en la necesidad de establecer una vinculación estrecha entre socialismo y democracia y había criticado la Internacional Comunista y los posicionamientos de Maurín y Nin. Sus dos últimas colaboraciones en *La Justícia Social* versaron sobre los orígenes del fascismo. Allí volvió a plantear la idea de un recorrido lento hacia la democracia y el socialismo frente a las alternativas bolchevique y fascista: «Tota precipitació extemporània aconduïx fatalment a l'extenuació i al fracàs. Com més s'estudia l'etiologia de la Revolució d'octubre de 1917 i la marxa sobre Roma del 1922, més franc apareix el fatal determinisme a què obeïren ambdós esdeveniments. Si hi ha una llei històrica inexorable, és aquesta: que l'anarquia desemboca sempre en la dictadura»⁷¹. Los meses siguientes y la propia evolución de la

⁶⁷ «El discurs de Rafel Campalans al Parlament espanyol», *La Rambla*, 16 de mayo de 1931, p. 2.

⁶⁸ «Eleccions», *La Rambla*, 10 de octubre de 1932, p. 2.

⁶⁹ Fabra Ribas, como subsecretario del Ministerio de Trabajo, delegó en Serra i Moret su representación en el entierro. «Rafael Campalans», *Treball*, 16 de setiembre de 1933, pp. 1-4.

⁷⁰ Citado en Balcells, Albert, *Rafael Campalans...*, op. cit., p. 176.

⁷¹ *Ibidem*, pp. 210-11.

Unió Socialista de Catalunya unificada con la federación catalana del PSOE en enero de 1934 no seguirían estos caminos.

UNA PRESENCIA CONSTANTE DE LA APELACIÓN LIBERAL

Como hemos visto en este breve recorrido de las dos figuras escogidas para analizar el impacto de la crisis del liberalismo y las alternativas surgidas al calor del conflicto europeo iniciado en agosto de 1914, su evolución estuvo lejos de ser lineal y homogénea. En las suyas, como en cualquier otra biografía, como afirmó Christophe Prochasson, «*Rien n'est dit dans ses premiers succès ou ses premières défaites de ses futurs accomplissements ou renoncements. L'avenir n'éclaire en rien le passé et si le passé contribue à guider le présent, il ne pèse pas de façon simple sur la réalisation de futur*»⁷². Sin embargo, también resulta evidente que en el sustrato de sus planteamientos, especialmente después de 1918, la defensa de un liberalismo radicalmente democrático funcionó como eje central para estructurar sus posicionamientos políticos. Al menos, esto permite explicar no solamente la constante apelación al socialismo liberal que hemos analizado sino también sus percepciones —las positivas en relación con el fin del zarismo y las negativas por una posible exportación de una dictadura del proletariado— sobre el proceso liderado por los bolcheviques en Rusia.

Después de sus años de formación y sus primeros pasos como intelectuales y militantes, Campalans y Fabra Ribas se movieron en la intersección de un nuevo liberalismo y la tradición socialdemócrata que había resultado fuertemente afectada por los años de la Gran Guerra⁷³. Naturalmente, la suya fue una perspectiva más radical que, por ejemplo, la de Álvaro de Albornoz. Pero no fue diferente de la de otros, como el Araquistáin de los años previos a la república, que frente a la supuesta disyuntiva entre democracia y liberalismo optaron por la primera de las opciones sin abandonar la segunda. A pesar de que la evolución no fue necesariamente coincidente, Fabra y Campalans recurrieron cada vez con más frecuencia, especialmente después de la Gran Guerra, a un socialismo liberal y democrático frente a las opciones revolucionarias de

⁷² Prochasson, Christophe, *L'empire des émotions. Les historiens dans la mêlée*, París, Demopolis, 2008, p. 93

⁷³ Manuel Suárez Cortina (ed.), *La Restauración, entre el liberalismo y la democracia*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 9-29. Sobre el contexto europeo, continúan siendo muy sugestivas las primeras páginas de Mazower, Mark, *Dark Continent. Europe's Twentieth Century*, Londres, Penguin Books, 1999.

inspiración bolchevique y anarcosindicalista. Para ambos la opción a imitar fue la del laborismo británico, la opción «lenta» frente a la opción «rápida» y, desde su punto de vista, condenada al fracaso. Los años republicanos les llevaron a radicalizar puntualmente sus discursos y a sugerir incluso la pertinencia del uso de la violencia para mantener en pie el proyecto republicano. Pero hicieron esto sin dejar de apelar al liberalismo y la democracia.

Como es conocido, fue alrededor de la cuestión catalana donde se manifestó con más profundidad su divergencia. En este aspecto, también debe ponerse el foco en las relaciones entre sus concepciones del liberalismo y el nacionalismo. En cierta manera, el debate que ambos protagonizaron estuvo fundamentado en una concepción liberal de la nación que ya había sido defendida en 1915 por Jaime Vera y Julián Besteiro en el X Congreso. Frente al Imperio Alemán, habían insistido allí en el compromiso del socialismo internacional con la defensa de los valores liberales y democráticos desarrollados nacionalmente y entonces representados por Francia. En buena medida, tanto Fabra como Campalans compartieron esta perspectiva y la aplicaron para defender dos proyectos que entraron en tensión. A pesar de las diferencias que hemos visto, el sustrato del pensamiento nacional de ambos siempre estuvo en un renovado liberalismo democrático.

EL SOCIALISMO ELÍPTICO DE LUIS ARAQUISTAIN

ÁNGELES BARRIO ALONSO

Universidad de Cantabria

LOS TRES ESTADIOS «BIOGRÁFICOS» DE ARAQUISTAIN

Además de periodista, publicista y escritor vocacional, Araquistain fue, entre otros cargos políticos, concejal del Ayuntamiento de Madrid entre 1921 y 1923, diputado en las Cortes republicanas de 1931, 1933 y 1936 —en las de 1931 renunciaría a su escaño, por incompatibilidad con el puesto de embajador en Berlín—, Subsecretario del Ministerio de Trabajo con Largo Caballero, de abril de 1931 a marzo de 1932, embajador de España en Berlín, donde permaneció hasta mayo de 1933, y, finalmente, entre septiembre de 1936 y mayo de 1937, embajador de España en París. Araquistain escribía de forma compulsiva, su obra escrita que es ingente, con miles de artículos de prensa, varios libros de ensayo, prólogos, novelas, poesía e, incluso, varias piezas de teatro, que estrenó con discreto éxito y le permitieron desplegar, según los estudiosos, sus cualidades de crítico en las artes de masas, representa una especie de radiografía de la vida política española desde los primeros años del siglo XX hasta el umbral de los años sesenta, pero también de las inquietudes y expectativas del autor, cuyo interés por la política desbordaba a su afición, casi enfermiza, por los libros¹. Como el resto de su generación, la del 14, la

¹ Entre las obras de ensayo más conocidas de Araquistain están *Polémica de la guerra, 1914-1915*, Renacimiento, Madrid, 1915; *El peligro yanqui*, Sucesores de E. Teodoro, Madrid, 1919, *España en el crisol (Un Estado que se disuelve y un Pueblo que renace)*, Editorial Minerva SA. Barcelona, s.f.; *Ideas y Hechos. El ocaso de un régimen*, Galo Sáez, s.l., 1930 (versión corregida y ampliada de *España en el crisol*, recopilación de artículos publicada en 1920); *La batalla teatral*, Compañía Iberoamericana de Publicaciones, Madrid, 1930; *La agonía antillana. El imperialismo yanqui en el mar Caribe (impresiones de un viaje a Puerto Rico, Santo Domingo, Haití y Cuba)*, Espasa Calpe, Madrid, 1928; *La revolución mexicana. Sus orígenes, sus hombres, su obra*, España, Madrid, 1930, o la edición póstuma *El pensamiento*

obra de Araquistain no puede entenderse fuera de la coyuntura que le tocó vivir, los años críticos de la monarquía de Alfonso XIII, la dictadura de Primo de Rivera, la Segunda República, la Guerra Civil y, finalmente, el exilio, que determinaron, en la misma medida, su biografía, no solo por su compromiso político con el socialismo, sino también en lo personal, con momentos de plenitud, pero también de tragedia, personal y colectiva, especialmente, en el exilio, en los que se revela el Araquistain menos ácido y más humano².

Como cronista político y publicista, Araquistain era agudo y brillante, apasionado y cartesiano, al mismo tiempo, incisivo siempre en los juicios, certero en las descripciones de personas, situaciones o lugares, aunque su inclinación a la polémica, además de acarrearle antipatías y algunos pleitos, a menudo restaba fuerza a sus argumentos por exceso, por repetición. De lo «temible» de su personalidad hay muchos testimonios, el de Salvador de Madariaga, no siendo el más despiadado, deja poco espacio a la duda:

«La agudeza, no a primera vista evidente, era sin embargo, rasgo casi dominante en Araquistain, cuyo intelecto era muy activo y penetrante. La lectura de sus artículos y libros y la experiencia de su vida me confirmaban, sin embargo, que no iba descabellada mi primera impresión. Era en efecto su agudeza casi exclusivamente intelectual, por lo cual solía quedarse pasivo y romo ante cosas del ánimo o de la naturaleza que no se entregan así como al primero que llega (...). Era evidente que, para él, la sensibilidad artística se hallaba embotada y como olvidada por falta de ejercicio y de predisposición natural; de modo que todo lo que tenía de agudo, y no era poco, se confinaba a aquellos dominios del intelecto en donde cabe operar con el silogismo. Se le veía en la cara. Los ojos le irradiaban inteligencia, sátira, regocijo ante el error del otro; y la boca y la mandíbula expresaban agresividad. Tanto en sus escritos como en su persona, era Araquistain agresivo, y uno se daba a pensar en las riñas púgiles con las que solían antaño distraer su aburrimiento los marineros. Daba, pues, siempre la impresión de ser hombre de alta presión agresiva, de modo que para él la brega política como la polémica desgranaban sus episodios siempre al borde de la riña de gallos»³.

español contemporáneo, Losada, Buenos Aires, 1962 (con prólogo de Luis Jiménez de Asúa); entre sus obras literarias, las novelas *Las columnas de Hércules*, Ed. Mundo Latino, Madrid, 1921, o *El archipiélago maravilloso*, Ed. Mundo Latino, Madrid, 1923, y, entre las de teatro, *El coloso de arcilla*, Prensa moderna, Madrid, 1928.

² Tusell, Javier, «Vida y política de Luis Araquistain», en Peña Marazuela, María Teresa, *Los papeles de don Luis Araquistain Quevedo en el Archivo Histórico Nacional*. Subdirección General de Archivos D.L., Madrid, 1985.

³ Madariaga, Salvador de, *Españoles de mi tiempo*, Planeta, Madrid, 1974, pp. 309-310.

Como socialista, Araquistain pasó de un posibilismo de inspiración *fabiana* en los años de la Guerra Europea, a un discurso jacobino e inflamado en los años treinta, para volver, en el exilio, cuando ya estaba enemistado con la mayoría de su partido, a un socialismo moderado, atlantista y radicalmente anticomunista; en definitiva, Araquistain pasa por haber sido un socialista «desnaturalizado», heterodoxo, que se hizo acreedor por méritos propios de críticas inmisericordes, dentro y fuera del partido. En su etapa de periodista, en los años cruciales de la Guerra europea, Araquistain, que fue implacable con Maura y Romanones, alabó, sin embargo, a Melquiades Álvarez, a quien consideraba una especie de Lloyd George español e, incluso, contemporizó con los anarquistas moderados, como Seguí y Pestaña, pero sin alzar voz disidente alguna dentro de su partido. Después, cuando el líder del reformismo se manifestó incapaz de satisfacer tan altas expectativas, Araquistain no se inhibió de manifestar públicamente su decepción, como tampoco de enfrentarse a la disciplina del partido en la polémica del «tercerismo», seducido como tantos otros por la revolución rusa, para, sin embargo, votar después contra las «21 condiciones» que provocaron la escisión y dieron origen al partido comunista, y abandonar, finalmente, la militancia durante unos años. Cuando, en el umbral de la República regresó al partido socialista, se mantuvo disciplinado, como siempre, en el ala «caballerista», y sus desencuentros con Besteiro, como con Prieto, en los momentos de mayor tensión interna entre centristas y «jacobinos», fueron sonados. Más tarde, su inquina contra Negrín como jefe de gobierno no fue menor; al final de la Guerra Civil, en la carta de dimisión que, como portavoz de la minoría socialista en las Cortes republicanas, presentó a Martínez Barrio en abril de 1939, Araquistain «estrangulando viejos afectos», literalmente, acusaba a su antiguo amigo de ser el más funesto e irresponsable hombre de gobierno que había tenido España, una denuncia anticomunista que abría la espita a los rencores y a las enemistades políticas que caracterizaron al exilio socialista. Ni siquiera con Largo Caballero, su jefe de filas y mentor político, se libró Araquistain de los desencuentros, y aunque le defendió con total entrega después de octubre del 34 desde las páginas de *Leviatán*, y le acompañó en el camino hacia el exilio en 1939, también éste le retiraría su confianza poco antes de morir, en 1946⁴.

⁴ Fuentes, Juan Francisco, *Luis Araquistain y el socialismo español en el exilio (1939-1959)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2002.

La biografía de Araquistain es, como su obra, irregular, oscura y diáfana al mismo tiempo; empezando por sus orígenes, de los que él siempre evitaba los detalles, Araquistain había nacido el 19 de junio de 1886 en Bárcena de Pie de Concha, un pueblo del interior de la provincia de Santander, aunque todo el mundo le daba por vasco, una anécdota que consideraba expresiva de la confusión que había en España entre patriotismo e identidad⁵. Vasco de Elgoibar, con ascendencia en Eibar, era su padre, Arsenio Araquistain Aguirre, que tenía negocios en el puerto de Santander, y su madre, María Quevedo Calderón, castellana de Valladolid pero de ascendencia montañesa. Solo las circunstancias parecen haber situado a la pareja en la casa de la abuela materna en Bárcena de Pie de Concha, lugar al que Araquistain no regresaría. El abandono de su padre le llevó a vivir con unos parientes en Bilbao, donde en 1904 consiguió el título de marino mercante. El desarraigo afectivo y un cierto espíritu trasahumante le llevaron a viajar por algunos países de América del sur, hasta que en Argentina, de forma casual, descubrió la escritura y el periodismo, que se convirtió, a partir de entonces, más que en una profesión, en una pasión.

Araquistain regresó a España en 1908 como escritor y se orientó enseguida a la crónica política en varios periódicos de Bilbao y Madrid, entre ellos, *La Mañana* —el periódico de la izquierda liberal *canalejista*, fundado por Luis Silvela en 1909, y dirigido por Manuel Bueno, donde coincidió con Luis Morote, Luis Bello, Ramón Pérez de Ayala, Gregorio Martínez Sierra, e, incluso, con Pablo Iglesias—, *El Mundo* y luego en *El Liberal*, un periódico republicano levemente anticlerical y proclive al societarismo obrero, pero destinado al gran público, en el que la firma de Araquistain comenzó a ser conocida, especialmente, cuando hizo de corresponsal en Londres, donde las amistades, como veremos más adelante, y el conocimiento de la política británica le hicieron un defensor de la democracia liberal. De Londres, pasó a Berlín en 1911, donde entró en contacto con el marxismo y el neokantismo, y en una de sus idas y venidas, se afilió al partido socialista. En 1914 se casó en Londres con Gertrud Graa, Trudy, suiza de origen lituano, que sería a partir de entonces su compañera de vida y madre de sus dos hijos, Ramón y Sonia⁶. A su regreso,

⁵ *España*, Madrid, 4 de septiembre de 1919, «La montaña o el tema de la patria chica» por Luis Araquistain

⁶ Trudy Graa, a la que todos describen como una mujer muy bella, inteligente y de, al menos, tanto carácter como su marido, era habitual en las tertulias de mujeres del *Lyceum Club* de Madrid. Véase Mangini, Shirley, *Las modernas de Madrid. Las grandes intelectuales españolas de la vanguardia*, Península, Barcelona, 2001.

Araquistain frecuentó los ambientes intelectuales del Ateneo y la Liga de Educación Política, próximos al partido de Melquiades Álvarez, relacionándose con lo más selecto de la sociedad madrileña, sin parar de escribir colaborando con la revista *Europa*, *Iberia*, *El Imparcial* y en *España*, «semanario de la vida nacional», que dirigía Ortega y Gasset. La polémica de la neutralidad abrió una fractura entre los colaboradores que afectó a la revista, que, además, a finales de 1915, cuando Ortega dejó la dirección interesado en otros proyectos editoriales, estaba en quiebra técnica, por lo que ofrecieron el puesto a Araquistain que aceptó encantado, figurando como tal en la cabecera desde febrero de 1916 hasta que le sustituyó en enero de 1923 Manuel Azaña.

Araquistain, lector voraz de la filosofía y la literatura alemana, e interesado por el socialismo de cátedra, se manifestaba entonces más kantiano que marxista, asumiendo como propio el ideal colectivo de modernización a la europea del que hablaba Ortega, una empresa común de nacionalización democrática para España, y la actitud metódico-reflexiva característica de la Generación del 14, que la diferencia de la del 98⁷. Con el tiempo, Araquistain sería muy crítico con el *krausismo*, oponiendo la dialéctica marxista a la «prisión kantiana» del *krausismo*, que obligaba al pensamiento a convertirse en acción y deplorando que la ética de los principios sirviese de justificación a la ausencia de acción. Esa fe en la dialéctica, en la capacidad transformadora de la acción, que trascendía, a su parecer, a la desalentadora pasividad de los «intelectuales», parece haber sido la que le hizo dejar el periodismo y asumir en 1931 el riesgo de posibilismo que implicaba la presencia en el gobierno de los socialistas y su colaboración con la «república burguesa». De nuevo la experiencia, a partir de la derrota electoral de los socialistas que en noviembre de 1933 acudieron en solitario a las urnas, le convenció de que había sido un error y que era necesario cambiar de táctica. A partir de ese momento, en la revista *Leviatán*, bajo su dirección, la revolución socialista sería la única alternativa contra el avance del fascismo por Europa, del mismo modo que en el periódico *Claridad*, con su apasionamiento característico, volvería a defender en 1936 la táctica acción/reacción, que ya había sostenido en su etapa de radical aliadofilia en pro de la democracia, aquel prosaico «cuanto peor, mejor» que, en esta ocasión, allanaría el camino hacia el socialismo. Que Araquistain interpretara con naturalidad la polarización en los meses previos al golpe

⁷ Cerezo Galán, Pedro, *José Ortega y Gasset y la razón práctica*, Biblioteca Nueva/Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón, Madrid, 2011, especialmente, pp. 25-30.

militar del 18 de julio y el estallido de la Guerra Civil, y que lo justificara, no solo probaba la magnitud de la hegemonía del «caballerismo», sino también la fractura interna en el partido.

La euforia, sin embargo, no le duró demasiado a Araquistain; en setiembre de 1936 fue nombrado por el gobierno presidido por Largo Caballero embajador en París y su cometido fue gestionar las ayudas para la República en guerra en unas circunstancias muy complicadas. Sorteando innumerables dificultades, Araquistain logró, sin embargo, con la ayuda de Max Aub y José Gaos en la organización, y de Sert y Lacasa en la parte técnica, que España estuviera representada en la Exposición Universal de París de 1937, y que el Pabellón español, con obras de Miró, Calder, Julio González, Picasso..., alcanzase una gran resonancia internacional. La salida del gobierno de Largo Caballero en mayo de ese año, le devolvió a España, consciente de que la revolución socialista que había tratado de impulsar el gobierno de «auténtico» frente popular», había fracasado y que, con el nombramiento de Negrín para encabezar el gobierno, había llegado la hora de hacer balance. Instalado en Barcelona y recluido, prácticamente, en su casa, se dedicó a criticar abiertamente en sus colaboraciones en la prensa anarquista a su otrora gran amigo Juan Negrín, convertido, a su juicio, en rehén de la estrategia de los comunistas de anteponer la guerra a la revolución.

En febrero de 1939, Araquistain pasó la frontera en dirección a París, una complicada peripecia en la que acompañó a Largo Caballero, para de allí ir a Londres. En Londres vivió experiencias personales muy amargas, como la muerte de Trudy en 1942 a causa de la leucemia, y el suicidio de su hija Sonia en 1945, que le causaron un abatimiento profundo. Como testigo de la Segunda Guerra Mundial, había albergado esperanzas en un posible restablecimiento de la democracia en España, e, incluso, colaboró con Prieto en las negociaciones del Pacto de San Juan de Luz, pero, después, se rindió ante la evidencia de que la dictadura de Franco no tenía fácil remoción, e intentó concentrarse en la literatura. En 1952 se trasladó, con su hijo Ramón, a Ginebra, donde murió el 6 de agosto de 1959, defendiendo en sus últimos años un europeísmo atlantista, socialdemócrata y anticomunista, que, como en el juego de mesa, le devolvía a la casilla de salida.

Habitualmente se considera que hay tres Araquistain, el primero, el periodista aliadófilo, director de la revista *España*, pasa por ser un socialista moderado y posibilista; el segundo, el político y escritor, fiel a Largo Caballero, director de *Leviatan*, y *Claridad*, es probablemente el más conocido y criticado como inductor de la «bolchevización» del partido socialista; y, finalmente, el

tercero, el del exilio, el escritor escéptico y liquidador que retornaba a sus orígenes «socialdemócratas». El Araquistain al que vamos a dedicar más atención en estas páginas es el primero, el director de *España*, defensor de la democracia liberal y el socialismo democrático en los años de la Guerra europea, aparentemente contradictorio con el segundo, el de *Leviatán* y *Claridad*, el más breve, pero en el que están las claves para comprender al último, el del exilio, ya que, en cierto modo, lo descodifica. Fuera de cámara quedan necesariamente numerosos aspectos de detalle de la biografía y la obra de Araquistain, un escenario en el que la importancia de los actores que por él circulan y la trascendencia de las situaciones vividas, dan la medida del personaje, que cuenta con una relativamente amplia nómina de estudios muy especializados dedicados a su obra⁸. En los tres Araquistain, sin embargo, están presentes sus dos principales obsesiones, que fueron las de su generación: el papel de España en Europa, y el futuro de la democracia amenazada, y, aunque en la etapa final del exilio Araquistain mostrara su lado más idealista cultivando la historia del arte y la reflexión filosófica, su controvertida vuelta a los orígenes al final de su vida, bien podría ser interpretada como una forma de elipsis geométrica, y no como el resultado de su supuesta heterodoxia.

DEMOCRACIA LIBERAL Y SOCIALISMO DEMOCRÁTICO EN EL ARAQUISTAIN ALIADÓFILO

Los referentes del socialismo en Araquistain eran menos teóricos que experimentales, cuando ingresó en el partido socialista en 1911 ya había seguido como corresponsal de *El Liberal* en Londres la trayectoria del *Labour Party*,

⁸ Entre otros trabajos, véanse: Bizcarrondo, Marta, *Araquistain y la crisis socialista en la II República. Leviatán (1934-1936)*, Siglo XXI, Madrid, 1975; Fuentes, Juan Francisco, *Luis Araquistain y el socialismo español en el exilio (1939-1959)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2002; Ferrándiz Alborz, Fernando, «Luis Araquistain, su obra en su tiempo», en Nájera, Aurelio Martín (Superv. Dir.), *Catálogo de los archivos y documentación de los particulares*, vol. II, Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 1993; Tuñón de Lara, Manuel, «*España*, semanario de la vida nacional» y Montero, Enrique, «La financiación de *España* y la propaganda aliada durante la Primera Guerra Mundial», edición facsimilar de *España*, Topos Verlag, Vaduz/Turner, Madrid, 1982; Barrio Alonso, Ángeles, «Estudio Preliminar», en Araquistain, Luis, *La revista España y la crisis del Estado liberal*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, Santander, 2001, pp. 13-64, y «Estudio Preliminar», en Araquistain, Luis, *Polémica de la guerra*, Madrid, Fundación Francisco Largo Caballero, 2008, pp. XIII-LXII (ed. Facsimilar).

que consideraba decisiva en la evolución del liberalismo decimonónico hacia la democracia del siglo XX, y en nada parecida a la del partido en España que, desde la firma de la Conjunción republicano-socialista, se debatía entre el discurso de la revolución democrática y la socialista. Araquistain había ingresado en el partido obrero en un momento de fugaz y tibia apertura a los intelectuales y clases medias. La Escuela Nueva, impulsada por Núñez de Arenas como espacio de convivencia interclasista y en la que colaboraron Julián Besteiro, Manuel Azaña, Cossío, o el propio Araquistain, como la revista *Nueva Era* donde se trataban temas de socialismo científico y «nuevo liberalismo», o *Vida Socialista*, igualmente centrada en el pensamiento socialista europeo, la actualidad política y cuestiones sociológicas, y en la que participaban las mejores firmas del momento, influyeron mucho en ese proceso de apertura del partido a la sociedad. Precisamente, en *Vida Socialista* Araquistain publicó tres colaboraciones entre 1912 y 1913, en las que demostraba claramente que sus referentes políticos no estaban en ese momento en España, sino en Europa, y más concretamente, en Inglaterra. En una de ellas, «La guerra industrial. Causas y remedios», Araquistain tomaba como pretexto la aparición del libro *What the worker wants*, una recopilación de artículos del periódico conservador *Daily Mail*, de muy diversos autores —entre otros, su admirado H.G. Wells, a quien Araquistain había entrevistado en varias ocasiones—, para entrar en la cuestión del *lib-lab* —el pacto entre liberales y laboristas— y concluir que para el laborismo no había significado ninguna rendición y que si la clase obrera británica había perdido la confianza en el parlamentarismo y la democracia no había sido por la experiencia de la colaboración con los liberales, sino por las limitaciones de la clase dirigente que dominaba la política:

«La causa más seria del descontento obrero es, sin duda, su desilusión respecto del sistema parlamentario, pero no porque este sistema haya ya realizado la función para la que fue creado (...) sino porque apenas ha comenzado a realizarla, no la ha comenzado a causa del sistema odioso de los grandes partidos»⁹.

En el debate interno que el partido socialista sostenía en España acerca de las ventajas e inconvenientes de la Conjunción Republicano-socialista, cuyas posibilidades de gobierno eran más que remotas, la comparación con el caso británico resultaba prácticamente inútil. Pero el estallido de la Guerra europea en el verano de 1914, con el fracaso del internacionalismo proletario por parte de los socialistas, arrastrando a Francia y Gran Bretaña a una guerra defen-

⁹ *Vida Socialista*, Madrid, 2 de febrero de 1913.

siva frente al desafío imperialista del Reich, añadiría otro elemento no menos polémico a la controversia sobre la conveniencia del pacto con el republicanismo. La ponencia firmada por Besteiro y Vera en el X Congreso del partido, celebrado en octubre de 1915, y en la que reconocían la precaria fuerza de los socialistas, reafirmaría la necesidad de la Conjunción como una vía de transición, a través de la revolución democrática, hacia la revolución socialista, no andaba lejos de la senda que Araquistain parecía insinuar:

«El socialismo español debe mostrarse en sus predicaciones, en su organización y en su acción como una fuerza nacional, progresiva, democrática y civilizadora. No puede ser perturbación porque es organización. Sabe bien que en su medio social con vida económica miserable y civilización embrionaria no puede crecer ni sentirse a sí misma ni a la sociedad en que vive, si no es con la más santa de las intenciones y la más evidente de las impotencias. En este camino, y para hacer nación, progreso, civilización y democracia, para hacer Socialismo, nos encontramos con los republicanos. (...)»

La corriente republicana y la socialista, más amplia ésta y de cauce abierto a un porvenir ilimitado, son paralelas en muchos trozos del trayecto y muchas veces convergentes ¿Cómo, nosotros, los socialistas, no convertiremos en propósito deliberado este paralelismo, esta convergencia, esta conjunción natural con las fuerzas republicanas?

Además, hay una consideración que sólo obcecadamente podemos olvidar. La consideración de nuestra debilidad. Grandes en fuerzas ideales, teniendo a nuestro favor todas las corrientes activas de progreso, todo desenvolvimiento humano conforme a naturaleza y a razón, somos débiles como fuerza eficaz sobre las conciencias y sobre los hechos. No será en el aislamiento donde aumentemos nuestra eficacia. Hablemos y actuemos para que nos conozcan. En la relación con la clase trabajadora y en la relación con todas las fuerzas vivas nacionales y hasta en la relación con los indiferentes, tenemos que buscar nuestra fuerza, nuestra eficacia y nuestro triunfo...»¹⁰.

Para Araquistain, que analizaba desde otra perspectiva el papel que debía jugar en España el socialismo, el objetivo prioritario en aquellos momentos era la democracia; tenía conciencia de que la defensa que los socialistas alemanes venían llevando a cabo en el parlamento en pro de la jornada de ocho horas, el sufragio universal o el 1º de mayo, no era incompatible con la fe en la revolución socialista; pero, también de que, cuando en el verano de 1914 votaron

¹⁰ *El Socialista*, Madrid, 27 de octubre de 1915, «X Congreso Nacional del Partido Socialista Español».

a favor del presupuesto de guerra, las cosas habían cambiado¹¹. Araquistain fue testigo de la tormenta dialéctica entre los socialistas europeos acerca del eurocentrismo de la II Internacional y la cuestión de la pervivencia de los fundamentos marxistas en el proceso de expansión y crecimiento de los partidos socialistas europeos, obligados a decidir entre el internacionalismo proletario o los intereses nacionales amenazados por el militarismo alemán¹². De esa experiencia sacó varias conclusiones, una, que la preocupación de los socialistas alemanes por la progresión del posibilismo entre sus filas era infundada, que hubiera muchos más diputados socialistas en los parlamentos europeos, no ponía en cuestión el ideal de la revolución; otra, que la distancia entre los partidarios del programa revolucionario del marxismo y los defensores de un humanismo de corte ético, más proclive a las coaliciones en pro de la democracia, como Vandervelde en Bélgica, Adler en Austria o Turati en Italia, había ido creciendo; y, la más importante, que si Alemania ganaba la guerra, el futuro de los partidos socialistas europeos era incierto, por lo que no cabía otra alternativa que defender la causa de la democracia, como vía de transición al socialismo.

En Londres, Araquistain se había relacionado con Pérez de Ayala y Maeztu, que le habían introducido en los círculos *fabianos*. También se había sentido atraído por el liberalismo reformista de Lloyd George, que le llevó al convencimiento de que la moral del liberalismo británico era la síntesis de las tradiciones democráticas europeas, las mismas que en España representaba el republicanismo. Su conclusión fue que la idea de democracia liberal nunca podría hacerse realidad en España mientras hubiera una monarquía retrógrada y antidemocrática como la de Alfonso XIII¹³. Así que, cuando volvió a Madrid, en el clima ficticio de la neutralidad oficial española, Araquistain era ya un aliadófilo convencido que no dudaría en ponerse del lado de la causa de la democracia, por más que en el partido socialista hubiera muchas dudas acerca de la cuestión de la paz y la guerra. En la dirección de la revista *España* encontró el vehículo idóneo para expresar sus ideas sobre la neutralidad española, sobre la crisis política y el futuro del socialismo en democracia.

¹¹ Eley, Geoffrey, *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*, Crítica, Barcelona, 2003, pp. 129-144. Fuentes Codera, Maximiliano, *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural*, Akal, Madrid, 2014.

¹² Núñez Seixas, Xosé Manoel, *Entre Ginebra y Berlín. La cuestión de las minorías nacionales y la política internacional en Europa. 1914-1939*, Akal, Madrid, 2001.

¹³ Araquistain, Luis, *España en el crisol*, pp. 23-54 y 101-114

La revista se encontraba a finales de 1915 en situación crítica a causa de la subida del precio del papel por la guerra y la bajada de la publicidad, pero Araquistain se encargó de gestionar ante la embajada británica, deseosa de atraerse a la opinión pública española, los recursos necesarios para garantizar su continuidad. Comprensivo con la posición que los socialistas alemanes habían adoptado –por desconocimiento de la democracia, a su juicio– y con la de los franceses, porque era un efecto típico de estímulo/reacción, Araquistain consideraba que el socialismo no debía perderse en debates estériles sobre nacionalismo, sino recuperarse para la unidad del internacionalismo al final de la guerra. Sus razones no eran de índole doctrinal sino prácticas, el hecho de que los dos periódicos socialistas de mayor tirada, *Vorwärts*, órgano central del partido, y *Volkzeitung* de Leipzig, se hubiesen manifestado no críticos, sino muy críticos, contra el grupo parlamentario socialista, o que Liebknecht, Rosa Luxemburgo, Ledebour, Berstein, Mehring y algunos otros más, representaran la continuidad del ideal obrero dentro del partido y la cordura dentro de la locura militarista y nacionalista, eran, en su opinión, solamente síntomas de la falta de unanimidad dentro de la diversidad, y no propiamente de crisis. El destino del socialismo no estaba amenazado por la guerra, sino sólo por el triunfo de Alemania y la derrota de Francia y Gran Bretaña, que significaría el final de los derechos sociales de los trabajadores conquistados tan laboriosamente hasta entonces¹⁴. La tendencia de los partidos socialistas europeos a juzgar la guerra de manera extremista, como lo hacía el partido socialista español, a juicio de Araquistain, sin embargo, los estaba distrayendo con debates estériles sobre el nacionalismo, apartándolos del objetivo de responsabilidad del socialismo ante el futuro, que no era otra cosa que gestionar la paz cuando se produjera la derrota de Alemania, e impedir otra guerra. Llevar a cabo ese proyecto era imposible sin el compromiso de la clase obrera, por lo que no cabían inhibiciones:

«Tenemos que ser agentes, actores en esta gran guerra; nadie que tenga sentido histórico puede quedarse en el anfiteatro vociferando contra los que representan el bárbaro drama; todo el mundo está obligado a decidirse por un papel u otro. Hay dos razones para ello. Una es una razón de origen y otra una razón de finalidad. Originariamente, la guerra es una infracción de las bases en que se asienta la gran familia de los Estados europeos. Si un capitalista, movido por la envidia, o por el

¹⁴ En *Polémica de la guerra*, p. 275, escribía Araquistain: «Después de la guerra tendremos para rato régimen capitalista; pero éste, para salvarse, está recurriendo durante la guerra a un sistema socialista».

deseo de reducir el número de sus competidores, ataca con un puñal a otro capitalista, no decimos que sólo se trata de una riña de capitalistas, indiferente para la clase proletaria. El agresor, antes que capitalista, es un hombre que viola la paz civil, fundamento de toda sociedad humana; todos los hombres tienen el deber de evitar su agresión, y si no lo logran, de evitar por lo menos su reincidencia; otra cosa sería el retorno al estado natural, a la lucha perpetua, a la guerra perenne».

Aunque Araquistain consideraba la causa de los aliados moralmente tan justa que, por sí sola, legitimaba los sentimientos nacionalistas de Francia e Inglaterra, que los socialistas europeos diesen la espalda al internacionalismo obrero era el peor balance posible de la situación, y de ahí que representara, a su modo de ver, una oportunidad histórica¹⁵. En la recuperación de esa conciencia tras el final de la guerra, el pacifismo tendría que dejar de ser inofensivo y hacerse revolucionario:

«En vez de manifestaciones tranquilas y de exaltaciones meramente retóricas en el mitin y en el periódico, habrá que recurrir a la conspiración, al tumulto, a la revolución, a cuanto haga falta para impedir a los gobernantes el quebrantamiento de la paz del mundo. Y si algún inepto teórico alemán replica que hoy es imposible una revolución, porque basta una ametralladora en la boca de una calle para barrer mortíferamente a una muchedumbre, se le contrarreplicará que a una ametralladora se responde con otra y que la clase obrera podrá revolucionarse armada con los armamentos más perfectos»¹⁶.

La polémica, trasladada a España, alimentó la controversia entre socialistas simpatizantes de la causa aliada, y en el X Congreso del partido en octubre de 1915, Araquistain insistió en que, ante el dilema moral de la guerra y la neutralidad, era inútil el romanticismo:

«Moralmente, todos los Estados debieran intervenir en la lucha, pero no jurídicamente porque el derecho internacional no está ajustado a la moral. Naturalmente, los socialistas debemos sentir más que ningún otro partido esa obligación moral y no sacrificarlo todo a la reconstitución de la Internacional. La Internacional reconstruida, no tendría inmediatamente fuerza bastante para asegurar la paz, como no la tuvo para evitar la guerra»¹⁷.

¹⁵ Bauer, Otto, *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*, México, Siglo XXI, 1979. Cole, Douglas Howard, *Historia del pensamiento socialista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975. Vol. III.

¹⁶ Araquistain, Luis, *Polémica de la guerra...*, *op. cit.*, p. 288

¹⁷ *El Socialista*, Madrid, 31 de octubre de 1915, intervención de Araquistain en la décima sesión del X Congreso nacional, dedicada a la discusión respecto a la guerra europea.

Araquistain, con Besteiro y Fabra Ribas, presentó la moción en contra de la neutralidad, ganaron, y la cuestión quedó zanjada, lo que le permitió insistir, una y otra vez, desde la dirección de *España* en la idea de que mantenerse neutral era extremadamente peligroso para España que, dada su posición estratégica en el Mediterráneo corría el peligro de convertirse en la «Turquía de Occidente», y con su característica mordacidad escribía:

«Hay en nuestro país gentes que se parecen, en el celo extremado y extemporáneo con que defienden la neutralidad de España, a esas solteronas quincuagenarias que viven constantemente en el terror de que algún malvado asalte su virtud»¹⁸.

Las manifestaciones enfáticas de Araquistain a favor de los aliados, le valieron la hostilidad de *ABC*, que emprendió una campaña contra él acusándole de violar la neutralidad oficial, pero eso solo le dio más fuerza para redoblar su crítica al gobierno. En un artículo publicado en diciembre de 1916, «Hacia la tercera neutralidad» —uno más en una serie sucesiva en la misma línea—, Araquistain arremetía contra la falsa custodia de la neutralidad, mientras no cesaban los ataques de los submarinos alemanes a los barcos españoles, acusando al gobierno de «constantinismo», una metáfora que había tomado prestada de Unamuno:

«El cesarismo, si fracasa, puede engendrar la revolución; pero también puede acabar en revolución el constantinismo, como lo anuncian algunos signos en Grecia. El constantinismo, en suma, puede ser el puente para que se incorporen espiritualmente a la guerra muchos hombres y partidos que creían excluida de ella la vieja lucha entre república y monarquía. Entretanto, bueno es que nos vayamos soltando en la difícil conjugación del verbo constantinizar: yo constantinizo, no constantinice usted...»¹⁹.

Araquistain vaticinó en aquel artículo el final político de Romanones a causa de su falta de decisión, de su encogimiento, de su pasividad y retracción enfermiza, al no denunciar el bloqueo ante la sociedad española, y casi acertó porque, en abril de 1917, le sucedía en el gobierno García Prieto, sin que cambiara la situación y haciendo crecer los sentimientos aliadófilos de la sociedad española. Después de la crisis de agosto de ese año, cuando ya había entrado en la guerra Estados Unidos, y Romanones trataba de evitar una paz forzada que perjudicaba a España como país neutral, Araquistain no tuvo piedad, haciendo del defecto físico de la cojera del conde trasunto de sus «defectos» morales, ya

¹⁸ *España*, Madrid, 2 de noviembre de 1916, «¿No vale nada España?», por Luis Araquistain.

¹⁹ *Ibidem*, Madrid, 17 de mayo de 1917, «Un pueblo narcotizado», por Luis Araquistain.

que en el camino a la negociación de la paz, España en su demora a adoptar la posición de los aliados no podía hacer valer su dudosa neutralidad en el concierto europeo que se abría tras el final de la guerra²⁰.

Aunque el interés de la embajada británica en la revista *España* se había enfriado ya, y hubo que recurrir a fondos franceses para mantener la revista a flote, Araquistain no dejó de estar a favor de la causa de los aliados hasta el final de la Guerra, enlazándola con su otra obsesión, la crisis política española. Por su simpatía a Lloyd George que, a su juicio, era un ejemplo evidente de cómo un liberal abierto e inteligente se había escorado hacia el laborismo para hacer política de Estado y no de partido, Araquistain se inclinaba hacia Melquiades Álvarez y no hacia Lerroux, porque sus posibilidades de dar un golpe a la monarquía y modernizar el Estado le parecían mucho mayores. Araquistain definía el problema político español en términos de patología, hablaba del «narcótico neutralista», de los «pueblos incapacitados», de España como «Paralísia», un país en donde disputaban «asesinófilos y asesinófobos»²¹, pero, lo grave era que, a pesar de la retórica revolucionaria, sin poder civil, sin voluntad popular, el problema persistía por la falta de hombres capaces:

«No es en esencia, por lo tanto, la actual una crisis de hombres que no hallen puesto, ni de puestos que no hallan hombres. Tampoco es una crisis de técnica. Claro está que todo ello entra en la crisis de conjunto: hay tal vez algunos hombres que gobernarían mejor que otros, puestos que difícilmente pueden llenarse con decoro y técnica defectuosa. Pero la crisis más honda consiste en un conflicto de poderes frente a un régimen de autocracia, la conciencia pública reclama un régimen de democracia. Por esto es revolucionario el movimiento de los militares: han dado el ejemplo al resto de la nación, y al insurreccionarse contra la autocracia han desvanecido, ante la opinión pública, el temor que la coartaba y contenía, de que fuesen los más firmes sostenes del poder personal. Es una crisis constitucional, que solo podrá solucionarse con la reforma de la Constitución, aboliendo toda prerrogativa individual en beneficio del Parlamento. Esto es aquí lo nuevo. Y también lo claro. Y si no se otorga inmediatamente, la democracia española, desesperada a la postre de poder realizarse dentro de la monarquía, tendrá que buscar como instrumento de expresión otra forma de gobierno»²².

²⁰ *Ibidem*, 17 de enero de 1919, «Romanones a París. Un viaje lamentable», por Luis Araquistain.

²¹ *Ibidem*, Madrid, 31 de enero de 1918, «Pueblos trágicos. El país de los paralíticos», por Luis Araquistain.

²² *Ibidem*, 14 de junio de 1917, «La crisis de la autocracia» por Luis Araquistain.

El ambiente inflamado de aliadofilia que había presidido el célebre mitin de las izquierdas en mayo de 1917, con Azcárate, Barcia, Leopoldo Palacios, Zulueta, Besteiro, Azaña, Núñez de Arenas y Araquistain, entre otros, en la tribuna, y en el que Melquiades Álvarez hizo una encendida declaración de fe «republicana», le había hecho creer en la posibilidad de que la Guerra había activado la confianza en la democracia y contra la oligarquía, y que las condiciones eran idóneas para una revolución que Araquistain veía como un gran movimiento desde abajo, sin relación con golpes de Estado, sino como un impulso irrefrenable que procedía de la falta de alternativas, ¿cómo negarse, pues, a la Conjunción? se planteaba²³. Y de ahí que interpretara la movilización que desembocó en la huelga de agosto de ese año como un episodio más de la gran conmoción revolucionaria que atravesaba el continente de parte a parte. Su noción de evolución como revolución, presente en muchos de sus textos, está en relación con el papel que en la crisis política española le atribuía al socialismo, resaltando la paradoja de que las izquierdas se veían obligadas a asumir el papel histórico de los liberales, de tal modo que, con la prensa amordazada y la opinión pública anestesiada, el socialismo democrático tenía que ocupar, por ausencia de éste, el lugar del liberalismo democrático, y adoptar posturas «conservadoras», como solicitar la apertura del parlamento o las garantías constitucionales.

La huelga revolucionaria de agosto fracasó rotundamente, pero no le quitó a Araquistain la confianza en Melquiades Álvarez. En plena movilización sindical y protestas del invierno de 1918-19, Araquistain proponía desde *España* la solución a la «británica» del parlamento industrial, un foro para que patronos y obreros llegasen a los acuerdos necesarios para garantizar la pacificación de las relaciones laborales, señalándole como la gran esperanza española que, como Lloyd George, con su visión de Estado, podía encarnar el espíritu de transacción necesario para resolver la grave crisis política y social. Pero, cuando a partir de 1921-22 quedó claro que la democracia liberal no era una alternativa viable en España, Araquistain, que simpatizaba con la revolución bolchevique aunque no formó parte de la escisión «tercerista» que dio origen al partido comunista, se inclinó por la movilización de la opinión pública, por la contes-tación en la calle, por la insubordinación en los centros de trabajo, poniendo como ejemplo las ocupaciones de fábricas en Italia, el fenómeno *consejista* del

²³ *Ibidem*, 24 de mayo de 1917, «El mitin de las izquierdas», por Luis Araquistain.

llamado *bienio rosso*, como una fórmula reactiva para acabar con la «parálisis» morbosa de España.

En enero de 1923 dejaba oficialmente la dirección de *España*, de la que se haría cargo Manuel Azaña; su fe en Melquiades Álvarez y en el liberalismo democrático que representaba su proyecto, se había debilitado hasta el punto de no reconocerle ya posibilidades para gestionar una crisis de tamañas dimensiones. Cuando Melquiades Álvarez presidía el Congreso de los Diputados, en un artículo publicado en mayo de 1923 bajo el epígrafe «Hacia una crisis histórica», Araquistain manifestaba sus dudas sobre la regeneración política por vía parlamentaria, y señalaba cómo Don Melquiades, ironías del destino, se había convertido en «piloto de la Corona en el Congreso», para advertir, finalmente, con tono premonitorio que, si no había civiles capaces de instaurar el principio de responsabilidad en todas las funciones del Estado, probablemente esa función tendrían que asumirla los militares²⁴.

VIRTUALIDAD DEL SOCIALISMO Y LA DIALÉCTICA DE LA PRAXIS EN ARAQUISTAIN

La virtualidad del socialismo en la política española, las claves de su papel histórico, como se desprende de la trayectoria del partido obrero, desde sus orígenes en 1879, hasta su consolidación como partido de gobierno en 1982, es una cuestión que sigue abierta al análisis y a la interpretación. A lo largo de sus más de cien años de historia, y hasta que en 1979 renunciara oficialmente al marxismo en un congreso extraordinario, el discurso oficial del partido socialista osciló entre la retórica pro lucha de clases, característica de una formación obrera, y el gradualismo propio del socialismo democrático; o dicho de forma más esquemática, entre la ortodoxia marxista y la socialdemocracia. La historia del socialismo español, de sus organizaciones —que incluye a UGT, el sindicato «hermano», y a la organización juvenil—, corrientes internas, programas, prácticas, prensa, propaganda o personalidades más sobresalientes, está salpicada de personalismos, y de intercambios e «interferencias» entre el partido y el sindicato, especialmente en aquellas ocasiones en que el sindicato, que tenía más fuerza, condicionó la orientación del partido. El debate interno sobre la democracia como objetivo, o como fase en el camino hacia el socialismo, se planteó repetidamente y en diferentes circunstancias políticas —en la Restau-

²⁴ *Ibidem*, 26 de mayo de 1923.

ración, en la dictadura de Primo de Rivera, en la Segunda República, en la Guerra Civil y en el exilio tras la derrota ante Franco— y casi siempre se resolvió a favor de los «jacobinos», por así decirlo, frente a los «socialdemócratas». Los «desencuentros» entre la dirigencia fueron, en consecuencia, inevitables y formaron parte de la historia interna de una organización, en la que la «heterodoxia», como expresión de la diversidad de corrientes y opiniones dentro del partido, tenía pocas posibilidades de éxito si no contaba con el respaldo de las bases, que procedía principalmente del sindicato.

A la luz de su experiencia como militante en el partido socialista, donde había menos espacio para las licencias que en el periodismo y la escritura, la heterodoxia de Araquistain parece, cuando menos, relativa, ya que no discrepó de la línea oficial del partido ni durante las primeras etapas de la militancia, ni cuando se reincorporó al final de la dictadura de Primo de Rivera, habiendo dejado atrás el periodismo, y asumiendo cargos políticos de importancia. Lo suyo parece una «excepcionalidad» que, en cualquier caso, invita a reflexionar sobre la naturaleza y los recorridos de las ortodoxias y heterodoxias en el socialismo español, y que radica en sus textos como periodista y publicista y no tanto en su calidad de miembro del partido. Que la evolución desde el socialismo democrático de su época aliadófila hacia el socialismo radical de *Leviatán* fuera producto de un simple cálculo oportunista, o que su lealtad personal a Largo Caballero pesara más como miembro del partido que sus propias convicciones, parece una hipótesis poco verosímil—se decía que lo del «Lenin español» aplicado a Largo Caballero había sido cosa de Araquistain—, aunque se trata de un asunto no menor, ya que Araquistain, además de haber hecho de la revista *España* en su etapa de director un púlpito para su aliadofilia radical, es quizá uno de los socialistas que más contribuyó a la divulgación del marxismo teórico en España en los años de la Segunda República, a través de sus artículos en *Leviatán* y otros foros. Precisamente por ello, su defensa de un socialismo moderado y alejado del marxismo canónico en los años del exilio, resultaba incoherente para quienes le habían visto defender enfáticamente la «bolchevización» del partido y la vía revolucionaria del socialismo unos años antes, un cambio que, tras la desastrosa experiencia de la Guerra y de las fracturas del exilio, algunos interpretaron no como mudanza ideológica, sino como simple arrepentimiento. Pero, de haber sido, efectivamente, azarosas, morales, o sentimentales, sus razones, el socialismo de Araquistain más que heterodoxo, parece elíptico, inclinado siempre al *tacticismo*, no por desconocimiento de la teoría—Araquistain había leído tanto a Marx como a los revisionistas en versión original—, sino por el imperativo de la acción que representa el *ethos*, la seña de identidad de su generación.

En junio de 1915, en medio de la polémica sobre la neutralidad española, que a su juicio estaba resultando letal para el país, las reflexiones de Araquistain en las páginas de la revista *España* sobre la superioridad moral de la acción sobre el pensamiento, eran muy expresivas de esa pulsión pragmática que, con independencia de sus resultados reales, impregna su obra:

«El pensamiento puro conduciría siempre, si fuera posible, a una absoluta inacción. Todo acto es un vencer a una mitad del pensamiento. De ahí que todos los espíritus sumamente críticos sean rara vez hombres sumamente dinámicos y, al contrario, los hombres muy dinámicos no lo son sino a expensas de su facultad crítica. Pensar es ver desde el centro de la rosa de los vientos: obrar es olvidarse de todos los demás rumbos y encaminarse en una dirección única»²⁵.

Esta noción de la decisión política como el producto de una selección exigente y afinada de principios teóricos, en la que no encontraba razón para que la metafísica de las abstracciones no se subordinara a la contingencia de la realidad, hace que su elipsis no represente un desafío a la ortodoxia, sino, como en la figura gramatical, sea más bien un recurso puesto al servicio de unos objetivos políticos determinados, que en este caso eran la europeización y la democratización de España. Si la revolución que Araquistain invocaba en 1915 era ética, cabía en los márgenes del socialismo liberal y correspondía a una nueva generación de hombres capaces de romper el ensimismamiento e insuflar a la sociedad española la ilusión de un proyecto colectivo de cambio, veinte años después, en 1935, haciendo balance de la participación ministerial de los socialistas en el primer bienio republicano, Araquistain consideraba que los errores cometidos habían sido, sencillamente, una experiencia necesaria para romper con lo que él mismo definía como las «ilusiones» del republicanismo democrático:

«Mientras Largo Caballero trabajaba con frenesí en confeccionar leyes y leyes, yo recibía en la Subsecretaría del Trabajo comisiones obreras que venían diariamente de los campos castellanos, andaluces, extremeños, a denunciarnos que las leyes ya vigentes no se cumplían, que los caciques seguían mandando y que la fuerza pública nada hacía para meterlos en cintura. Rechinando los dientes de impotencia y rabia, las enviábamos a Gobernación, o reclamábamos personalmente a este ministerio o al que fuera; pero las leyes más eficaces no se cumplían, o solo a medias, porque los caciques eran fuertes y porque no había que “favorecer demasiado la política socialista”. Estaba visto: sin tener una fuerza superior en la mano, no se puede hacer una revolución, por pequeña que sea, no ya en la calle, sino en el Poder mismo.

²⁵ *España*, Madrid, 4 de junio de 1916, «El fantasma de la intervención», por Luis Araquistain.

Pero esos errores, insisto, fueron necesarios. Sin ellos, sin la experiencia en que se hicieron patentes, sin la participación ministerial de los socialistas, con todas sus consecuencias y enseñanzas, es probable que hoy siguiéramos viviendo todavía en plenas ilusiones republicano-democráticas, como viven otras fracciones del partido»²⁶.

Araquistain, como el resto de escritores de su generación, no concebía el periodismo como un ejercicio literario, sino como un compromiso cívico —la prensa era, en su opinión, «el más poderoso instrumento de educación popular»²⁷—, de ahí la interferencia constante de la opinión, llevando siempre la información a su terreno, y que sus dos grandes preocupaciones, la evolución de España hacia la democracia en el marco de la democracia europea, y la construcción del socialismo, estuvieran presentes, de una u otra forma, en sus textos. Aunque, gracias a sus viajes, a su dominio de los idiomas —hablaba y escribía correctamente inglés, francés y alemán—, y a su pasión casi enfermiza por los libros, tenía una cultura muy vasta y variada, al carecer de los títulos académicos de Ortega, Besteiro, o Núñez de Arenas, Araquistain no se sentía cómodo en los círculos intelectuales autóctonos, y, de hecho, alcanzó más reconocimiento como intelectual en sus etapas de embajador en Alemania y Francia, que en España. Su decepción ante la debilidad del compromiso de los intelectuales en los cambios que el país demandaba, quedaba patente en su demoledor discurso sobre las miserias morales de la «minoría selecta»:

«Lo que ocurre es que, en España, ese tipo de hombre que se llama a sí mismo intelectual, es como dicen los alemanes, *kleinbürgerlich*. Poco idealista y menos sensible a los dolores de la humanidad, no les preocupa más que eso de hacer su carrera, labrarse una posición, encontrar un pingüe empleo, una cátedra, una sinecura o una novia rica (...) El intelectual medio español, además de creer que es un signo de elegancia espiritual no tener tratos ni relaciones políticas comunes con los obreros, siente una admiración servil por el hombre rico que, en forma más o menos delicada, puede regalarle un sueldo a cambio del ornato de su compañía»²⁸.

En su ingreso en el partido socialista Araquistain había coincidido con Núñez de Arenas, director de la Escuela Nueva con quien colaboró en distintas ocasiones, con Julián Besteiro, que acababa de obtener su cátedra de Lógica en la Universidad Central, con Óscar Pérez Solís, dedicado entonces

²⁶ *Leviatán*, Madrid, octubre-noviembre de 1935. N. 18, «Errores necesarios. Los socialistas en el primer bienio», por Luis Araquistain.

²⁷ Araquistain, Luis, *España en el crisol*, p. 277.

²⁸ *Ibidem*, p. 81.

al periodismo, con Verdes Montenegro y Andrés Ovejero, ambos profesores, pero también con Indalecio Prieto, vasco de adopción como él, con quien mantuvo a lo largo de su vida una relación estrecha, de desavenencias al final de la República y la Guerra Civil, y de sucesivos encuentros y desencuentros en el exilio, o con Julio Álvarez del Vayo, doctor en Derecho que también había ejercido de periodista en Londres, y que se convirtió en su cuñado al casarse con Luisa, la menor de las hermanas Graa, mientras que la segunda, Erika, lo haría con Agustín Viñuales, catedrático de Hacienda Pública en Madrid, y militante de Acción Republicana, el partido de Azaña. Araquistain fue teóricamente influyente en el partido, pero, a diferencia de Prieto o Besteiro, no creo corriente –aunque Azaña proponía hablar de «araquistainismo» en lugar de «caballerismo», en alusión a la radicalización del partido entre 1934 y 1936–, se mantuvo en el ala caballerista fiel al jefe de filas, con un perfil, en general, bajo, y aunque su nombre se barajó en varias ocasiones para ser ministro, fueron sus cuñados los elegidos –Viñuales fue ministro de Hacienda con Azaña en 1933, y Álvarez del Vayo, de Estado con Largo Caballero en 1936, mientras que a él le correspondieron cargos menores como Subsecretario del Ministerio de Trabajo, delegado de la OIT, o embajador.

Cuando era uno de los «nuevos», en los debates que marcaban las posiciones internas en el partido, el de la Conjunción republicano-socialista o el de la postura de los socialistas ante la Guerra europea, a diferencia de Verdes Montenegro, por ejemplo, que era contrario a mantener el pacto con los republicanos y a romper la neutralidad, Araquistain, profundamente aliadófilo, estuvo del lado de las resoluciones tomadas en los congresos, como se puso de manifiesto al firmar con Besteiro y Fabra Ribas la moción que dejó definitivamente zanjada la cuestión de la neutralidad, en octubre de 1915²⁹. Sin embargo, en la crisis abierta por los «terceristas», y, especialmente, a raíz del debate sobre las 21 condiciones que exigía la Internacional Comunista, que partió el partido en dos, Araquistain, como Fabra Ribas, no estuvo con los disidentes, que eran mayoría en el partido y las Juventudes, y entre los que tenía grandes amigos como Núñez de Arenas, Oscar Pérez Solís, Verdes Montenegro, o Daniel Anguiano, pero tampoco se sumó a la línea oficial, sino que abandonó la militancia³⁰. Sus viajes por Europa y América le mantuvieron fuera del debate

²⁹ *El Socialista*, Madrid, 27 de octubre de 1915, «X Congreso Nacional del Partido Socialista español».

³⁰ *El Socialista*, Madrid, 13, 14 y 15 de abril de 1921, «Congreso extraordinario del Partido Socialista Obrero».

sobre la colaboración con la dictadura de Primo de Rivera, e impregnándose de las experiencias vividas en Portugal, México, Haití, Cuba y Estados Unidos, escribió varios libros, entre ellos *España en el crisol* y *La revolución mexicana*³¹. Cuando regreso a España en 1929, tan reconciliado con el partido que animó a Negrín a afiliarse, se volcó en la política, ajustando sus ideas y expectativas a los compromisos de la organización y, aceptando la disciplina de partido, se presentó en abril de 1931 como candidato por Madrid a las elecciones municipales y obtuvo el acta de concejal. Proclamada la República, salió elegido diputado por Bilbao y Valladolid en las elecciones de junio, para entonces, el proyecto de república democrática se había hecho realidad y, además, el partido socialista tenía en él responsabilidades de gobierno, una tarea transformadora que Araquistain asumió con total dedicación, ya desde el escaño en el parlamento, el ministerio de Trabajo, o en el desempeño de la política cultural exterior de altos vuelos en que se había comprometido la República, desde las embajadas de España en Berlín, primero, y más tarde en la de París, ya en plena Guerra Civil³².

Araquistain trataba siempre de dar a sus argumentos silogísticos una base empírica que evitara las elucubraciones metafísicas que tanto detestaba en los filósofos pero, dada su inclinación natural a la polémica, a menudo sus textos resultaban casi una provocación, y no se enmendó cuando los socialistas pasaron a la oposición en 1933. En la polémica que entabló en 1935 con Besteiro desde las páginas de *Leviatán* a raíz de su crítica al discurso de ingreso de éste en la Academia de Ciencias Morales, y en la que desafiaba su autoridad como filósofo en materia de marxismo, Araquistain parecía más interesado en rebatir a Besteiro, por el placer de ridiculizar a un opositor en el partido y amargarle el nombramiento, que en defender a Marx de los marxistas revisionistas, como, en teoría, pretendía³³. Consciente del fracaso del proyecto «república», Araquistain se enfrentó con furia, tanto desde el partido, como desde *Leviatán*, primero, o *Claridad*, más tarde, contra toda opinión centrista, como la de

³¹ Araquistain, Luis, *La revolución mexicana. Sus orígenes, sus hombres, su obra*, Editorial España, Imprenta Galo Sáez, Madrid, 1930.

³² Fuentes Aragonés, Juan Antonio, «Luis Araquistain embajador de la II República en Berlín (1932-1933)», *Spagna Contemporanea*, 8, 1995, pp. 19-30.

³³ *Leviatán*, Madrid, mayo de 1935, n. 13, y junio de 1935, n. 14, «El profesor Besteiro o el marxismo en la Academia», y «Un marxismo contra Marx», por Luis Araquistain. La respuesta de Besteiro se publicó en *Democracia*, 15 de junio de 1935 y 6 de julio de 1935, «Leviatán y el socialismo mitológico» y «Mi crítico empieza a razonar».

Prieto; su invocación a la movilización de masas y al activismo revolucionario tuvo efectos evidentes en el proceso de gestación del Frente Popular a finales de 1935, cuando el «caballerismo» decidió tomar la dirección opuesta al pacto que Prieto negociaba con Azaña, y aproximarse a los comunistas. En su apologética defensa de Largo Caballero frente a quienes le consideraban un renegado de la lucha de clases, al no haberse declarado responsable ante los jueces de los hechos de octubre de 1934, Araquistain no daba un paso atrás:

«Francisco Largo Caballero sale del proceso más socialista marxista que antes, como Engels después de la revolución de 1848 y como Marx después de la Comuna de París»³⁴

Cuando en mayo de 1937 entendió que había fracasado la revolución socialista que había tratado de llevar a cabo Largo Caballero durante su gobierno de «frente popular» real, arremetió contra Negrín reprobándolo muy duramente. El impacto de su célebre carta de dimisión en abril de 1939 como portavoz socialista ante Martínez Barrio, como presidente de las «fantasmagóricas» Cortes republicanas, fue extraordinario. Publicada en los medios franquistas como prueba de la desnaturalización «comunista» de la república, la carta revelaba la inveterada inclinación a la polémica de Araquistain, que daba por muerta la República a causa del mal gobierno de Negrín, doliéndose, al mismo tiempo, una vez más, de la falta de hombres representativos capaces de haber salvado la democracia:

«El cuerpo de la República ha muerto exangüe y hambriento por obra de un gobierno que, durante casi dos años, ha dado pruebas de la máxima ineptitud en la dirección de la guerra, del sostenimiento de la población civil y de la política internacional, que jamás estuvo, en la larga y desventurada historia de España, en manos más torpes e incompetentes; pero la superestructura se ha hundido envuelta en una espesa niebla mefítica y cenagosa. Cuándo podrá recobrar el pueblo español su fe en la pureza y capacidad de sus hombres representativos, de sus partidos y organizaciones, y su esperanza en la democracia?»³⁵.

Además de las acusaciones y las permanentes polémicas, en el Araquistain del exilio, escéptico y desmoralizado, parecen haber pesado las tragedias perso-

³⁴ *Leviatán*, Madrid, 1 de enero de 1936. N. 20, «Largo Caballero ante los jueces», por Luis Araquistain: Araquistain publicaba en ese número de la revista el prólogo al libro *Un proceso histórico. Francisco Largo Caballero ante los jueces*, cuya edición preparaba el Partido Socialista.

³⁵ AHN, Papeles de Araquistain. Leg. 33.

nales tanto como las desavenencias políticas con sus compañeros de partido, ya fuera con Prieto, con quien también tuvo periodos de colaboración y acuerdo, o con algunos republicanos, como en el caso de Gordon Ordás, presidente del gobierno republicano en el exilio de México, pero, también, de las avenencias y las relaciones amistosas sostenidas, en ocasiones, a contrapelo de los acontecimientos, como con los anarquistas Abad de Santillán o Juan López, a través de los años y la distancia. Araquistain no dejó de escribir y opinar, tanto en la etapa de Londres, en la que sobrevivió económicamente gracias a sus colaboraciones con distintas empresas editoriales, con la BBC y a las conferencias que le solicitaban desde distintas partes del mundo, como la de Ginebra, en la que a pesar de que su situación económica había empeorado, logró recuperarse anímicamente de sus desgracias personales, como en una especie de segunda juventud, encabezando numerosos proyectos y sin perder interés por la vida del partido. De hecho, cuando murió de forma repentina el 6 de agosto de 1959 a causa de un accidente vascular, estaba charlando en su casa con Andrés Saborit, a quien las antiguas desavenencias de Araquistain con Besteiro, no le habían impedido mantener con él una relación amistosa, y le visitaba con frecuencia. Tres años después se publicaba *El pensamiento contemporáneo español*, una recopilación de textos en los que reaparecía el Araquistain más kantiano, defensor de Menéndez Pelayo y de la pedagogía krausista de Giner, que, muy lejos del marxismo, interpretaba a España en clave histórica evolucionista. ¿Era el resultado de veinte años de exilio, o, simplemente, otra elipsis más de su pensamiento socialista?

LA DEFENSA DE LA DEMOCRACIA LIBERAL EN UNOS AÑOS DIFÍCILES: LOS CASOS DE NICOLAU D'OLWER Y CAMPS I ARBOIX

GIOVANNI CATTINI
Serra Hüner Fellow
Universitat de Barcelona

ESTE texto se centra en hacer una aproximación a los límites del liberalismo y de los partidos liberales durante las incógnitas fruto de la coyuntura surgida entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial, cuando pareció que los valores de la democracia y el liberalismo habían entrado en una crisis irremediable frente a la oposición entre fascismo y comunismo. En este marco, nuestra aportación pretende seguir algunas de las reflexiones que hicieron dos autores catalanes como Lluís Nicolau d'Olwer y Joaquim de Camps y Arboix a lo largo de este período. Si el primero llegó a tener un papel importante en la política de la Segunda República española, el segundo no tuvo la misma proyección, pero tuvo la capacidad de ser un crítico agudo de la realidad que le tocó vivir y de la necesidad de instaurar una democracia liberal en España.

EL LIBERALISMO EN LOS AÑOS ENTRE LAS DOS GUERRAS MUNDIALES

Se ha hablado muchas veces de la crisis del liberalismo a nivel europeo que siguió al final de la Primera Guerra Mundial, cuando el panorama estatal europeo, y el área mediterránea en general, mutaron profundamente. Así en el centro de Europa desaparecieron las dinastías que habían reinado en Alemania y Austria, país que conoció una desmembración importante. También el Imperio otomano conoció la misma suerte al desmembrarse dando lugar al nuevo Estado turco de Mustafá Kemal. Del mismo modo la misma idea de democracia y de Estado liberal entraban en un largo periodo de crisis que determinaba el colapso de los Estados que se habían forjado a lo largo del ochocientos, como pasó en el área mediterránea con los casos elocuentes de Italia, España, Portugal o Grecia¹.

¹ Griffin, Roger, *International Fascism: Theories, Causes, and the New Consensus*, London, Arnold, 1998; Berg-Schlosser, Dirk y Mitchell, Jeremy (eds.), *Conditions of Democracy in*

En este marco, el liberalismo político tuvo que enfrentarse con la modernidad de las nuevas formas de partido, impuesta por el nacimiento de las organizaciones políticas de masas (socialistas y católicas) y, por otro lado, los liberales tuvieron que reformular sus planteamientos frente a las crisis económicas y sociales que socavaron los límites y posibilidades con las cuales las políticas liberales habían actuado a lo largo del siglo XIX y hasta la Primera Guerra Mundial. De hecho, y mirando a un contexto cercano como el que se presenta en la Italia de los años posteriores a la Gran Guerra, nos parecen sugerentes algunos nudos de la historiografía italiana que podríamos decir que ha puesto en el centro de su análisis dos grandes líneas interpretativas: la primera, la que ha acentuado las causas internas al sistema político (su dinámica y su función interior) para explicar la crisis del liberalismo político y la llegada de la dictadura; la segunda, con una interpretación que privilegia las causas externas como las transformaciones económicas, los intentos revolucionarios y las protestas sociales como elemento interpretativo determinante².

Asimismo y desde el punto de vista de la formación del partido político podemos rastrear otra serie de problemas: en el caso de los liberales italianos quedaba manifiesta su incapacidad de ver que la política de consenso tenía que pasar por la fundación y organización de partidos de masa. Estos partidos debían fundarse en estructuras difusas en la vida social, tal y como lo hacían los partidos socialistas o católicos. En este sentido, los liberales italianos no supieron frenar el fascismo, al contrario lo dejaron crecer y pensaron poderlo constitucionalizar. Son sintomáticas las palabras del periodista liberal y demó-

Europe, 1919-1939, New York, St. Martin's Press, 2000; Borejsza, Jerzy W., *La escalada del odio. Movimientos y sistemas autoritarios y fascistas en Europa, 1919-1945*, Madrid, Siglo XXI, 2002; Cabrera, Mercedes, Julià, Santos y Martín-Aceña, Pablo (coords.), *Europa en crisis (1919-1939)*, Madrid, Ed. Pablo Iglesias, 1991.

² Cfr. Sabbatucci, Giovanni, «La crisi del sistema político liberale», en Grassi Orsini, Fabio y Quagliarello, Gaetano (eds.), *Il partito politico dalla Grande Guerra al fascismo. Crisi della rappresentazione e riforma dello stato nell'età dei sistemi politici di massa (1918-1925)*, Bolonia, Il Mulino, 1996, pp. 251-261, e ídem, «Fascismo è liberalismo. I liberali italiani dopo la marcia su Roma», en *Dimensioni e problema della ricerca storica*, 1 (2013), pp. 171-185 y de Scornajenghi, Antonio, «Per uno studio sul rapporto tra popolari e liberali alla vigilia del fascismo (1919-1921): alcuni nodi problematici», en Ciampani, Andrea, Fiorentino, Carlo y Pacifici, Vincenzo (eds.), *La moralità dello storico: indagine storica e libertà di ricerca. Saggi in onore di Fausto Fonzi*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2004, e ídem, *L'alleanza difficile: liberali e popolari tra massimalismo socialista e reazione fascista, 1919-1921*, Roma, Ed. Studium, 2006.

crata Luigi Salvatorelli que, en marzo de 1923, afirmaba: «el liberalismo es una concepción política con una visión general del mundo por la cual la vida de la humanidad se tiene que desarrollar mediante un juego libre de todas las fuerzas de la humanidad y no se puede codificar por una ley impuesta desde fuera. No es liberal quien jura una fórmula, quien se fosiliza detrás de una clase social o se cierra en un partido. [Si no es liberal] quien observa sin complejo el juego de todas las fuerzas reales y trabaja para dirigir este juego en asociaciones cada vez más grandes [...] siempre por la vía de la libertad, intelectual, económica, política, religiosa para conseguir la conservación y elevación del Estado, de la sociedad y del espíritu»³. Salvatorelli reivindicaba la sociedad civil en contra de la sociedad de masa, con las contradicciones propias del papel de clase de los intelectuales, que tenían que actuar para disciplinar a las multitudes. No está de más recordar que Antonio Gramsci, en un artículo de 1925, subrayaba también la necesidad de guiar a aquellas multitudes que se dejaban llevar al reformismo por la cultura burguesa que imponía la negociación de horarios y sueldos. En el mismo sentido, Gramsci defendía el papel de los intelectuales para formar una élite revolucionaria para hacer a los obreros «socialistas».

LA CRISIS DE LA LLIGA REGIONALISTA, ACCIÓ CATALANA I LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA

Si el tiempo de los liberales italianos se enmarca en las líneas de crisis mencionadas anteriormente, en el caso catalán podemos observar diferencias muy importantes y elementos compartidos de incapacidad de la élite liberal de ajustarse a los nuevos tiempos de la política de postguerra. En este marco, la Lliga Regionalista, el mayor partido liberal catalán, presentaba unos elementos discordantes respecto a la organización de la política del liberalismo clásico ya que desde sus inicios se había estructurado como un partido de masas, de cuadros, con unas juventudes muy cercanas a una parte de aquella sociedad civil catalana que compartía unos planteamientos nacionalistas⁴. La vivaci-

³ Citado por D'Auria, Elio «Il liberalismo di fronte al fascismo: il problema della società civile e della società di massa», *Cercles. Revista d'Història Cultural*, 15 (2012), p. 10.

⁴ Aparte del estudio «clásico» de Molas, Isidre, *Lliga Catalana: un estudi d'estasiologia*, Barcelona, Edicions 62, 1972, se puede consultar el más reciente de Ehrlich, Charles, *Lliga Regionalista: Lliga Catalana, 1901-1936*, Barcelona, Institut Cambó y Editorial Alpha, 2004.

dad de esta sociedad quedaba manifiesta en sus espacios de sociabilidad tanto formal como informal: así la multiplicidad de asociaciones excursionistas, de compañías de canto coral y orfeonistas, de sociedades deportivas, de ateneos y centros culturales. Y finalmente no podemos olvidar el Centre Autonomista de Dependents del Comerç i de la Indústria (CADCI), formado en 1903 por unos dependientes de comercio y de oficinas y que fue una cantera de militantes nacionalistas⁵.

Pero hay sin duda un elemento compartido por el liberalismo catalán y el italiano, y es la actitud frente al grave conflicto social de postguerra que se caracterizó por los apoyos tácitos de los regionalistas a los intereses de clase de la patronal en lucha sin cuartel con los sindicalistas, así como al golpe de estado de la dictadura de Primo de Rivera⁶. Además, la participación de la Lliga en los gobiernos estatales, en otoño de 1917 y luego de 1921, y el fracaso de la campaña autonomista de 1918-1919, determinaron que una parte del espacio político catalanista virase hacia la izquierda y rompiese los lazos con el partido hegemónico de las clases medias catalanas. Fueron los miembros de la Joventut Nacionalista del partido regionalista, los que acabaron escindiéndose a raíz de la Conferencia nacional catalana que, en junio de 1922, habían planteado organizar a todos los sectores disconformes con la que consideraban una deriva de la Lliga. Entre los principales impulsores de la reunión se encontraban jóvenes intelectuales como Jaume Bofill i Mates, Nicolau d'Olwer o Ramon d'Abadal, pero también había un sector de republicanos nacionalistas cuya cabeza visible más destacada era Antoni Rovira Virgili. De esta asamblea nació Acció Catalana, pensada como organización transversal catalanista alejada del moderantismo de la Liga y del nacionalismo radical, con el objetivo de contribuir a la catalanización del país. El rechazo de los regionalistas los obligó a configurarse como partido, obteniendo una buena acogida por el electorado en las elecciones de 1923. El primer presidente del partido fue Jaume Bofill i Mates (1878-1933), los vicepresidentes Antoni Rovira Virgili

⁵ Entre la bibliografía más reciente cfr. Casassas, Joaquim (ed), *Atles del catalanisme*, Barcelona, Enciclopèdia Catalana, 2012 y Arnabat, Ramon y Ferré, Xavier, *Ateneus. Cultura i llibertat. Associacionisme a la Catalunya contemporània*, Barcelona, FAC, 2015.

⁶ Balcells, Albert, *Puig i Cadafalch, president de Catalunya, i la seva època*, Barcelona, Rafael Dalmau, 2013; ídem, *El pistolerisme*, Barcelona, Pòrtic, 2009; Bengoechea, Soledad, *Organització patronal i conflictivitat social a Catalunya. Tradició i corporativisme entre finals de segle i la dictadura de Primo de Rivera*, Barcelona, Abadia de Montserrat, 1994; Pradas Baena, Maria Amàlia, *L'Anarquisme i les lluites socials a Barcelona 1918-1923. La repressió obrera i la violència*, Barcelona, Abadia de Montserrat, 2003.

(1882-1949) y Lluís Nicolau d'Olwer (1888-1961). Su primer programa se basaba precisamente en profundizar la catalanidad de todas las instituciones del Principado⁷. Joaquim de Camps i Arboix, historiador y jurista (1894-1975), años después, afirmó que «en su bandera Acció Catalana inscribió el tríptico de liberalismo, democracia y catalanismo, sin atreverse a añadir el de republicanismo a pesar de profesar esta tendencia la gran mayoría, mejor la totalidad, de sus afiliados»⁸.

EL PAPEL DE LLUÍS NICOLAU D'OLWER Y SU DEFENSA DE LA LIBERALDEMOCRACIA

Entre sus más destacados exponentes, el citado Nicolau d'Olwer fue uno de los teóricos de la nueva organización. Licenciado en letras (1909) y derecho (1910) por la Universidad de Barcelona, Nicolau se doctoró en letras por la Universidad de Madrid (1910). En su vida compaginó su faceta de humanista —miembro de la Sección Filológica del Institut d'Estudis Catalans desde 1917— con la de político ya que desde joven fue militante de la Joventut Regionalista y regidor en el Ayuntamiento de Barcelona por la Lliga desde 1918⁹. En calidad de destacado exponente de Acció Catalana asumió la dirección del diario histórico del republicanismo catalán *La Publicidad* y contribuyó en la decisión de catalanizarlo totalmente a partir del 1 de octubre de 1922¹⁰. Desde las columnas de este periódico, Nicolau escribió diferentes artículos para reivindicar los valores liberales, democráticos y nacionalistas del movimiento catalanista en un momento de involución histórica europea, simbolizada por la subida al poder

⁷ Cfr. Baras, Montserrat, *Acció Catalana 1922-1936*, Barcelona, Curial, 1984.

⁸ Cfr. Cattini, Giovanni, *Joaquim de Camps i Arboix. Un intel·lectual en temps convulsos*, Barcelona, Irla, 2015, p. 31.

⁹ Balcells, Albert, «Estudi introductori», en Nicolau d'Olwer, Lluís, *Democràcia contra dictadura: escrits polítics*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 2007; Muñoz Pujol, Josep Maria, *Lluís Nicolau d'Olwer: un àcid gentil home*, Barcelona, Ed. 62, 2007; Navarro, Raquel, *Lluís Nicolau d'Olwer, 1931-1939*, trabajo de fin de máster, inédito, Universitat de Barcelona, 2013 y de Duarte, Àngel, «Lluís Nicolau d'Olwer. L'intel·lectual empantanegat», en Duarte, Àngel, *Republicans jugant amb foc. De Lluís Companys a Josep Tarradellas*, Barcelona, Esfera dels llibres, 2006, pp. 133-148.

¹⁰ Cfr. Tasis, Rafael y Torrent, Joan, *Història de la premsa catalana*, 2 vol., Barcelona, Bruguera, 1966; Passarell, Jaume, *La Publicitat, diari*, Barcelona, Pòrtic, 1971; Huertas Claverías, Josep Maria, *200 anys de premsa diària a Catalunya 1792-1992*, Barcelona, Fundació Caixa Catalunya, 1995.

de Benito Mussolini después del golpe de estado que éste realizó entrando en Roma con miles de camisas negras, el 28 de octubre de 1922¹¹. Podemos recordar que la mayoría de la prensa de Barcelona se mostró crítica con las acciones de los camisas negras¹², Nicolau expresó su punto de vista en defensa de un nacionalismo liberal-demócrata con tres artículos que aparecieron en *La Publicitat*¹³. En ellos reflexionaba sobre la evolución del nacionalismo en su presente, remarcando las diferentes interpretaciones del fenómeno que podían expresar visiones totalmente contrapuestas del concepto. Nicolau reivindicaba el «nacionalismo del pueblo sometido [que] es un movimiento de libertad; de libertad colectiva, por definición; y hasta de libertad individual». Contra todos los chovinismos, falsos nacionalismos y movimientos xenófobos, el director de *La Publicitat* contraponía la que, según el, era la esencia del nacionalismo catalán, o en sus palabras: «nuestro nacionalismo, el único que merece este nombre, es una idea generosa, liberal, igualitaria; es simplemente la declaración de los *derechos del pueblo* contrapartida lógica de la declaración de 1789»¹⁴. En otra intervención, Nicolau se desmarcaba de las interpretaciones imperialistas del catalanismo que hacían algunos prohombres de la Lliga Regionalista que acusaba de llegar a «la superbia y al egoísmo» y reafirmaba que no diferenciaba entre un nacionalismo impulsado por una nación con Estado propio y una sin Estado (como el caso catalán) sino que afirmaba que su concepto de nacionalismo se fundamentaba en los conceptos de paz y justicia. En cambio, consideraba que los valores imperiales o chovinistas acababan por imponer una nación sobre las demás o por precipitar las relaciones internacionales en

¹¹ Cfr: Fabbri, Fabio, *Le origini della guerra civile. L'Italia dalla Grande Guerra al fascismo, 1918-1921*, Roma, UTET, 1999.

¹² Cattini, Giovanni, «Democràcia versus dictadura: els intel·lectuals catalans entre la presa del poder de Mussolini i el cop d'Estat de Primo de Rivera», en Puigserver, Rafel, Ripoll, Elisabeth y Serra, Sebastià, *Cultura, Societat i Política a la Mediterrània contemporània*, Palma, Muntaner, 2013, pp. 103-116, e ídem, «El debate democracia y dictadura en la intelectualidad catalana (1923-1931). Unas notas sobre la recepción del fascismo en Cataluña», en Ortega López, Teresa María y Del Arco Blanco, Miguel Ángel (eds.), *Claves del mundo contemporáneo, debate e investigación: Actas del XI Congreso de la Asociación de la Historia Contemporánea*, Granada, Comares, 2013.

¹³ Cfr. Nicolau d'Olwer, Lluís, «Dos nacionalismes»; «Persistint: els dos nacionalismes»; «Epíleg» a *La Publicitat* (LP), 7/I/1923; 11/I/1923 i 28/I/1923. Los dos primeros están reproducidos en Nicolau d'Olwer, Lluís, *Democràcia contra dictadura...*, *op. cit.*, pp.133-138.

¹⁴ Nicolau d'Olwer, Lluís, «Dos nacionalismes», *op. cit.*

la barbarie de la guerra¹⁵. De la misma manera, acaba, en el tercer artículo¹⁶, lamentando toda interpretación que justificara la fuerza como único elemento de supervivencia en el mundo de las naciones.

Unos meses después de estos artículos, el mismo Nicolau d'Olwer fue testigo del golpe de estado del 13 de septiembre de 1923 con el cual el general Primo de Rivera consiguió imponer su dictadura en España. Si el regionalismo conservador se mantuvo a la expectativa, *La Publicitat* no perdió ni un segundo en criticar la nueva situación, afirmando que si no podía dedicarse al comentario político se habría dedicado a otras «ramas del funcionalismo nacional»¹⁷. En la misma línea, el día 20 de septiembre de 1923, el diario publicaba el decreto de represión del separatismo y en la misma página publicaba una editorial sobre Finlandia que tenía un claro mensaje político ya que subrayaba que, ante la agresión de la URSS a este país, habían luchado conjuntamente los dos sectores del nacionalismo finlandés, el conservador y el progresista¹⁸.

El decurso de los acontecimientos llevaba al portavoz de Acció Catalana a criticar todas aquellas medidas que iban en contra de aquello que consideraban como propios del pueblo catalán que era «la catalanidad y la democracia», por eso rechazaban la propuesta de introducción de un sufragio corporativo¹⁹, así como la destitución de las instituciones municipales²⁰. La reflexión de *La Publicitat* dedicaba un espacio preferente a analizar «el viento de dictadura» que estaba pasando sobre la Europa de la posguerra, o estudiar las causas que habían determinado la caída de los Estados liberales de buena parte de la mediterránea occidental. En este contexto, se atribuía a la extrema izquierda también una parte de las responsabilidades puesto que había despreciado los procedimientos democráticos en virtud de un discurso utopístico que había acelerado la reacción²¹.

Nicolau d'Olwer escribía, entre finales de septiembre y comienzo de octubre, dos artículos con un claro trasfondo antidictatorial: «Precisando

¹⁵ Nicolau d'Olwer, Lluís, «Persistint: els dos nacionalismes», *op. cit.*

¹⁶ Nicolau d'Olwer, Lluís, «Epíleg», *op. cit.*

¹⁷ SA, «El dejuni de la política», en LP, 13/IX/1923.

¹⁸ SA, «El país dels mil llacs» en LP, 20/IX/1923.

¹⁹ SA, «Catalanitat i democràcia» en LP, 29/IX/1923.

²⁰ SA, «Les institucions democràtiques» en LP, 4 de octubre de 1923.

²¹ SA, «L'error de les extremes esquerres» en LP, 30 de octubre de 1923.

conceptos» y el «Triunfo del helenismo»²². En el primer artículo afirmaba la necesidad de diferir los conceptos de «revolución», «pronunciamiento» y «golpe de estado»: caracterizándose los dos primeros por su temporalidad y excepcionalidad, mientras «golpe de estado» sería el concepto más claro y contundente que no escondería su voluntad de perdurar en el tiempo. En el segundo escrito, Nicolau ironizaba y ridiculizaba la elección del nuevo alcalde de Barcelona, el catedrático de griego Josep Banqué y Feliu, que durará unos pocos días.

La censura inicial del régimen de Primo de Rivera limitó el debate de ideas y de pronto se tradujo en persecución de todos los elementos considerados radicales, tanto del obrerismo como del nacionalismo catalán y obligó a la vía del exilio a diferentes intelectuales. Entre finales de 1923 y principio de 1924, emigraban Antoni Rovira Virgili y el mismo Lluís Nicolau d'Olwer, entre otros, para escaparse de la presión policial. Nicolau vivió apartado de la primera línea de la política: a pesar de eso, con Maspons i Anglases y otros, intentó internacionalizar la causa catalana denunciando las políticas de la dictadura por los pasillos de la Sociedad de Naciones o en las reuniones del Congreso de Nacionalidades Europeas²³. Algunas de estas iniciativas fueron apoyadas económicamente por Francesc Cambó, que había mantenido un papel alejado de la política durante estos años, dejando algunas obras de reflexión críticas contra la decadencia de los sistemas liberal-parlamentarios y también en contra de las dictaduras. A pesar de esta condena de los regímenes dictatoriales, Cambó fue la diana de la animadversión de los intelectuales socialistas y republicanos, muchos de los cuales lo acusaron de ser un «hombre de la dictadura»²⁴.

En la década de 1920, Nicolau d'Olwer escribió algunas de sus obras literarias más notables, como *L'Expansió de Catalunya en la Mediterrània oriental* (1926), *Resum de literatura catalana* (1927), *El pont de la mar blava* (1928) o *Paisatges de la nostra història* (1929). Sin embargo, el libro que queremos destacar es *La lliçó de la dictadura*, que se publicó inicialmente en formato de

²² Nicolau d'Olwer, Lluís, «Precisant conceptes. Els mots i les idees», «Actual i perdurable. El triomf de l'hel·lenisme» en *LP*, 30 de octubre de 1923 y 7 de octubre de 1924.

²³ El entramado de la diplomacia internacional del catalanismo en Núñez Seixas, Xosé Manuel, *Internacionalitzant el nacionalisme. El catalanisme polític i la qüestió de les minories nacionals a Europa (1914-1936)*, Catarroja, Editorial Afers & Publicacions de la Universitat de València, 2010,

²⁴ Cfr. Cattini, Giovanni, «Democracy and Dictatorship among the Catalan Intelligentsia: the Matteotti Affair and the Reflections of Francesc Cambó», *Journal of Catalan Intellectual History* 3 (2012), pp. 13-28

artículos en el diario *La Publicitat* entre el final de la dictadura de Primo de Rivera y la proclamación de la República, apareciendo justo en formato de libro antes de las históricas elecciones municipales de 1931²⁵. En el prólogo, Nicolau d'Olwer afirmaba que no se podía olvidar lo que había pasado «porque la dictadura [podía] volver [...] por la misma razón que [había venido]». O sea que las dos principales razones por las cuales se había impuesto el régimen de Primo de Rivera eran «la carencia de espíritu democrático» y «la fe perezosa en el providencialismo», elementos que si no eran erradicados podían traer nuevas dictaduras. *La Lliçó de la dictadura* desarrollaba cinco grandes temas (Crisis de la libertad, La Nación y el Estado; Cataluña nuestra; Inteligencia y carácter; Religión de Estado) a los cuales seguía un epílogo. La reflexión de Nicolau d'Olwer se situaba en las coordenadas europeas de los grandes condicionantes que habían determinado el descrédito de los valores del liberalismo, la democracia y el parlamentarismo de su época, vistos como un «chivo expiatorio de la purificación» de los movimientos extremistas que se habían multiplicado después de la Primera Guerra Mundial. A pesar de esto, la realidad lo llevaba a afirmar que «el ataque antidemocrático ha[bía] fallado allá donde la democracia era fuerte; ha[bía] triunfado allá donde era débil». Del mismo modo analizaba diferentes relaciones entre naciones y Estados a lo largo de Europa, especialmente en los territorios contendidos por alemanes y franceses, sin dejar de lado las políticas de occidentalización forzada que llevaba a cabo Mustafâ Kemal en Turquía. Estas realidades lo llevaban a reflexionar sobre el caso catalán: recordaba la vigencia y la necesidad de un mayor compromiso de sus conciudadanos hacia el patrimonio histórico y la conciencia de pertenencia. Aun así, Nicolau d'Olwer era optimista remarcando el nacimiento de una generación nueva forjada en el excursionismo y partidaria de una nueva visión del mundo, compartiendo entonces el planteamiento que el mismo Jaume Aiguader había hecho en *La lleialtat a l'època*²⁶.

La obra no hacía más que confirmar la valía de Nicolau d'Olwer que conseguía liderar la recuperación de Acció Catalana, que convergía con la Acció Catalana Republicana de Antoni Rovira Virgili para presentarse en las elecciones municipales del 12 de abril de 1931 bajo las siglas del Partit Català Repu-

²⁵ Nicolau d'Olwer, Lluís, *La lliçó de la dictadura*, Barcelona, RBA, 2014 (1ª edición: Barcelona, Catalonia, 1931)

²⁶ Aiguader Miro, Jaume, *La lleialtat a l'època*, Barcelona, Arnau de Vilanova, 1929. Sobre el personaje y su recepción cfr. Poblet, Josep Maria, *Jaume Aiguader*, Barcelona, Teide, 1977, especialmente pp. 73-79.

blicà²⁷. El resultado de las elecciones fue desastroso para el partido presidido por Nicolau d'Olwer. A pesar de eso y debido a los pactos anteriores de San Sebastián se vio catapultado a la política española entrando a formar parte del Gobierno provisional de la República. Entre sus tareas iniciales, Nicolau tuvo que pactar, en calidad de ministro de la República y en compañía de los también ministros Marcelino Domingo y Fernando de los Ríos, la renuncia de Francesc Macià a mantener la República catalana y su transformación en un gobierno autonómico, la Generalitat de Catalunya²⁸.

LOS AÑOS REPUBLICANOS Y LOS *FETS D'OCTUBRE* DE 1934 SEGÚN CAMPS ARBOIX

El gobierno provisional de la Generalitat de Catalunya liderado por Macià trabajó por el cambio de régimen y la consolidación de las instituciones republicanas españolas. En este marco, impulsó los trabajos para la redacción de un Estatuto de Autonomía que se votó finalmente el 2 de agosto de 1931 con una gran participación y una victoria unánime del Estatuto que planteaba la existencia de una República federal española. La realidad fue diferente ya que la Constitución de la Segunda República, que se aprobó a final de año, dejaba claro que la desiderata catalana federalista quedaba frustrada ya que las Cortes de Madrid apostaron por crear una República integral. Esta realidad determinó la lenta y dificultosa aprobación del Estatuto que sería tramitado por las Cortes españolas desde mayo de 1932 con unos profundos recelos y que, finalmente, se acabó aprobando notablemente recortado y cuatro meses más tarde, en septiembre, después de un intento de golpe de estado del general Sanjurjo²⁹.

En las sucesivas elecciones, tanto para el parlamento catalán como para el español, la formación liderada por Nicolau d'Olwer conoció profundas derrotas electorales. Estas fueron acompañadas de una serie de deserciones de muchos de sus militantes más destacados que, como Antoni Rovira Vir-

²⁷ Cfr. Baras, Montserrat, *Acció Catalana 1922-1936*, cit., pp. 51 y sig., y de Duarte, Àngel, *Història del republicanisme a Catalunya*, Vic-Lleida, Eumo-Pagès, 2004, pp. 195 y sig.

²⁸ Cfr. Balcells, Albert, «Estudi introductiu», *op. cit.*, pp. 41-42; sobre el duro juicio de sus contemporáneos cfr. de Navarro, Rokayah, «Entre intel·lectual i polític. Lluís Nicolau d'Olwer durant la Segona República vist pels seus coetanis», *Cercles. Revista d'Història Cultural*, 17 (2014), pp. 139-156.

²⁹ Abelló, Teresa, *El debat estatutari de 1932*, Barcelona, Parlament de Catalunya, 2007.

gili o Carles Pi Sunyer, acabaron confluyendo en Esquerra Republicana de Catalunya, que también vivió escisiones pero que se mantuvo a lo largo de la Segunda República como el partido hegemónico en el Principado. Durante el bienio 1931-1933, la mayoría de las Cortes constituyentes, caracterizadas por el peso del PSOE, de los republicanos de Azaña y del consistente grupo de ERC, impulsaron las bases de una política reformista que tenía sus pilares en la laicidad de la Constitución, en la Ley sobre las Congregaciones religiosas, en la Ley que garantizaba el sufragio femenino y también la que permitía el divorcio y, finalmente, en la Reforma agraria. Pero las elecciones de noviembre de 1933 impulsaron un cambio profundo en la vida política española por la victoria de las derechas, que avanzaron sensiblemente en Cataluña llegando casi a igualar el número de diputados de ERC. Además, la muerte de Macià, en diciembre de 1933, determinó la subida al poder de Lluís Companys, notoriamente cercano a los intereses de las clases campesinas, especialmente de los arrendatarios, y menos comprometido con la causa nacionalista.

El problema más destacado, que centró el curso político catalán, fue la aprobación de la Ley de Contratos de Cultivo por parte de la Generalitat de Cataluña y su suspensión por parte del Tribunal de Garantías Constitucionales. El problema que se abrió con este pulso entre el Gobierno del Estado y el de Cataluña fue de gran envergadura; además se añadía la peligrosa inestabilidad que vivía la República desde las elecciones de noviembre de 1933 cuando los gobiernos radicales de Alejandro Lerroux primero, o de Samper después, se habían apoyado sobre mayorías inestables que acabaron por necesitar el apoyo externo de la Confederación Española de Derechas Autónomas. Este partido, liderado por Gil Robles, era considerado como una fuerza reaccionaria que podía provocar una involución autoritaria y antidemocrática de la República puesto que sus líderes habían avalado su simpatía hacia la forma de Estado totalitaria que el fascismo italiano estaba ensayando desde hacía más de una década. Además, hay que remarcar que el contexto europeo del período había visto la subida de Hitler al poder en enero de 1933, y la represión del socialismo austríaco por parte del gobierno autoritario de Dolfuss en Viena. En síntesis, la sombra de las dictaduras reaccionarias amenazaba en toda Europa y como tal lo vivían los republicanos catalanes y españoles.

La crisis estalló cuando Lerroux formó un nuevo gobierno, el 4 de octubre, con tres ministros de la CEDA, lo que provocó el levantamiento de las fuerzas republicanas especialmente en Cataluña y Asturias. Si en el norte peninsular la alianza de las fuerzas obreristas y mineras desencadenó una verdadera revolución, en el caso catalán, el protagonismo de los acontecimientos lo tuvo el

presidente Companys que proclamó el Estado Catalán dentro de la República Federal Española con la pretensión de crear un gobierno de la nueva república en lucha contra las instituciones de Madrid que se habían desplazado supuestamente hacia el fascismo. Companys se apoyó en la Alianza obrera, coalición integrada por los sindicatos «trentistas» y de la UGT, pero sin la adhesión de la CNT. La Alianza obrera catalana demostró su debilidad puesto que la huelga general fue parcial y, sobre todo, no pudo parar la acción del ejército que el día 7 hacía rendir a la Generalitat encarcelando el gobierno y empezando una persecución de los políticos republicanos catalanes³⁰.

Nicolau d'Olwer no participó en la revuelta del 6 de octubre ya que se encontraba de vuelta de Madrid donde había actuado como representante catalán de la Comisión Mixta de Traspasos de los servicios del Estado a la Generalitat. Por el contrario, participó en la rebelión Martí Esteve, el hombre de Acció Catalana Republicana en el gobierno Companys, que, como todos los detenidos, fue condenado a treinta años de prisión. Nicolau presentó su visión de los Hechos de Octubre el 29 de abril de 1935 en un acto de su partido³¹. En la intervención, explicó los antecedentes y los motivos de la revuelta, subrayando el papel conciliador que Amadeu Hurtado, Martí Esteve y él mismo habían tenido con los gobiernos de Madrid en referencia a la polémica Ley de Contratos de Cultivo. Asimismo, justificó la rebelión catalana a causa de la injusta sentencia del Tribunal de Garantías Constitucionales en contra de la ley en cuestión, ya que parecía materializar la voluntad de los gobiernos centrales de acabar con la autonomía catalana, y por la llegada al poder de las fuerzas de la CEDA consideradas netamente enemigas del espíritu que el 14 de abril de 1931 había instaurado la República. El discurso de Nicolau fue publicado como prólogo en el libro *El Govern de la Generalitat davant del Tribunal de Garanties Constitucionals*³² y, teniendo en cuenta la situación de represión en la cual se vivía, no aparecían autocríticas a la actuación de Companys, y de sus partidarios, en la rebelión de Octubre. A pesar de eso, Nicolau remarcaba

³⁰ Cfr. López Esteve, Manel, *Els Fets del 6 d'Octubre de 1934*, Barcelona, Editorial Base, 2013 y Nadal, Joaquim, «El gran daltabaix. Després del Sis d'Octubre», en González Vilalta, Arnau, López Esteve, Manel, Ucelay da Cal, Enric (eds.), *6 d'Octubre. La desfeta de la revolució catalanista de 1934*, Barcelona, Editorial Base, 2014, pp. 197-212.

³¹ Nicolau d'Olwer, Lluís, «Revisió dels antecedents dels fets del 6 d'octubre de 1934», en Nicolau d'Olwer, Lluís, *Democràcia contra dictadura...*, op. cit., pp. 458-464.

³² *El Govern de la Generalitat davant del Tribunal de Garanties Constitucionals. Resum documentals dels antecedents del 6 d'Octubre. La repressió contra Catalunya. La vista de la causa davant del T. de G.C.*, Barcelona, Ed. La Publicitat, 1935.

que Acció Catalana «como partido democrático ha estado siempre y seguirá siempre siendo contrario a toda forma de milicia de partido», en una clara condena al uso de la violencia como instrumento de acción política que nos parece sugerente señalar.

En este sentido, y una semana después, a finales de mayo de 1935, aparecía *Política d'Esquerra a Catalunya*³³ firmado por Joaquim de Camps i Arboix³⁴. Este personaje era un conocido abogado gerundense que había militado en la Lliga Regionalista desde su primera juventud, llegando a ser concejal por esta formación en el Ayuntamiento desde 1920, para luego pasar a militar en Acció Catalana y sufrir persecuciones durante la dictadura de Primo de Rivera. En los comicios de 1931 había apoyado al Partit Català Republicà que, en Girona, se había presentado en una coalición amparada por Esquerra Republicana, pero en 1932 esta coalición no se había repetido para las elecciones al primer parlamento autonómico y Camps no consiguió ser diputado. Acabó dándose de baja del partido e ingresando en Esquerra Republicana en 1933. Encabezó la lista de ERC en las elecciones municipales de 1934 que ganó la Lliga.

Al octubre siguiente, como representante de la minoría, se hizo con la alcaldía y proclamó el Estado catalán. Se sustrajo a la represión escapándose y viviendo unos meses en Mallorca, donde reflexionó y acabó escribiendo *Política d'Esquerra a Catalunya*. En el citado libro, Camps i Arboix argumentaba las razones que explicaban la actuación de Companys aunque reconocía la necesidad de dejar de lado el populismo y la violencia ya que la insurrección del pueblo en armas contra el Estado siempre acababa a favor del Estado. Consideraba que los demócratas tenían que utilizar únicamente la fuerza de la persuasión y la propaganda para conseguir el poder mediante las urnas y desde las instituciones impulsar una política que solucionase los problemas sociales por la vía legislativa. Camps i Arboix no hablaba únicamente a sus compañeros de partidos, por el contrario quería dialogar con las fuerzas del movimiento obrero que en Cataluña tenían que rectificar su hoja de ruta porque habían pasado de los engaños de los lerrouxistas al apoliticismo de la CNT para acabar en las tácticas suicidas de la FAI. Por eso creía que los activistas obreros se tenían que convencer de que «era imprescindible intervenir en política,

³³ Camps i Arboix, Joaquim de, *Després del 6 d'Octubre. Política d'Esquerra a Catalunya*, Barcelona, Catalonia, 1935.

³⁴ La biografía del personaje en Cattini, Giovanni, *Joaquim de Camps i Arboix. Un intel·lectual en temps convulsos*, Sant Feliu de Guíxols, Fundació Josep Irla, 2015.

aceptando los sistemas democráticos», con la pretensión de no querer la luna sino mejoras reales de sus condiciones materiales con una política legislativa³⁵. Respecto a la configuración del estado, Camps i Arboix hacía una autocrítica de la actuación catalanista que había utilizado un doble discurso históricamente: estadista en Madrid y nacionalista en Barcelona. Sugería que todos los catalanistas se tenían que convencer de que el federalismo era la mejor fórmula para el encaje del problema catalán. En fin, Camps i Arboix preconizaba un partido de izquierda, reformista, democrático, federalista y liberal, enemigo de todo fanatismo e intolerancia.

EPÍLOGO: LA DEMOCRACIA LIBERAL ENTRE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA Y LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Estos planteamientos en defensa de la liberal democracia tuvieron que pasar la prueba más dura con la Guerra Civil española y los años de la Segunda Guerra Mundial. Si Nicolau d'Olwer tuvo un papel de primera magnitud, siendo director del Banco de España desde marzo de 1936 hasta final de la Guerra, teniendo la corresponsabilidad con los gobiernos republicanos del traslado de las reservas áureas a la Unión Soviética, Camps y Arboix tuvo responsabilidades políticas como alcalde de Girona hasta noviembre de 1936 y luego se dedicó a tareas diplomáticas hasta 1939 en la ciudad de Perpiñán. Durante la guerra civil, las reflexiones sobre la política de Nicolau fueron reducidas y se limitaron a apelaciones a la unidad de las fuerzas republicanas para conseguir ganar la guerra como principal prioridad. Una vez en el exilio, quiso retirarse de la política pero fue nombrado presidente de la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles de Indalecio Prieto en Francia, en oposición al Servicio de Evacuación de los Exiliados de Juan Negrín, acusado de estar controlado por los comunistas. La precipitación de los acontecimientos debido a la Segunda Guerra Mundial llevó a la prisión a Nicolau d'Olwer en dos ocasiones pero consiguió no ser entregado a España como sí lo fueron Lluís Companys, Joan Peiró o Julian Zugazagoitia, que acabaron siendo fusilados³⁶.

³⁵ Camps i Arboix, Joaquim de, *Després del 6 d'Octubre...*, op. cit., p. 60.

³⁶ Sobre las dinámicas del exilio cfr. Morales, Mercè, *La Generalitat de Josep Irla i l'exili polític català*, Barcelona, Editorial Base, 2008, pero también Díaz Esculies, Daniel, *El Catalanisme polític a l'exili: 1939-1959*, Barcelona, La Magrana, 1991 e ídem, *De la Guerra Civil, l'exili i el franquisme: 1936-1975*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2008; Font Agulló, Jordi (dir.), *Reflexionant l'exili. Aproximació a l'exili republicà: entre la*

En cambio, la existencia de Joaquim de Camps i Arboix en los años de Vichy y de la ocupación nazista de Francia no fue tan dramática y fue aprovechada por Camps para estudiar diferentes autores como Gaetan Piron, Raymond Patenôtre, Louis Le Four, Charles Rist, Giscard d'Estaing, Jacques Baimville; Pierre Lucins, Louis Manlio, Henri Hauter, André Siegfried, Henri See, Anatole France, Guglielmo Ferrero, Walter Lippman, Harold Laski, junto a otros españoles como Ortega y Gasset o Salvador de Madriaga, entre otros.

El fruto de estas lecturas fue *Una agenda del liberalismo catalán*³⁷, datada el 24 de enero de 1944. El libro se divide en tres grandes apartados: uno de reflexiones generales sobre el liberalismo político y sus vinculaciones con la democracia; el segundo sobre la aplicación de estos planteamientos en la realidad catalana y el tercero de las relaciones con el resto de España. Una vez más, tal y como hemos visto en su libro *Després del 6 d'Octubre*, Camps era partidario de un liberalismo utilitarista para garantizar trabajo, vivienda, sanidad y asistencia social a todo ciudadano. También, y a nivel internacional, apostaba porque en la posguerra se creara una cooperación interestatal que garantizara la seguridad colectiva, posible con un desarme moral, con la difusión de una lengua común internacional para facilitar las comunicaciones y, sobre todo, con la creación de una nueva Sociedad de Naciones con más poder coercitivo para evitar nuevas locuras.

Respecto a los problemas catalanes, Camps y Arboix defendía un amplio autogobierno del Principado pero con respeto a las instituciones españolas, en un sistema federal que era la mejor garantía para la convivencia hispánica. El último apartado del libro estaba dedicado a los llamados problemas españoles: consideraba que las injusticias llevadas a cabo durante la Guerra Civil tenían que ser depuradas, empezando por los militares que se habían levantado en armas contra la República y que habían pedido ayuda a las potencias extranjeras. La depuración tenía que continuar también con todas aquellas personas

història, l'art i el testimoniatge, Catarroja, Afers, 2010; Pessarrodona, Marta, *França 1939: la cultura catalana exiliada*, Badalona, Ara Llibres, 2010, DDAA, *L'exili republicà: política i cultura*, Barcelona, Publicacions Abadia de Montserrat y Consell Insular de Mallorca, 2011 y Esculies, Joan, *Josep Andreu Abelló. Els clarobscur del catalanisme*, Barcelona, Edicions de 1984, 2015.

³⁷ Camps i Arboix, Joaquim de, *Una agenda del liberalisme català*, 24 de enero de 1944, s.l., 46 páginas escritas a máquina, inédito, se encuentra en el Fondo Joaquim de Camps i Arboix – Carme Mercader del Arxiu Nacional de Catalunya, Caja n. 3.

civiles que habían llevado a cabo crímenes³⁸. Finalmente, analizaba la economía española que, según él, necesitaba una modernización profunda. Ésta sería posible sólo mediante un sistema fiscal proporcional que gravara las riquezas y que acabara con la evasión fiscal por parte de los contribuyentes. El segundo campo era el mundo rural, que necesitaba una reforma agraria que difundiera la propiedad y que introdujera los conocimientos técnicos modernos en la agricultura. Asimismo, los gobernantes tenían que favorecer unos procesos de industrialización racional a lo largo del Estado. Camps y Arboix planteaba la modernización del sistema de ferrocarril, la adaptación al ancho de vía europeo y la electrificación de las vías. Contemplaba políticas intervencionistas también en la construcción de carreteras y en la modernización de la marina española. Las últimas palabras del escrito planteaban una República abierta en Europa, que actuara en solidaridad peninsular con Portugal y en colaboración económica con América latina. El libro quedó inédito, sabemos que circuló entre algunos exiliados, y fue la base de otros libros del autor que se publicaron en los años 60³⁹.

La Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial llegaron a sepultar la aportación que autores como Lluís Nicolau d'Olwer o Joaquim de Camps Arboix hicieron en un mundo que, en los años centrales de la primera mitad del siglo XX, pareció dividirse entre la dicotomía fascismo-comunismo. Los autores analizados, así como el también citado Antoni Rovira i Virgili, continuaron defendiendo una democracia que no podía disociarse de los valores de libertad y de progreso social: para ellos la democracia liberal era el ideal a realizar de convivencia humana⁴⁰. Así lo confirmaba poco antes de morir, el historiador y político Rovira i Virgili cuando, el 7 de junio de 1948, escribía una carta a Amadeu Hurtado diciéndole: «Para nosotros la democracia tiene que ir acompañada del liberalismo político (que incluye el espiritual) y que encuentra muy respetable aquella denominación que, con tono despectivo,

³⁸ El deseo de reinstaurar las instituciones democráticas, y depurar a los franquistas catalanes, se puede rastrear en diferentes plumas del exilio catalán, cfr. Vilanova, Francesc, *Contra els catalans franquistes*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2014.

³⁹ Así cfr. por ejemplo: Camps i Arboix, Joaquim de, *L'estat modern*, Barcelona, Dalmau, 1961.

⁴⁰ Sobre el conjunto del declive del republicanismo y de su cultura política cfr. Duarte, Àngel, *El otoño de un ideal. El republicanismo histórico español y su declive en el exilio*, Madrid, Alianza Editorial, 2009; Sánchez Cervelló, Josep, *La Segunda República en el exilio*, Barcelona, Editorial Planeta, 2011 y Hoyos Puente, Jorge de, «Últimas aportaciones a los estudios de los exilios contemporáneos», *Ayer*, 85 (2012), pp. 229-242.

inventó Mussolini: demo-liberalismo. A estas alturas la palabra democracia se ha hecho equívoca. Nosotros somos demoliberales. Nosotros somos demoliberales y con mucha honra»⁴¹.

Estas palabras nos parecen resumir eficazmente los planteamientos de fidelidad al liberalismo y a la democracia de unas generaciones que fueron silenciadas por la larga dictadura franquista.

⁴¹ Rovira Virgili, Antoni, *Cartes de l'exili: 1939-1949* (ed. Maria Capdevila), Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2002, p. 566.

ÁNGEL OSSORIO EN EL EXILIO. RELIGIÓN, CULTURA Y POLÍTICA ENTRE ESPAÑA Y ARGENTINA (1939-1946)¹

JOSÉ ZANCA

CONICET / Universidad de San Andrés

EN los últimos años las ciencias sociales han repensado los vínculos entre religión y cultura. Un nuevo prisma para entender estas relaciones ha salido del estrecho marco de las relaciones meramente institucionales (la Iglesia y el Estado) para abarcar a una multitud de actores². Los efectos de la intervención de la Iglesia católica en la política argentina, candente a partir de los años veinte y treinta, coincidió con la crisis del liberalismo como un constructo ideológico hegemónico. La aparición de un catolicismo social y político, vinculado en muchos casos al nacionalismo, a modelos autoritarios y antidemocráticos, antimodernos y en algunos casos antisemitas, fue una de las marcas del periodo de entreguerras.

El presente trabajo indaga sobre algunos de estos problemas, a través del abordaje de la figura del último embajador de la Segunda República española en Buenos Aires, el madrileño Ángel Ossorio y Gallardo. Diversos trabajos han abordado la biografía de este personaje destacado de la vida política española de

¹ Agradezco la ayuda brindada por María Teresa Pochat, el personal del *Centro Documental de la Memoria Histórica* de Salamanca y del *Archivo Histórico Nacional* de Madrid, y a Ángel Duarte y Maximiliano Fuentes Codera por los comentarios y sugerencias que oportunamente hicieron a una primera exposición sobre el tema en la Universidad de Girona en enero de 2015.

² Donegani, Jean-Marie, «Itinéraire politique et cheminement religieux», *Revue Française de Science Politique* 29, 4 (1979), pp. 693-738; Wuthnow, Robert, «Understanding Religion and Politics», *Daedalus* 120, 3 (1991), pp. 1-20; García-Ruiz, Jesús y Michel, Patrick, «Religion, politique et monde(s) en mouvement», *Socio-anthropologie* 25-26, (2010); Gentile, Emilio, *Politics as religion*, Princeton, Princeton University Press, 2006; Levine, Daniel H., *Politics, religion, and society in Latin America. Religion in politics and society*, Boulder, L. Rienner, 2012; Wuthnow, Robert, «Understanding Religion and Politics», *Daedalus* 120, 3 (1991), pp. 1-20.

los años de la Restauración y de la República³. Dada la variedad de ámbitos en los que intervino, en tan sucinto espacio sólo podrán abordarse algunas de las huellas que ha dejado Ossorio en forma de misivas, bibliografía, e intervenciones en la prensa española y argentina, buscando en ellas algunas respuestas al problema de los vínculos entre cultura y religión, de sus interacciones mutuas y de su transformación en las décadas centrales del siglo XX. Dada también la multiplicidad de escenarios en los que Ossorio desplegó su actividad, el trabajo versará sobre la circulación de ideas y de capitales específicos a lo largo de la década de 1930, entre España y Argentina⁴.

³ Zambrana Moral, Patricia, *El epistolario jurídico y político andaluz de Angel Ossorio y Gallardo* (1927-1935), Barcelona; Cátedra de Historia del Derecho y de las Instituciones de la Universidad de Málaga, 1997; González i Vilalta, Arnau, *La creació del mite Lluís Companys: el 6 d'octubre de 1934. La Defensa de Companys per Ossorio y Gallardo*, Barcelona, Editorial Base, 2007; ídem, *Un catalanófilo de Madrid: epistolario catalán de Ángel Ossorio y Gallardo (1924-1942)*, Bellaterra, Universitat Autònoma de Barcelona, 2007; Peláez, Manuel J. y Seghiri, Miriam, «Ángel Ossorio Gallardo (1873-1946), abogado e intelectual católico, embajador y ministro de la República en el exilio: defensa de las instituciones y de los valores republicanos de 1931 a 1946», *Cuadernos republicanos*, 64 (2007), pp. 47-63; López García, Antonio, *Ángel Ossorio y Gallardo. Sus proyectos políticos*, Madrid, Centro de Investigación y Estudios Republicanos, 2010; ídem, «Ossorio y Gallardo en Argentina ¿embajador o publicista?», *Segle XX: revista catalana d'història*, 8 (2015), pp. 23-45.

⁴ La bibliografía sobre el exilio es muy amplia, sobre el caso argentino puede consultarse Pochat, María Teresa, *El destierro español en América: un trasvase cultural*, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1991; Rein, Raanan, *The Franco-Perón alliance: relations between Spain and Argentina, 1946-1955*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1993; Jiménez, Norma A., *Testimonios republicanos de la Guerra Civil española*, Buenos Aires, Rosa Blindada, 2001; Schwarzstein, Dora, *Entre Franco y Perón: memoria e identidad del exilio republicano español en Argentina*, Barcelona, Crítica, 2001; De Zuleta, Emilia, *Espanoles en la Argentina: el exilio literario de 1936*, Buenos Aires, Atril, 1999; Pochat, María Teresa, «España Republicana, una lectura de la Guerra Civil desde Argentina», *Olivar*, 8 (diciembre de 2006), pp. 195-207; Macciuci, Raquel, «Intelectuales españoles en el campo cultural argentino: Francisco Ayala, de Sur a Realidad (1939-1950)», en Pagni, Andrea (ed.), *El exilio republicano español en México y Argentina: historia cultural, instituciones literarias, medios*, Madrid/Frankfurt/México D. F., Iberoamericana/Vervuert, 2011, pp. 159-88; Ortuño Martínez, Bárbara, *El exilio y la emigración española de posguerra en Buenos Aires, 1936-1956*, Tesis doctoral, Universidad de Alicante, 2010.

CONSERVADOR, LIBERAL Y CATÓLICO

Ángel Jesús Francisco Miguel Ossorio nació el 20 de junio de 1873 en Lavapiés y falleció en su exilio en Buenos Aires, el 19 de mayo de 1946. Cursó sus estudios en el Instituto de San Isidro y tramitó la licenciatura en derecho. Comenzó a ejercer como abogado de pobres cuando cumplió los 21 años. En sus memorias subraya que el «hacerse a sí mismo» en extenuantes jornadas de trabajo reforzó su individualismo y su fe en la libertad.

En 1902 Ossorio obtuvo su primer cargo público como concejal del Ayuntamiento de Madrid. En 1903, como candidato del conservadurismo, ganó la elección a diputado por Zaragoza. En 1907 fue nombrado gobernador civil de Barcelona. Dos años después se produjo la Semana Trágica, y su renuncia al cargo. En 1913, al producirse la división del partido conservador, se alineó con Maura. Cuando regresó al gobierno en 1919 Ossorio lo acompañó como ministro de fomento, cargo en el que permaneció sólo tres meses. En 1922 fue parte de la fundación del Partido Social Popular, junto a Severino Aznar y José María Gil Robles. Cuando el rey Alfonso impulsó el golpe de estado de Primo de Rivera —a quien Ossorio despreciaba profundamente— rompió con el monarca, aunque siguió creyendo en las ventajas del monarquismo. En sus memorias recordaba los años de la dictadura como una época particularmente oscura. Creó la *Sociedad de estudios políticos, sociales y económicos*, vinculada a las ideas de la democracia cristiana, inspirado en el modelo del padre Sturzo. Creyó encontrar en la democracia cristiana un movimiento moderno en el que podía volcar sus principios liberales, socialcristianos y conservadores. El grupo, sin embargo, se fue disolviendo por las resistencias que generó entre los mismos católicos que, según Ossorio, veían demasiado avanzado el proyecto.

Luego de la caída del rey y la declaración de la Segunda República, Ossorio fue elegido diputado para las cortes que redactarían la nueva constitución. Fue uno de los pocos en la asamblea que declaró su fe monárquica, posición que defendería hasta iniciada la Guerra Civil, cuando mutó en republicano. Fue convocado como miembro de la Comisión jurídica asesora, que lo eligió presidente, con el objeto de redactar el nuevo proyecto de constitución⁵. Durante esos meses, sus roces con los representantes de los partidos de izquierda se

⁵ Peláez Albendea, Manuel, «Juristas democristianos, conservadores y republicanos de centroizquierda en 1931 ante la Comisión Jurídica Asesora durante la Presidencia de Ángel Ossorio y Gallardo», *Contribuciones a las Ciencias Sociales* (enero 2010). En línea: www.eumed.net/rev/cccs/07/mjpa.htm (consultado el 1/4/2016).

agudizaron, como dan testimonio sus intercambios epistolares con el ministro de justicia, Fernando de los Ríos⁶. Concluida la tarea, su nombre no fue incluido en la comisión redactora, por lo cual decidió renunciar a su cargo. La explicación de esta derrota se la brindaría el presidente del gobierno, Niceto Alcalá Zamora. El capital de Ossorio, obtenido en el universo político de la Restauración, valía menos en una república de partidos. Al carecer de una afiliación a uno de los bloques existentes, sus posibilidades se habían evaporado⁷.

Se mantuvo al margen de la vida pública durante el «bienio negro». En una misiva a Gracián Sánchez-Boxale confesaba su retiro de la política: «... vivo dedicado al bufete y de vez en cuando hago alguna calaverada literaria [...] mejor sería decir que no hablo porque, en efecto, no hablo con nadie, pero mi pensamiento está frecuentemente ocupado con la tragedia mundial que nos toca presenciar y que se agravará de hora en hora». Ossorio creía haber fracasado al no poder crear una fuerza política de derecha «con sensibilidad social, y adhesión a la ley y a los principios democráticos»⁸. Por otro lado, viejos y nuevos reproches con los demócratas cristianos hacían imposible una relación más fluida⁹.

En 1934, luego del fallido levantamiento de octubre, Ossorio actuó como abogado de Manuel Azaña y Lluís Companys. Creía que su vida política había acabado, desestimando reiterados pedidos de volver a participar o candidatarse para algún cargo público. Continuaba, sin embargo, interviniendo en la prensa, tanto española como argentina. Su figura era ya muy conocida en América Latina, sus libros y artículos tenían amplia repercusión más allá de la península¹⁰. A medida que la crisis política española se agudizaba, la posición de Ossorio no varió respecto de su liberalismo doctrinario. Un intercambio epistolar con el dirigente socialista Ángel Galarza nos permite apreciar el punto en el que se encontraba su mirada en las vísperas de la Guerra Civil. A pesar de haber condenado la represión que el gobierno cedista había ejercido contra

⁶ Véase Ossorio a Fernando de los Ríos, 21/4/1931, *Centro Documental de la Memoria Histórica, Sección Político-Social Madrid* (en adelante, CDMH-PS Madrid) 738-44; *ibidem*, 13/7/1931, CDMH-PS Madrid, 734-224; *ibidem*, 29/7/1931, CDMH-PS Madrid, 734-224; De los Ríos a Ángel Ossorio, 11/8/1931, CDMH-PS Madrid, 734-224.

⁷ Alcalá Zamora a Ángel Ossorio, 9/8/1931, CDMH-PS Madrid, 734-271.

⁸ Ossorio a Gracián Sánchez Boxa, 28/11/1933, CDMH-PS Madrid, 737-39-2.

⁹ Véase Aznar a Ángel Ossorio, 20-7-1932, CDMH-PS Madrid 736-101 y Ossorio a Severiano Aznar, 21-7-1932, CDMH-PS Madrid, 736-101.

¹⁰ Félix Etchegoyen a Ossorio 28/2/1934. CDMH-PS Madrid, 808-186-1.

los alzados de octubre de 1934, no dejaba de recordar los errores del primer bienio republicano:

«Lejos de eso, hemos de reconocer que la presencia de la CEDA en el Gobierno viene sirviendo hasta ahora para la consolidación de la República, siquiera sea como continente y forma. En el contenido cabe discrepar. Ciertamente que se hacen cosas malas. Pero tampoco todo lo que hicieron Vds. era bueno [...] estamos, pues, en la acción del péndulo, propia de la vida política [...] Hemos de reconocer también que Vds. pusieron de su parte lo necesario para justificar los abusos de hoy. También ustedes suspendieron periódicos, deportaron y encarcelaron a la gente e inventaron la preciosa ley de defensa de la república, enorme desatino de los pies a la cabeza»¹¹.

En su respuesta, Galarza no compartía el optimismo de Ossorio. Por el contrario, estaba convencido de que la derecha preparaba un golpe de estado y discrepaba acerca de los servicios de la CEDA a la República y «...de que cuanto sucede sea realización de la ley política del péndulo». Rechazando las acusaciones de Ossorio, si había algo que imputarle a las izquierdas era su falta de decisión, más que sus abusos «¡Pobre e ingenuas izquierdas las que gobernaron! Su mayor pecado fue la timidez». Respecto de la ley, Galarza distinguía a los periodos revolucionarios por sus singulares características:

«Yo nunca me reí de la juridicidad [...] Para mí un periodo revolucionario, indica una época de formación del derecho [...] Era juridicidad prender a todos cuantos habían responsables de la dictadura, aun cuando no existía una ley que definiese su delito, porque existía como motivo de la revolución al sancionar aquellos actos que, las revoluciones crean derecho; y no hay uno solo que no se haya engendrado en la violencia de una revolución».

Ossorio no difería en esta concepción del nacimiento del derecho, pero protestaba por instrumentos como «la ley de defensa de la República y de aquellas facultades que fueron conferidas a nuestro amigo Casares para meter en la cárcel a quien quisiera [...] Yo protesto de aquellas suspensiones de periódicos, legalmente inmotivadas... Para dejarlos salir después». «Yo acepto todas las formas jurídicas, me agraden o no me agraden. Contra lo que me revuelvo es contra el imperio del capricho, contra los poderes sin freno, contra el desmán autoritario»¹².

¹¹ Ossorio a Ángel Galarza, 30/7/1935. CDMH-PS Madrid, 735-61-4.

¹² Ossorio a Ángel Galarza, 10/8/1935, CDMH-PS Madrid, 735-61. Galarza culmina la discusión interpellando a Ossorio «¿Cuál era la legalidad que la República podía instaurar, en su proclamación? La que emanase de su gobierno provisional. No había, ni podía haber otra fuente. Realidad, por el hecho; ficción jurídica, por la necesidad, en él residían todos

Al producirse el levantamiento del 18 de julio, Ossorio optó por la República, abandonando sus últimos resabios monarquistas. Álvarez del Vayo le solicitó que asistiera como delegado a la Sociedad de Naciones y embajador en Bruselas. Su paso por la diplomacia fue conflictivo. Desde su perspectiva, «Todo allí era mentira, empezando por el lenguaje, ya que todo era obra de un sistema separado de la verdad y atemperado a claves previamente concertadas para que los pueblos grandes consumasen el aplastamiento de los chicos»¹³. De allí fue enviado a Francia, cargo de altísima relevancia y en el que Ossorio se encontraba igualmente incómodo. Creía que la diplomacia francesa y el mismo León Blum dependían de las decisiones del Foreign Office, hostil desde el inicio a la República¹⁴. Años después le confesaría a José Giral que Negrín desaprobaba su misión en Francia, que creía «que un embajador tenía que ser hombre muy listo, muy listo que, a fuerza de listeza, lograrse que el gobierno francés ayudase a España. Ya podría enterarse que me sustituyó un embajador comunista, y demás tomó él personalmente las gestiones, las cosas no solo siguieron mal sino que se pusieron peor». Ossorio creía que hablar con los ministros franceses era perder el tiempo. Su estrategia consistía en influir en la opinión pública, a lo que se dedicó. «Sin embargo» –recordaba– «el pueblo francés estaba muerto de miedo de ayudar a España, si eso lo acercaba a la guerra»¹⁵. Finalmente, y sin muchas explicaciones, Ossorio fue enviado a Buenos Aires, su último destino diplomático y el último, también, de su extensa vida pública.

EMBAJADA Y EXILIO PORTEÑO

La Buenos Aires que recibió a Ossorio en 1938 había experimentado, en términos religiosos, una vertiginosa transformación en los veinte años previos. Luego de la Primera Guerra mundial, al igual que otras sociedades de Occidente, Argentina fue testigo de un «renacimiento» del catolicismo. Aumentó la presencia pública de lo religioso, expresada en la apropiación del espacio

los poderes, el de legislar y el de ejecutar; el de administrar y el de juzgar. Absolutamente todos...». *Galarza a Ángel Ossorio*, 19/8/1935. *CDMH-PS Madrid*, 735-61-20.

¹³ Ossorio y Gallardo, Ángel, *Mis memorias*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1946, p. 234.

¹⁴ *Ossorio a José Giral*, 11-8-1937. *Archivo Histórico Nacional* (en adelante, AHN). *Diversos-Giral*, 3-109.

¹⁵ *Ossorio a José Giral*, 5/7/1940. *AHN. Diversos-Giral*, 14-216.

público por parte de los católicos, así como el surgimiento de una nueva generación de laicos, portadores de un discurso triunfalista que buscaba la «restauración cristiana» de la sociedad. Esta mutación se puso de manifiesto en múltiples iniciativas, más o menos avaladas por la jerarquía eclesiástica. En 1922 surgieron los Cursos de Cultura Católica (CCC), intentando suplir la carencia de una universidad confesional, en la que esta nueva generación de laicos bebió de la literatura del renacimiento tomista europeo. En 1928 se fundó la revista *Criterio*, como una iniciativa de los Cursos. La publicación se convirtió rápidamente en una de las más prestigiosas revistas culturales del país, en donde participaban diversas figuras de la vanguardia estética y del pensamiento católico europeo y argentino. El censor de la publicación era el sacerdote Zacarías de Vizcarra, que junto al embajador de la dictadura de Primo de Rivera, Ramiro de Maeztu, tuvieron una indudable influencia en la redefinición del concepto de hispanismo y su difusión a través de esta nueva generación de intelectuales católicos. En 1934 se reunió en Buenos Aires el Congreso Eucarístico Internacional¹⁶. Las ceremonias públicas congregaron a cientos de miles de fieles, lo cual causó un duro impacto en la prensa liberal que pensaba a la Argentina como un país laico, en el que el factor religioso carecía de relevancia política y la influencia de la iglesia iba en descenso. Por el contrario, el Congreso Eucarístico impulsó el crecimiento del laicado a través de la Acción Católica Argentina. El incremento numérico de sus afiliados, al igual que la ampliación de otras organizaciones especializadas, se encuadra en un proceso de «desprivatización» de lo religioso¹⁷.

Para 1936 el catolicismo podía exhibir una clara influencia pública a través de sus organizaciones dirigidas por la jerarquía, así como una nutrida juventud intelectual que mantenía complejas relaciones con la máxima dirigencia de la iglesia local¹⁸. En el primer año de la Guerra Civil española los jóvenes de los CCC lograron la visita de Jacques Maritain, figura tutelar de esta generación de intelectuales católicos. Antes de su arribo a Buenos Aires, el filósofo de Meu-

¹⁶ Lida, Miranda y Mauro, Diego A (eds.), *Catolicismo y sociedad de masas en Argentina, 1900-1950*, Rosario, Prohistoria, 2009; Lida, Miranda, *Historia del catolicismo en la Argentina entre el siglo XIX y el XX*, Buenos Aires, Siglo veintiuno, 2015.

¹⁷ Sobre el concepto de desprivatización, véase Casanova, José, *Oltre la secolarizzazione: le religioni alla riconquista della sfera pubblica*, Bologna, Ilmulino, 2000.

¹⁸ Zanca, José, «Intelectuales, curas y conversos. La sociabilidad de los Cursos de Cultura Católica en los años veinte» en Bruno, Paula (Dir.), *Sociabilidades y vida cultural: Buenos Aires, 1860-1930*, Bernal, UNQ, 2014.

don había expresado su posición «neutral» respecto de la situación española. En el catolicismo se fueron distinguiendo quienes permanecían atados al Maritain de los años de 1920 (el de la *Acción Francesa*, discípulo del antisemita padre Clerisacc), del Maritain de los años treinta que, al menos desde la publicación de *Religión y Cultura* en 1930, había comenzado a reconsiderar las relaciones entre el catolicismo y la modernidad¹⁹. Luego de su paso por Argentina estalló una conocida polémica en la prensa católica y nacionalista, centrada en la posición «legítima» que los católicos debían adoptar frente a la guerra española²⁰. Se fue definiendo entonces el perfil de una nueva sensibilidad, que sin tener un programa político claro, se amojonaba por oposición al nacionalismo. Un segmento del catolicismo —que filiamos con el humanismo cristiano— rechazaba el proyecto del general Franco, o al menos lo que los nacionalistas argentinos reproducían de él. A lo largo de la contienda este segmento afirmó su oposición al fascismo y a la jerarquía española por apoyar al bando franquista²¹.

La llegada de Ossorio a Buenos Aires se dio en un marco apoteótico. Miles de personas lo esperaron en el puerto y lo acompañaron en sus primeros pasos por la capital. Se convirtió, desde ese momento, en una figura de la cultura local y, en breve, un referente de la prensa antifascista, en donde publicaría multitud de colaboraciones. Análoga en intensidad sería la hostilidad que recibiría de la prensa y los intelectuales católicos, para los que Ossorio era poco menos que un hipócrita. Todavía resonaban los ecos de la polémica en torno a la visita de Maritain, y el tímido surgimiento de un grupo de «católicos evangélicos», cuando Ossorio vino a plantar la bandera de un catolicismo alternativo. Uno de sus atacantes, Gustavo Franceschi, había disparado poco antes contra el flamante embajador en un artículo que buscaba desmentir los horrores cometidos por las tropas rebeldes. Franceschi sostenía que se trataba de «fotos trucadas y de exageraciones de un prensa anticristiana», detrás

¹⁹ Maritain, Jacques, *Religion et culture*, París, Desclée, 1930.

²⁰ Véase Zanca, José, *Cristianos antifascistas: conflictos en la cultura católica argentina, 1936-1959*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013; ídem, «Jacques Maritain en Buenos Aires: la cita envenenada» en Bruno, Paula (Comp.), *Visitas culturales. Argentina, 1890-1930*, Buenos Aires, Ed. Biblo, 2014.

²¹ La antropología del humanismo cristiano podía compatibilizarse con el liberalismo en tanto el proyecto de la «nueva cristiandad» de Maritain suponía un hombre histórico, que había «evolucionado» en la toma de conciencia de sus derechos. La era de su madurez había llegado y por lo tanto, si bien las críticas al liberalismo —por su individualismo— seguían en pie, consideraba que era posible una sociedad de «inspiración cristiana» en la que no necesariamente la iglesia católica ejerciera un rol tutelar.

de la cual el público católico podía incluir al enemigo que considerara más adecuado. Frente a estas denuncias «sobreactuadas», según el sacerdote, no se hablaba del terror rojo. Interpelando a aquellos «buenos católicos» que podrían mellar su apoyo a la causa franquista por estas denuncias, Franceschi dirigía estas aclaraciones:

«... a los hombres de buena fe, que no se escandalizan farisaicamente, sino que juzgan con serenidad y examinaron alguna vez su propia conciencia. No me interesan en cambio los que, como Ossorio y Gallardo y sus compañeros, lloran en un conocido manifiesto por el bombardeo 'de su querida Madrid', pero no hallaron una palabra para condenar el bloque de las atrocidades extremistas: quien siendo gobernador monárquico de Barcelona en 1909 no tuvo la energía para evitar la semana sangrienta, y volvió casaca contra el rey cuando cayó la dinastía, está inhabilitado para defender ni atacar una causa cualquiera»²².

Con el fin de la guerra civil y la derrota, Ossorio entregó la embajada al representante de la España franquista y comenzó su vida de exiliado. Sus vínculos porteños le permitieron una vida digna, aun cuando no pudo revalidar su título de abogado. Escribía en forma habitual en la prensa y dictaba charlas, fue convocado para elaborar el anteproyecto de código civil boliviano²³. Era una figura de la vida porteña, intensamente vinculado a la cultura de izquierda. En abril de 1940, la revista *Conducta* lo fotografiaba en un palco del *Teatro del Pueblo*, sonriente, junto al embajador de México Felix Palavicini y su esposa²⁴.

En sus años como exiliado Ossorio desplegó con énfasis un anticlericalismo cristiano, de honda raíz ibérica²⁵. Cuidó su relación con el exilio local republi-

²² Franceschi, Gustavo, «El movimiento español y el criterio católico», *Criterio*, 489 (15 de julio de 1937), pp. 245-254.

²³ Ossorio y Gallardo, Ángel, *Anteproyecto del Código Civil boliviano*, Buenos Aires, Imprenta López, 1943.

²⁴ *Conducta. Al servicio del pueblo*, abril de 1940, s.n.

²⁵ La bibliografía sobre el anticlericalismo en España es muy amplia, véase Maddox, Richard, «Revolutionary Anticlericalism and Hegemonic Proces in Andalusian Town», *American Ethnologist* 22, (1995), pp. 125-43; Amsbury, Clifton, «Reflections on anticlericalismo and power relation in Spain», *American Ethnologist* 22, 3 (1995), pp. 614-15; Delgado Ruiz, Manuel, «La mujer fanática. Matrifocalidad y anticlericalismo en España», *La Ventana* 7 (1998), pp. 77-117; De la Cueva, Julio, «Religious persecution, anticlerical tradition and revolution. On atrocities against the clergy during the Spanish Civil War», *Journal of Contemporary History* 33, 3 (1998), pp. 355-69; Barrios Rozúa, Juan Manuel, «La legislación laica desbordada: el anticlericalismo durante la Segunda República», *Historia Contemporánea* 12 (1999), pp.179-224; Salomón Cheliz, María Pilar, «Beatas sojuzgadas por el clero: la imagen de las mujeres en el discurso anticlerical en la España del primer tercio

cano y su par mexicano, palpable en la correspondencia que mantuvo, a poco de terminada la guerra, con José Giral. En octubre de 1939 Ossorio le daba un panorama tranquilizador de su situación:

«Yo he tenido una providencia para mi uso particular. Tengo aquí todos mis hijos, todas mis nueras y todos mis nietos: 16 de familia. Pero todos vamos abriendo camino. Yo hablo, escribo y aunque parezca inverosímil me pagan por hablar y por escribir. Aunque no he podido rehabilitar mi título de abogado, me piden de vez en cuando algún dictamen. Mi hijo Manolo empieza a sacar algún provecho de su competencia en seguros sociales. Los otros dos hijos y la hija tienen destinos particulares modestos pero nos ayudan a vivir. En fin, que la economía particular es hoy por hoy, la menor de mis aflicciones»²⁶.

En 1940 fue nombrado miembro de la Junta Central de la Acción Republicana, uno de los fracasados proyectos de unificación del exilio. La postura de Ossorio durante la Segunda Guerra respecto de la situación española era terminante: no había lugar para la negociación ni con los monárquicos, y menos con la iglesia católica. Rechazaba de plano el agrupamiento de intelectuales y políticos que se definieron en torno a la «Tercera España».

La prensa católica, en especial *Criterio* y Franceschi, continuaron atacando a Ossorio. Con motivo de la edición de una versión en español de *La política y la moral* del padre Sturzo, traducida por el exembajador de la República, *Criterio* fustigó con dureza a Ossorio por agregar notas al texto, en donde polemizaba con el sacerdote italiano. «Contradice y rectifica a Don Sturzo –sobre diversas materias [...] Ataca al autor, o trata de ridiculizarlo, o hace propaganda de los rojos españoles de la guerra civil, o truena contra los católicos que intervinieron en la misma, o contra los partidarios y simpatizantes del general Franco [...] acusa a la iglesia de pactar con Dios y el diablo...». Alarmado, Franceschi escribió directamente a Sturzo –exiliado en Inglaterra– y éste respondió que no había autorizado las notas incluidas por «el ilustre traductor» de *La política y la moral*²⁷.

En agosto de ese mismo año, Franceschi utilizó una conferencia de Ossorio en Santiago del Estero como excusa para dar su versión doctrinaria de las relaciones entre el totalitarismo y el orden cristiano. No desaprovechaba la oportunidad para criticar duramente al exembajador «partidario de la repú-

del siglo XX», *Feminismo/s* 2, (2003), pp. 41-58; Sanabria, Enrique A., *Republicanism and anticlerical nationalism in Spain*, New York, Palgrave Macmillan, 2009.

²⁶ Ossorio a José Giral, 19/10/1939. *AHN. Diversas. Giral*, 6-287.

²⁷ «La política y la moral», *Criterio*, N° 674, 30 de enero de 194, p. 106.

blica moderada, servidor de la república izquierdista, embajador de la república comunizante, abogado defensor de los tribunales normales, leguleyo que intentó justificar los ‘tribunales populares’ que sólo en Málaga condenaron a muerte a más de ocho mil víctimas...». Lo que motivaba la ira de Franceschi, en este caso, era que Ossorio hubiera sostenido que los católicos «idolatraban a Hitler» y éste ni siquiera había inventado algo nuevo, sólo había inventado una palabra («nuevo orden»), pero «nadie sabe a ciencia cierta qué representa esa frase». Franceschi acusaba a Ossorio de generalizar el uso del término católico «¿Puede ignorar acaso el Sr. Ossorio y Gallardo que en todos los seminarios y universidades católicas del mundo entero, por orden expresa de la Santa Sede, se dictan clases refutando el totalitarismo y el racismo y mostrando su incompatibilidad con la doctrina católica?»²⁸.

Si bien Ossorio destacaba que en Buenos Aires el exilio no estaba atravesado por grandes conflictos internos, sus relaciones con los exiliados vascos fueron empeorando. Las redes que vinculaban a sus instituciones con figuras destacadas de la vida política les otorgó privilegios respecto del resto de los exiliados españoles, al considerar que los vascos eran un pueblo «trabajador y decente», y fundamentalmente cristiano²⁹. Para Ossorio esto no era más que una nueva intervención de la iglesia:

«Ahora han abierto aquí la puerta para los vascos como fruto de una maniobra clerical, pero sigue cerrada para los demás. Los vascos están enteramente apartados de nosotros. [...] Mi impresión es que hacen una labor separatista apoyada en el sentimiento religioso. Supongo que será una táctica practicada en el mundo entero y que quizás de sus frutos deplorabilísimos»³⁰.

La polémica pública estalló poco después de que el presidente del gobierno vasco en el exilio, José Antonio Aguirre, hiciera su reaparición pública en 1940. Aguirre había salido de España y no se supo nada de su paradero durante meses. Reapareció en América bajo un nombre falso, al mismo tiempo que iniciaba un entusiasta gira por toda Sudamérica. En Argentina fue recibido por las más importantes figuras de la cultura, la política y la sociedad de la época. Para Ossorio, la salida de Aguirre de Europa, controlada por Hitler, no dejaba

²⁸ Franceschi, Gustavo, «¿Nuevo orden?», *Criterio*, n. 701 (7 de agosto de 1941), pp. 345-349.

²⁹ Véase Güenaga, Rosario, *Algunas repercusiones de la guerra civil en Argentina (el caso del nacionalismo vasco)* (Separata del 11º Congreso Nacional y Regional de Historia Argentina, Córdoba, 20 al 22 de septiembre de 2001), Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2001.

³⁰ *Ossorio a José Giral*, 23/1/1940. *AHN. Diversos-Giral*, 16 – 290

de ser sospechosa, y así lo expresó en un artículo en *España republicana*, en donde sostenía que la liberación del expresidente de Euzkadi «de la crueldad alemana» era «cosa hasta ahora bastante oscura»³¹.

EuzkoDeya, el periódico de los exiliados vascos en Argentina, recogió el guante. Si bien la figura de Ossorio era ponderada —tal vez con cierta ironía— como «una de las personalidades de mayor volumen de la vida política contemporánea española», la sospecha sembrada por Ossorio sobre Aguirre obligaba a Ramón María de Aldasoro, director de la publicación, a explicar su salida de Santander y Cataluña, su fuga a Bélgica en donde lo sorprendió la invasión alemana, y su final huida gracias a la ayuda de los servicios norteamericanos y de otros que no podía nombrar «sin poner en riesgo sus vidas»³².

En el número siguiente Ossorio aclaraba en *EuzkoDeya* que en ningún momento había dudado de la persona de Aguirre, y que cuando se refería a las obscuridades de su liberación, no pensaba que lo habían ayudado los alemanes, sino la iglesia católica «...nuestra implacable enemiga, nuestra mortal enemiga, desde mucho antes de estallar la guerra». Aldasoro, por su parte, desvinculó a la iglesia de la fuga de Aguirre, admitió que «muchos católicos se sienten alejados de la Iglesia», aunque el ejemplo del martirio de los sacerdotes vascos «debería hacerlo reflexionar sobre estos juicios»³³.

En su segunda misiva a *EuzkoDeya*, Ossorio reconocía el valor y la dignidad del clero vasco, «españoles y católicos de primera línea». Al mismo tiempo recordaba los desplantes de los que habían sido víctimas por parte de la jerarquía:

«¡Pues los vascos! ¿No recuerda Vd. cierto viaje de calificadísimos compatriotas de Vd. a Roma? ¿Y de cierta audiencia que solicitaron respetuosamente y no les fue otorgada? ¿Y de cierta descortesía evidente que recibieron? [...] Sí, sí, claro que lo recuerda Vd. mucho mejor que yo. Lo que pasa es que como Vd. hace política tiene Vd. que proceder con miramiento y con cautelas no del todo sinceros; y como yo no lo hago, hablo con el desenfado y la despreocupación que he usado toda mi vida»³⁴.

³¹ Ossorio y Gallardo, Ángel, «Toque de llamada», *España republicana*, 22 de noviembre de 1940.

³² «Agradeceríamos a Don Ángel Ossorio y Gallardo nos aclarara qué obscuridades ha podido advertir, en la conducta de Don José Antonio Aguirre y Lecube», *EuzkoDeya*, 30 de noviembre de 1941, p. 1.

³³ «Con el propósito de mantener con Don A. Ossorio un diálogo cortés y provechoso para todos», *EuzkoDeya*, 12 de octubre de 1941, pp. 1-2.

³⁴ «Con motivo de otra carta del Dr. Ángel Ossorio», *EuzkoDeya*, 20 de diciembre de 1941, p. 1.

Ossorio estaba íntimamente indignado con el viaje de Aguirre. Le molestaba su carácter apoteósico. Y que lo recibieran los jefes de estado. Los mismos que le cerraban las puertas al resto del exilio español. No podía aceptar una política separatista, aunque hubiera defendido las autonomías regionales. Y también percibía en el viaje una presencia vaticanista. «Este cortísimo resto que me queda de vida» –afirmaba en correspondencia con Carlos Esplá– «quiero pasarlo en congruencia con mi conducta de siempre. No seré jamás separatista ni clerical. Pero como advierto que los republicanos de América no ven nada de eso, tengo que admitir la posibilidad de ser yo el equivocado»³⁵.

A partir de 1941 las diferencias en el catolicismo argentino empezaron a hacerse públicas. La prensa antifascista local daba lugar a esas polémicas, mostrando cómo los «verdaderos católicos» abandonaban su neutralismo ubicándose junto a los Aliados. A fines de ese año comenzó a publicarse la revista *Orden Cristiano*, en donde muchas figuras del exilio vasco tuvieron una principalísima participación.³⁶ Toda una corriente de católicos antifascistas se expresó a través de ésta y otras publicaciones como *Estrada*, y cuando podían, en la misma revista *Criterio*. Una de las participantes más singulares de este espacio fue Eugenia Silveyra de Oyuela. Militante de la Acción Católica, empezó a escribir en el diario católico *El Pueblo* en 1936. Decididamente profranquista, fue una de las que criticó a Maritain por su neutralidad en el conflicto ibérico, acusándolo de colaborar con el comunismo³⁷. Pero a diferencia de muchos católicos nacionalistas no se alineó con el neutralismo, ni con el Eje al estallar la guerra mundial, sino que se convirtió en una ferviente aliadófila, redactora habitual de publicaciones antifascistas locales como *Argentina Libre*, *Antinazi...*, *Orden Cristiano* y la revista de la *Junta de la Victoria*.

A fines de agosto de 1941 Eugenia Silveyra fijó su posición frente al nuevo escenario abierto por el ataque alemán a la Unión Soviética. Señalaba que el apoyo de Hitler a la «justa» revolución encabezada por Franco había llevado a muchos católicos –entre los que se incluía– a «disimular» las acciones pagani-

³⁵ Ossorio a Esplá, 30/9/1942 en Angosto Vélez, Pedro Luis, *La insurrección contra la inteligencia: epístolas republicanas: Carlos Esplá, Amós Salvador, Ángel Ossorio y Gallardo*. Madrid: Centro de Investigación y Estudios Republicanos, 2007.

³⁶ Véase Zanca, José, «¿Se ha hecho Dios fascista? *Orden Cristiano* y los intelectuales católicos argentinos durante la II Guerra Mundial» en Rodrigues, Cândido y Zanotto, Gizele, *Catolicismo e sociabilidade intelectual na América Latina*, Cuiabá, Editora da Universidade Federal de Mato Grosso, 2013.

³⁷ Silveyra de Oyuela, Eugenia, «Frente a la polémica versus Maritain ¡Comunismo no!», *El Pueblo*, 25 de agosto de 1936.

zantes y anticristianas del régimen nazi, y especialmente la persecución contra la iglesia católica. En realidad, recordaba, el Sumo Pontífice había ya definido el simultáneo repudio al comunismo y al nazismo en las encíclicas *Divini Redemptoris* y *Mit breneder Sorge*. Sin embargo, «...las persistentes y cada vez más claras noticias del apoyo nazi a la España católica, al colmar las ansias de la angustia cristiana frente a la persecución bolchevique, se convirtieron para muchos en venda impenetrable de lo real». En el peor de los casos, pensaba, la influencia del «caudillo católico» lograría la conversión del «Führer alemán», «...algo así como un nuevo Pablo de Tarso, cuyas enseñanzas irradiando sobre el mundo entero, ‘renuevan la faz de la tierra’». Reivindicando a la España franquista, llamaba a admirar su recuperación y a lamentar que voluntarios falangistas participaran junto a las tropas que combatían bajo «la cruz gamada»³⁸.

Ángel Ossorio contestó al artículo de Eugenia Silveyra desde las páginas de *Argentina Libre*. Se alegraba de que una destacada escritora católica militara en el campo antifascista, pero le reprochaba su postura respecto de España. Luego de recordarle los crímenes del franquismo, y de negar que la República hubiera cometido todos aquellos que se le imputaron, Ossorio conminaba a Silveyra a «hacerse cargo de las infinitas mujeres españolas, tan católicas como Usted que han sido expulsadas de los templos [...] hágase usted cargo de que hoy todavía se trate de comunistas a Maritain, a Mauriac, a Bernanos, a Mounier, a Seigneur, a los de Esprit, a su paisano Durelli...»³⁹.

Son llamativas las discusiones de Ossorio con exiliados vascos y con católicos antifascistas como Eugenia Silveyra. Nunca participó, por otro lado, en la emblemática revista *Orden Cristiano*. Seguramente porque su estrategia respecto del catolicismo era muy diferente a la del resto del antifascismo católico: si éste quería demostrar que el Papa y los obispos no eran neutralistas, y que por el contrario la sana doctrina llamaba a apoyar a los Aliados, Ossorio denunciaba a la iglesia institucional y la mayoría de los católicos de colabora-

³⁸ Silveyra de Oyuela, Eugenia, «Nazismo o comunismo», *La Nación*, 30 de agosto de 1941.

³⁹ Ossorio y Gallardo, Ángel, «Católicos, fascistas y comunistas», *Argentina Libre*, 7/9/194, p. 2. Eugenia Silveyra respondió reafirmando su apoyo a Franco, aunque con mucha más tibieza que cinco años antes. La República había sido culpable por haber atacado «la esencia de España», su religión. «Si Franco cumplió o no en devolver a España la plenitud y libertad de su alma católica, lo dirá Dios y lo veremos con el tiempo [...] Pero los hechos externos lo presentaron reedificando los templos y restituyendo a Cristo a la vida intelectual de la nación». Véase Silveyra de Oyuela, Eugenia, «Respuesta a Ángel Ossorio», *Argentina Libre*, 18/9/1941, pp. 9-10.

cionistas. Ninguna estrategia de captación de las voluntades de los católicos podía tenerlo entre sus filas. En buena medida esa era la respuesta que le daba a José Giral en 1941. Él no era parte de ningún grupo o partido en Argentina «... sigo siendo, como lo fui toda mi vida, un francotirador [...] me dispongo a morir en soledad...»⁴⁰.

En 1942, sintetizó buena parte de sus ideas sobre la Iglesia en *La guerra de España y los católicos*. «No hay duda de que en muchas conciencias –afirmaba–, por ejemplo, en las que siguen a Maritain, el valor jurisdiccional de la Iglesia cada día significa menos y el valor de los mandamientos de la ley de Dios cada día significa más. Estos significan más porque se ven sanguinariamente contradichos y perseguidos, y van ganando el prestigio que conquistan todas las víctimas de agresiones injustas». Esto se debía al increíble espectáculo de ver que «las masas católicas militen al lado del fascismo y el nazismo y combatan a los hombres que defienden la libertad y la democracia». Para Ossorio, el apoyo de los católicos al fascismo tenía un origen exclusivamente reactivo frente al avance de la clase obrera, dado que el ochenta por ciento de los católicos eran «... adoradores del dinero. Para ellos la Iglesia es una gendarmería. El temor de las penas eternas es una amenaza contra los pobres para que no ambicionen dineros ajenos». Finalmente recordaba, en referencia a monseñor Miguel de Andrea, que «un obispo argentino –que suele discrepar de casi todos los obispos del mundo– dijo en cierta ocasión que “es más fácil y más cómodo abominar de las deficiencias de la democracia que luchar por ella”»⁴¹.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Ángel Ossorio aparece en este sucinto recorrido como una figura multifacética, de la que sólo hemos tocado aquellos aspectos que consideramos iluminaban los cambios en la relación entre política, cultura y religión en las décadas centrales del siglo XX. Podemos concluir que la Guerra Civil española sirvió para catalizar el descontento de un segmento del laicado, especialmente de aquellos intelectuales que estaban en desacuerdo con alinearse con las figuras de la nueva derecha que aparecían en el horizonte político europeo en los años de 1930. Esto trajo necesariamente conflictos y debates internos, que

⁴⁰ Ossorio a José Giral, 13/1/1941. AHN. *Diversos-Giral*, 14-690.

⁴¹ Ángel Ossorio y Gallardo, *La guerra de España y los católicos*, Buenos Aires, Patronato hispano-argentino de cultura, 1942, p. 23.

transitaron las páginas de los principales medios de difusión confesional y que circularon, como Ossorio, entre Europa y América Latina. Esas polémicas internas tuvieron como efecto la relativización del poder de la jerarquía para fijar una posición incontrovertible. Por otro lado, las discusiones entre laicos y sacerdotes sobre qué era lo evangélicamente correcto en el caso del conflicto español, terminarían generando, como efecto no deseado, el surgimiento de una verdadera «opinión pública» en el seno de la iglesia.

El caso de Ossorio es, a su vez, característico del reverdecer de un anticlericalismo católico. De la crítica directa de los católicos a las pretensiones de influencia de los agentes clericales, pero también de un debate sobre la interpretación correcta del texto bíblico. Es posible entender esta transformación del rol del intelectual en relación a la cultura católica en tanto la búsqueda por parte de la iglesia de reconquistar a la sociedad a través del uso de instrumentos «profanos» terminaría generando una paradójica apertura de la iglesia a las prácticas mundanas, uno de cuyos efectos será la introyección de las lógicas del mundo en su seno. Ossorio, un intelectual fronterizo entre el catolicismo, el liberalismo y el conservadurismo, permite observar estos cambios.

A su vez Ossorio recorría otra frontera. Aquella que separaba las prácticas políticas de la Restauración, de la sociedad y partidos de masas. Ossorio hizo siempre gala de su autonomía, reflejándose en el espejo del imaginario de la ciudadanía del siglo XIX, que no aceptaba mandatos sino de su conciencia, rechazando por igual las directivas del clero, como la adulación religiosa a las masas. Si la política cambiaba la religión, a partir del efecto que la hora española causó en los católicos argentinos, la religión también dejó su huella en la política: la concepción individualista del ciudadano, de su ingreso como un ser despojado de toda singularidad a la esfera pública, no sobreviviría, al igual que Ossorio, a la segunda posguerra.

PERE CATALÀ I PIC: CATALANISTA, REPUBLICANO Y ANTIFRANQUISTA (1889-1947)*

PABLO GIORI
Universitat de Girona

VALLS: RETRATISTA Y MILITANTE DE LA MODERNIZACIÓN

«Nació en Valls, en el Hostal Pintat, la casa de la Muralla Esquina sud de la Baixada de Farigola, el año 1889»¹.

Pere Català i Pic provenía de una familia pobre del campo de Tarragona dedicada principalmente a la hotelería y a la restauración. Su padre muere de difteria al igual que sus dos hijos mayores; su madre, viuda y pobre, se traslada a Barcelona con el pequeño Pere a buscarse la vida. Esta abre una pensión que va cambiando a menudo de ubicación y de inquilinos; cambia de colegio en cada traslado hasta que su madre decide buscarle uno de calidad y logra que lo bequen. En el Colegio Vilar entra en contacto con la burguesía barcelonesa de la época: su madre siempre creará en la educación para el ascenso social, aunque el niño tenga que dejar los estudios prematuramente por problemas económicos.

A los 9 años conoce la sardana, un baile popular catalán que se estaba popularizando en Barcelona; esta danza tendrá una gran importancia ya que a comienzos de siglo los catalanistas la proponen como baile de moda y a medida que se creaban nuevas agrupaciones políticas ésta se iba extendiendo por todo el territorio². En el colegio crea una agrupación llamada «Patria», en la que se organizaban unos concursos para saber quién hablaba mejor el catalán (el

* Para saber más ver Giori, Pablo: *Pere Català i Pic. Fotografia, publicitat, avantguarda i literatura (1889-1971)*, Barcelona, Rafael Dalmau editor, 2016.

¹ «Pere Català i Pic, pare de la dinastia dels Català», 1967. Las fuentes que no se indique lo contrario provienen del Archivo Pere Català. Todas las traducciones son propias.

² Marfany, Joan-Lluís, *La cultura del catalanisme. El nacionalisme català en els seus inicis*, Barcelona, Empúries, 1996.

sistema educativo era íntegramente en español) y jugaban a diferenciar a los catalanes de los federales. A causa de la situación económica familiar, tendrá que dejar el colegio y con 12 años, en 1902, comienza a trabajar en el Banco Hispanoamericano haciendo recados. En 1905 se hace socio del Centro Autonomista de Dependientes del Comercio y de la Industria (CADCI) para luchar por la implementación de la Ley de Jornada Intensiva, una que le permitiese trabajar y estudiar; quería cursar la carrera de Filosofía y Letras. En este gremio de trabajadores catalanista conoce a la intelectualidad de la época y, si bien no puede retomar los estudios por el fracaso de la ley, con el dinero que empieza a ganar con su trabajo va comprando libros y estudiando de forma autodidacta, como hará toda su vida.

Pere Català Pic viaja a Roma en 1909 para la beatificación de Josep Oriol y es allí donde hace sus primeras fotografías. Volviendo de este viaje escribe unos poemas ensalzando la figura de Jacinto Verdaguer (poeta romántico que ya en aquella época era considerado el poeta nacional de Cataluña) y otros patrióticos:

Retorn a la Pàtria
Anyorament
Catalunya pàtria meua
de llunyes terres t'he anyorat
d'allà ont no's parla ta llengua bella
d'allà ont no's veu ton Montserrat...

Al regreso, Pere Català se convierte en vocal del CADCI dentro de la Sección Permanente de Propaganda Autonomista, encargada de divulgar el pensamiento catalanista en los trabajadores³. Ahí conoce a Aureli Capmany, Pompeu Fabra, Josep Puig i Cadafalch, Antoni Rovira i Virgili, entre otros intelectuales, y crea en 1914 la Sección de Fotografía. El 13 de febrero de ese año publica sus primeras cuatro fotografías en el periódico carlista *Gráfico Legitimista. La voz de la tradición* y, gracias a un dinero que le deja una tía (que había hecho fortuna en Argentina), decide dejar su trabajo estable en el banco y comenzar una nueva vida como retratista en Valls, la ciudad donde había nacido.

En un momento de gran inestabilidad política y económica por los problemas de la Gran Guerra, Català abre su negocio el 26 de mayo de 1915 sin

³ Lladonosa i Vall-llebrera, Manuel, *Catalanisme i moviment obrer: el CADCI entre 1903 i 1923*, Barcelona, Abadia de Montserrat, 1988. CADCI-ANC (900-2031). Libro de actas; Revista *Anyal*, 1912, p. 244.

saber casi nada de retratar. La tarea fotográfica de Català en Valls fue muy importante, tanto por su capacidad de democratizar la fotografía⁴ como por ser el cronista gráfico de toda la comarca. En 1914 las cuatro diputaciones provinciales catalanas se habían unido en la Mancomunitat de Catalunya, una organización de corte nacionalista que busca la modernización, no únicamente de las grandes ciudades, sino también de los pueblos del interior. Dentro de este gran proyecto, se crea la sección de Conservación y Catalogación de Monumentos, liderada por Jeroni Martorell, con el objetivo de documentar, conservar y enseñar el patrimonio catalán y español durante la Exposición Universal de 1929 en Barcelona. Català Pic y el arquitecto Josep María Vives Castellet son los encargados de llevar adelante esta tarea en las comarcas de Tarragona entre 1915 y 1923⁵.

Pero además de fotografías, Català Pic comienza aquí su etapa como intelectual y hombre de acción. Valls era una pequeña capital de comarca en un momento de gran efervescencia política, económica y cultural; aquí conoce a un grupo de jóvenes, la mayoría regresados como él de Barcelona, que crean una serie de agrupaciones para el «fomento de los pueblos». Con este grupo de amigos envían en febrero de 1919 un telegrama de apoyo a Francesc Cambó al Congreso de los Diputados por sus luchas a favor de la Campaña autonomista: «El pueblo confía en su actitud, todo o nada, no desmaye que atrás suyo estamos todos»⁶. Esta campaña fue la primera en que el catalanismo propuso la creación de un Estatuto de Autonomía en el marco de la Mancomunidad de Cataluña y de la crisis de la Restauración; este proyecto fue la base del Estatuto finalmente aprobado en 1932⁷.

En 1920 crean una sección del CADCI en Valls⁸, Català Pic comienza a dar conferencias en la Asociación Catalanista⁹ y organiza un concurso fotográfico

⁴ Martí Baiget, Jep, «Estratègia per a la localització i recuperació fotogràfica en una ciutat mitjana. L'exemple de Valls», *Lligall*, 15 (1999), pp. 229-258.

⁵ Ver mi artículo sobre esta tarea en Usandizaga, Miguel, Cuchí, Albert et al., *Josep Maria Vives Castellet. Arquitecte*, Valls, Institut d'Estudis Vallencs, 2015.

⁶ *Pàtria*, 01.02.1919, p. 3.

⁷ Poblet, Josep Maria, *El moviment autonomista a Catalunya dels anys 1918-1919*, Barcelona, Pòrtic, 1970.

⁸ «Als deponents de Valls», *La Crònica de Valls*, 15.12.1917, p. 2. *La Crònica de Valls*, 19.06.1920, p. 2.

⁹ «Història, fonament i procediments de la fotografia», Associació Catalanista, Valls, 03.04.1921. *Pàtria*, 26.03.1921, p. 3 y 5.

con un jurado de lujo encabezado por el arquitecto Jeroni Martorell, como comenta en una carta:

«Le ruego no me niegue su cooperación ya que tengo un gran interés en presentar a la Comisión [de Fiestas] los nombres propuestos con el objetivo de demostrar, ya que es oportuno, que los catalanistas sabemos hacer las cosas»¹⁰.

En 1925 Primo de Rivera disuelve la Mancomunitat y Català Pic y un grupo de vallenses crean la Unión Gremial, un gremio para vendedores e industriales con el objetivo de dinamizar y modernizar la economía y de mejorar el bienestar de los ciudadanos; además, se hace miembro de la Cámara de Comercio¹¹. El catalanismo se expande y la dictadura ayudará a su radicalización. En Valls la Juventud Nacionalista trabaja muy fuerte y la sardana se va divulgando por las comarcas; Català Pic era uno de los pocos que sabía bailarla y que la enseñaba. En 1926 crean la agrupación Amics de les Belles Coses¹² y la Asociación de Música que organizaba giras de agrupaciones musicales de nivel internacional por los pueblos del interior. En ocasiones la familia iba a Barcelona a visitar a una amiga de su esposa, Francesca Bonnemaison de Verdaguer, presidenta de la Escuela y Biblioteca Popular de la Mujer, amiga íntima de Francesc Cambó.

En 1928 Català Pic comienza su tarea como articulista, la cual le permite divulgar sus ideas y obtener un sobresueldo. En septiembre viaja seis días a París y a Bruselas, donde se encuentra con el fotógrafo de vanguardia Egidio Scaioni: decide abandonar la fotografía objetiva y comenzar a estudiar y a hacer fotografía subjetiva, de vanguardia. Todo lo que Català sabía de la vanguardia lo había aprendido de las revistas francesas, inglesas y norteamericanas que compraba en Barcelona y que disfrutaba y compartía con su grupo de allegados en Valls. El año siguiente es el de la Exposición Internacional de Barcelona de 1929, que marca el inicio de la modernidad cultural e industrial en España y especialmente en Cataluña. En esta época ya conoce las aplicaciones de la fotografía en la publicidad y decide volver a Barcelona para iniciar una nueva carrera: deja el retrato para ser fototécnico publicitario.

Antes de irse, lucha por la creación de un campo de aviación en Valls (símbolo de la modernidad)¹³, escribe un artículo sobre el renacimiento cultural

¹⁰ Carta a Martorell, 17.11.1920. AHCB-F.J.M. Subrayado en el original.

¹¹ *La Crònica de Valls*, 29.08.1925, p. 2.

¹² *Borinot*, 18.02.1926, p. 14.

¹³ *Acció Comarcal*, 31.10.1930, p. 1 y *Joventut per la Fe i per la Pàtria*, 31.10.1930, p. 4. «L'aeropot de Valls», *La Crònica de Valls*, 06.12.1930, p. 2 (firmado P. C).

catalán¹⁴ y se suma a la candidatura republicana de Acció Catalana¹⁵. Uno de los postulados más importantes de este proyecto político era el respeto por las creencias religiosas individuales pero también la defensa de la separación entre iglesia y estado¹⁶. En el camino se declara la Segunda República Española y el fotógrafo pide audiencia para hacerle unas fotos «al Excm. Sr. Francesc Macià, President de la República Catalana»:

«Lleno de entusiasmo por su actitud ejemplar en los momentos presentes, luego de una larga actuación enérgica, permítame que le dé testimonio de mi más cordial y humilde enhorabuena»¹⁷.

En una serie de artículos denominados *Espòrtula* habla de la ciudad, de la modernidad, del turismo y hace una defensa muy fuerte del Estatuto de Autonomía de Catalunya:

«No nos hemos resignado a vivir bajo el yugo de la esclavitud oprobiosa y no habrá ningún vallense que, en este momento decisivo para Cataluña, haga de traidor votando contra un Estatuto que reclaman todas las comarcas catalanas porque garantiza nuestra libertad, nuestra dignidad y nuestro futuro. Es una ley producto de la firme voluntad de Macià, de un héroe, de un símbolo [...] Cinco siglos hemos pasado en la decadencia hasta que Francesc Macià, el restaurador de nuestras libertades y grandezas, el caballero del ideal, el redentor de un pueblo oprimido...»¹⁸.

Efectivamente, el compromiso de Català con el Estatuto es total; tanto que en su tienda de fotografía se puede firmar un petitorio dándole apoyo¹⁹. Éste se vota el 2 de agosto y resulta aprobado con el voto positivo del 99% de los electores catalanes, si bien demora más de un año en ser aprobado definitivamente por el Parlamento español. El último artículo de la fiebre estatutaria se llama «El espíritu de Cataluña nunca muere» y es la expresión más clara que se conserva de su catalanismo militante; luego, y con la experiencia de la guerra, su perspectiva irá moderándose: «Ha muerto el poder de Roma, pero el espíritu de nuestra raza, que clama independencia, sobrevivió

¹⁴ «A honorança del patrici [Narcís Oller]», *Acció Comarcal*, 02.08.1930, p. 4-5.

¹⁵ *La Crònica de Valls*, 07.06.1930, p. 6. Baras i Gómez, Montserrat, *Acció Catalana: 1922-1936*, Barcelona, Curial, 1984.

¹⁶ *La Crònica de Valls*, 23.08.1930, p. 3. Posteriormente apoyará también la candidatura de Unión Republicana. *Lluita*, 04.04.1931, p. 3 y *Acció Comarcal*, 04.04.1931, p. 3.

¹⁷ ANC. Fons Francesc Macià (818-3833). Los clisés de esta serie se han perdido. *Lluita*, 13.06.1931, p. 1.

¹⁸ «Espòrtula III. Valls i l'Estatut», *Lluita*, 01.08.1931, p. 2.

¹⁹ *La Crònica de Valls*, 1 d'agost de 1931, p. 1.

las invasiones de bárbaros y árabes»²⁰. La etapa de crear una cultura integral para los pueblos ha quedado atrás, el publicista moderno busca clientes y es hora de volver a comenzar.

BARCELONA Y LA REPÚBLICA CATALANA

Abre un negocio en la ciudad condal y comienza a realizar los primeros fotomontajes que lo harán famoso: Ford, Anís el Mono, Societat d'Atracció de Forasters, Xocolata Juncosa, Cerebrino Mandri, La Caixa de Pensions, Myrurgia, Barreteria Prats, entre otros. El panorama de la vanguardia barcelonesa de los años 30 era muy potente y contaba con personajes relevantes como Josep Renau, Carles Fontseré, Antoni Clavé, Joan Miró, Karel Černý, Frisco, Will Faber y, los más cercanos en cuento a las técnicas utilizadas, Gabriel Casas, Josep Sala, Antoni Arissa y Josep Sala²¹.

Se inscribe en el Ateneo Barcelonés, donde participa en tertulias con la intelectualidad de la época, y sigue con su tarea de difusión, esta vez en la revista *Ford* y en el semanario *Mirador*. La primera era una revista de arte vanguardista donde Català Pic colaboraba con fotografías, publicidades y artículos, por ejemplo uno sobre «La Evolución Fotográfica»: «Nuestra época ha traído nuevas concepciones. Las grandes velocidades, la locomoción aérea, la electricidad, la vida moderna en una palabra, han contribuido a crear una nueva sensibilidad»²². *Mirador* era un espacio fundamental de encuentro de intelectuales comprometidos con la República y en la cual Català Pic podía difundir para un gran público sus ideas sobre fotografía, publicidad y modernidad²³.

Para 1933 ya forma parte del Publi-Club y del Seminario de Publicidad del Instituto Psicotécnico de la Generalitat de Cataluña,²⁴ donde investiga de forma práctica las aplicaciones de la psicología a la publicidad y de la fotografía en la propaganda. Aquí lucha vivamente contra la propuesta del director del

²⁰ «Espòrtula IV. L'esperit de Catalunya mai no mor», *Lluita*, 08.08.1931, p. 2.

²¹ Satué, Enric, *Los Años del diseño: la década republicana (1931-1939)*, Madrid, Turner, 2003.

²² «La Evolución Fotográfica», *Ford*, junio de 1932, p. 160-162.

²³ «Fotografia i Publicitat», *Mirador*, 03.11.1932, p. 11.

²⁴ Benavent, José, «Del "Museo social de Barcelona" al "Institut Psicotècnic de la Generalitat de Catalunya": origen, evolución y desaparición de una institución pionera y modélica de orientación psicopedagógica (1909-1939)», *REOP*, Vol. 19 (2008), p. 218.

seminario, el belga Alexandre Chleusebairgue, quien sostenía que se podían aplicar a la realidad catalana los conocimientos psicológicos de los países nórdicos²⁵. Además de artículos en prensa, da conferencias, clases y presentaciones en la radio sobre sus ideas.

En una de sus clases en el Instituto Psicotécnico, el 26 de febrero de 1934, titulada «Estudio psicológico de los mercados», indica que los problemas económicos derivados del crack de 1929 y el «fantasma monstruoso y amenazador del marxismo» que avanza de la mano del estado totalizante e intervencionista (tanto en su versión fascista o marxista) son problemas que afectan la situación de los negocios y de la publicidad. El Català Pic defensor de la República comienza a ver que la radicalización y el ascenso del estado cuestionan al sujeto como individuo y a la religión, que él considera que tiene que estar presente en la vida social como un código de conducta. Al final de su conferencia augura que, gane quien gane, la publicidad tendrá una gran importancia porque «no es únicamente actividad mercantil sino actividad educadora, impone costumbres, engendra hábitos, divulga tendencias». La posibilidad de que se declare una nueva guerra vuelve a estar presente y la Asociación de Cartelistas organiza una Exposición de Carteles contra la Guerra que Català Pic comenta en *Mirador*: «Si esta exposición contribuye a despertar los sentimientos pacifistas, bienvenida sea»²⁶.

Hacia sólo 3 años que Català Pic había vuelto a Barcelona y ya se encontraba en el medio de los movimientos intelectuales, fotográficos, publicitarios y artísticos de vanguardia de la época. Pero la historia no es lineal y la muerte de su amigo de infancia, Manuel González Alba, en los hechos de octubre de 1934 defendiendo el CADCI será una clara señal de que la situación se agrava²⁷. Aún hay tiempo para el arte antes de la guerra: participa de la exposición de Man Ray²⁸ y de Picasso²⁹, colabora en la revista *Claror* del Instituto de Cultura y Biblioteca Popular de la Mujer, escribe su libro *Psicología de la Publicidad y de la Ventas*³⁰ y participa de agrupaciones culturales como el Ateneo Barcelonés

²⁵ «Per un Laboratori de Publicitat (al Dr. E. Mira)», *Mirador*, 01.02.1934, p. 7.

²⁶ «Abaix la guerra!», *Mirador*, 15.03.1934, p. 7.

²⁷ Castells, Víctor, *Manuel González Alba. Una vida per la independència*, Barcelona, Pòrtic, 1985.

²⁸ «Man Ray», *Mirador*, 06.06.1935, p. 7. «Man Ray. Un fotógrafo de nuestros días», *Ford*, agosto de 1935, p. 293-296.

²⁹ «El arte de Picasso», *Ford*, febrero de 1936, p. 16-19.

³⁰ Carta de Prat Gaballí, 11.03.1935 y 16.11.1934.

y la Peña del Hostal del Sol³¹. Finalmente, se embarca en la edición de una revista, *Frea. Femenina y feminista*, que iba a revolucionar el mercado y las costumbres femeninas siendo la primera de distribución gratuita en todo el estado; un proyecto que podría haberlo catapultado al éxito, pero como él mismo dijo: «Al estallar la guerra, todo al carajo. Al terminar la guerra, todo al recarajo!»³².

El 6 de octubre de 1934 había sido un aviso, ahora sí que comienza la guerra: la historia hace que con 47 años Català Pic tenga que volver a comenzar, luego de ser oficinista de banca, retratista y fotógrafo de monumentos, publicista, profesor de psicología y de publicidad. Los últimos cinco años fueron su momento de gloria profesional, una mezcla entre juventud tardía, revolución y vanguardias, una energía que aún le durará tres años más, pero ya no como publicista.

Con el inicio de la guerra, Emili Mira (su jefe en el Seminari de Publicitat y uno de los psicólogos más destacados del proyecto republicano) lo pone en contacto con Jaume Miravittles³³, del Comité de Milícies Antifeixistes, donde Català Pic comienza a hacer fichas de soldados que van al frente. Las Milicias fueron una agrupación anarquista (CNT y FAI, principalmente) creada para coordinar la lucha urbana de las Milicias Populares contra el alzamiento y que posteriormente fue la encargada de organizar a los voluntarios que se alistaban para ir al frente; después de cuatro meses de trabajo cedieron sus competencias a la Generalitat en un contexto de normalización institucional.

Mientras trabajaba aquí, Català Pic organiza con Miravittles el Comissariat de Propaganda de la Generalitat de Cataluña, el primer órgano oficial de propaganda que se creó en toda España³⁴. La idea provenía de Català Pic³⁵ y la organización política de Miravittles³⁶:

³¹ Tasis, Rafael, *Història d'una penya literària*, Barcelona, el autor, 1965, p. 19. Parellada, Dídac, *El Rall: memòries d'una penya artística i literària de Barcelona*, Barcelona, El Llamp, 1989, p. 29.

³² Carta a Sempronio, 03.11.1967.

³³ Batalla, Ramon, *Jaume Miravittles i Navarra. Intel·lectual, revolucionari i home de govern*, Barcelona, Universitat Autònoma, 2010, p. 408.

³⁴ Pascuet, Rafael y Pujol, Enric (dir.), *La Revolució del bon gust: Jaume Miravittles i el Comissariat de Propaganda de la Generalitat de Catalunya (1936-1939)*, Barcelona, ANC-Viena, 2006. Toda esta etapa de su vida está contada por él mismo en una novela autobiográfica inédita llamada *Juan Barroso. El caminante sentimental*.

³⁵ Carta a Francesc Domingo, 19.06.1966.

³⁶ Batalla, Ramon, *Jaume Miravittles...*, op. cit., p.451. *Mi Revista*, febrero de 1937, p. 39. Oliva i de la Esperanza, Llúcia, «El Comissariat de Propaganda a través de la memòria dels que ho van viure», *Treballs de Comunicació*, junio (2008), p. 35-53.

«Dibujé un gráfico circular de todas las posibilidades de propaganda que tenían que partir de un centro donde se localizaba la idea, la creación y el control de la divulgación y el registro de los resultados psicotécnicos...»³⁷.

El Comissariat giraba alrededor de Miravittles y de los jefes de sección; la de ediciones tenía un encargado técnico, Català Pic, y un responsable de la dirección editorial, Josep Roure-Torrent (del PSUC y enlace con la Agrupación de Escritores Catalanes),³⁸ y tenía contacto directo con las secciones de Boletín, Radio y Prensa y el Departamento fotográfico³⁹, donde trabajaba su hijo, Francesc Català-Roca, Josep Sala, Agustí Centelles, y muchos otros fotógrafos nacionales e internacionales⁴⁰.

El 24 de octubre de 1936 se publica en un suplemento del diario *La Vanguardia* un especial sobre propaganda antifascista donde se veía per primera vez el famoso cartel «Aixafem el Feixisme», fotomontaje de Català Pic⁴¹. En este momento comienza a trabajar en la creación de la revista *Nova Ibèria*; el editor deja atrás al fotógrafo cuando en enero de 1937 se publica el primer número. Aquí publica su famoso artículo «Estructuració d'una nova propaganda», que marca el paso del publicista al propagandista:

«PROPAGANDA he aquí la palabra mágica, poderosa que determina el éxito o el fracaso, ya no de una marca, de un artículo, de un prestigio, sino también del porvenir espléndido o de la decadencia de un movimiento político... El hecho revolucionario ha dado lugar al despliegue de los artistas que han puesto su potencial dinámico en la causa, pintando carteles, vehículos, ferrocarriles, muros y grandes pancartas con retratos de hombres ilustres para las fachadas, comenzando, si bien con timidez, a concebir la propaganda de grandiosidad y de grandes perspectivas»⁴².

Para Català Pic, de la conjunción entre estudio y creatividad nacerá la nueva propaganda, reflejo de la Nueva Iberia, «una nueva estructuración de

³⁷ «Prou he fet amb el meu treball...».

³⁸ Pascuet y Pujol, *La Revolució del bon gust...*, op. cit., p. 85. Satué, *Los años del diseño...*, op. cit., p. 217

³⁹ Solé, Josep y Villarroya, Joan, *Guerra i Propaganda. Fotografies del Comissariat de Propaganda de la Generalitat de Catalunya 1936-1939*, Viena, Barcelona, 2005.

⁴⁰ Pascuet y Pujol: *La Revolució del bon gust...*, op. cit., p. 40.

⁴¹ Català-Roca, Francesc, *Impressions d'un fotògraf. Memòries*, Barcelona, Edicions 62, 1995, p. 37. Pascuet y Pujol, *La Revolució del bon gust...*, op. cit., p. 100. El cartel fue considerado por André Malraux como uno de los carteles de guerra más famosos de la historia. Satué, Enric, *Los Años del diseño: la década republicana (1931-1939)*, Madrid, Turner, 2003, p. 100 y 250.

⁴² «Estructuració d'una nova propaganda», *Nova Ibèria* núm. 1, enero (1937).

la vida» más justa y más digna, producto de la revolución y de la República. Como jefe de ediciones publica cerca de 200 libros, revistas, alerías, discursos, álbumes gráficos, etc. en cuatro idiomas. Pero la tarea no era fácil y las críticas al Comissariat y al comisario Miravittles se intensifican⁴³; por eso, Català Pic decide escribir dos artículos, con pseudónimo, para explicar y defender su tarea:

«El triunvirato Franco-Hitler-Mussolini creía estar haciendo una gran jugada estratégica pero no contaba con la contra acción dirigida por un estratega publicitario surgido de la revolución que, con un sencillo cargo de comisario de Propaganda y unas modestas asignaciones de la Generalitat, producía la emoción publicitaria más poderosa que nunca se haya conseguido»⁴⁴.

Cuando el médico anarquista Félix Martí Ibáñez es desplazado de su tarea en la Secretaría de Salud Pública, producto de las luchas entre anarquistas y comunistas, Català Pic lo ve como una injusticia: Martí Ibáñez, con el cual había colaborado, era un hombre constructivo de la revolución⁴⁵. Esta idea de los hombres útiles, más allá de la ideología que profesen, y de la filosofía del trabajo bien hecho, hacen de Català Pic un heterodoxo, alguien que puede colaborar con personas muy diferentes, como demuestran estos cinco ejemplos: el anarquista Martí Ibáñez, el de Esquerra Republicana Miravittles, el terrateniente Gil Moreno de Mora, el cedista Ricard Sanmartí o el poeta cristiano Joaquim Ruyra.

En septiembre de 1938 lo encontramos en otra faceta: el sindicalista. La recién fundada Federació de Treballadors de la Generalitat (UGT) elige a Pau Balcells como secretario general y a Català Pic como secretario de prensa y propaganda⁴⁶. El problema de este sindicato es que rápidamente deja de tener relevancia por lo avanzado de la guerra y porque en noviembre se crea la Federación de Funcionarios de España que, con Barcelona como capital del estado, comienza a hacer sus funciones. En la Associació de Funcionaris, Català Pic da una conferencia titulada «La vida y los libros» donde reflexiona sobre el amor, la guerra, la libertad, el arte, la situación de Cataluña, la literatura y de encon-

⁴³ Campillo, *Escriptors catalans...*, op. cit., p. 43 y Batalla, *Jaume Miravittles...*, op. cit., p. 536. Las críticas provenían principalmente del PSUC en la *Esquella de la Torratxa*.

⁴⁴ «Una estratègia publicitària», *Mirador*, 22.04.1937, p. 11 (firmado C. Mas de la Riba). «Actuació del Comissariat», *Moments*, mayo de 1937, p. 39-40 (firmado C. Mas de la Riba).

⁴⁵ «El Dr. Martí Ibáñez», *Mi Revista*, marzo de 1938, p. 32.

⁴⁶ *Frente Rojo*, 20.09.1938, p. 2. Martínez Fiol, David, *Els sindicats de funcionaris de la Generalitat de Catalunya (1931-1939)*, Barcelona, Abadia de Montserrat, 2010.

trar un equilibrio entre materialismo y espiritualidad⁴⁷. Como queda claro en esta conferencia, Català Pic nunca fue marxista, pero siempre se posicionó a favor de la igualdad republicana, podríamos decir materialista, con una vida espiritual, religiosa, como base de la sociedad y como pacto de convivencia. La guerra había llegado a la ciudad, serán meses largos, de hambre, de problemas y de exilios, de ver cómo su trabajo se iba parando por falta de materiales y de personal y comienzan los tiempos muertos, las colas, la literatura y las reflexiones.

Aún se conserva en su archivo una invitación a la Misa del Gallo de este año organizada por Unión Democrática de Cataluña (UDC) con un poema de Josep Carner. Este partido, fundado en 1931, hacía converger sectores tradicionalistas moderados y religiosos provenientes de diversas agrupaciones políticas como son Acción Catalana (donde había militado Català Pic en Valls), la Liga Regionalista (Francesc Cambó era amigo de la familia y Enric Prat de la Riba era para Català Pic uno de los políticos más respetados por su tarea en la Mancomunitat de Catalunya) y también Esquerra Republicana de Cataluña. En 1938, uno de los líderes de UDC, el diputado Manuel Carrasco i Formiguera, fue fusilado por los franquistas en Burgos por ser leal a la República; antes, había sido perseguido por los anarquistas por su conservadurismo y por colaborar con Lluís Vila i d'Abadal y el cardenal Vidal i Barraquer (Català Pic había sido fotógrafo de sus ejercicios espirituales) en permitir que algunos religiosos y perseguidos se pudieran pasar al bando franquista para salvar su vida. Aún se comenta en la familia que Català Pic había colaborado también, desde su lugar de proximidad a las autoridades, para conseguir permisos de frontera. Estas coincidencias nos dan una información fundamental para entender el paso de una persona no política, un técnico fotógrafo diría él, de militante en Acción Catalana a las proximidades de Unión Democrática, un recorrido que muchos liberales de orden siguieron luego de la persecución al pensamiento religioso por parte de los anarquistas.

1939 es el año más corto de su vida, dos meses que no le alcanzan para nada. Dos amigos suyos quieren convencerlo para ir al exilio, a Prada con Pau Casals, sin embargo, él no quiere irse, tenía a toda la familia enferma⁴⁸. El 26 entran los nacionales y para pasar el frío él va quemando cosas, todo lo que pueda comprometerle: originales del Comissariat, pesetas de la República, cartas con

⁴⁷ «Pedro Català: Ayer tarde dio una conferencia en la Associació de Funcionaris de la Generalitat de Catalunya», *El Día Gráfico*, 20.11.1938, p. 9.

⁴⁸ Entrevista con María Carme Dalmau y con Joan Gala.

el literato Manuel Azaña (posteriormente presidente), libros dedicados, fotografías, proyectos. Salva una copia original de su cartel más famoso, «Aixafem el Feixisme», doblado en un doble fondo de una maleta oculta, eso será todo y poco más. Del Comissariat todo el mundo había huido⁴⁹ y cuando Dionisio Ridruejo, jefe de los Servicios de Propaganda de Franco, instala sus oficinas queda muy sorprendido: «A simple vista, se veía que los medios de propaganda republicana habían sido muy superiores a los nuestros y su asistencia intelectual mucho más extensa, valiosa y organizada»⁵⁰.

ANTIFRANQUISMO: POSTGUERRA Y PEÑAS LITERARIAS Y FILOSÓFICAS

El largo invierno de la postguerra fue muy duro, tuvo que quedarse oculto en casa durante seis meses por miedo a las represalias, había muerto su mujer y su hija estaba muy enferma. Tenía 50 años⁵¹. Por suerte sus hijos pueden comenzar a trabajar, uno con el equipo de propaganda franquista en Barcelona, el otro en el Banco Hispanoamericano donde habían trabajado su padre y su abuelo⁵². La situación era muy complicada pero él logra salvarse⁵³, incluso conociendo la policía su situación ya que lo habían denunciado y condenado en la Causa General como Prensa Roja por su cartel⁵⁴. Durante estos meses vivió del dinero de los hijos y de préstamos y se dedicó a estudiar la gramática catalana y castellana, la propaganda de Franco (que utilizó fotografías suyas sin saberlo) y vuelve a escribir literatura.

Oculto y pasando el duelo de la muerte de su mujer, del exilio de los amigos y de sus proyectos escribe la obra de teatro *La Herencia* sobre su etapa en Valls y *Juan Barroso. El caminante sentimental* sobre la guerra, en las cuales reflexiona:

⁴⁹ Fontserè, Carles, *Memòries d'un cartellista del 36: 1931-1939*, Barcelona, Proa, 2006, pp. 472-481.

⁵⁰ Oliva, «El Comissariat de Propaganda...», *op. cit.*, pp. 51-52. Ridruejo, Dionisio, *Casi unas memorias*, Barcelona, Planeta, 1976, p. 167. Pascuet y Pujol, *La Revolució...*, *op. cit.*, p. 129. Boquera Diago, Ester, «El relevo en la propaganda oficial de la Guerra Civil española: de Jaume Miravittles a Dionisio Ridruejo», *Bulletin of Spanish Studies*, v. 89 (2012), pp. 187-199.

⁵¹ Carta a Sempronio, 03.11.1966.

⁵² Català-Roca, *Impressions...*, *op. cit.*, p. 14.

⁵³ Entrevista con María Carme Dalmau y Català-Roca, *Impressions...*, *op. cit.*, p. 49.

⁵⁴ AHN. FC-Causa_General, 1669). Prensa roja (ES.28079. AHN/2.2.2.9.6).

«Los gobiernos republicanos han agudizado la miseria poniendo al margen de la ley las exhibiciones religiosas, suprimiendo las fiestas solemnes del calendario y dejando con ellos relegadas las tradiciones. Nuestro país pierde su carácter tradicional para adoptar costumbres a lo internacional o perdemos los colores locales... La tensión de espíritu amarga la existencia de los hombres honrados y moderados que no concebimos la vida sin convivencia y orden».

Català Pic no se encontraba cómodo con el ascenso del estado como entidad capaz de controlar la totalidad de la vida social, una perspectiva que había ido ganando terreno al calor de la Guerra Civil. Al mismo tiempo, siempre se mostró muy crítico con la persecución de la religión que, para a él, era un código ético y humano igualitario, muy parecido al proyecto original de la República, no contradictorio. Finalmente, según Català Pic, el pueblo catalán se había enriquecido con la revolución progresista de los primeros momentos, pero no con la guerra:

«El puño en alto jamás podrá ser el símbolo de un pueblo trabajador y amante del hogar, de la familia y de las tradiciones... Barroso, apenado, no veía en todo aquel movimiento más que la actitud irresponsable de unos demagogos desalmados; el entusiasmo momentáneo de los inquietos amantes de la novedad; la perspectiva del aprovechador de río revuelto; el afán de incierta gloria del que se cree fuerte... pero Barroso no veía en todo aquello la fortitud de un ideal, ni la organización y la disciplina —que es la clave de una guerra».

Es evidente que estos duros comentarios escritos en los meses más complicados de la inmediata postguerra y oculto en su casa no se corresponden con los que tenía en el momento de los hechos, pero sí nos da pistas de la interpretación que irá construyendo sobre sus vivencias. Català Pic, a diferencia de muchos otros, nunca pensó que el franquismo podía ser una solución porque él entendía que el estado franquista, por su voluntad totalizante e intervencionista, no podía ser capaz de entender las necesidades psicológicas del hombre.

Nuestro biografiado irá volviendo poco a poco a la religión, en una versión franciscana de humildad y paz, cuando ve que el proyecto republicano de la educación de las masas en el bien común se ha perdido y que el «homo franquista» no va hacia el humanismo sino hacia la ignorancia, el individualismo, la indiferencia y la frivolidad: «Hombres ruinas que viven para ir muriendo y que no llegan a morir para ir arrastrando por el mundo la carroña de su alma batida»⁵⁵. Los vencidos de la guerra no saben que Alemania perderá la Segunda

⁵⁵ «Vida-home», 01.08.1939.

Guerra Mundial, ellos creen durante seis años que los estados totalitarios iban a conquistar el mundo y que el fascismo y el nazismo no podían ser detenidos.

Para 1941 ya lo encontramos nuevamente trabajando⁵⁶, la situación se va restableciendo y también vuelven las peñas literarias, espacios de encuentro con viejos amigos y nuevos compañeros de viajes en esta nueva etapa que se abre: Català Pic pondrá a partir de este momento la mayor parte de su interés en la literatura. En el tiempo libre escribe apuntes filosóficos en un libro de caja que serán la base del *Aprehensionari*, una obra moral de enseñanzas para sus hijos, que escribe en 1943:

– «Confesemos que la sinceridad está en crisis y que el orden social actual establece la hipocresía como palanca de salvación. He aquí el origen de todos los males».

– «Cuando el Gobierno no se preocupa del ciudadano más que para explotarlo, la mejor reciprocidad es la inhibición del ciudadano en la colaboración que el estado necesita. La pasividad es la peor de las revoluciones. Ya caerá, ya, el estado que no encuentre colaboracionistas».

Para 1945 podemos considerar que Català Pic vuelve a ser reconocido, tanto en lo fotográfico como en lo literario; termina la Guerra Mundial y se abre una breve esperanza sobre el final del franquismo, únicamente una esperanza⁵⁷. En 1946 la reindustrialización comienza y la Feria de Muestras de Barcelona será un espacio propicio para el trabajo del fotógrafo y publicista. Las peñas literarias y culturales ilegales florecen, Català Pic participa de las que se organizan en el Pasaje Permanyer⁵⁸, en casa de Miquel Saperas, en la Penya de Can Llibre y en la Penya de l'Olla de Valls.

Finalmente recuperamos aquí su participación en la desconocida Penya dels Discrepants, de la cual se conservan 100 páginas de apuntes escritas entre junio de 1947 y marzo de 1948, y que nos muestran su pensamiento en estos años. En su ingreso en la peña Català Pic mantiene un diálogo con el literato Joan Oller donde reflexiona sobre su realidad más inmediata:

«Las películas y los deportes, como espectáculo, concentran la atención y la discusión. Mientras tanto los ideales nobles se esfuman y se desvanece la invención

⁵⁶ «Prou he fet amb el meu treball...». Entrevista con María Carme Dalmau y carta a Mestres Cabanes, 1941.

⁵⁷ «L'home», 1945.

⁵⁸ Manent, Albert, *Semblances contra l'oblit: relats d'escriptors i de polítics*, Barcelona, Destino, 1990, p. 89 y Anónimo, «Les lectures poètiques al passatge Permanyer», *L'Avenç*, octubre (1977), pp. 44-45.

más sublime que ha producido la Humanidad. Dios es amor, es consuelo, es cura y esperanza...».

Aquel día expresa claramente su cristianismo, pero como es un cientificista cree en Dios reconociendo que es una invención necesaria del hombre. La semana siguiente agradece a aquellos que han creado este espacio, «son ustedes mis dilectos amigos que con sus discrepancias han rejuvenecido mis entusiasmos», para hablar del átomo y la guerra: «La guerra ha acelerado el progreso y la divulgación de la ciencia atómica. El átomo se ha impuesto y los Estados Unidos parecen ser los árbitros del átomo». En este sentido, reconoce que la guerra es terrible pero que es fundamental para el avance de la ciencia.

En la última conversación de la peña que comentaremos sostiene que hay que educar para que «el hombre sea más fuerte que las circunstancias». Evidentemente el comentario hace referencia a una actitud de resistencia frente al franquismo que lo invade todo, según él, erosionando la sociedad:

«Hemos pasado unos años de guerra que han socavado los valores morales; que han destruido instituciones ejemplares y que han agudizado los egoísmos; que han prostituido las conductas y que han desvalorizado el honor. El bribón, el pícaro se ha erigido en héroe... el funcionario ha pasado de servidor humilde a orgulloso otorgador de gracia... los hombres representativos han dado la cara para encubrir inmoralidad; los legisladores la dieron para burlar la ley y los estraperlistas perseguidos y rigurosamente controlados han tenido que aliarse con los perseguidores para burlar el control. Los negocios de los grandes financieros que se hacen en detrimento de la clase media y obrera se organizan despreocupadamente desde las gradas del poder. El ciudadano ya no es tal, con derechos y deberes. Ahora únicamente tiene deberes, es un borrego a quien se gobierna en manada. Manada en los trenes, manada en los tranvías, manada que hace cola por un mordisco de pan negro y amargo y por unos garbanzos podridos... Ya no hay damas ni caballeros, que todos somos iguales en este socialismo digamos fascista o comunista, es igual, el nombre no deshace la cosa...

Sin libertad de prensa, de palabra, de protesta ni de defensa ni de emigración; controlado el ciudadano por los salvoconductos, carnets gremiales, tarjetas de racionamiento, cupos de materia prima y padrones, el ciudadano está ligado de muchas maneras. Únicamente la insensatez se salvaguarda porque las leyes no nos privan de que la juventud escandalice por las noches paseando por la calle su borrachera y molestando el sueño de la ciudad trabajadora. Esta es la única manifestación de libertad que se tolera...

Falto el ciudadano de consideración y de respeto; burlado por la prensa (siempre oficial) con góticas fraseologías de ridícula retórica primitiva y vanidosa que refleja más los vicios medievales que las visiones del porvenir... [Es por eso que] no le queda al ciudadano, antiguo modelo de ciudadano, más que dos recursos: o desmo-

ralizarse y adaptarse al actual sentido de bellaquería o marcharse a países americanos que den acogida al técnico trabajador...

¿Qué porvenir se divisa entonces para España? Mientras estúpidos y ridículos los poetas del régimen de esta España escuálida, de favoritismo a los bellacos y de la persecución a los útiles, van cantando las excelencias de «la invicta ejecutoria del pendón dorado de Castilla». Oh España! Que pena que estés gobernada por los hombres de más baja categoría social! Que pena que estés condenada a los pronunciamientos, a las inquisiciones y a las demagogias! Eres una fruta que tiene el hueso amargo, una Castilla vanidosa, indolente, atrasada, absorbente y dominadora...

Pobre España, pobre Cataluña, pobre Honor!... Sin libertad, ni confort, somos forasteros en nuestra casa. Vejados y todo, tenemos que conservarnos más fuertes que las circunstancias... aunque sea ocultando la cabeza bajo el ala, como el avestruz, dejemos hacer, dejemos pasar la turbonada... volverá la libertad y los pueblos se enderezaran con un sentimiento unánime después de fracasar los socialismos...

La España democrática confiaba en el apoyo inglés y americano, confiaba en el imperio de la lógica porque era incomprensible que los países que han combatido los totalitarismos puedan tolerar su existencia en la postguerra. La lógica nos hacía creer que al final caería el sovietismo y que en Europa se construirían los Estados Unidos europeos que acabarían con las imposiciones del fuerte contra el débil y que serían respetadas las peculiaridades regionales. Esta era una esperanza. No ha sido así, pero, por eso mismo, ¿podemos considerar terminada la guerra? ¿Dónde está la paz? ¿Dónde la libertad?...

Tengamos fe en las leyes biológicas y terrenales y si una táctica del gobierno pretende diluir el problema de los catalanes ahogando la lengua de Aribau y de Verdaguer con una invasión de murcianos, aragoneses y castellanos, no desmayemos que en ese caso los hijos y los nietos de estos invasores, ya catalanes, reivindicarán nuestras aspiraciones. ¿No hemos visto Martínez y Sánchez y Gutiérrez avergonzados de su apellido? ¿No hemos visto un Gonzales Alba que firmaba Manuel G. Alba dando la vida por Cataluña en la desgraciada ocurrencia del 6 de Octubre? Entonces, no desmayemos...»⁵⁹.

Se siguen desarrollando los encuentros pero aquí los apuntes de Català Pic se interrumpen después de cargar contra el franquismo. La Segunda Guerra Mundial había terminado pero no toda Europa se había liberado del fascismo, Estados Unidos y el Vaticano reconocerán a Franco y a una España atrasada que durante cuarenta años mantuvo el régimen. Cuando Català Pic muera en 1971, con casi 82 años, el dictador seguirá vivo.

⁵⁹ «Cuaderno de apuntes de la Penya dels Discrepants», 1947-1948.

CONCLUSIONES

Entre 1947 y 1948 hay un cambio importante en la vida de nuestro biografiado, las reflexiones sobre el franquismo dentro de la Penya del Discrepants son un momento clave para desahogarse pero también para aceptar que la dictadura no caería, ni la harían caer; había que convivir con el régimen sin renegar de los valores e ideas personales. Al mismo tiempo, los negocios de la empresa familiar de fotografía PIC comienzan a ir bien cuando su hijo mayor, Francesc Català-Roca, la deja para iniciar una carrera en solitario que le hará famoso. Català Pic y su otro hijo, Pere Català i Roca, seguirán con el negocio familiar y con la literatura. En 1960 organizarán juntos el «Viatge del Retrobament amb l'Alguer», la ciudad catalana de Cerdeña, un momento clave en la recuperación de la idea de los Países Catalanes y del antifranquismo.

Pere Català i Pic se jubila en 1966 y muere cinco años después, en 1971; 13 años trabajando en un banco, 54 como fotógrafo entre Valls y Barcelona, 2 como profesor de psicología, 30 como literato sin publicaciones, toda su obra se conserva inédita en su archivo. Del catalanismo de su juventud a la esperanza de la República, del amor por Cataluña al miedo de perder la guerra y al fascismo; la recuperación de la religión católica que fortalecía sus convicciones morales, una potente energía para luchar contra el franquismo cuando no había más armas. Un catalanista, republicano y antifranquista poco evidente, sutil, de aquellos que defienden a Cataluña, a su cultura y a su lengua, con el trabajo duro y constructivo, haciendo cosas. Pere Català Pic era un intelectual y un técnico, un fotógrafo y un literato con intereses divulgativos y pedagógicos que defendió siempre el republicanismo como la mejor forma de gobierno, pero también desde la perspectiva crítica de una persona que ha vivido sus limitaciones y sus excesos. Finalmente era un psicólogo y un publicista, su interés estaba puesto en las ventas y en el individuo, dos temas que no tenían cabida ni en la radicalización política, ni en la guerra, ni en el desorden, ni en el franquismo; defendió siempre al sujeto por encima del estado intervencionista, no tanto por ideología aunque también, sino por la concepción que este tenía del sujeto, parte de la masa, de la manada.

*ITINERARIOS REFORMISTAS,
PERSPECTIVAS REVOLUCIONARIAS*



*II. DE FIRMEZAS LIBERALES, REACCIONES
CONSERVADORAS Y TENTACIONES FASCISTIZANTES*

ENTRE LA REACCIÓN Y EL FASCISMO: LAS DERECHAS EUROPEAS EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX

ISMAEL SAZ

Universitat de València

ME parece oportuno iniciar este capítulo con algunas precisiones relativas al enunciado de la misma: no se trata aquí de todas las derechas europeas, ni siquiera de todas las derechas antiliberales. De hecho, nos centramos en el fascismo y en el nacionalismo reaccionario, y no tanto en otras derechas radicalmente antiliberales, como el tradicionalismo, o en aquellas otras que, como el catolicismo político, tenían distintas pautas de acercamiento o distancia respecto del antiliberalismo. Bien es verdad, por otra parte, que no existen en todo esto compartimentos estancos, especialmente en el periodo de entreguerras, que es el del fascismo. Precisamente porque en este periodo la transversalidad entre las derechas fue especialmente acusada, al tiempo que se plasmaba, como se verá, en procesos especialmente relevantes como el de la fascistización.

Estas precisiones son tanto más necesarias por el propio objeto de estudio y porque podría decirse que historiográficamente no siempre estuvieron muy claras. En efecto, hubo un tiempo en que para amplísimos sectores políticos, de opinión y, pronto, historiográficos, prácticamente todo era fascismo. Lo habría sido toda dictadura de derechas a lo largo del siglo XX, las de Italia y Alemania, por supuesto, pero también las de Portugal, España, Austria, Rumanía y un largo etcétera en el periodo que consideramos. Y algo parecido se podría decir de las sucesivas experiencias dictatoriales argentinas, del Chile de Pinochet y de la Grecia de los coroneles, de nuevo entre muchas otras. Dicho de otro modo, dictadura de derecha y fascismo vendrían a ser una y la misma cosa, máxime cuando ninguna de estas dictaduras cuestionaba el sistema capitalista, todo lo contrario, y eso cuadraba bien con la visión del fascismo como dictadura/reacción capitalista.

Estas percepciones, con todos sus matices, tenían mucho que ver con un aspecto especialmente importante y hoy en parte aparentemente olvidado. Tal es que el fascismo aparecía casi únicamente en su vertiente de régimen, de dictadura, de sistema, casi como si de una nueva subfase del capitalismo

imperialista se tratase¹. Y esto conducía a la desaparición de facto del sujeto fascista: una dictadura podía ser fascista independientemente de que existiera, o no, un movimiento fascista, de que ese fuera dominante o marginal, de que su ideología fuera fascista o no. Así, desde perspectivas propias de los enfoques radical-democráticos o de la modernización, se podía considerar como fascista una dictadura en la que los militares apareciesen como «sustitutos funcionales» del partido fascista y la Iglesia como proveedora de una ideología que sustituiría, también funcionalmente, a la fascista². Por un lado o por otro, en fin, el fascismo era reacción y lo sustancial era, consecuentemente, ese carácter reaccionario y contrarrevolucionario, lo demás, las especificidades del sujeto fascista palidecían ante esta cuestión fundamental.

Podría decirse que mucho de cuanto se acaba de apuntar está historiográficamente superado –aunque sería más exacto decir, *aparentemente* superado. Algo que se ha producido a lo largo de unas décadas de incuestionables avances en todas las facetas de la investigación. Una de ellas fue, precisamente, la de «ponerle cara» al sujeto fascista, reconocerlo como tal, y simultáneamente también a los otros sujetos. La década de los años sesenta puede considerarse en este sentido un buen punto de partida. En 1962 se publicaba el libro de Eugene Weber, *Action Française*, que, obviamente, no se centraba en el fascismo pero sí en un actor, un sujeto político, una cultura política, diríamos hoy, absolutamente fundamental pero casi siempre incluida en ese saco sin fondo que era el «fascismo»³. Paradójicamente, el siguiente texto en tener una repercusión importante, *Las tres caras del fascismo*, de Ernst Nolte, publicado en 1967, introducía a un tiempo elementos para el reconocimiento de un sujeto fascista digno de estudio y elementos de confusión. Ya que, en efecto, como es sabido, Nolte apuntaba a *Action Française* como una de las caras del fascismo⁴.

Pasos adelante y algún paso atrás, pues, en la dinámica de los estudios. Y esto tendría consecuencias trascendentales para el desarrollo de los mismos. Por una parte, Nolte había abierto, por así decirlo, la espita para la profundización en el

¹ Esto podía apreciarse claramente en la tradición marxista próxima a la Tercera Internacional, pero está también muy presente en los enfoques vinculados a la perspectiva de la modernización, en las cuales se «fija» al fascismo en una especie de periodo de transición entre distintos estadios económicos. Cfr. Saz Campos, Ismael, *Fascismo y franquismo*, Valencia, PUV, 2004, pp. 91-122.

² *Ibidem*.

³ Weber, Eugene, *L'Action française*, París, Fayard, 1985 (1962).

⁴ Nolte, Ernst, *El fascismo en su época*, Madrid, Península, 1967.

conocimiento del sujeto fascista, de su cultura, de su ideología; por otra, lo había desdibujado con la inclusión del nacionalismo reaccionario francés. Pero casi ningún historiador aceptó semejante asimilación, por lo que la aproximación al conocimiento del sujeto fascista pudo proseguir su largo, y en gran parte fecundo, camino hasta el presente. Sin embargo, esta nueva evolución de los estudios tuvo un coste: el nacionalismo reaccionario ya no interesaba. O mejor dicho, podía interesar Acción francesa, el Integralismo Lusitano, la Asociación Nacionalista Italiana o Acción Española, pero rara vez como un sujeto específico «transnacional», como se diría ahora. La paradoja no podía ser más clara: los debates sobre el fascismo internacional, genérico o transnacional, se desarrollaban y multiplicaban a lo largo de las décadas, mientras que los relativos al nacionalismo reaccionario quedaban inmersos en la individualidad de cada experiencia nacional⁵.

Por supuesto, este constante resurgir del debate sobre el fascismo se mostró muy fecundo en la línea de recuperar la importancia del sujeto fascista, del movimiento fascista, de la cultura e ideología fascista; de modo que finalmente se pudo considerar que, hablando de fascismo, «las ideas cuentan» y que en las dictaduras fascistas la existencia de un partido fascista era absolutamente fundamental. Sin embargo, como nadie ignora y los estudios se habían encargado de poner de manifiesto desde siempre, había otros focos de poder en las dictaduras, había otra cosa además de los fascistas. ¿Qué cosa o cosas? Se les ha denominado de muchas formas: las «estructuras», las «élites tradicionales» o se han hecho referencias más explícitas a los militares, la Iglesia, los poderes económicos... Lo curioso de todo esto es que, por un momento, parecería que había «ideas» del lado del fascismo y otra u otras cosas que por «infraestructurales» o «tradicionales» parecerían no tener «ideas»⁶.

⁵ No deja de resultar curioso que, ahora, la incuestionable proyección de los estudios en clave «transnacional» encuentre un propicio terreno de aplicación en el fascismo, que casi siempre ha sido conocido como un fenómeno internacional, y que no lo haga tanto en lo relativo al nacionalismo. Si en algunos estudios específicos de las diversas experiencias nacionalistas se puede apreciar el lastre del individualismo metodológico, parece que este lastre se muestra bastante resistente a las embestidas de la «historia transnacional». Una de las más relevantes excepciones al respecto la constituye el reciente coloquio celebrado en la Sorbona sobre «Être nationaliste à l'ère des masses en Europe (1900-1920): Figures, réseaux & transferts», organizado por J. O. Boudon, O. Dard, E. Anceau y Didier Musiedlak (Paris-Sorbonne, 12-13 de noviembre de 2015).

⁶ Nos hemos ocupado de todo ello en «¿Dónde está el otro? O sobre qué eran los que no eran fascistas», en Antón Mellón, Antón (coord.), *El fascismo clásico (1919-1945) y sus epígonos*, Madrid, Tecnos, 2012, pp. 155-190. Recogido ahora en Saz Campos, Ismael, *Las caras de franquismo*, Granada, Comares, 2013, pp. 1-24.

Por otra parte, todo lo apuntado tenía cierta relación con los intentos que se llevaban a cabo para «codificar» las dictaduras y, en particular, uno que marcaría de forma perenne los debates sobre estas, aquel que establecía una disyuntiva mecanicista, nominalista, simplificada y maniquea entre los regímenes fascistas y los autoritarios. Porque, en efecto, tal distinción venía a eludir el problema, por más que fuese extraordinariamente funcional desde otros puntos de vista⁷. Habría dictaduras fascistas y regímenes autoritarios. Pero, ¿cuáles eran estos? Simplemente los que no eran totalitarios y/o fascistas. Es decir que *no* tenían un partido único propiamente dicho y, entre otras cosas, *no* tenían una ideología propiamente dicha. En suma, se trataba de regímenes que se definían por lo que *no* eran, no por lo que eran. Y es sabido que esta no-definición terminaba por aplicarse a la inmensa mayoría de las dictaduras de derechas, aquellas que no eran «totalitarias» o «fascistas»⁸.

En definitiva, estos planteamientos dicotómicos venían a cerrar de algún modo un círculo vicioso por el cual el reconocimiento del sujeto fascista venía a traducirse en la desaparición de los otros sujetos, políticos y sociales, mientras que la identificación más rigurosa de las dictaduras fascistas venía a remitir a las que no lo eran a las nieblas y penumbras de la indefinición.

Frente a esta dicotomía, algunos estudiosos llamamos la atención sobre la necesidad de considerar la existencia de otro tipo de regímenes, que no serían ni fascistas ni autoritarios. Tal sería el caso de Roger Griffin con su introducción de la categoría de parafascismo, la cual remitía a la existencia de unos regímenes contrarrevolucionarios en los que el poder era detentado por las elites tradicionales y los militares. Estos regímenes adoptarían una fachada populista inspirada en el fascismo así como retóricas e instrumentos de organización y control igualmente inspirados en las dictaduras fascistas. En este tipo de regímenes quienes detentaban el poder podrían cooperar e incluso incorporar a los movimientos fascistas genuinos, pero siempre con la voluntad

⁷ Nos referimos, claro es, a las teorías del totalitarismo, cuya obsesión por identificar fascismo y comunismo terminaba por conducir a un desdibujamiento de ambas experiencias. Para una visión de conjunto, por otra parte muy equilibrada, véase Traverso, Enzo, *Le totalitarisme. Le XX siècle en débat*, París, Seuil, 2001.

⁸ Como es obvio, nos referimos especialmente a la teoría formulada por Juan José Linz en 1964 sobre los regímenes autoritarios. Una teoría construida en buena parte sobre la experiencia española y que, por ello mismo, se situó en el centro de un conocidísimo debate acerca de la naturaleza del franquismo. Una buena síntesis del mismo en Moradillos, Enrique, *La España de Franco (1939-1975). Política y sociedad*, Madrid, Síntesis, 2000, pp. 209-225

de desnaturalizarlos, cooptarlos y en último término neutralizarlos⁹. Se trata de una caracterización que, con todo, plantea algunos problemas. En primer lugar, el hecho de que llegue a calificar a estos regímenes de «antifascistas», lo que obviamente simplifica la complejidad de los procesos que conducen a la formación de las dictaduras, presenta a los detentadores del poder como resueltos maquiavélicos e ignora por tanto lo que pudo haber en ellos de fascistización genuina¹⁰. En fin, sigue manteniendo a las elites de poder en esa indefinición en la que venimos insistiendo.

Por mi parte, definí por las mismas fechas en que aparecía la caracterización de Griffin al régimen franquista como una dictadura fascistizada. Desde esta perspectiva y de modo similar a Griffin, el régimen fascistizado tendría componentes y referentes fascistas los cuales estarían, no obstante, siempre subordinados sin llegar a ser hegemónicos en ningún momento¹¹. A diferencia del estudioso inglés, no se introduce aquí ninguna dicotomía simplificadora en lo que toca a las relaciones entre las «elites tradicionales» y los componentes fascistas y, sobre todo, se subraya la centralidad del proceso de fascistización genuina de los detentadores de poder.

En este último sentido, la atención viene referida, enlazando con una fecunda línea de investigación, con el fenómeno de la fascistización de la derecha española durante la II República, aunque con la diferencia sustancial de que ahora se viene a subrayar la existencia de líneas de continuidad entre ese proceso de fascistización de las derechas y el carácter fascistizado del posterior régimen franquista¹². De este modo, se podría romper a un tiempo con el viejo

⁹ Griffin, Roger, *The Nature of Fascism*, Londres-Nueva York, Routledge, 1993, pp. 120 y ss.

¹⁰ Franco, por ejemplo, no era fascista, pero no por eso dejaba de admirar aspectos importantes del fascismo, de experimentar la tentación fascista, lo que ciertamente le facilitaba su carácter de árbitro entre unos y otros. Cfr. Preston, Paul, *Franco. Caudillo de España*, Barcelona, Grijalbo, 1994; Tusell, Javier, *Franco en la Guerra Civil. Una biografía política*, Barcelona, Tusquets, 1992.

¹¹ Saz Campos, Ismael, «El franquismo. ¿Régimen autoritario o dictadura fascista?», en Tusell, Javier, Sueiro, Susana, Marín, José María y Casanova, Marina (eds.), *El régimen de Franco (1936-1975). Política y Relaciones Exteriores*, Madrid, UNED, 1993, 2 vols., I, pp. 189-201. Recogido también en, Saz Campos, Ismael, *Fascismo y franquismo...*, op. cit., pp. 79-90.

¹² Jiménez Campo, Javier, *El fascismo en la crisis de la II República española*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1979; Chueca, Ricardo y Montero, José Ramón, «El fascismo en España: Elementos para una interpretación», *Historia Contemporánea*, 8 (1992), pp. 215-247; Blinkhorn, Martin, *Carlismo y contrarrevolución en España, 1931-1939*, Barcelona, Crítica, 1979.

esquema dicotómico fascismo vs. autoritarismo y subrayar –como veremos, todavía de modo insuficiente– la existencia de otro sujeto, el fascistizado, además del fascista. Por otra parte, se abría así la posibilidad de contemplar el tipo de relaciones que pudieron establecerse entre los sujetos políticos considerados y otros actores sociales como los poderes económicos, los militares, la Iglesia o la burocracia. Las nociones de «fascistización» y la de «compromiso autoritario» podrían complementarse de este modo para restituir a los fenómenos históricos considerados en su complejidad intrínseca¹³.

En los últimos años la noción de fascistización ha alcanzado una centralidad cada vez mayor en los estudios, aunque solo sea porque se le reconoce su incuestionable capacidad para romper con viejos esquemas así como su indudable potencialidad a la hora de captar los elementos de hibridación presentes en los procesos históricos¹⁴. Sin embargo y por ello mismo es importante señalar que no todos entienden lo mismo por dicha noción. Así, por ejemplo, Philippe Burrin recurría a ella al apreciar la existencia de una serie de constelaciones en un nivel de fascistización creciente, aunque no terminaba por perfilar con claridad los alcances y límites de ese proceso¹⁵. Más recientemente, Aristotle Kallis ha asumido el concepto de fascistización aunque, una vez más, no aparece claramente definida su interrelación con la simultánea diferenciación que establece entre regímenes «fascistas» y «para-fascistas»¹⁶.

Por supuesto, en todas estas aportaciones late una apuesta, mejor o peor resuelta es otra cuestión, por el reconocimiento de la pluralidad de los sujetos políticos así como de la complejidad de las relaciones entre ellos. Algo que las aleja simultáneamente de los reduccionismos propios de la aproximación funcionalista de las teorías del totalitarismo y, por ende, del enfoque del régimen autoritario, por una parte; y, por otra, de las viejas simplificaciones de la Tercera

¹³ Cfr. Burrin, Philippe, «Politique et société: les structures du pouvoir dans l'Italie fasciste et l'Allemagne nazi», *Annales*, 3 (1998), pp. 615-637; y Saz, Ismael, «El primer franquismo», en *Fascismo y franquismo...*, *op. cit.*, pp. 151-169.

¹⁴ Véase a título de ejemplo, Costa Pinto, António y Kallis, Aristotle (eds.), *Rethinking Fascism and Dictatorship in Europe*, Palgrave Macmillan, Basingstoke, 2014.

¹⁵ Burrin, Philippe, *La dérive fasciste. Doriot, Déat, Bergery, 1933-1945*, París, Seuil, 1986, pp. 24-25.

¹⁶ Kallis, Aristotle, «'Fascism', 'Para-fascism?' and 'Fascistization': On the Similarities of Three Conceptual Categories», *European History Quarterly*, 33/2 (2003), pp. 219-249; del mismo, «Neither Fascist nor Authoritarian: The 4th of August Regime in Greece (1936-1941) and the Dynamics of Fascistisation in 1930s Europe», *East Central Europe*, 37-2/3 (2010), pp. 303-330.

Internacional que desdibujaban toda distinción entre el fascismo y la reacción, entre el fascismo y la contrarrevolución¹⁷. También, obviamente, de las de Nicos Poulantzas, quien venía a presentar el proceso de fascistización como algo sobredeterminado que convertía la llegada del fascismo al poder en un simple epifenómeno y al fascismo mismo como una especie de invitado, y no el más importante, de un proceso que, paradójicamente, llevaba su nombre¹⁸.

El reconocimiento de la entidad específica del sujeto fascista y la creciente atención a los procesos de fascistización de las derechas, no agota, sin embargo el problema. Porque, al fin y al cabo, «fascistizado» es un adjetivo que dice poco acerca del sujeto que se «fascistiza». La pregunta es, por tanto ¿quién se fascistiza? Y a partir de ahí caben una serie de interrogantes: ¿desde qué supuestos se produce esa fascistización? ¿Cuál es el alcance y cuáles los límites de la misma? ¿Supone esta la desaparición de la cultura política previa de los fascistizados? Las respuestas a estas preguntas son múltiples dependiendo de los sujetos específicos de que hablemos. En el caso español, por ejemplo, no obtendríamos las mismas respuestas respecto de la CEDA, los tradicionalistas o los reaccionarios de Acción Española. Y lo mismo podría decirse, con los necesarios matices, de las culturas políticas que les eran más próximas en el resto de Europa.

NACIONALISMO REACCIONARIO Y FASCISMO

De todos los casos enunciados, nos interesa especialmente el último, el del nacionalismo reaccionario. Precisamente, porque, como apuntábamos al prin-

¹⁷ Incluso entre dictadura y parlamentarismo, como hacía Stalin cuando hablaba en 1933 de la «fascistización de la dictadura burguesa mediante el mantenimiento de las formas parlamentarias».

¹⁸ Poulantzas, Nicos, *Fascismo y dictadura*, Madrid, Siglo XXI, 1973, p. 67. En cierto modo, las recientes aportaciones de Ferran Gallego marchan en la misma dirección. Por una parte, tienden a desdibujar, a reducir, las diferencias entre nacionalistas reaccionarios, tradicionalistas y fascistas; por otra, atribuyen a un «espacio», el de la «contrarrevolución», el elemento sustancial de un proceso de fascistización en el que los fascistas no tendrían más mérito que el de aportar una síntesis contrarrevolucionaria; y, en fin, el «espacio» de la contrarrevolución se convertiría en el todo explicativo de la configuración del régimen «fascista» de Franco y de su posterior desfascistización. Una vez más, en suma, el sujeto fascista queda diluido en el marco de complejos procesos o «espacios», por lo demás escasamente diferenciados. Gallego, Ferran, *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*, Barcelona, Crítica, 2014.

cipio, es de su peculiar relación, histórica e historiográfica, con el fascismo de donde parten buena parte de los equívocos. Y es este sentido en el que debemos precisar, desde un principio, que estamos ante una cultura política específica que es anterior a la fascista, tan importante históricamente como esta última, que interactúa con ella y que está presente en la mayoría de las dictaduras de derechas europeas de la primera mitad del siglo XX.

Estamos situándonos, pues, ante dos culturas políticas, la fascista y la del nacionalismo reaccionario. Dos culturas que tienen en común su carácter nacionalista, así como su radicalismo antiliberal y antimarxista, lo que explicará su colaboración en un buen número de experiencias, incluidas las de algunas de las dictaduras más importantes del siglo. Pero que son también distintas, lo que explicará que la mencionada colaboración fuera casi siempre conflictiva.

¿En qué radican las semejanzas? En primer lugar, el nacionalismo reaccionario era tan radical como el fascista en su voluntad de destruir, de erradicar, toda la cultura liberal y democrática. Iban incluso más lejos que los fascistas en su condena de la modernidad. No les bastaba, como a estos, con destruir al liberalismo para ir más allá de él, no eran una forma de modernismo político¹⁹; querían borrar, por el contrario, *todo* lo que cultural, política e institucionalmente —que no económicamente— había sido Europa y el mundo desde la revolución francesa. En segundo lugar, el nacionalismo reaccionario y el fascista descansaban en el mito de la decadencia e identificaban a los mismos enemigos, supuestos responsables de ella —el liberalismo, la democracia, el socialismo, lo cosmopolita o ajeno a la comunidad: judíos, masones, extranjeros...—. Ambos buscaban, en fin, la destrucción violenta del orden liberal y su sustitución por un orden, o Estado, alternativo.

Sin embargo, existían también diferencias especialmente significativas. Así, el nacionalismo de los nacionalistas estaba lejos del ultranacionalismo fascista, porque, mientras este no admitía límites ni en el plano interior ni en el exterior, el anterior los encontraba en otras instituciones como la religión, la Monarquía u otros poderes económicos o sociales. La legitimación del fascismo descansaba en la nación y el pueblo eternos, en el caso de los nacionalistas reaccionarios pasaba por las instituciones anotadas. De este modo, su nacionalismo terminaba por desembocar en una utopía reaccionaria lejana de la palingenesia y revolucionarismo fascistas. Ambos buscaban la destrucción de raíz del libera-

¹⁹ En el sentido de Griffin, Roger, *Modernism and Fascism. The Sense of a Beginning under Mussolini and Hitler*, Palgrave Macmillan, Basingstoke, 2007.

lismo y todos sus «descendientes». Pero para los nacionalistas era en lo fundamental en ese mismo acto en que se consumaba la resurrección de la patria. Lo demás vendría por añadidura una vez se organizase, siguiendo las pautas de un inventado «Antiguo Régimen», una sociedad sin política, con sus instituciones tradicionales y los cauces igualmente tradicionales de socialización y legitimación, que no de movilización. La palingenesia fascista, por el contrario, era plena, no conocía límites, ni fin. Si se detenía el proceso de renacimiento y revolución permanente –tal y como sucedía con la parábola de la flecha– el proceso de degeneración y caída de la patria se reiniciaba. La sociedad debía estar permanentemente movilizada y politizada.

En la medida en que sus fuentes de legitimación no radicaban en el pueblo, era lógico que el nacionalismo reaccionario adoptara perfiles nítidamente elitistas, apelando a las élites sociales, culturales, religiosas o militares que le eran más próximas y que a ellas dedicara lo sustancial de sus esfuerzos de penetración social. Desde luego no se buscaba la legitimación en el pueblo, ni mucho menos su movilización sistemática. Todo lo contrario, era en estas propensiones fascistas donde los nacionalistas apreciaban rasgos, o restos, románticos, democráticos y «demagógicos».

Por otra parte, el corporativismo orgánico de los nacionalistas era esencialmente conservacionista. No cuestionaba el orden social, ni, por ende, la modernización económica. Tampoco se presentaba por lo general, como el fascista, como una «tercera vía» entre el capitalismo y el socialismo, ni abrigaba pretensión alguna de transformación social. Con pequeños matices, casi todos los movimientos nacionalistas daban por buenas las relaciones sociales existentes, legitimadas a través del paraguas corporativo. También con algunos matices, propiciaban un desarrollo económico «sin política». De ahí la propensión tecnocrática de la mayoría de estos movimientos.

Si era en el Antiguo Régimen donde la mayoría de los movimientos nacionalistas encontraban un modelo de Estado y sociedad y allí buscaban las fuentes de su corporativismo orgánico, era de ahí de donde venía también la propensión regionalista de algunos de estos movimientos. Enemigos acérrimos de la revolución liberal, veían también en ella la destrucción de unas libertades, entre otras las regionales, que oponían a las proclamadas por la revolución.

En fin, decididos a utilizar cuanta violencia fuera necesaria para el cumplimiento de sus objetivos, predispuestos al recurso del golpe de Estado o la guerra civil, partidarios de utilizar los niveles de represión necesarios para la erradicación definitiva del liberalismo, los nacionalistas no hacían del culto a la violencia un elemento constitutivo de su cosmovisión. La violencia no era

un valor «en sí mismo», todo lo contrario de lo que acaecía con el fascismo, con la cultura política del modernismo fascista.

En cierto modo, todas esas diferencias podrían resumirse en la contraposición entre una cultura política que se pretendía revolucionaria, la fascista, y otra, la de los nacionalistas, abierta y explícitamente reaccionaria y contrarrevolucionaria. Algo que Maurras había subrayado siempre de un modo rotundo y que los nacionalistas españoles tenían absolutamente claro en el momento mismo en que iniciaban su proceso de configuración como una cultura política específica. Es cierto que desde algunos sectores de la historiografía italiana se cuestiona la aplicación del concepto de reaccionario para los nacionalistas italianos; algo que se hace desde el supuesto de que el nacionalismo italiano era «moderno». Sin embargo, como veían muy bien los españoles, lo «reaccionario» no implicaba que ese pensamiento fuese arcaico o pre-moderno²⁰. Y desde luego hay pocas dudas acerca del carácter moderno de la ANI, pero tampoco son muchas las que existen acerca de su carácter reaccionario, del suyo en tanto que movimiento y del de sus objetivos proclamados²¹.

Es a partir del reconocimiento de la existencia de estos dos sujetos políticos específicos, de sus semejanzas y de sus diferencias, que podemos plantearnos el problema acerca del modo en que se relacionan, interactúan, convergen y colaboran, pero también pugnan y, eventualmente, se enfrentan. Y en este sentido, se trataría de retomar la problemática relativa al proceso de fascisti-

²⁰ Ya en 1927, José Félix de Lequerica había lamentado la ausencia en España de una «escuela de pensamiento reaccionario moderno»; y en la necesidad de fundar «una escuela de pensamiento contrarrevolucionario a la moderna» insistía también Vegas Latapie en la misma noche del 14 de abril. También Maeztu reivindicaba el carácter plenamente acorde con los tiempos de esta cultura política, la del «gran movimiento intelectual reaccionario que caracteriza en el extranjero el siglo XX». La cita del primero en Rodríguez Jiménez, José Luis, *Historia de la Falange Española de las JONS*, Madrid, Alianza, 2000, pp. 75-76; la del segundo en Vegas Latapie, Eugenio, *El pensamiento político de Calvo Sotelo*, Madrid, Cultura Española, 1941, p. 89; y la del último en Villacañas, José Luis, *Ramiro de Maeztu y el ideal de la burguesía en España*, Madrid, Espasa, 2000, p. 333.

²¹ Como subrayó con rotundidad Federzoni días antes de la Marcha sobre Roma en lo que se ha considerado como una especie de discurso programático: «Indirizzo di destranell'opera del Governo significa totale reintegrazione spirituale, politica, economica, finanziaria in senso Nazionale. Significa, in una parola, reazione». Citado en Roccucci, Adriano, *Roma capitale del nazionalismo (1908-1923)*, Roma, Archivio Guido Izzi, 2001, p. 525. Por supuesto, las citas de los nacionalistas reafirmando sus objetivos reaccionarios podrían multiplicarse; casi tanto como las de los fascistas proclamando su carácter revolucionario.

zación que es, como se verá, un proceso más complejo e imbricado de cuanto generalmente se considera, tratándose, como se trata, de un proceso de doble dirección.

En efecto, podría considerarse que la fascistización de los nacionalistas reaccionarios es, a un tiempo, la máxima y la mínima de la que se da entre las culturas políticas de derechas. Bastaría recordar al efecto, que, por ejemplo, en el caso italiano con la unificación de fascistas y nacionalistas estos últimos desaparecen formalmente para pasar a ser simplemente fascistas²². Ya veremos como la cosa es más compleja. Sin embargo, nos detendremos por un momento en el caso español, el cual puede resultar más clarificador en la medida en que dicho proceso se experimenta tras más de una década de andadura de la experiencia italiana, una andadura que los nacionalistas españoles estaban bien dispuestos a analizar a la hora de desarrollar sus propios planteamientos y estrategias.

La fascistización de los hombres de Acción Española fue, como decíamos, máxima y lo fue hasta desarrollar mecanismos de apropiación-distorsión del fascismo que todavía hoy confunden a más de un historiador. La diferencia se aprecia bien si comparamos el alcance y límites de la fascistización de la CEDA o los tradicionalistas con los de Acción Española. Los primeros encuentran en el fascismo toda una cadencia de elementos positivos —el antiparlamentarismo y antimarxismo en primer lugar, aunque no sólo— susceptibles de ser incorporados a su propio ideario, pero sin dejar de marcar sus diferencias con el fascismo en sus dimensiones extremadamente nacionalistas —«paganas», dirán—, dictatoriales o violentas²³. No muy distintos serían los pros y contras de los tradicionalistas, salvo en lo relativo a la violencia y la pretendida superioridad

²² Aunque, evidentemente, no faltaran decenas de referencias en la historiografía italiana a los «nacionalistas» o «exnacionalistas», la carencia de estudios centrados en la historia de los nacionalistas después de la fusión es tan apuntada por la historiografía italiana como persistente. Al respecto, Parlato, Giuseppe, «Nazionalismo e fascismo», en *Nazione e anti-nazione. 2. Il movimento nazionalista dalla guerra di Libia al fascismo (1911-1923)*. A cura di Paola S. Salvatori, Roma, Viella, 2016, p. 239; y, Saz, Ismael, «Nacionalismo y fascismo en España y en Italia. Una interpretación», en Muñoz Soro, Javier y Treglia, Emanuele (eds.), *Dictadura y democracia en la Europa de la Guerra Fría: la España franquista y sus relaciones con Italia. Política, diplomacia, cultura y cambio social entre 1945 y 1977*, Granada, Comares, 2016 (en prensa).

²³ Véanse a título de ejemplo el balance que hacía *El debate*, en el décimo aniversario de la Marcha sobre Roma, o las declaraciones de Gil Robles a la vuelta de Alemania en 1933. *El Debate*, respectivamente, 28 de octubre de 1932 y 5 de noviembre de 1933.

de su más longeva cultura política²⁴. Lo que caracteriza a los nacionalistas reaccionarios es que manteniendo algunos peros de fondo respecto del fascismo, no muy distantes de los de cedistas y tradicionalistas, en lo que toca a la religión especialmente, no los utilizan retóricamente para «desmarcarse» del fascismo sino para apropiárselo. Vale la pena detenerse en el modo en que lo hacían porque resulta absolutamente clarificador. Así José María Pemán anotaba un presunto elogio de Mussolini a la Tradición para certificar que con ello no había hecho sino darle la razón a «Carlos V, Felipe II y los carlistas»²⁵; y no le iba a la zaga José Pemartín cuando retenía que Mussolini había dicho que el fascismo era una concepción religiosa para determinar que, por católico, el fascismo español era la «Religión de la Religión» y por tanto absoluto, perfecto²⁶. Para este último, que llevaba el argumento al paroxismo:

«Los fascistas italianos o alemanes no han inventado nada para nosotros. España fue fascista con un avance de cuatro siglos sobre ellos. Cuando fue una, grande, libre y verdaderamente España, fue entonces, en el siglo XVI, cuando identificados Estado y Nación con la Idea Católica Eterna, España fue la Nación Modelo, el Alma Mater de la Civilización Cristiana y Occidental»²⁷.

En suma, los nacionalistas españoles estaban dispuestos a proclamarse fascistas siempre y cuando quedase claro que su «fascismo» era anterior y mejor que el de Hitler y Mussolini²⁸; además, claro es que el de la propia Falange que querían reducir, sin más, a la categoría de «técnica» de la tradición. Y es por este lado precisamente, por el que se pone de manifiesto cuanto apuntábamos en el sentido de que la fascistización fue a la vez máxima —hasta el punto de autoidentificarse como fascistas— y mínima —hasta el punto de hacer del fascismo una y pura simple repetición, por lo demás inferior, de su propio sistema

²⁴ Al respecto, Blinkhorn, Martin, *Carlismo y contrarrevolución en España, 1931-1939*, Barcelona, Crítica, 1979; y González Calleja, Eduardo, *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*, Madrid, Alianza, 2011.

²⁵ Pemán, José María, *La historia de España contada con sencillez*, Madrid, Esleicer, 1939, 2 vols., II, p. 212.

²⁶ Pemartín, José, *Qué es «lo nuevo». Consideraciones sobre el momento español presente*, Sevilla, Tip. Álvarez y Zambrano, 1937, p. 70

²⁷ *Ibidem*.

²⁸ Lo afirmaba también Vegas Latapie, Eugenio, «En el Estado católico y monárquico español del siglo XVI se encuentra todo lo que tienen de aceptable las instituciones que hoy admiramos en Alemania e Italia, pero estabilizadas y superadas», Vegas Latapie, Eugenio, «Romanticismo y democracia», *Acción Española*, XVII, mayo 1936, p. 359.

doctrinal. Por otra parte, y visto todo esto, no es de extrañar que las gentes de Acción Española y sus epígonos mostrasen la misma desfachatez a la hora de distanciarse del fascismo y de su totalitarismo unos años más tarde, tras el fin de la guerra mundial²⁹.

¿Fue distinto el caso de Italia? No deja de ser altamente significativo que de algún modo haya venido a plantearse en el caso italiano lo contrario que en el español y en tantos otros. Esto es, no tanto la «fascistización» del nacionalismo cuanto la «nacionalización» del fascismo. Nos referimos obviamente a la fusión entre fascistas y nacionalistas que consistió, como se sabe, en la captura organizativa del nacionalismo por el fascismo; pero en la que quiso verse también, en los medios nacionalistas, primero, y en buena parte de la historiografía italiana, después, una captura ideológica del fascismo por el nacionalismo³⁰. Por nuestra parte, consideramos con Emilio Gentile³¹ que no hubo tal captura ideológica, que el partido fascista mantuvo los elementos fundamentales de su cultura política y que, por supuesto la propensión nacional-católica de los nacionalistas italianos estuvo lejos de imponerse a las lógicas de la religión política de los fascistas³². En este punto, pues, la diferencia con España sería sustancial.

En realidad, por encima de similitudes, compromisos, transversalidades e interacciones en las dos direcciones posibles –la de la «fascistización» del nacionalismo y la de la «nacionalización» del fascismo– la diversidad de componentes esenciales así como las diferencias de fondo entre nacionalistas y fascistas parecen fuera de toda duda. Y no hace falta profundizar mucho para captar dichas diferencias en su proyección política: a un lado el reaccionarismo de

²⁹ Algunos ejemplos, en Saz Campos, Ismael, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 200, pp. 385 y ss.

³⁰ Clásico en este sentido Luigi Salvatorelli cuando apuntaba que la fusión significaba «la integrale adozione, da parte del fascismo, della mentalità, della ideologia nazionalista (...) e la vittoria innegabile dellos piritto nazionalista su quello fascista». Y concluía: «l'assorbimento e lo scomparso, nella fusione oggi compiuta, non appare più il nazionalismo, ma il fascismo». Salvatorelli, Luigi, *Nazionalfascismo*, Turín, Einaudi, 1977, p. 70.

³¹ Gentile, Emilio, *Fascismo. Storia e interpretazione*, Roma-Bari, Laterza, 2002, pp. 275 y ss.

³² Cfr. Moro, Renato, «Nazionalismo cattolicesimo», en Coccia, Benedetto y Gentiloni Silveri, Umberto (ed.), *Federzoni e la storia della destra italiana nella prima metà del Novecento*, pp. 49-112. Véase también, Saz, Ismael, «Religión política y religión católica en el fascismo español», en Boyd, Carolyn P. (ed.), *Religión y política en la España contemporánea*, Madrid, CEPC, 2007, pp. 33-55.

unos y al otro el revolucionarismo; de un lado la centralidad de la institución monárquica, de otro la propensión a socavarla; de un lado, la apuesta por la ordenada codificación de los logros reaccionarios, por otro la política de plaza y la tendencia a desbordar los equilibrios. Muchos más son los aspectos en los que se podría incidir, pero hay uno que nos parece especialmente relevante porque en cierto modo podría constituir la síntesis de todos los demás: el relativo al papel del partido. Central en todas partes para los fascistas, enemigo por definición de los nacionalistas en aquellas dictaduras en que de un modo u otro compartían el poder. Así, sabemos de la suerte sufrida por los nacional-sindicalistas portugueses durante la dictadura de Salazar; y en la Francia de Vichy, fueron Maurras y los maurrasianos los que se opusieron, con éxito, a la creación de un partido único del régimen³³.

Por supuesto, también en Italia, los nacionalistas hicieron del partido su gran adversario. En lo que Federzoni consideró como una especie de testamento político, lo había apuntado Enrico Corradini: «Si parla troppo di fascismo e troppo poco dell'Italia. C'è il modo di essere ottimi Italiani senza essere iscritti al Partito fascista... Meno Fascismo e più Italia, meno Partito e più Nazione, meno Rivoluzione e più Costituzione»³⁴. Poco más de una década después, era el propio Federzoni quien, en la reunión del *Gran Consiglio* del fascismo en que se depuso a Mussolini, proyectaba sobre el partido la carga de todos los males y catástrofes: «Si è preteso condurre il popolo al cimento parlandogli di rivoluzione anziché di Patria, di partito anziché di Stato, di fascismo anziché d'Italia»³⁵.

No era otra, desde luego, la actitud de los hombres de Acción Española y sus epígonos, los continuadores de esa cultura política nacionalista en tiempos de los «tecnócratas». Para el nacionalismo reaccionario español, el Movimiento Nacional/FET de las JONS, debía ser exactamente eso «Movimiento Nacional» y no el partido en sentido estricto por el que pugnaban

³³ Dard, Olivier, *Charles Maurras*, París, Armand Colin, 2013, p. 205; Giocanti, Stéphane, *Charles Maurras. El caos y el orden*, Barcelona, Acantilado-Quaderns Crema, 2010, p. 565.

³⁴ Citado en Federzoni, Luigi, *Italia di ieri per la storia di domani*, Verona, Mondadori, 1967, p. 17.

³⁵ Ídem, p. 300. Véase, para esta problemática, Gentile, Emilio, «La nazione del fascismo. Alle origini del declino dello Stato Nazionale», en *Nazione e nazionalità in Italia. A cura di Giovanni Spadolini*, Roma-Bari, Laterza, 1994, pp. 65-124; del mismo, *La via italiana al totalitarismo. Il partito e lo Stato nel regime fascista*, Roma, La Nuova Italia Scientifica, 1995, p. 169; también Di Nucci, Loreto, *Lo Stato-partito del fascismo. Genesi, evoluzione e crisi 1919-1943*, Bologna, Il Mulino, 2009.

los falangistas. Y no es casualidad que esa pugna atravesara prácticamente toda la historia del régimen desde 1937 hasta su crisis final³⁶. Se trataba, obviamente, de la misma problemática que en Italia aunque con resultados en cierto modo antitéticos: en aquella dictadura las quejas podían venir por parte nacionalista, en la española eran los fascistas los que tenían mucho que lamentar³⁷.

REFLEXIONES FINALES

Si se observa con atención, de lo que se está hablado aquí es de unas dictaduras de derechas, la mayoría de las europeas de la primera mitad del siglo XX, en las que la dialéctica entre nacionalistas reaccionarios y fascistas fue crucial en todas las dimensiones posibles de la misma³⁸. Afectaba al terreno de la propia configuración de las respectivas culturas políticas, a sus interacciones e interinfluencias, al modo en que definían sus respectivos proyectos políticos; afectaba, desde luego al modo en que coadyuvaban a la destrucción del liberalismo y la democracia; y su conocimiento aparece como fundamental a la hora de captar las dinámicas de los distintos regímenes.

En ese último sentido, debe subrayarse la capacidad del nacionalismo reaccionario para influir en amplísimos sectores del pensamiento reaccionario europeo y, especialmente, en los procesos de configuración de algunas dictaduras. Y ello hasta el punto de que no deberían sostenerse ya por más tiempo las viejas dicotomías simplificadoras sobre fascismo/no-fascismo; fascismo/autoritarismo. Porque si, por una parte, parece fuera de duda la centralidad del fascismo incluso a la hora de definir una época, por otra, ello no puede conducir a la minusvaloración de otras dictaduras, experiencias y juegos de influencias que no se podían reducir a aquél. Así, por ejemplo, ni el Integralismo Lusitano ni la dictadura salazarista se entenderían bien sin la influencia más o menos directa o indirecta de Acción francesa y

³⁶ Nos hemos ocupado de ello en «Mucho más que crisis políticas: el agotamiento de dos proyectos enfrentados», *Ayer*, 68 (2007), pp. 137-163; recogido ahora también en Saz Campos, Ismael, *Las caras del franquismo...*, *op. cit.*, pp. 147-185

³⁷ Véase Saz, Ismael, «Nacionalismo y fascismo en España y en Italia. Una interpretación», *op. cit.*

³⁸ Entendemos que mucho de cuanto venimos apuntando es válido para la experiencia alemana y en particular para el DNVP. Su inclusión aquí, sin embargo, exigiría un esfuerzo de clarificación de difícil encuadre en la presente exposición.

Maurras³⁹; más compleja, pero no por ello inexistente es la relación entre los nacionalistas franceses e italianos⁴⁰; Acción Francesa e Integralismo Lusitano, así como el salazarismo, ya en vestes de régimen, constituyen inequívocas fuentes de inspiración de Acción Española, y del régimen de Franco, el cual mira, además, en las dos direcciones –hacia Italia y hacia Portugal⁴¹. Casi cerrando el círculo, el régimen de Vichy, en el que la impronta maurrasiana, aunque no única, era incuestionable buscaba inspiración en las dictaduras ibéricas⁴².

Fascismo y nacionalismo reaccionario aparecen, en fin, como dos referentes ideológicos y políticos para entender las derechas antiliberales europeas en la primera mitad del siglo XX, así como las dictaduras de esta significación. Se trata de dos culturas políticas diferenciadas, como se trató de la existencia, por una parte, de dictaduras fascistas y, por otra, de dictaduras nacionalistas más o menos fascistizadas. Se trata de una diferenciación que, en nuestra opinión, da cuenta de la complejidad de los procesos históricos, eludiendo todo reduccionismo y reconociendo la especificidad de los distintos sujetos. Dicho de otro modo, se trata de que el reconocimiento del sujeto fascista, emprendido tiempo atrás por la historiografía, no se traduzca en una desaparición de todos los demás.

Sobre esta base, sobre este reconocimiento de los sujetos específicos, puede profundizarse, como aquí lo hemos intentado, en la complejidad de las relaciones entre ellos, en la existencia de elementos transversales en los planos culturales y políticos, en las bases de su colaboración conflictiva en el asalto a la democracia liberal y la construcción de las dictaduras. Y desde luego en la complejidad de los procesos de fascistización de las derechas, entendidos aquí como aquellos por los que estas derechas asumen elementos importantes del fascismo sin renunciar por ello a los componentes esenciales de sus propias culturas políticas. Son procesos complejos y en absoluto lineales. Procesos que,

³⁹ Cfr. Costa Pinto, Antonio, *Salazar's Dictatorship and European Fascism*, Nueva York, Social Science Monographs, Boulder, 1995, pp. 111-118. Véase también, Weber, Eugen, *L'Action française...*, *op. cit.*, pp. 532-533.

⁴⁰ Cfr. Milza, Pierre, «Le nationalisme italien vu par l'Action française»; Grange, Daniel, «Le nationalisme française vu d'Italie avant 1914 », ambos en Decleva, Enrico y Milza, Pierre (eds.), *Italia e Francia. I nazionalismi a confronto*, Milán, ISPI, 1993, pp. 56-71 y 101-112, respectivamente.

⁴¹ Morodo, Raúl, *Los orígenes ideológicos del franquismo: Acción Española*, Madrid, Alianza, 1985; Tusell, Javier, *La dictadura de Franco*, Madrid, Alianza, 1988.

⁴² Burrin, Philippe, *Fascisme, nazisme, autoritarisme*, París, Seuil, 2000, pp. 276-277.

en lo relativo al fascismo y al nacionalismo reaccionario, pueden ser de doble dirección, circunstancia que no se puede desconocer a la hora de aproximarse al conocimiento de las dictaduras.

Reconocimiento de la especificidad de los sujetos históricos, de la complejidad de los mismos y de las relaciones entre ellos, de las transversalidades y del carácter transnacional de todos ellos –y no de uno solo–, parecen pasos ineludibles para evitar caer en viejas construcciones dicotómicas o nuevas ceremonias de la confusión.

TRÁNSFUGAS. ITINERARIOS POLÍTICOS ENTRE LAS IZQUIERDAS Y EL FASCISMO EN LA EUROPA DE ENTREGUERRAS*

STEVEN FORTI

Instituto de História Contemporânea – Universidade Nova de Lisboa

SEGÚN el Diccionario de la Lengua de la Real Academia Española, un tránsfuga es una «persona que pasa de una ideología o colectividad a otra» o un «militar que cambia de bando en tiempo de conflicto»¹. El término efectivamente tiene su origen en el verbo latín *transfugere*, «huir más allá». La primera imagen que se nos ocurre es la de un desertor: un soldado que cruza la tierra de nadie, huyendo de una trinchera a otra, en medio del cataclismo de la Gran Guerra.

Tránsfuga es un término que lleva, o que ha adquirido con el tiempo, un juicio de valor negativo, comparable e intercambiable con el de chaquetero, oportunista o traidor. También es verdad que no son raros, sobre todo en las últimas décadas, casos en que el abandono de un partido político y la incorporación a otro se debe más bien a razones pecuniarias o para mantener u ocupar sitios de poder. Piénsese en el conocido caso del senador de centro-izquierda Sergio de Gregorio que fue literalmente comprado por Silvio Berlusconi después de la ajustada derrota de *Il Cavaliere* en 2006. O, quedándonos en Italia y hablando de la actualidad, piénsese también que, entre febrero de 2013 y noviembre de 2014, 155 parlamentarios han cambiado de partido, según un estudio de Openpolis². ¿Transformismo? ¿Oportunismo? Es lo más probable.

* El presente texto es una ampliación del capítulo de libro titulado «Reptos dos trânsfugas. Biografia e análise da linguagem política numa perspectiva comparada», en Neves, José (coord.), *Quem faz a História. Ensaios sobre Portugal Contemporâneo*, Lisboa, Tinta da China, 2016, pp. 123-131.

¹ Real Academia Española, Diccionario de la Lengua Española, <http://dle.rae.es/?id=aJozdBN> [consultado el 2 de mayo de 2016]

² Falci, Giuseppe Alberto, «Openpolis, Parlamento di transfughi: 155 cambi di casacca in meno di 2 anni», *Il Fatto Quotidiano*, 1 de diciembre de 2014.

Sin embargo, si estudiamos este fenómeno durante el siglo XX, más que en la actual época post-ideológica, sería simplista esta *reductio ad unum* para explicar una serie de tránsitos que fueron una cuestión menos insignificante de lo que se ha venido diciendo durante mucho tiempo.

Asimismo, el término tráfuga puede resultar poco satisfactorio para una investigación de historia política y cultural que intenta alejarse de los titulares sensacionalistas de la prensa y podría ser sustituido por otros términos como el de conversos, transeúntes y heterodoxos de la revolución o, ampliando el horizonte, por el concepto de migraciones políticas e intelectuales. No obstante, tampoco estos términos consiguen satisfacer la necesidad de encontrar una categoría histórica para definir un sujeto que, aunque ha despertado notable curiosidad, se ha quedado más bien en la invisibilidad en el campo de las investigaciones académicas.

En estas páginas se presentarán unas reflexiones sobre el tránsito de dirigentes políticos de la izquierda al fascismo en tres países de la Europa mediterránea (Italia, Francia y España) en los años de entreguerras³. Unos años marcados por dos conflictos mundiales, la Revolución rusa, el ascenso de los fascismos y la crisis de 1929: la era de la catástrofe, en la conocida definición de Eric J. Hobsbawm⁴. Estas reflexiones se están aplicando ahora para una ampliación de esta misma investigación a otros contextos nacionales, como los de Portugal, Bélgica e Inglaterra, con el objetivo de llegar a una visión panorámica sobre esta *vexata quaestio* en la Europa occidental.

LOS RETOS DE LOS TRÁNSFUGAS

El estudio de la cuestión del tránsito de una familia política a otra nos pone delante de cuatro retos. El primer reto, aunque parezca una obviedad, es el de su misma existencia como fenómeno digno de una investigación científica. Los tráfugas existieron y no fueron casos excepcionales cual *rara avis*. En la historia política contemporánea encontramos a un número no desdeñable de dirigentes políticos –pero también de intelectuales y de militantes– que pasa-

³ Véase, Forti, Steven, *El peso de la nación. Nicola Bombacci, Paul Marion y Óscar Pérez Solís en la Europa de entreguerras*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2014.

⁴ Hobsbawm, Eric, *Historia del siglo XX. 1914-1991*, Barcelona, Crítica, 2000 (ed. or. *The Age of Extremes. The Short Twentieth Century, 1914-1991*, Londres, Michael Joseph, 1994).

ron de una familia política a otra. Por el periodo que aquí nos interesa –los años comprendidos entre 1914 y 1945– se trata, más concretamente, de tránsitos que van del heterogéneo archipiélago de las izquierdas al fascismo. La dirección del tránsito cambia en otros momentos del siglo XX: después de la Segunda Guerra Mundial se trata, sobre todo, de tránsitos del fascismo a la izquierda, mientras que en los años ochenta y noventa otra vez, pero no únicamente, de la izquierda a la derecha.

El segundo reto consiste en superar las interpretaciones hasta ahora en boga que se pueden resumir esencialmente en la interpretación del oportunismo/chaqueterismo –que podríamos definir como interpretación *simplista*– y en la interpretación que analiza esta cuestión con la lupa de la teoría de los opuestos extremismos –la que podríamos definir como interpretación *política par excellence*–. Comunistas y fascistas, nos viene a decir esta segunda interpretación, no eran a fin de cuentas tan distintos: los puntos en común serían muchos y las biografías de estos personajes vendrían a ser la prueba más contundente de ello. La teoría de los totalitarismos avalaría esta interpretación.

El tercer reto consiste en un problema recurrente en el trabajo historiográfico que se amplifica en este caso: el de las fuentes. Los estudios sobre esta cuestión son pocos o, en algunos contextos nacionales, inexistentes y las fuentes secundarias resultan pocos fiables en muchos casos debido a la condena política y moral, acompañada en algunos casos de la *damnatio memoriae*, sufrida por los tránsfugas después de su «conversión» al enemigo. Así que, una vez más, las fuentes primarias resultan imprescindibles, aunque, como es sabido, para ese periodo histórico no son siempre de fácil consulta.

El cuarto y último reto que nos ponen los tránsfugas es el de superar las fronteras nacionales. No son, desde luego, sólo los tránsfugas los que nos ponen este reto; pero la limitación de un estudio como éste a un sólo contexto nacional imposibilitaría una interpretación satisfactoria de un fenómeno sin duda complejo y resbaladizo.

BIOGRAFÍA Y ANÁLISIS DEL LENGUAJE POLÍTICO EN PERSPECTIVA COMPARADA

Un sencillo análisis biográfico o también un análisis del discurso político no ofrecen unas claves interpretativas adecuadas para superar estos retos y para romper algunas de estas barreras. Se ha apostado entonces por una investiga-

ción en tres niveles donde la historia política se junta a la historia del lenguaje político y de las ideas en una perspectiva comparada y transnacional⁵.

El primer nivel es el análisis biográfico. Teniendo en cuenta el debate europeo acerca de la naturaleza y el uso en la historiografía de la biografía, la prosopografía y las historias de vida, se puede plantear que a través de un sujeto es posible percibir y descifrar parte de la cultura de una época. El individuo no es nunca un individuo solitario, sino una síntesis, un signo cultural estenográfico, como bien explicó Franco Ferrarotti,⁶ y llega a ser el único lugar histórico en el cual se dan encuentro, más allá de cualquier esquematismo historiográfico, todas las fuerzas económicas y morales que contribuyen a hacer la historia. Como apuntó Serge Noiret, el personaje no tiene que ser «objeto sociológico sin nombre»: de tal manera, se deja espacio a la complejidad de factores a veces poco coherentes entre ellos que puedan explicar los comportamientos del personaje y, a continuación, localizar algunas características de la cultura de la época⁷. Estudiar la vida de un personaje puede ser la ocasión para deshacer nudos históricos más grandes que él y con los cuales el personaje interactuó. La historia biográfica acaba encontrándose con la microhistoria, y hace posible un acercamiento ideal a la historia local y regional.

El segundo nivel de la investigación concierne al análisis del lenguaje político de los personajes estudiados. La peculiar trayectoria de los transfugas y el hecho de que la mayoría de ellos no fueron en absoluto unos teóricos, sino unos propagandistas, implica que una tradicional interpretación del pensamiento político no sería la adecuada. La búsqueda de una lógica implícita y de la evolución de un pensamiento no tendría una particular utilidad heurística, más allá de confirmar la habitual condena moral de unos aparentes oportunistas y chaqueteros. Para salir de un encasillamiento hecho *a posteriori* y según categorías inapropiadas, se considera necesario un análisis de las palabras de la política, más que un estudio tradicional del pensamiento y del discurso político, siguiendo la estela de las aportaciones de Gareth Stedman Jones, Roger Chartier y Lynn Hunt, entre otros, que han repensado

⁵ Sobre estas cuestiones metodológicas, véase también Forti, Steven, «Traidores, conformistas y apasionados de la política. Una nueva lectura de la Europa de entreguerras entre biografía, lenguaje e historia política», *Segle XX. Revista catalana d'història*, 6 (2013), pp. 133-157.

⁶ Ferrarotti, Franco, *Storia e storie di vita*, Bari, Laterza, 1981.

⁷ Noiret, Serge, *Massimalismo e crisi dello stato liberale. Nicola Bombacci (1879-1924)*, Milán, Franco Angeli, 1992, p. 21.

críticamente las propuestas interpretativas del *linguistic turn* y las reflexiones de Michel Foucault⁸.

Son las obras cruciales del pensamiento político de la primera mitad del siglo XX las que nos proporcionan las palabras clave para poder desarrollar un análisis del lenguaje político. Las palabras de Kautsky, Lenin, Sorel, Weber, Pareto, Michels, pero también de Mussolini, Maurras u Ortega y Gasset, entre otros, son el modelo de referencia para poder pensar y hacer política, debido a su planteamiento de cuestiones y, en algunos casos, su invención de «algo nuevo». De esta manera, se han detectado al menos tres palabras clave –partido, guerra y revolución–, las cuales están vigentes en toda la primera mitad del siglo XX y se ha intentado ver cómo fueron utilizadas por parte de los tráfugas. La importancia de estas palabras clave se ha medido a través de la comparación con otras palabras –trabajo, justicia social, nuevo orden, etc.– que son también constantes en los años de entreguerras y que en muchos casos resultan de capital importancia en el lenguaje político. El objetivo que se ha fijado es notar lo que queda y lo que se modifica (por sus propias razones) en el lenguaje político de los tráfugas en el paso de la izquierda al fascismo.

El posible riesgo de un exceso de localismo y de una historia encerrada en su microcosmos desaparece debido a una perspectiva histórica comparada y transnacional –el tercer nivel– que se preocupa por tener en cuenta las dinámicas nacionales y europeas, con una atención particular a la evolución de los partidos políticos y a la circulación y arraigo de las ideas y del pensamiento político.

LOS TRÁNSFUGAS DE ENTREGUERRAS

En el periodo comprendido entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial en Italia, en Francia y en España más de cincuenta dirigentes políticos de primera y de segunda fila pasaron de la izquierda al fascismo. Y si a estos tres países de la Europa mediterránea añadimos otros contextos nacionales, como

⁸ Véase, sobre todo, Stedman Jones, Gareth, *Languages of Class. Studies in English Working Class History, 1832-1982*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983; Hunt, Lynn, *Politics, Culture and Class in the French Revolution*, Berkeley, University of California Press, 1984; Chartier, Roger, *La rappresentazione del sociale. Saggi di storia culturale*, Turin, Bollati Boringhieri, 1989.

los de Portugal, Bélgica, Alemania e Inglaterra, nos encontramos con más de un centenar de casos.

Cobran importancia las dinámicas similares, como el heterogéneo grupo de los sindicalistas revolucionarios y anarcosindicalistas italianos que siguieron a Mussolini ya en la elección intervencionista de la Gran Guerra y/o en la fundación de los Fasci di Combattimento en 1919 (Edmondo Rossoni, Ottavio Dinale, Michele Bianchi, Leandro Arpinati, Mario Gioda, Massimo Rocca, Edoardo Malusardi, etc.) o los otros sindicalistas revolucionarios que abrazaron el fascismo después de la Marcha sobre Roma o con la Guerra de Etiopía de 1935 (Pulvio Zocchi, Alibrando Giovannetti, Eros Vecchi, Arturo Labriola, etc.). Nos cruzamos también con algunos dirigentes políticos comunistas de cierta envergadura que venían del maximalismo socialista (Nicola Bombacci, Ezio Riboldi, Mario Malatesta, Antonio di Legge, etc.), junto con jóvenes militantes que se afiliaron directamente al Partito Comunista d'Italia (PCd'I) o que pasaron muy rápidamente por el Partito Socialista Italiano (PSI) (Angelo Scucchia, Giovanni Guidi, etc.) y con el caso de un dirigente político socialista que pasó al fascismo después de una etapa breve y con pocas responsabilidades en el PCd'I (Erocole Bucco). Casi todos tuvieron alguna relación con Nicola Bombacci después del abandono de la militancia en los partidos de izquierdas como colaboradores de *La Verità*, la revista que él fue secretario político del PSI y fundador, con Bordiga, Gramsci y Togliatti, del PCd'I en Livorno en enero de 1921 dirigió entre abril de 1936 y julio de 1943, antes de seguir a Mussolini en la aventura de la República de Saló⁹.

⁹ Sobre estos dirigentes políticos, véase Forti, Steven, *El peso de la nación...*, op. cit., pp. 41-273. Las únicas biografías existentes sobre estos personajes son las de Marucco, Dora, *Arturo Labriola e il sindacalismo rivoluzionario in Italia*, Turín, Einaudi, 1970; Tighino, John J., *Edmondo Rossoni: from revolutionary syndacalism to fascism*, Nueva York, P. Lang, 1991; Noiret, Serge, *Massimalismo e crisi dello stato liberale. Nicola Bombacci (1879-1924)*, Milán, FrancoAngeli, 1992; Salotti, Guglielmo, *Nicola Bombacci. Un comunista a Salò*, Milán, Mursia, 2008 y Dalla Casa, Brunella, *Leandro Arpinati. Un fascista anomalo*, Bologna, Il Mulino, 2013. Sobre los anarquistas que se acercaron a Mussolini ya con la elección intervencionista en la Gran Guerra y que le siguieron en la primera etapa de los Fasci di Combattimento, véase Luperini, Alessandro, *Anarchici di Mussolini. Dalla sinistra al fascismo tra rivoluzione e revisionismo*, Montespertoli, M.I.R. Edizioni, 2001. Sobre Erocole Bucco, véase también Forti, Steven, «L'operaio ha fatto tutto; e l'operaio può distruggere tutto, perché tutto può rifare». Massimalismo, Biennio Rosso, Bologna, Erocole Bucco», *Storicamente*, 2 (2006), http://www.storicamente.org/05_studi_ricerche/02forti.htm [consultado el 2 de mayo de 2016].

En Francia la figura crucial es la de Jacques Doriot, joven cuadro del comunismo galo y alcalde de Saint Denis, en el cinturón rojo de París, en los años de entreguerras. Doriot rompió con la Internacional Comunista (IC) en 1934 y fue el fundador del Parti Populaire Français (PPF) dos años más tarde: después de la derrota de junio de 1940, fue uno de los más fervientes colaboracionistas en la *ville lumière* gobernada por los nazis y acabó alistándose con las SS en la campaña de Rusia¹⁰. La figura de Doriot es clave porque su ruptura con la IC y el Parti Communiste Français (PCF) tuvo una función de arrastre hacia otras personas o bien cercanas a Doriot en los tiempos del PCF como Paul Marion, Henri Barbé, Pierre Célor, Marcel Marschall, Alexandre Abremski, Victor Barthélemy, Victor Arrighi, Paul Guitard, Jean Fontenoy, Pierre Dutilleul y Camille Fégy, o bien atraídas por su figura carismática y en un proceso de deriva similar empezado anteriormente, como el marsellés Simon Sabiani o como Maurice Laporte, uno de los primeros líderes del comunismo galo después de la escisión de Tours de 1920. Distintos son los casos de François Chasseigne, que llegó a la colaboración *vichysoise* sin pasar por el PPF, de Ludovic-Oscar Frossard, fundador del PCF y luego ministro en diversos gobiernos de centro-izquierda entre 1935 y 1940, y del exiliado italiano Angelo Tasca, que llegó a una jamás reconocida colaboración con el régimen de Vichy —trabajó por el *bureau d'études* dependiente de la secretaría general de Información y Propaganda dirigida por el excomunista Paul Marion— tras pasar por el PSI y la SFIO¹¹.

¹⁰ Sobre estos dirigentes políticos, véase Forti, Steven, *El peso de la nación...*, op. cit., pp. 275-411. En Francia disponemos de algunos trabajos biográficos sobre Doriot y otros cuadros políticos comunistas que abrazaron el fascismo. Véase, sobre todo, Burrin, Philippe, *La dérive fasciste. Doriot, Déat, Bergery 1933-1945*, París, Seuil, 1986, el único trabajo que intenta analizar tres derivas fascistas de forma comparada, además de las primeras reflexiones propuestas por Sternhell, Zeev, *Ni droite ni gauche. L'idéologie fasciste en France*, Bruxelles, Complexe, 2000 (ed. or. París, Seuil, 1983) e ídem, Sznajder, Mario y Asheri, Maia, *Naissance de l'idéologie fasciste*, París, Fayard, 1989. Véase también, Brunet, Jean-Paul, *Jacques Doriot. Du communisme au fascisme*, París, Balland, 1986; Jankowski, Paul, *Communism and Collaboration. Simon Sabiani and Politics in Marseille (1919-1944)*, New Haven-Londres, Yale University Press, 1989; Saint-Pierre, David, *Maurice Laporte, une jeunesse révolutionnaire: du communisme à l'anticommunisme (1916-1945)*, Les Presses de l'Université Laval, 2006. En el caso de Barthélemy, disponemos de unas interesantes memorias: Barthélemy, Victor, *Du communisme au fascisme. L'histoire d'un engagement politique*, París, Albin Michel, 1978.

¹¹ Sobre Angelo Tasca, véase Rota, Emanuel, «La tentazione corporativa: corporativismo e propaganda fascista nelle file del socialismo europeo», en Pasetti, Matteo (coord.), *Proge-*

Sin embargo, la deriva fascista en los años de entreguerras no tocó solamente al PCF, sino también a otros partidos y movimientos de la izquierda francesa. El caso de Marcel Déat es sintomático de un tránsito de cuadros socialistas al fascismo, pasando por el neosocialismo y un determinado intento de revisión del marxismo, bajo la influencia del planismo de Henri de Man. Las ambiguas trayectorias de Barthélemy Montagnon y Adrian Marquet son otros dos testimonios de esta tipología de tránsito. Resultan interesantes también los itinerarios de los sectores pacifistas de la SFIO —desde el mismo Paul Faure hasta Paul Rives y Charles Spinasse—, o de los sindicalistas reunidos alrededor de la revista *Syndicats*, como René Belin que fue ministro de Trabajo en Vichy entre 1940 y 1942, o el núcleo de *Redressement* de Ludovic Zoretti, que en verano de 1940, críticos con la corriente mayoritaria liderada dentro del partido por Léon Blum, se acercaron a Pétain y, en algunos casos, apoyaron el nuevo régimen en la zona libre o se incorporaron en los partidos colaboracionistas parisinos. El caso de Gaston Bergery es ejemplar de las derivas de cuadros radicales: no fueron pocos los *jeunes turcs* que acabaron colaborando activamente con los alemanes durante la ocupación, como demuestran los itinerarios políticos de Jean Luchaire y Bertrand de Jouvenel. Los «extraños casos» de Gustave Hervé —socialista antimilitarista que se convirtió a la causa patriótica durante la Gran Guerra y fue un admirador del fascismo y un seguidor de Pétain en las dos décadas siguientes— y de Georges Valois —sindicalista revolucionario de principios de siglo, fundador de *Le Faisceau* en 1925 y miembro de la resistencia a los alemanes hasta la muerte en Bergen-Belsen en febrero de 1945— tienen en cambio unas dinámicas absolutamente singulares¹².

tti corporativi tra le due guerre mondiali, Roma, Carocci, 2006, pp. 85-98; ídem, «Angelo Tasca e la scelta collaborazionista in Francia: un fascismo antifascista?», *Società e Storia*, 114 (2006), pp. 757-781; ídem, *A Pact with Vichy. Angelo Tasca from Italian Socialism to French Collaboration*, Nueva York, Fordham University Press, 2013.

¹² Véase, Douglas, Allen, *From Fascism to Libertarian Communism. Georges Valois against the Third Republic*, Berkeley-Los Angeles, University of California Press, 1992; Heuré, Gilles, *Gustave Hervé. Itinéraire d'un provocateur. De l'antipatriotisme au pétainisme*, París, La Découverte, 1997; Cointet, Jean-Paul, *Marcel Déat: du socialisme au national-socialisme*, París, Perrin, 1998; Brana, Pierre y Dusseau, Joëlle, *Adrien Marquet, du socialisme à la collaboration*, Anglet, Atlantica, 2001; Loughlin, Michael B., «Gustave Hervé's Transition from Socialism to National Socialism: Another Example of French Fascism?», *Journal of Contemporary History*, 36 (2001), pp. 5-39; Gauchet, Yves, *Georges Valois*, París, Harmattan, 2001; Bonin, Hubert, Lachaise, Bernard y Taliano-des Garets, Françoise, *Adrien Marquet. Les dérives d'une ambition: Bordeaux, Paris, Vichy (1924-1955)*, Burdeos, Éditions Confluences, 2007; Dard, Olivier, *Bertrand de Jouvenel*, París, Perrin, 2008; Maillot, Jean-René, *Jean*

En España el de Óscar Pérez Solís –socialista, después comunista y finalmente falangista, tras la conversión al catolicismo en 1928 en la cárcel de Montjuic– es sin duda el caso más interesante por los cargos políticos que ocupó y el papel que jugó en los debates políticos y culturales en la España del primer tercio del siglo XX. Destacan también los casos de Ramón Merino Gracia –fundador del Partido Comunista Español, el de los «cien niños», en abril de 1920– y Mariano García Cortés –fundador, con Pérez Solís, del PCOE en abril del año siguiente– que a mediados de los años veinte apoyaron a la dictadura de Primo de Rivera y luego se acercaron también al régimen franquista. Menos relevantes, pero sin duda sintomáticos, son también los itinerarios del joven comunista madrileño Enrique Matorras, que pasó a los sindicatos católicos de derechas y también a la Falange en 1934, y los de la militancia juvenil comunista o cenetista de algunos de los colaboradores de *La Conquista del Estado* y del primer núcleo de las JONS y de Falange Española, como el compostelano Santiago Montero Díaz, el extremeño Nicasio Álvarez de Sotomayor –protagonista de un viaje de ida y vuelta entre el mundo libertario y las JONS–, el segoviano Francisco Guillén Salaya, Manuel Mateo –que fue secretario de organización del PCE en Madrid–, Juan Orellana –que fue líder de los sindicatos comunistas en Sevilla–, José Guerrero Fuensalida, Carlos Ribas y Juan Aparicio –el futuro director del periódico falangista *El Español*, en cuyas páginas publicó con frecuencia Pérez Solís en los años cuarenta¹³.

Luchaire et la revue «Notre Temps» (1927-1940), Bern, Peter Lang, 2013; Meletta, Cédric, *Jean Luchaire. L'enfant perdu des années sombres (1901-1946)*, París, Perrin, 2013. Sobre Belin y Déat, véase también sus memorias: Belin, René, *Du secrétariat de la C.G.T. au gouvernement de Vichy. Mémoires, 1933-1942*, París, Éditions Albatros, 1978; Déat, Marcel, *Mémoires politiques*, París, Denoël, 1989.

¹³ Sobre estos dirigentes políticos, véase Forti, Steven, *El peso de la nación...*, op. cit., pp. 413-581. Las únicas biografías existentes sobre estos personajes son las de Núñez Seixas, Xosé Manoel, *La sombra del César. Santiago Montero Díaz, una biografía entre la nación y la revolución*, Granada, Comares, 2012 y Rodríguez Arroyo, Jesús C., *Nicasio Álvarez de Sotomayor Gordillo y Aguilar. Auge y ocaso de un anarcosindicalista (1899-1936)*, Sarrión, Muñoz Moya Editores, 2015. Sobre Pérez Solís, véase también Rivera Blanco, Antonio, «Óscar Pérez Solís, del internacionalismo comunista al fascismo español», en Núñez Seixas, Xosé Manoel y Molina Aparicio, Fernando (coord.), *Los heterodoxos de la patria: derivas nacionalistas atípicas en la España del siglo XX*, Granada, Comares, 2011, pp. 101-128; Carrasco Calvo, Salvador, «Óscar Pérez Solís: del socialismo a la contrarrevolución», *Perspectiva Social*, 11 (1978), pp. 55-78; ídem, «Óscar Pérez Solís, del catolicismo militante a la Falange», *Perspectiva Social*, 16 (1980), pp. 45-62.

En Portugal encontramos el caso del comunista José Carlos Rates que se incorporó al salazarismo después de 1926; en Inglaterra el caso del laborista británico Oswald Mosley que fundó en 1932 la British Union of Fascist; en Alemania la figura inclasificable de Ernst Niekisch, que creó el movimiento nacionalbolchevista, moviéndose entre la socialdemocracia, el Partido Comunista y el nacionalismo revolucionario crítico con el nazismo; en Bélgica la figura del socialista Henri de Man, uno de los teóricos del planismo, que apoyó en un primer momento a la ocupación alemana de Bélgica y el caso de John Hagemans que de la militancia juvenil comunista pasó al partido rexista de Léon Degrelle, junto al cual luchó en la Legión Wallonie en el frente ruso, donde encontró la muerte en agosto de 1942¹⁴. Si pasamos a los intelectuales, figuras como las de Pierre Drieu La Rochelle o Ernesto Giménez Caballero pueden ser explicativas de estos tránsitos, que no fueron solo unidireccionales, sino más bien –al menos en el caso de los intelectuales– zigzagueantes o de ida y vuelta, con una fuerte dosis de anticonformismo y de rebeldía a las categorizaciones como en los casos de Curzio Malaparte o Louis-Ferdinand Céline¹⁵.

CINCO CONSIDERACIONES SOBRE LOS TRÁNSFUGAS

Más allá de la evidente peculiaridad de cada deriva fascista en cada contexto nacional, el estudio de los itinerarios políticos de los tránsfugas de entreguerras nos permite hacer algunas consideraciones generales sobre unos tránsitos que no fueron nunca inmediatos, sino siempre paulatinos, tardando entre uno y ocho años en realizarse.

¹⁴ Véase, entre otros, Skidelsky, Robert, *Oswald Mosley*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1975; Brélaz, Michel, *Henri de Man. Une autre idée du socialisme*, Ginebra, Éditions des Antipodes, 1985; White, Dan S., *Lost Comrades. Socialists of the Front Generation, 1918-1945*, Cambridge, Harvard University Press, 1992; Worley, Matthew, *Oswald Mosley and the New Party*, Londres, Palgrave Macmillan, 2010.

¹⁵ Véase, entre otras obras publicadas sobre estos intelectuales prestados a la política: Kunnas, Tarmo, *Drieu La Rochelle, Céline, Brasillach et la tentation fasciste*, París, Les Sept Couleurs, 1972; Andreu, Pierre y Grover, Frédéric, *Drieu La Rochelle*, París, Hachette, 1979; Selva, Enrique, *Ernesto Giménez Caballero entre la vanguardia y el fascismo*, Valencia, Pre-Textos, 2000; Álvarez Chillida, Gonzalo, «Ernesto Giménez Caballero: unidad nacional y política de masas en un intelectual fascista», *Historia y Política*, 24 (2010), pp. 265-291; Cantier, Jacques, *Pierre Drieu La Rochelle*, París, Perrin, 2011; Serra, Maurizio, *Malaparte. Vidas y leyendas*, Barcelona, Tusquets, 2012 (ed. or. París, Grasset et Fasquelle, 2011).

En primer lugar, la comparación de estas trayectorias pone de manifiesto la distinta manera en que estos dirigentes políticos se acercaron y se incorporaron al fascismo en el caso de tres países distintos del área mediterránea. En la gran mayoría de los casos, en Italia el tránsito fue directo (del socialismo, del comunismo o del sindicalismo revolucionario al fascismo), mientras que en España y en Francia el tránsito se produjo a través de un factor de mediación (el catolicismo en el primer caso, el socialismo y el planismo en el segundo). Queda ahora por analizar cómo se produjeron estos tránsitos en otros contextos nacionales, como el de Portugal, Bélgica, Inglaterra y Alemania, entre otros países.

En segundo lugar, siguiendo las pioneras aportaciones de Philippe Burrin sobre el caso francés, notamos la existencia de algunas *pasarelas* hacia el fascismo, es decir unos elementos que facilitan el tránsito al fascismo durante una crisis nacional y/o durante una disidencia¹⁶. En los casos estudiados en los contextos italiano, francés y español, se han detectado al menos seis pasarelas. La primera es el valor otorgado a la acción, el dinamismo y la praxis, que se presenta como forma de incesante activismo político desde el punto de vista personal —mezclado con una especie de incapacidad de «no actuar»—, como concepción de la política misma como acción y también en la idea del fascismo concebido como dinamismo, como un *continuum* en transformación. La segunda es el valor otorgado a las minorías, las élites y las vanguardias revolucionarias, muchas veces acompañado de una idea fuertemente negativa del pueblo y las masas y que, en general, se juntaba con un cierto gusto por el autoritarismo y la autorreferencialidad, cuestiones que derivaban directamente de la Gran Guerra y su violencia. La tercera es una fe inquebrantable en la revolución, característica que se yuxtapone a la política concebida como acción. La cuarta es la presencia constante de enemigos comunes, como la democracia liberal, el parlamentarismo, la burguesía y el capitalismo. La quinta es la importancia de una concepción del mundo antimaterialista, fuertemente idealista y en determinados momentos claramente religiosa. Debido a la conexión de sus actividades y sus pensamientos políticos con el materialismo histórico marxista, el antimaterialismo estuvo prácticamente ausente en los períodos de militancia socialista y comunista de estos tránsfugas o, como mucho, se escondió debajo de las apariencias de la política vivida como pasión y sentimiento. En la segunda parte de sus vidas, en cambio, se nota una fuerte preponderancia de

¹⁶ Philippe Burrin, *La dérive fasciste...*, *op. cit.*

los valores espirituales respecto a los valores materiales, entrelazada con la condena del bolchevismo y las plutocracias —concebidos como ejemplos opuestos de materialismo— y con una recuperación de los valores cristianos.

La sexta pasarela es la nación. Sin la nación no es posible concebir el fenómeno del transfuguismo en el periodo comprendido entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial. La sustitución del concepto, la categoría y la palabra de clase por la de nación en el pensamiento y el lenguaje político es un punto imprescindible para que se pueda aceptar el fascismo, como opción política y como ideología. El lenguaje político de los tráfugas, a través de la sustitución-sublimación de la categoría de clase con la de nación, pone de manifiesto tanto la construcción de un discurso nacionalista a partir de la pertenencia a un partido político de la clase obrera, como la (re)construcción de una identidad de clase (obrero) en el marco de un régimen fascista y de su proyecto corporativo. Parece que no se equivocó Zeev Sternhell, cuando hace más de dos décadas consideró que la clave para comprender el mal llamado transfuguismo se encuentra en la unión de muchos factores presentes ya en la manera de concebir la política durante la militancia socialista/comunista con el concepto de nación (que sustituye al internacionalismo), en determinados momentos históricos, generalmente marcados por la guerra (militar y/o política). Todo esto dentro de una revisión del marxismo de tipo antimaterialista¹⁷.

A estas pasarelas cabe añadir también un elemento más que podemos considerar una especie de *clave de bóveda*, es decir un acontecimiento o un factor que permite o facilita el giro político e ideológico. Esta clave de bóveda puede ser la experiencia de la guerra en 1914-1918 y el repensamiento de esta experiencia en los años siguientes como en el caso de Mussolini, el contacto con la realidad de la Unión Soviética en el caso de Marion, la ola expansiva del fascismo después de la crisis de 1929 en el caso de Drieu La Rochelle o bien la crisis interna en el partido de origen —y en la Internacional Comunista— en el caso de Doriot.

En tercer lugar, el estudio de la biografía y del lenguaje político de los tráfugas de entreguerras ha mostrado ser una pieza más para reconstruir el mosaico fascista y su inmensa, y hoy en día casi incomprensible, capacidad de convencer y vencer, no solamente con la violencia, la represión y el control, sino también ofreciendo un proyecto poliédrico que se sabía y podía adaptar a lugares y tiempos diferentes. Es decir, el fascismo como organismo saprófago,

¹⁷ Sternhell, Zeev, Sznajder, Mario y Asheri, Maia, *Naissance de l'idéologie fasciste...*, op. cit.

como lo definió George L. Mosse¹⁸. Nos guste más o menos admitirlo, los fascismos en la Europa de entreguerras supieron dar respuestas a buena parte de las preguntas de una sociedad en busca de seguridad, como notó Wolfgang Schivelbusch¹⁹. Afirmar esto no significa que los fascismos realizaron efectivamente lo que propusieron o que, en muchos casos, solo propagandearon. Gianpasquale Santomassimo lo explicó muy bien estudiando el mito del corporativismo: «la distancia entre la grandilocuencia del mito y las realizaciones prácticas» no borra el hecho que «aquel mito tuvo una influencia de inmenso relieve»²⁰.

En cuarto lugar, los tránsfugas vienen a ser también la ejemplificación práctica de cómo el fascismo construyó su mito y su proyecto poliédrico. Estos dirigentes políticos son unos ejemplos de los efectos de la propaganda fascista y de su re-elaboración: es decir, de cómo esta propaganda se recibió y se aceptó por parte de un sujeto en contextos nacionales distintos y de cómo el mismo sujeto re-elaboró esta misma propaganda, llegando a ser un agente activo de la propaganda fascista.

Finalmente, en quinto y último lugar, esta investigación muestra cómo dos tópicos de la historiografía occidental son como mínimo equívocos. *C'est-à-dire*: la idea de que cada historia nacional sea única e irrepetible y que las comparaciones transnacionales no hagan otra cosa que subrayar la singularidad de cada contexto nacional; y la opinión según la cual no se puede crear una categoría interpretativa general en que incluir los distintos casos de fascismo.

Probablemente no se equivocaba Ricardo Chueca cuando acuñó la fórmula «cada país da vida al fascismo que necesita»²¹. Los tránsfugas, con sus inesperadas y zigzagueantes trayectorias, son una muestra más de todo esto.

¹⁸ Mosse, George L., *Masses and Man. Nationalist and Fascist Perceptions of Reality*, Nueva York, Howard Fertig, 1980.

¹⁹ Schivelbusch, Wolfgang, *Entfernte Verwandtschaft. Faschismus, Nationalsozialismus, New Deal 1933-1939*, Múnich, Carl Hanser Verlag, 2005.

²⁰ Santomassimo, Gianpasquale, *La terza via fascista. Il mito del corporativismo*, Roma, Carocci, 2006, pp. 17 y 11.

²¹ Chueca, Ricardo, *El fascismo en los comienzos del régimen de Franco. Un estudio sobre FET-JONS*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1983.

EL VENCEDOR VENCIDO. DIONISIO RIDRUEJO EN SU LABERINTO*

FRANCISCO MORENTE

Universitat Autònoma de Barcelona

LA figura y el itinerario político de Dionisio Ridruejo se enmarca a la perfección en un tipo de enfoque que desde hace algunos años está ocupando a los historiadores del fascismo y que ha dado lugar a notables aportaciones. Me refiero a la cuestión de las derivas políticas; itinerarios a veces sorprendentes, frecuentemente tortuosos y siempre conflictivos en su interpretación¹. Las derivas políticas e ideológicas, por lo que hace al fascismo, se han estudiado en general desde la premisa de que el recorrido se iniciaba en la izquierda y terminaba en el fascismo. El propio Benito Mussolini sería el paradigma de este fenómeno, pero no faltarían otros ejemplos de notable interés como los de Nicola Bombacci, Georges Valois, Marcel Déat, Gaston Bergery, Paul Marion, Óscar Pérez Solís o Santiago Montero Díaz. El caso de Dionisio Ridruejo responde, sin embargo, a un planteamiento completamente diferente. En su caso, la deriva político-ideológica no siguió lo previsto en el canon, sino la dirección opuesta. En su juventud, Ridruejo se situó en el campo del fascismo y su evolución política le llevaría, muchos años después, hacia los territorios de un determinado liberalismo socializante. Ciertamente, no fue un caso único. Algunos de sus compañeros de militancia falangista en los años de la guerra civil española hicieron un recorrido similar, pero lo que resulta fascinante en

* Este trabajo se enmarca en el proyecto HAR2014-53498-P «Culturas políticas, movilización y violencia en España, 1930-1950», financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

¹ Algunos ejemplos relevantes: Burrin, Philippe, *La dérive fasciste. Doriot, Déat, Bergery 1933-1945*, París, Seuil, 2003 [1986]; Núñez Seixas, Xosé Manoel, *La sombra del César. Santiago Montero Díaz, una biografía entra la nación y la revolución*, Granada, Comares, 2012; Forti, Steven, *El peso de la nación. Nicola Bombacci, Paul Marion y Óscar Pérez Solís en la Europa de entreguerras*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2014.

Ridruejo es lo genuino de su evolución, el carácter «verdadero» de la misma, del que hay pocos ejemplos en Europa, al menos entre dirigentes de la relevancia que tuvo el escritor y político soriano.

Cuando se analizan la trayectorias de algunos de los miembros del llamado «grupo de Burgos», que se articuló en torno a la figura de Ridruejo y de los aparatos de prensa y propaganda del bando sublevado durante la guerra civil,² no puede dejar de observarse una cierta impostura, una especie de reconstrucción *a posteriori* de esas trayectorias, con la intención de dotarlas de una precocidad, una rotundidad y una unidireccionalidad de las que realmente carecieron. Así ocurre, por ejemplo, con los representantes quizás más conocidos de aquel grupo: Pedro Laín Entralgo, Antonio Tovar o Gonzalo Torrente Ballester. Todos ellos fueron falangistas «revolucionarios» durante la guerra civil y la postguerra, no abandonaron la militancia ni las convicciones falangistas después de 1945 y participaron activamente en las batallas políticas y culturales de la primera mitad de los años cincuenta³. En 1956 fueron derrotados, pero tampoco eso los colocó en la oposición al franquismo⁴. Se retiraron a sus ámbitos académicos (Laín y Tovar) o se refugiaron en la literatura (Torrente Ballester), sin romper con el régimen, aunque mostrando de vez en cuando tímidamente, y sin arrostrar grandes peligros, un cierto disenso, sin que faltase la firma de algún manifiesto y algún gesto de apoyo a los sectores moderados de la oposición. Ninguno de ellos fue nunca molestado, no digamos ya detenido y encarcelado, ni perdió su cátedra o sufrió percance alguno de gravedad. El más *atrevido* resultó ser Tovar, quien decidió «exiliarse» aceptando una oferta de una universidad de los Estados Unidos, en un gesto de *audaz* «solidaridad» con los catedráticos represaliados en 1965 (José Luis López Aranguren, Enrique Tierno Galván, Agustín García Calvo)⁵.

Ninguno de ellos publicó nada que le pudiese colocar en situación de riesgo antes de la muerte de Franco. Después, sí. Laín publicó sus memorias, *Descargo*

² Morente, Francisco, *Dionisio Ridruejo. Del fascismo al antifranquismo*, Madrid, Síntesis, 2006, pp. 163-181; Ibáñez, Eduardo, *No parar hasta conquistar. Propaganda y política cultural falangista: el grupo de Escorial (1936-1986)*, Gijón, Trea, 2011.

³ Ferrary, Álvaro, *El franquismo: minorías políticas y conflictos ideológicos 1936-1956*, Pamplona, Eunsa, 1993, pp. 313-387; Saz Campos, Ismael, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003, pp. 379-403; Morente, Francisco, *Dionisio Ridruejo...*, *op. cit.*, pp. 379-447.

⁴ Juliá, Santos, *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004, pp. 358-391.

⁵ Álvarez Cobelas, José, *Envenenados de cuerpo y alma. La oposición universitaria al franquismo en Madrid (1939-1970)*, Madrid, Siglo XXI, 2004, p. 157.

*de conciencia*⁶, en 1976, en las que presentó un perfil tan melifluo y bienintencionado en su práctica política, y una falta tal de arrepentimiento por su pasado fascista, que Andrés Trapiello escribió, irónicamente, que al acabar de leer el libro, parecía que, más que la absolucón, a Laín hubiera que darle las gracias⁷. Tovar y Torrente Ballester ni siquiera consideraron necesario ese mínimo ajuste de cuentas con su pasado. Por el contrario, los dos (también Laín) participaron en 1976 en un libro de homenaje a Dionisio Ridruejo, que había muerto en junio de 1975 sin poder ver el final de la dictadura, y en el que de forma descarada (como hicieron otros colaboradores de ese libro colectivo) se apropiaban de los indudables méritos de Ridruejo en su lucha contra el franquismo como si en realidad ellos también hubiesen arriesgado libertad y hacienda en ese combate, tal y como había hecho, él sí, el antiguo jerarca falangista⁸.

Sin embargo, a todos ellos se les veía la impostura. En su contribución en aquel homenaje colectivo a Ridruejo, Torrente Ballester hablaba de la revista *Escorial* en unos términos que poco tenían que ver con la realidad, explicando un cuento de hadas en el que ellos, los falangistas «revolucionarios», habían acogido con generosidad a los derrotados en la guerra, iniciando así, antes que nadie, la reconciliación de las dos Españas; y añadía que, cuando ellos (los falangistas radicales) fueron derrotados en 1942, empezó *de verdad* la oscura noche de la cultura española durante la dictadura, como si entre 1936 y la derrota de los *serranistas* se hubiera producido una especie de segunda edición de la edad de plata de la cultura española⁹. A su vez, Pedro Laín, en un libro de finales de los años sesenta, explicaba que ellos, en el Burgos de la guerra civil, ya eran poco menos que un oasis de liberalismo en medio de la barbarie¹⁰. Al propio Torrente Ballester le traicionó el subconsciente, muchos años después, cuando desde un balcón de la plaza Mayor de Salamanca arengó a los concentrados en la misma para protestar contra la decisión del Ministerio de

⁶ Laín Entralgo, Pedro, *Descargo de conciencia (1930-1960)*, Barcelona, Barral editores, 1976.

⁷ Trapiello, Andrés, *Las armas y las letras. Literatura y Guerra Civil (1936-1939)*, Barcelona, Península, 2002, p. 277.

⁸ Benet, Juan *et al.*, *Dionisio Ridruejo, de la Falange a la oposición*, Madrid, Taurus, 1976.

⁹ Torrente Ballester, Gonzalo, «Escorial en el recuerdo», en Benet, J. *et al.*, *Dionisio Ridruejo...*, *op. cit.*, pp. 63 y 67.

¹⁰ Laín Entralgo, Pedro, *El problema de la universidad. Reflexiones de urgencia*, Madrid, Edicusa, 1968, pp. 88-89.

Cultura de devolver a Cataluña parte de los fondos depositados en el entonces conocido como Archivo de la Guerra Civil (hoy Centro Documental de la Memoria Histórica) y lo hizo apelando al «derecho de conquista» por el que se habían obtenido aquellos documentos¹¹.

Sería injusto limitar este fantasioso «reajuste» del propio pasado a estos tres ilustres intelectuales exfalangistas. Su actitud no fue la excepción, sino la norma en una España, la de la Transición, repleta de «demócratas de toda la vida» y con tanta gente con cosas que ocultar que se aceptó sin demasiados problemas el maquillaje general de trayectorias que se produjo aquellos años. Precisamente por contraste con esa forma de proceder, la figura de Dionisio Ridruejo emerge como ejemplo de auténtico ajuste de cuentas con el propio pasado cuando esa actitud comportaba riesgos y, lejos de proveer beneficios, más bien generaba dificultades de todo orden.

Ridruejo fue un personaje muy destacado del falangismo de guerra (no así del republicano), tuvo un papel importante en el reajuste del falangismo *legitimista* tras la creación del partido unificado en 1937, desempeñó cargos de importancia en los inicios del Nuevo Estado, fue amigo personal y hombre de toda confianza de Ramón Serrano Suñer cuando el *cuñadísimo* era el hombre más poderoso de España después del general Franco, fue una de las piezas clave en la ofensiva falangista de los años 1940-1942, estuvo en la trastienda de la creación de la División Azul y, por cerrar ese período, dio un sonoro portazo a Franco mediante una carta que muy poca gente en la España de 1942 se hubiera atrevido a escribir, y mucho menos a enviar a su Excelencia.

A ese gesto le siguió una larga travesía del desierto que se extendió hasta casi finales de los años cuarenta, seguida de una vuelta al redil, esta vez como corresponsal de la prensa del Movimiento en Italia, recompensada con premios periodísticos y literarios (Premio Nacional de Literatura «Francisco Franco», en su modalidad de poesía, en 1950)¹², y su implicación muy activa en las luchas internas del régimen en la primera mitad de los años cincuenta y, de resultas de su derrota en las mismas, su ahora sí definitiva ruptura con el franquismo y su progresiva aproximación a la oposición al mismo¹³.

¹¹ *ABC*, 31 de marzo de 1995, p. 55; *La Vanguardia*, 1 de abril de 1995, p. 42.

¹² Rubio, María y Solana, Fermín, «Los días y las obras de Dionisio Ridruejo», en Benet, J. et al., *Dionisio Ridruejo...*, op. cit., pp. 334-335.

¹³ La evolución ideológica de Ridruejo, en Morente, Francisco, *Dionisio Ridruejo...*, op. cit.; y Gracia, Jordi, *La vida rescatada de Dionisio Ridruejo*, Barcelona, Anagrama, 2008.

Como no es posible dar cuenta cabal y detallada de toda su trayectoria en el espacio de este texto, voy a centrarme en algunos momentos concretos de la misma que sirven para ejemplificar en qué consistió su deriva ideológica: de dónde arrancó, cuáles fueron los puntos de inflexión principales y cuál fue el puerto de llegada.

* * *

Dionisio Ridruejo llegó al fascismo por la vía estética. Durante los primeros años de la República fue un joven estudiante de Derecho en El Escorial, aunque no llegó a acabar la carrera; ya instalado en Madrid, se incorporó a la escuela de periodismo de *El Debate*, uno de los principales diarios de la derecha católica en aquella época. Para entonces alternaba con periodistas y escritores en ciernes (o ya más o menos conocidos) como sus amigos Xavier de Echarri y Samuel Ros, y pronto conoció, en 1935, en uno de los salones de la alta sociedad en la Granja de San Ildefonso, a José Antonio Primo de Rivera¹⁴.

Hasta entonces, la política no le había interesado demasiado. Se había mantenido bastante alejado del intenso activismo político que caracterizaba a muchos jóvenes de su edad, tanto en la derecha como en la izquierda. Él era católico practicante y su origen social (familia burguesa del Burgo de Osma, Soria) le inclinaba hacia posiciones de orden. A principios de 1934 ya militaba en Falange Española y su conocimiento de José Antonio Primo de Rivera acabó siendo decisivo en su evolución. Con Primo conectó inmediatamente: por su compartida pasión por la poesía y por determinados aspectos del ideario joseantoniano que Ridruejo asumió como propios y que, en algunos casos, mantendría toda su vida: el nacionalismo, el catolicismo, el anticomunismo y una vaga llamada a la «justicia social». Del discurso falangista le atraía también la apelación a la juventud como sujeto revolucionario (Ridruejo era muy joven: tenía 18 años cuando se proclamó la República, 23 cuando empezó la guerra civil), a la acción y a una cierta rebeldía, además de la denuncia de la hipocresía moral de una burguesía (y las organizaciones políticas que la representaban) que no había sido capaz de liderar la impostergable regeneración nacional.

¹⁴ Ridruejo, Dionisio, *Con fuego y con raíces. Casi unas memorias* [edición a cargo de César Armando Gómez], Barcelona, Planeta, 1976, pp. 27-30 y 48-54; Ridruejo, Dionisio, *Escrito en España*, Buenos Aires, Losada, 1964 [1962], pp. 11-12; Morente, Francisco, *Dionisio Ridruejo...*, op. cit., pp. 57-77.

En José Antonio Primo de Rivera encontró una especie de hermano mayor, quizás un maestro, que podía guiarle por los complicados caminos de la vida, la política y la literatura. Ridruejo ingresó de inmediato en la conocida como «corte literaria» de José Antonio¹⁵. Tomó parte en la redacción del *Cara al sol*, el himno falangista, aportando dos de sus versos más conocidos: «Volverán banderas victoriosas/al paso alegre de la paz»¹⁶, y llegó a tener alguna conversación de cierta intimidad con el Jefe Nacional¹⁷. Sin embargo, carecía del menor peso político en el seno del partido. No tenía cargo alguno ni tuvo la menor participación en los importantes debates internos de los años republicanos, como, por ejemplo, el que acabó provocando la salida del partido de Ramiro Ledesma Ramos a principios de 1935¹⁸.

La levedad política del Ridruejo de estos años queda reflejada en su nombramiento, poco antes del inicio de la guerra civil, como Jefe del SEU en Segovia, donde no había actividad universitaria y la organización se nutría, por tanto, con algunos estudiantes del instituto de bachillerato local. Nadie molestó a Ridruejo cuando el partido fue ilegalizado en la primavera de 1936 y buena parte de su dirección fue detenida o tuvo que pasar a la clandestinidad. La sublevación militar pilló a Ridruejo en Segovia, y se sumó a ella, junto con el reducido grupo de militantes del SEU, armados con unas pocas pistolas, sin que su aportación tuviese, claro está, la menor relevancia¹⁹.

Fue la guerra (y las vacantes que esta dejó en la dirección falangista) lo que le permitió ascender rápidamente y llegar incluso a jefe provincial de Valladolid, cuna del jonsismo y uno de los núcleos más potentes del falangismo de época republicana. Desde esa posición, y por su cercanía a los hermanos Primo de Rivera —especialmente a Pilar— pudo tener un papel relevante en las negociaciones que, tras la traumática situación que provocaron en Falange el decreto de Unificación y la crisis de Hedilla, se entablaron entre el llamado grupo *legitimista* de Falange (los Primo de Rivera, Sancho Dávila, Agustín Aznar,

¹⁵ Carbajosa, Mónica y Carbajosa, Pablo, *La corte literaria de José Antonio. La primera generación cultural de la Falange*, Barcelona, Crítica, 2003.

¹⁶ *Ibidem*, p. 126.

¹⁷ Ridruejo, Dionisio, *Con fuego...*, *op. cit.*, pp. 59-60.

¹⁸ Thomàs, Joan M., *Lo que fue la Falange*, Barcelona, Plaza & Janés, 1999, pp. 41-50; Gallego, Ferran, *Ramiro Ledesma y el fascismo español*, Madrid, Síntesis, 2005, pp. 275-302; Gallego, Ferran, *El Evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*, Barcelona, Crítica, 2014, pp. 271-309.

¹⁹ Ridruejo, Dionisio, *Con fuego...*, *op. cit.*, p. 61.

Rafael Garcerán...) y Ramón Serrano Suñer, en representación de Franco²⁰. Y fue ahí donde se forjó la relación de confianza y amistad entre Ridruejo y Serrano que duraría hasta la muerte del primero, más allá de las diferencias políticas que andando el tiempo llegarían a tener.

El Ridruejo de la guerra civil, especialmente como Jefe Nacional de Propaganda y una de las figuras más influyentes del sector *serranista* del Partido, es un fascista de una pieza, paulatinamente inclinado en sus simpatías y convicciones hacia la Alemania nazi más que hacia la Italia fascista. La guerra radicalizó su nacionalismo, su anticomunismo y su desprecio por la derecha tradicional, incluso por aquella que había experimentado un proceso de fascistización tal que se había integrado sin problemas en el entramado del partido único y del Nuevo Estado que se estaba construyendo²¹. Tras la guerra, y hasta 1941 en que fue cesado como máximo responsable de propaganda, fue uno de los principales aliados de Serrano Suñer en la lucha de este por ampliar sus parcelas de poder e imponer un Estado Nationalsindicalista inspirado en los aliados nazis y fascistas²².

La primera derrota del *serranismo* en la crisis de mayo de 1941²³ provocó sus primeras muestras de rechazo hacia la situación que se estaba creando en España, pero afrontó el problema disparando por elevación: con motivo del inicio de la Operación Barbarroja, impulsó la creación de una unidad de voluntarios españoles para luchar en Rusia, la conocida como División Azul²⁴. El objetivo de fondo era participar en la guerra en el lado alemán para,

²⁰ Para la Unificación, Thomàs, Joan Maria, *El gran golpe. El «caso Hedilla» o cómo Franco se quedó con Falange*, Barcelona, Debate, 2014.

²¹ Para una conceptualización del proceso de fascistización, Gallego, Ferran, *El Evangelio...*, *op. cit.*, pp. 19-22; su ejemplificación en el caso español, pp. 155-176; también, Gallego, Ferran, «¿Un puente demasiado lejano? Fascismo, Falange y franquismo en la fundación y en la agonía del régimen», en Ruiz Carnicer, Miguel Á. (ed.), *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2013, pp. 80-87. Otra forma de entender la fascistización, en Saz Campos, Ismael, *Fascismo y franquismo*, Valencia, Universitat de València, 2004, pp. 84-86.

²² El papel de Ridruejo en la ofensiva falangista de esos años, en Morente, Francisco, *Dionisio Ridruejo...*, *op. cit.*, pp. 235-263.

²³ Rodríguez Jiménez, José Luis, *Historia de Falange Española de las JONS*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, pp. 350-362; Thomàs, Joan Maria, *La Falange de Franco. Fascismo y fascistización en el régimen franquista (1937-1945)*, Barcelona, Plaza & Janés, 2001, pp. 264-276.

²⁴ Moreno Juliá, Xavier, *La División Azul. Sangre española en Rusia, 1941-1945*, Barcelona, Crítica, 2005; Rodríguez Jiménez, José Luis, *De héroes e indeseables. La División Azul*, Madrid, Espasa, 2007.

una vez ganada esta, tener la fuerza suficiente en el interior de España para orientar el régimen en un sentido inequívocamente nacionalsindicalista. El propio Ridruejo se alistó en la división de voluntarios y luchó en el frente ruso durante unos meses²⁵. Volvió maltrecho físicamente en la primavera de 1942, no le gustó lo que vio y fue entonces cuando, tras entrevistarse con Franco y con el secretario general del partido, José Luis Arrese, escribió la carta a la que antes hacía referencia y que provocó su caída en desgracia y su confinamiento durante algo más de cinco años²⁶.

Se ha dicho algunas veces que para entonces Ridruejo empezaba a tener grietas en su fe fascista y que eso fue lo que le llevó a distanciarse de Franco y su régimen. Nada más lejos de la realidad. La disidencia de Ridruejo en 1942 se produjo precisamente porque consideraba que el régimen que se había construido en España tenía poco de fascista y, en opinión de Ridruejo, el general Franco no tenía la menor intención de avanzar en esa dirección. El contenido de la misiva no deja el más mínimo lugar a la duda; el de algunas de las cartas que escribió a sus amigos y camaradas desde su confinamiento (primero en Ronda, luego en diversas ciudades catalanas), tampoco. En alguna de ellas, y cuando ya se había producido la debacle alemana en Stalingrado, Ridruejo aún escribía que se sentía más tentado que nunca de repetir la experiencia en el frente ruso²⁷.

Algún biógrafo del personaje ha explicado que en realidad su transformación se produjo durante su larga etapa de confinamiento en pequeñas localidades próximas a Barcelona. Su contacto con antiguos camaradas vinculados a la revista *Destino*, todos ellos supuestamente criptoliberales y aliadófilos confesos, le habría ido introduciendo el virus de la duda en sus convicciones fascistas, especialmente a medida que las potencias del Eje retrocedían ante el empuje del Ejército Rojo y, más tarde, de los aliados desembarcados en las playas de Normandía²⁸. Ni lo que escribirá Ridruejo años más tarde ni la propia trayectoria de sus amigos presuntamente aliadófilos permite ratificar esa versión. Mientras Ridruejo estuvo confinado y, efectivamente, alejado de toda responsabilidad

²⁵ Ridruejo, Dionisio, *Cuadernos de Rusia. Diario 1941-1942*, edición de Xosé M. Núñez Seixas, s.l., Fórcola, 2013.

²⁶ Morente, Francisco, *Dionisio Ridruejo...*, op. cit., pp. 321-328.

²⁷ Gracia, Jordi (selección y prólogo de), *Dionisio Ridruejo. Materiales para una biografía*, Madrid, Fundación Santander Central Hispano, 2005, pp. 137-138.

²⁸ Penella, Manuel, *Dionisio Ridruejo, poeta y político. Relato de una existencia auténtica*, s.l., Caja Duero, 1999, pp. 277-279.

política, mantuvo su amistad y sus estrechos contactos con importantísimos dirigentes falangistas como Pilar Primo de Rivera o José Antonio Girón de Velasco, amén de la ya comentada con Ramón Serrano Suñer. En esos años colaboró incluso en publicaciones del Partido y de instituciones oficiales²⁹, y, gracias a la amistad de periodistas falangistas como Xavier de Echarri o el escritor Luys Santa Marina, pudo seguir escribiendo (con limitaciones, eso sí) en la prensa del partido, y singularmente en *Solidaridad Nacional*.

Es más, en esos años tuvo al menos un encuentro personal con Franco (en 1946), en el que Ridruejo le planteó un programa de renovación del régimen, no en un sentido liberal, como algunos biógrafos han planteado, siguiendo la propia interpretación que años más tarde hizo Ridruejo de aquella entrevista, sino para ampliar la base social de lo que debería ser una auténtica dictadura nacional, reforzada por la vía del plebiscito³⁰. No parece que Franco tuviera por costumbre reunirse con disidentes, no digamos ya con opositores, para escuchar sus planes para el futuro de España.

Su paulatina reconciliación con el régimen se fraguó a partir de esa entrevista y mediante la reactivación de sus contactos al más alto nivel (por ejemplo, con Miguel Primo de Rivera) El resultado fue la corresponsalía de *Arriba* y otros medios de la prensa del Movimiento en Italia. Entre 1948 y 1951 Ridruejo vivió en Roma y publicó una gran cantidad de artículos que dejaban bien claras sus ideas de entonces. No renegaba de nada, aunque, inteligente como era, se daba cuenta de que había que adaptarse a los nuevos tiempos. Muchos de esos artículos muestran muy claramente que su falangismo, su *joseantonionismo* si se quiere, no había sufrido aún merma alguna³¹. Y que seguía haciendo un balance globalmente positivo de la experiencia fascista europea, aunque no negaba que se hubiesen cometido errores. A esas alturas, y cuando ya se conocía lo que había significado el nazismo y su guerra de exterminio en la Europa central y oriental, Ridruejo aún loaba el enfrentamiento de Alemania con

²⁹ Ridruejo, Dionisio, «Europa de elecciones», *Boletín Informativo de la Secretaría General del Movimiento*, 58 (1946), p. 101; véase también su reseña del libro de Serrano Suñer, Ramón, *Entre Hendaia y Gibraltar*, en *Revista de Estudios Políticos*, 35 (1947), pp. 393-405.

³⁰ Ridruejo, Dionisio, *Escrito...*, *op. cit.*, pp. 23-24; Ridruejo sitúa la entrevista en 1947; Jordi Gracia ha explicado que en realidad tuvo lugar el 30 de enero de 1946; véase Gracia, Jordi, *La vida rescatada...*, *op. cit.*, p. 101.

³¹ Véase Morente, Francisco, «Corresponsal en Roma. Dionisio Ridruejo y la Italia de la guerra fría (1948-1951)», en Gallego, Ferran y Morente, Francisco (eds.), *Rebeldes y reaccionarios. Intelectuales, fascismo y derecha radical en Europa*, El Viejo Topo, 2011, pp. 371-433.

Rusia como un precedente claro de lo que después (en el momento en que él estaba escribiendo) iba a ser la guerra fría. La Alemania nazi como víctima de su propio sacrificio para salvar la civilización cristiana y occidental³².

El periplo italiano se cerró con la obtención del ya mencionado Premio Nacional de Literatura y otro premio para guiones cinematográficos. Volvió a España con un buen trabajo (director de una emisora de radio) gracias a las gestiones de Serrano Suñer, y entre 1951 y 1956 se implicó a fondo en la batalla política que se produjo en el seno del régimen entre el grupo liderado desde el Ministerio de Educación por Joaquín Ruiz Giménez y los sectores organizados en torno a Calvo Serer y que representaban una opción política más claramente tradicionalista³³. Tampoco en esta ocasión se trataba, contra lo que sus protagonistas explicaron después, de un intento de democratización del régimen desde dentro. Ni siquiera de liberalización del mismo, si el término se refiere a su organización política. Era más bien una apuesta por airear la casa (por ejemplo, tendiendo la mano a algunos sectores derrotados en la guerra civil, aunque con condiciones), intentando de esa manera ampliar la base social del régimen y aproximarlos, al menos en los aspectos culturales, a lo que era habitual en los espacios conservadores de los países de la Europa occidental del momento (que era, no se olvide, la de los tiempos más duros de la guerra fría). Y era también una apuesta por volver a dar a determinados sectores falangistas una posición de liderazgo en el seno del régimen. Ello explica que hubiera ámbitos del partido único que, sin estar en plena sintonía ni con Ruiz Giménez ni con alguien como Ridruejo, dieran apoyo a las iniciativas que surgieron de este grupo, en la medida que fortalecían las posiciones de Falange y apuntaban contra rivales directos en las luchas internas por parcelas de poder. Sin embargo, tampoco debe extrañar que, heterogéneo como era, dentro del Partido hubiese también quien viese con recelo lo que estaba ocurriendo, especialmente a partir de 1955, y mucho más, claro está, con motivo de los sucesos de febrero de 1956 en la Universidad de Madrid.

En mi opinión, es en estos años, y muy especialmente a partir de 1955, donde hay que buscar el punto de inflexión en la trayectoria político-ideológica de Dionisio Ridruejo. En estos años ya mostró una sensibilidad especial en cuestiones en las que otros dirigentes franquistas se movían con la rudeza

³² Ridruejo, Dionisio, «Rusia, campeón de la paz», *Arriba*, 24 de marzo de 1949.

³³ Análisis de esta batalla político-cultural en Díaz Hernández, Onésimo, *Rafael Calvo Serer y el grupo Arbor*, Valencia, Universitat de València, 2008; también en Ferrary, Álvaro, *El franquismo...*, *op. cit.*, pp. 313-387; y Juliá, Santos, *Historias...*, *op. cit.*, pp. 355-407.

tradicional. Por ejemplo, en todo lo que tenía que ver con la ampliación de horizontes culturales, la necesaria apertura a Europa, la recuperación de una parte del exilio (exterior e interior) o, por no alargar el repertorio, la forma de aproximarse a Cataluña y sus intelectuales. De todo ello dio buena cuenta en algunos importantes artículos en *Revista*, publicación barcelonesa que él mismo dirigió en sus primeros años de existencia. En la cuestión de Cataluña, los tres «Congresos de Poesía» que tuvieron lugar entre 1952 y 1954, y en los que Ridruejo tuvo un papel fundamental, fueron una buena muestra de ese empeño de apertura cultural y política. También, desgraciadamente, del escaso recorrido que una propuesta así podía tener³⁴.

A lo largo de 1955, sus contactos con un grupo de inquietos estudiantes de la Universidad de Madrid que eran comunistas (lo que Ridruejo no sabía) y la creciente convicción de que el régimen no estaba dispuesto a avanzar ni un milímetro en la línea que él consideraba necesaria le llevaron poco a poco a posiciones de abierta disidencia, aunque todavía no de oposición. Su sonada conferencia en el Ateneo de Barcelona el 12 de abril de 1955, organizada por la Hermandad de Excombatientes de la División Azul y en la que hizo una lectura matizadamente positiva de la Segunda República y cuestionó abiertamente el carácter legitimador del 18 de Julio, ya avisó de que el rumbo que estaba siguiendo era de colisión con el régimen³⁵.

Los sucesos de Madrid de febrero de 1956 pusieron punto final a la experiencia Ruiz Giménez y dieron con Dionisio Ridruejo en la cárcel como uno de los promotores y alentadores espirituales (lo que era claramente exagerado) del grupo de estudiantes comunistas (Enrique Múgica, Javier Pradera, Ramón Tamames...) a los que se adjudicó la responsabilidad de la agitación política en la Universidad de Madrid que había conducido al choque violento entre estudiantes falangistas y opositores³⁶.

Ridruejo pasó 40 días en la cárcel. Al salir redactó un largo informe dirigido a la Junta Política de Falange Española Tradicionalista en el que analizaba la

³⁴ Amat, Jordi, *Las voces del diálogo. Poesía y política en el medio siglo*, Barcelona, Península, 2007.

³⁵ La transcripción de la conferencia, en Ridruejo, Dionisio, *Con fuego...*, *op. cit.*, pp. 332-334.

³⁶ Galinsoga, Luis de, «Fichas conocidas», *La Vanguardia Española*, 11 de febrero de 1956. Sobre los sucesos de febrero de 1956, Álvarez Cobelas, José, *Envenenados...*, *op. cit.*, pp. 67-79; González Calleja, Eduardo, *Rebelión en las aulas. Movilización y protesta estudiantil en la España contemporánea 1865-2008*, Madrid, Alianza Editorial, 2009, pp. 232-249.

situación del país y los sucesos que le habían llevado a prisión³⁷. En ese texto, además de hacer una dura descripción del régimen en aquel momento y una lúcida reflexión sobre el ambiente político en el que había tenido lugar la movilización estudiantil de los meses anteriores, Ridruejo se mantenía fiel a su nacionalismo y su anticomunismo de siempre y, de hecho, hacía una reivindicación de los valores reformistas y de justicia social del falangismo originario —claramente idealizado—, pero también hacía renuncia expresa a los métodos violentos del mismo y se declaraba partidario de la democracia como instrumento, por más que sus valores, decía, tuvieran mucho de vagos y fuesen mejorables.

En los meses siguientes, Ridruejo se aproximó a los círculos de la oposición moderada e incluso creó, con algunos amigos, una plataforma, Acción Democrática (AD) que pretendió, sin éxito, agrupar a las diversas organizaciones de la oposición al régimen. El fracaso de la iniciativa hizo que AD quedase en mero partido, con muy pocos militantes y escasísima influencia. En algún momento de marzo o abril de 1957, AD se reconvirtió en el Partido Social de Acción Democrática (PSAD), que tampoco fue más allá del círculo de amigos y seguidores del político soriano. En 1962, Ridruejo definió ese partido (lo que era tanto como definirse a sí mismo) como «culturalmente liberal, políticamente democrático, económicamente neosocialista»³⁸. Con esta última característica, Ridruejo hacía mención a una economía de tipo mixto, con un importante peso del sector público, que sería el modelo que defendería hasta su muerte. El partido se manifestaba como accidentalista en lo referente a la forma del estado, si bien Ridruejo fue evolucionando hacia la defensa de una monarquía liberal personificada en el conde de Barcelona, Juan de Borbón.

En una entrevista concedida a la revista cubana *Bohemia*, en abril de 1957, Ridruejo hacía un análisis de su evolución y en un momento determinado afirmaba: «Al cabo de tantos años, muchos de los que fuimos vencedores nos sentimos vencidos. Queremos serlo»³⁹. En esa entrevista, Ridruejo decía que aún no tenía una filiación política clara, pues estaba construyéndola; se declaraba partidario del pluripartidismo, de una «Monarquía arbitral» y de una democracia en la que se debería reforzar el poder ejecutivo y proceder a «su *eventual* separación del legislativo»⁴⁰. También defendía una cierta redistribución de la

³⁷ Puede leerse en Ridruejo, Dionisio, *Con fuego...*, *op. cit.*, pp. 336-355.

³⁸ Ridruejo, Dionisio, *Escrito...*, *op. cit.*, p. 29.

³⁹ Ridruejo, Dionisio, *Con fuego...*, *op. cit.*, p. 359.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 361. Sin cursiva en el original.

riqueza que redujese las desigualdades sociales; para ello veía en el sindicalismo un instrumento esencial, algo en lo que ya creía «cuando era falangista»⁴¹.

Como consecuencia de la entrevista, Ridruejo volvió a ser detenido y se le abrió un proceso por propaganda ilegal e injurias al Jefe del Estado (y un segundo proceso por la acusación de haber fundado el PSAD, cargo del que resultaría absuelto en 1961) Esta vez permaneció en prisión algo más de cuatro meses. En el juicio por el primer proceso, que tuvo lugar el 2 de febrero de 1959, Ridruejo fue condenado a veinte meses de cárcel, aunque se benefició de la amnistía decretada en 1958 con motivo de la entronización del papa Juan XXIII, que afectaba a los delitos cometidos antes de la elección papal (4 de noviembre de 1958) y que no llevasen aparejada una pena superior a dos años de cárcel⁴².

En 1962, Dionisio Ridruejo publicó en Buenos Aires, *Escrito en España*, un extenso y muy crítico análisis de la situación española en el que el político exfalangista hacía un breve ensayo autobiográfico con una importante carga de autocrítica; no completa, es cierto, pero en absoluto autoexculpatoria y, desde luego, más cruda que la que cualquier otro importante dirigente del franquismo hiciera nunca antes o después de la muerte del dictador. En este caso, con los méritos añadidos de la fecha en que se realizó y de que el autor seguía viviendo en Madrid. Aunque no por mucho tiempo, puesto que su participación en el bautizado por el régimen como «Contubernio de Múnich» le valió un exilio de un par de años en París.

En París vivió de colaboraciones en publicaciones muy variadas y de dar conferencias por diversos países americanos. Pero sobre todo de su colaboración con el «Centro de Documentación de Estudios», que dirigía Julián Gorkin –viejo destacado dirigente del POUM– y que estaba financiado por el «Congreso por la Libertad de la Cultura», que, como es bien sabido, formaba parte de una operación secreta de la CIA para la lucha en el frente cultural e ideológico contra la Unión Soviética y el comunismo internacional⁴³. Que el Congreso pagaba muchas de las facturas de Ridruejo y sus compañeros de exilio y trabajos en París ha sido explicado por algunos de los que tuvieron

⁴¹ *Ibidem*, p. 361.

⁴² Schmidt, Hans-Peter, *Dionisio Ridruejo. Ein Mitglied der spanischen «Generation von 36»*, Bonn, Romanisches Seminar der Universität Bonn, 1972, pp. 208-211.

⁴³ Saunders, Frances Stonort, *La CIA y la guerra fría cultural*, Madrid, Debate, 2001; Glondys, Olga, *La Guerra Fría cultural y el exilio republicano español: Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura (1953-1965)*, Madrid, CSIC, 2012.

un más estrecho contacto con Ridruejo en aquellos años⁴⁴. Cuestión de difícil solución es saber hasta qué punto los beneficiarios de las ayudas conocían con certeza la procedencia real de las mismas y su finalidad⁴⁵. En todo caso, y por lo que hace a Ridruejo, si el objetivo último de esa financiación era la lucha contra el comunismo, él seguramente no hubiera estado en desacuerdo. Y es que si hubo algo que se mantuvo inalterable durante toda su trayectoria política fue, precisamente, el anticomunismo.

En abril de 1964, Ridruejo volvió clandestinamente a España. Tras una rueda de prensa con los corresponsales de medios extranjeros, volvió a ser detenido y pasó un par de semanas en prisión (salió rápidamente por las presiones de la diplomacia francesa y por una intensa campaña de protesta de prestigiosos intelectuales europeos y estadounidenses). En el juicio que siguió (por propaganda ilegal, derivada de sus escritos mientras estuvo en el exilio) se le condenó a seis meses de cárcel (que se trocaron por tres años en libertad provisional gracias a la mediación de Serrano Suñer ante el ministro de la Gobernación, el general Camilo Alonso Vega) y diez mil pesetas de multa⁴⁶.

En una carta de febrero de 1964 a un amigo, Vicente Ventura, se definía como reformista, no conservador, «social-demócrata-europeísta», y se autoubicaba en «una izquierda sin retórica y sin superstición, muy liberal de base»⁴⁷. En el contexto de la oposición al régimen de aquellos años, esas posiciones (que se completaban con un inequívoco anticomunismo) podían ejercer muy poca influencia sobre los dos principales sectores de la oposición a la dictadura: los obreros y los estudiantes. El poco peso del grupo de Ridruejo entre la oposición explica que sus continuas apelaciones a crear una plataforma conjunta no tuviesen la menor acogida. En octubre de 1974, el PSAD se fusionó con otro pequeño grupo para dar nacimiento a la Unión Social-Demócrata Española (USDE), un grupo que se autoidentificaba en la tradición del liberalismo progresista y el socialismo democrático, rechazaba cualquier adscripción de clase y se definía como aconfesional. El nuevo partido se presentaba como moderado, democrático, reformista, defensor de la economía de mercado aunque con espacio para el sector público de la economía y las reformas sociales.

⁴⁴ Por ejemplo, Farreras, Francesc, *Gosar no mentir. Memòries*, Barcelona, Edicions 62, 1994, p. 221.

⁴⁵ Aunque ya entonces había quien consideraba que era algo de conocimiento casi general, «un secreto a voces»; cfr. Glondys, Olga, *La Guerra Fría...*, op. cit., p. 280.

⁴⁶ Penella, Manuel, *Dionisio Ridruejo...*, op. cit., p. 349.

⁴⁷ Gracia, Jordi (selección y prólogo de), *Dionisio Ridruejo...*, op. cit. pp. 354-355.

Liberalismo político, reformismo social y anticomunismo serían, pues, los tres grandes rasgos distintivos de las posiciones ideológicas de Dionisio Ridruejo en el último tramo de su vida. En mi opinión, resulta absolutamente excesiva la etiqueta de socialdemócrata con que él mismo se identificó alguna vez y con la que identificó al partido que impulsó. Especialmente si se tiene en cuenta la orientación de la socialdemocracia europea a principios de los años setenta, buena parte de la cual ni siquiera había abandonado aún el marxismo o, de haberlo hecho, mantenía importantes sectores marxistas en su seno. Pese a ello, en alguna ocasión mencionó el laborismo británico y la socialdemocracia alemana como sus referentes ideológicos. Consideraba utópica la idea de la sociedad sin clases y sin Estado, y creía que debía reformarse el capitalismo (no liquidarlo), siendo lo más difícil encontrar el punto justo de equilibrio entre el funcionamiento del mercado y la socialización de una parte de la economía, que permitiese garantizar un sistema de protección social. No era contrario a socializar determinados sectores económicos (como la banca), aunque afirmaba que solo debía hacerse bajo férreos controles democráticos. En realidad, creía que la socialización de la propiedad entrañaba peligros de burocratización y «totalización del poder político». Por ello, afirmaba, él se consideraba más bien «un liberal socialista, aunque eso parezca paradójico»; como también veía el peligro que se derivaba de una completa libertad del mercado, era partidario de una cierta planificación económica, aunque, eso sí, bajo control democrático⁴⁸.

Por lo que hace a la situación española, Ridruejo no confiaba en la capacidad del régimen para evolucionar, pero sí en la existencia de sectores reformistas que podrían hacerlo tras la muerte de Franco. Confiaba en que podría darse un proceso de transición a la democracia porque la sociedad española había evolucionado y se había modernizado, pero también porque había sectores de los viejos poderes comprometidos con ese proceso: así, una parte de la Iglesia católica, pero también del mundo empresarial, que sabía que no había futuro fuera del Mercado Común Europeo y que para entrar en él era imprescindible la democratización del sistema político. Ridruejo, eso sí, no creía que hubiese que intentar derribar al régimen (lo veía más bien como algo contraproducente porque solo ayudaba a cerrar filas en su seno) y pensaba que lo mejor era prepararse para cuando se produjese la desaparición biológica del dictador.

⁴⁸ Ridruejo, Dionisio, *Entre literatura y política*, Madrid, Seminarios y Ediciones, 1973, pp. 217-228; las citas en pp. 220 y 221.

La España que debería salir de ese proceso de transición él la veía como una monarquía parlamentaria (con don Juan como rey), pluripartidista, con amplios derechos y libertades, aconfesional, socialmente reformista, con una economía mixta, estructurada territorialmente sobre bases federales (lo que consideraba imprescindible para resolver el llamado «problema catalán») que permitiesen recoger también los derechos lingüísticos de los habitantes de territorios con lenguas diferentes del castellano, e incorporada plenamente en las instituciones europeas.

Si hay que juzgar por la España que resultó de la Transición, habrá que reconocer que esta no difirió demasiado del proyecto que defendía Dionisio Ridruejo. La gran paradoja es que él no tuvo la menor posibilidad de incidir en el proceso, pues murió en Madrid en junio de 1975, antes de que la muerte del dictador permitiera siquiera iniciarlo.

*ITINERARIOS REFORMISTAS,
PERSPECTIVAS REVOLUCIONARIAS*



*III. LOS DESAFÍOS DE LA POLÍTICA
DE MASAS EN ITALIA*

ITINERARIOS POLÍTICOS ITALIANOS ENTRE NACIONALISMOS E INTERNACIONALISMOS

PATRIZIA DOGLIANI

Universidad de Bolonia

LA Gran Guerra supuso para Italia la descomposición profunda y duradera de las grandes familias políticas y determinó la aparición de nuevos itinerarios personales y colectivos que iban a marcar al menos a tres generaciones de intelectuales y militantes: una generación madura que debía afrontar la crisis internacional, pero sobre todo moral, de la Europa de principios del siglo XX; una generación de veinteañeros obligada a enfrentarse a la situación provocada por el estallido del conflicto bélico; y finalmente una generación más joven aún, afectada poco o nada por la experiencia de la guerra, pero involucrada desde el principio en las revoluciones y contrarrevoluciones de la primera postguerra. Fue antes incluso de que Italia entrara en guerra –en mayo de 1915–, en los nueve meses que van desde el mes de agosto de 1914 a aquel evento casi inesperado para la población italiana, cuando se gestaron los cambios y las crisis entre las tres principales familias políticas que habían aparecido a finales del siglo XIX: la liberal, la cristiano-social y la socialista. Los comportamientos que las mismas mantuvieron durante esos meses de espera, con sus repentinos cambios de posición desde la neutralidad a las posiciones intervencionistas, también representaron una clara respuesta más intelectual que política a la crisis del liberalismo en el país.

Si a las diplomacias y a los políticos de los países que se declararon la guerra en agosto de 1914 cabe describirlos como sonámbulos incapaces de comprender hacia qué metas o abismos se estaban encaminando, los italianos en cambio fueron bien conscientes y conocedores del alcance de aquel evento y fueron más responsables de ello¹. Estudios recientes² han demostrado que

¹ Gibelli, Antonio, *La Grande Guerra*, Milán, RCS, 2014; Christopher Clark, *I sonnambuli. Come l'Europa arrivò alla Grande guerra*, Roma, Laterza, 2014 (ed. ingl. 2012).

² Para un conocimiento más completo de la composición neutralista: Cammarano, Fulvio (a cargo de), *Abbasso la guerra! Neutralisti in piazza alla vigilia della prima guerra mondiale in Italia*, Milán, Le Monnier, 2015.

los dos frentes que se opusieron abiertamente, el de los neutralistas y el de los intervencionistas, fueron extremadamente diversos, y estuvieron sujetos a contaminaciones, conversiones y cambios de bando. Ambos pusieron en crisis de forma irreversible equilibrios políticos y sistemas de pensamiento, cuya plena comprensión solo se lograría durante los años de la posguerra con el ascenso del fascismo en Italia. Los intelectuales de mayor prestigio fueron intervencionistas en su práctica totalidad, con contadas excepciones como la del filósofo Benedetto Croce. El activismo de estos intelectuales en pro de la causa intervencionista atrajo y formó a una generación más joven de discípulos, surgidos de las aulas de las universidades y de las revistas culturales en los meses de neutralidad. Ejemplares fueron dos figuras de intelectuales, distantes entre sí, y sin embargo ambas influyentes en su encuentro con otra generación más joven. Se trata de dos grandes padres del liberalismo, que entraron en contacto con el socialismo por caminos distintos y que fueron intervencionistas: Luigi Einaudi (1874-1961) y Gaetano Salvemini (1873-1957). El primero monárquico y natural del norte de Italia; el segundo republicano del sur y meridionalista. Dos recorridos vitales y de pensamiento que atrajeron y formaron a otros en la generación sucesiva.

Einaudi se había interesado desde el principio por la ciencia económica y la legislación industrial, y tuvo la suerte de entrar en contacto, a lo largo de sus estudios más estrictamente jurídicos, con el Laboratorio de economía política creado en 1893 por el exgaribaldino y liberal moderado Salvatore Cognetti de Martiis. Por aquellos años Einaudi colaboraba como independiente en la revista socialista de Filippo Turati, *Critica sociale*, y trabó amistad con dos estudiosos de credo socialista, Attilio Cabiati y Antonio Grazia-dei. El joven Einaudi se situaba en el núcleo de intercambio intelectual que a finales de siglo animaba a aquellos que se comprometían con la reforma social tanto desde el campo liberal como desde el socialista. Después de la graduación, en 1898, con apenas 24 años, Einaudi pudo ejercer la docencia universitaria y, a partir del curso 1902/03, impartió clases de ciencias de las finanzas en la universidad de Turín y asumió el cargo de codirector de la revista *Riforma sociale* en la que colaboraba desde 1896. Empezó a escribir con regularidad para el *Corriere della Sera* después de una primera experiencia como periodista en la *Stampa-Gazzetta piemontese*, que dejaría por su sesgo filo Giolitti –en opinión de Einaudi. Marcaron su paso por el *Corriere* la amistad y la complicidad con Luigi Albertini, director del diario hasta el mes de noviembre de 1925, cuando el régimen fascista lo expulsó

de la dirección del periódico³ junto con sus colaboradores más cercanos como Einaudi.

Einaudi nunca militó en ninguna organización política pero en los momentos cruciales de su vida manifestó siempre posturas claras y consecuentes: de alejamiento respecto a los socialistas reformistas en la esfera económica, donde defendía con convicción posiciones liberales y liberalistas; y de proximidad con Gaetano Salvemini, desde la ocupación de Libia en 1911 y más tarde en la primera posguerra, en una crítica implacable a la política de compromiso de Giolitti y a la intervención directa y estructural del Estado en la industria. En 1914, el intervencionismo fue el elemento cohesionador de todas las posiciones contrarias al liberalismo, corrupto y provinciano que, según esta visión, inspiraba la política de Giolitti. La Gran Guerra en Italia fue, tal como ha recordado una y otra vez el historiador Mario Isnenghi, «apogeo y crisis de la sociedad liberal». Nombrado senador en 1919, con 45 años, después de un acercamiento al grupo nacional liberal romano promovido por Giovanni Gentile y Giachino Volpe, se adhirió en 1924 a la Unión Nacional de Giovanni Amendola y firmó el *Manifesto degli intellettuali antifascisti* redactado por Benedetto Croce, colocándose así, de facto, fuera del fascismo. El régimen no revocó su cargo de senador pero Einaudi, ya deslegitimado, se presentó en el senado en escasas ocasiones, para votar, junto con otros 46 –Albertini, Croce, Loria, Mosca, Volterra–, contra la nueva ley electoral de 1928 que consagraba la lista única del Gran Consejo del Fascismo y de hecho el fin del sistema parlamentario. A pesar de ser católico, no participó en la ratificación de los pactos lateranenses y votó en contra de la campaña de Etiopía en 1935.

Fue básicamente un «maestro», que mantuvo una relación crítica e incluso dura con la generación más joven que se decantó por el rechazo explícito del fascismo. Entre todos ellos destacó con luz propia Piero Gobetti, quien publicó en su editorial artículos, ensayos y ediciones críticas (entre otras la de *La libertad* de Stuart Mill), primero en *Energie Nove* y más tarde en *La Rivoluzione liberale*. En especial, un texto de 1924, *Le lotte del lavoro*, atrajo el interés de una nueva generación de jóvenes intelectuales procedentes de distintos ámbitos (socialismo, republicanismo e intervencionismo democrático) que quería entroncar una nueva idea de liberalismo con sus ideas políticas originales de antes de la guerra; entre ellos destacaban Carlo Levi, Ernesto Rossi, Carlo Rosselli

³ Véase el imponente epistolario entre los dos, recopilado hoy en *Luigi Einaudi e il Corriere della sera 1894-1925*, editado por Romani, Marzio Achille y Carteggio Einaudi-Albertini, edición de Morini, Andrea, Milán, Fondazione il Corriere, Milán, 2012, 2 vol.

y Umberto Zanotti Bianco⁴. Algunos de ellos habían dado sus primeros pasos en la estela de Salvemini, pero también tuvieron un referente importante en el nuevo pensamiento liberal de Einaudi, difundido por Piero Gobetti, que los llevaría durante unos años a acercarse a ambientes culturales ciudadanos y universitarios que hasta la guerra habían quedado muy lejos: por un lado Turín, por el otro Florencia y Pisa. Formados en las ciencias humanistas e históricas de las enseñanzas de Salvemini, en la primera posguerra se habían acercado a las ciencias económicas y muchos de ellos habían colaborado, de maneras distintas, con Einaudi. Carlo Rosselli y Ernesto Rossi habían sido ayudantes de Einaudi cuando enseñaba en la Universidad Bocconi de Milán, antes de convertirse en profesores de economía política en escuelas superiores de comercio en Génova y Bérgamo. De hecho cabría añadir a los dos primeros ambientes florentino y turinés, un tercero, el milanés, que durante cierto tiempo giraría alrededor de la docencia de Einaudi en la Bocconi; este tercer ambiente facilitó el encuentro con otros jóvenes estudiosos, como Ricardo Bauer (1896-1982). Bauer, licenciado por la Universidad Bocconi, había sido secretario del Museo Social de la Società Umanitaria, centro del socialismo reformista milanés, hasta su cierre. Más tarde colaboraría con *La rivoluzione liberale* de Piero Gobetti e *Il caffè* de Ferruccio Parri (miembro del Partido de Acción, combatiente del maquis y primer Ministro de la Italia liberada del nazi-fascismo). En 1928, Bauer participó junto con Ernesto Rossi en la creación del movimiento antifascista clandestino Giustizia e Libertà, por lo que, al igual que Rossi, fue encarcelado y desterrado.

Estos jóvenes (y algunos sindicalistas como Rinaldo Rigola) tuvieron en gran aprecio no solo la introducción a *Lotte del lavoro*, que llevaba por título *La bellezza della lotta*, en la que Einaudi destacaba el equilibrio siempre móvil y conflictivo entre trabajo y capital como fuente de progreso técnico y económico, sino también su autonomía con respecto al fascismo. En una carta a su mujer Marion, el 23 de noviembre de 1925, Carlo Rosselli escribía que Einaudi formaba «parte de aquella élite de la generación pasada» que no había defraudado a los jóvenes⁵. El mismo Einaudi esbozaba un pequeño retrato colectivo de su generación en las páginas de *Riforma sociale* de mayo-junio de 1931: «Para la historia de un grupo que no logró ser partido; tuvimos en común con el fascismo un punto de partida: la crítica y la lucha contra el viejo régimen».

⁴ Einaudi, Luigi, *Le lotte del lavoro* (1924), editado por Spriano, Paolo, Turín, Einaudi, 1972.

⁵ Faucci, Riccardo, *Luigi Einaudi*, Turín, Utet, 1986, p. 223.

Posteriormente, se distanciaría basándose en la defensa de una «consciencia pública» y la defensa y consolidación del Estado liberal y democrático, sin conseguir, en cambio, que estas convicciones dieran vida a una fuerza política que se opusiera al fascismo.

El compromiso activo contra el régimen fascista fue asumido por los hijos de Einaudi: Mario se casó con una de las hijas de Roberto y Gisela Michels y, para no tener que jurar fidelidad al régimen, se trasladó a Estados Unidos, donde se dedicó a la docencia; por su parte, Roberto y Giulio muy pronto fueron objeto de seguimiento policial, sus actividades profesionales quedaron obstaculizadas (Giulio había abierto en 1933 su propia editorial) e incluso fueron detenidos por actividades antifascistas. Giulio se había adherido al grupo turinés de Giustizia e Libertà del cual formaban parte Vittorio Foa, Carlo Levi, Leone Ginzburg, Norberto Bobbio y Massimo Mila. Luigi podía ejercer una discreta protección sobre sus hijos gracias a su prestigio, que lo hacía intocable para el régimen. El período entre 1926 y 1943 ha sido definido por sus biógrafos como el de los «años de recogimiento». En esos años Einaudi se dedicó a la enseñanza y a la escritura y, para mantener su cátedra en la universidad, aceptó jurar fidelidad al fascismo en 1931. Fue asesor de distintas fundaciones estadounidenses, primero de la Carnegie para la cual dirigió la colección de estudios sobre los efectos de la Gran Guerra en Italia, y más tarde de la Rockefeller. Einaudi, a sus sesenta años, con su culto a la legalidad institucional, convencido de que el combate debía ser intelectual y no político y como tal llevado al terreno del liberalismo y del pensamiento económico, no era y no podía convertirse en un opositor activo, pero tampoco se acercó al régimen. Este, como en el caso del otro gran pensador liberal Benedetto Croce, optó por controlarlos pero no por perseguirlos. Con la ocupación alemana de Italia, en septiembre de 1943, Einaudi huyó con su mujer a Suiza donde entró en contacto con parte de la emigración antifascista del Partido de Acción y del socialista, así como con empresarios como Adriano Olivetti, que preparaban la Italia del futuro. Allí maduró lo que ya había empezado a formular en la primera posguerra, esta vez en abierto diálogo con los redactores del *Manifesto di Ventotene*, Ernesto Rossi y Altiero Spinelli, una posición tan europeísta y federalista que le llevó a escribir para ellos un ensayo titulado *Problemi economici della federazione europea*. A través de Rossi, mantuvo un vínculo especial con el movimiento federalista europeo también durante la segunda posguerra. En diciembre de 1944, a propuesta de los aliados, Einaudi fue repatriado y asumió el cargo de gobernador del Banco de Italia, que mantuvo hasta su elección como presidente de la República en mayo de 1948, enfrentándose

incluso con dureza con la izquierda por las políticas económicas y financieras de la Reconstrucción.

En el referéndum del mes de junio de 1946, se pronunció a favor de la monarquía. Elegido en la Asamblea Constituyente, fue uno de los 75 encargados de redactar la carta magna. En mayo de 1947, tras la expulsión de los comunistas del gobierno surgido de los Comités de Liberación Nacional, el nuevo gobierno De Gasperi lo nombró ministro de presupuestos y, después de la victoria de la Democracia Cristiana del 18 de abril de 1948, la corriente de izquierda de este partido, encabezada por Giuseppe Dossetti, propuso, como presidente, el nombre de Einaudi, cuya vida pública y privada aparecía limpia y coherente. Ironías de la historia italiana: era el segundo monárquico, después del presidente provisional De Nicola, que llegaba al cargo de presidente de la república italiana. República a la cual Einaudi reivindicaba haber ofrecido «algo más que una mera adhesión», después de que la voluntad popular se decantara por esta opción. Su discurso de toma de posesión fue considerado mucho más que una investidura formal, más bien la conclusión de un camino de maduración política y democrática que Einaudi recorrió a través de la experiencia y las reflexiones del exilio y de la Asamblea Constituyente. Como presidente de la República, en 1952, tuvo la facultad de nombrar como senadores vitalicios a dos personajes destacados del antifascismo: el fundador del Partido Popular Don Luigi Sturzo y Umberto Zanotti Bianco.

En el caso de Salvemini, el representante más conocido del intervencionismo democrático, hay que hablar de un exilio mucho más largo. Salvemini había abandonado las filas socialistas en 1911 y había fundado el semanario *L'Unità*, del que sería durante mucho tiempo director junto con el economista de las finanzas Antonio De Viti De Marco⁶. Salvemini desarrolló su intervencionismo a partir del tema de las nacionalidades y de la reivindicación del derecho de los pueblos al autogobierno y atrajo a esta causa a jóvenes de la burguesía intelectual de la época, como Zanotti Bianco, Carlo Rosselli y Ernesto Rossi. A sus posiciones intervencionistas, se fueron sumando los republicanos y sobre todo un partido informal de opinión que se manifestaba en las páginas del diario *Il Corriere della Sera* de Luigi Albertini. El intervencionismo democrático fue un filón político «minoritario» en su heterogeneidad: en la primera posguerra se manifestó con contundencia contra los nacionalismos y fue defensor de una paz que respetara los derechos de los pueblos, en particular los

⁶ Salvadori, Massimo L., *Gaetano Salvemini*, Einaudi, 1963, p. 25.

balcánicos y los del área mediterránea, de acuerdo con el espíritu de la Sociedad de las Naciones de Wilson⁷. Reunió a jóvenes que se habían presentado voluntarios para luchar en la Gran Guerra y fue muy activo y bien representado por intelectuales, llegando a constituir la base de la cultura democrática que más tarde acabaría oponiéndose al fascismo. Estos habían alimentado la esperanza de que la guerra aportara cambios profundos, aunque, contrariamente, había exacerbado la crisis profunda de la civilización occidental; de modo que, con intensidades y por caminos distintos, se acercaron a las experiencias revolucionarias de la posguerra. Ya se ha descrito en otro artículo⁸ a esta generación, en la que destacan algunas biografías ejemplares como las de Fernando Schiavetti (alumno de la Scuola Normale de Pisa, promoción de 1892, republicano), Ernesto Rossi y Umberto Zanotti Bianco, o la de Berneri, desarrollada por Carlo De Maria en este volumen.

Todos ellos emprendieron distintos caminos en la primera posguerra, pero mantuvieron una red de solidaridad, consolidada por el contacto con nuevos y antiguos maestros como: Umberto Zanotti Bianco (1889-1963), el de mayor edad e hijo de un diplomático piemontés y de madre inglesa, que ya había acabado la carrera universitaria. A partir de 1910 y después de participar en la ayuda a las víctimas del terremoto de Messina de 1908 en donde conoció a Salvemini, se había dedicado a la acción reformista en el Sur de Italia. Se alistó como voluntario en la Gran Guerra donde resultó herido de gravedad. En 1925 fue uno de los firmantes del *Manifesto degli intellettuali antifascisti* redactado por Benedetto Croce y se dedicó a las actividades de la asociación nacional en defensa de los intereses del Sur, para la educación y el rescate social de las poblaciones meridionales. Antifascista, meridionalista, arqueólogo de renombre y condenado al destierro, políticamente fue siempre un liberal. Ernesto Rossi (1897-1967), más joven que Zanotti Bianco, partió como voluntario en febrero de 1916, recién salido del instituto. En un primer momento se sintió atraído por el movimiento fascista y escribió para *Il Popolo d'Italia* de Benito Mussolini, pero también para *L'Unità* de Gaetano Salvemini y para *La Rivoluzione Liberale* de Piero Gobetti; a partir de 1925, se ocupó de temas financieros para la *Riforma sociale* de Einaudi. La enseñanza en Bérgamo y la ayudantía en Milán, en la Bocconi, lo llevaron a colaborar de forma más continuada con Einaudi y con

⁷ Cf. Frangioni, Andrea, *Salvemini e la Grande guerra. Intervencionismo democratico, wilsonismo, politica delle nazionalità*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2011.

⁸ Dogliani, Patrizia, «Los intelectuales italianos en la Gran Guerra: intervencionismo, patriotismo, neutralismo (1914-1918)», *Ayer*, 91 (2013), pp. 93-120.

aquel a quien Einaudi consideraba un maestro: el economista Antonio de Viti de Marco (1858-1943), que había sido codirector del diario *L'Unità* hasta el año 1918. En 1929, Umberto Zanotti Bianco y Ernesto Rossi recopilaron y publicaron una selección de escritos políticos de De Viti de Marco en un libro: *Un trentennio di lotte politiche 1894-1922*, que convertiría su pensamiento liberal en un clásico de la literatura política italiana y contribuiría a revalorizar en los años del régimen las libertades políticas y la función educativa del sufragio universal. En 1931, De Viti de Marco fue uno de los pocos que se negaron a jurar fidelidad al fascismo y se retiró de la docencia y, en 1934, dejó la Accademia dei Lincei. En el prefacio a la edición alemana del *Compendio de Scienza delle Finanze* (1932), expresó su solidaridad con Ernesto Rossi, encarcelado como exponente de Giustizia e Libertà. Rossi había sido detenido en 1930 y el Tribunal Especial le había infligido una larga condena que acabaría solo con la caída del fascismo, en julio de 1943. Rossi, más que cualquier otro, mantuvo hasta su detención y más tarde en los años de la posguerra, relaciones muy asiduas con sus coetáneos y con Einaudi y Salvemini: «Si no me hubiese cruzado en mi camino y en el momento apropiado con Salvemini, que limpió mi cerebro de todos los subproductos de las pasiones suscitadas por la bestialidad de los socialistas y las mentiras de la propaganda gubernamental, probablemente yo también habría ido a parar a los Fasci di Combattimento»⁹. Fue principalmente Einaudi quien, a través de la esposa, le hizo llegar las lecturas que le ayudaron a resistir y a seguir estudiando durante los años de cárcel.

La producción periodística, de ensayos y las correspondencias de Einaudi y Salvemini son inmensas; y es sobre todo de la lectura de estos epistolarios de donde se desprende la existencia de redes políticas y de amistad y la definición de itinerarios existenciales. En 1920, Salvemini había interrumpido la publicación de *L'Unità* y no había sido reelegido en el Parlamento. Al estallar la violencia fascista, empezaron a prolongarse sus estancias en el extranjero, en particular en Inglaterra. Se dedicó al estudio de la política exterior italiana y reprobó tanto las decisiones tomadas por el gobierno italiano como las de los demás países vencedores en Versalles por el temor a la deriva nacionalista en Europa. En 1925, Piero Gobetti publicó la recopilación de sus escritos *Dal*

⁹ Rossi, Ernesto, *Salvemini maestro e amico*, en ídem, *Un democratico ribelle: cospirazione antifascista, carcere, confino*, Kaos, Milán 2002, p. 252, ahora también en Grasso, Mirko, *Ernesto Rossi e il sud Italia nel primo dopoguerra*, Clueb, Bolonia, 2012, p. 41. De Grasso véase también *Costruire la democrazia. Umberto Zanotti Bianco tra meridionalismo e europeismo*, Roma, Donzelli, 2015.

patto di Londra alla Pace di Roma. Durante su estancia en Inglaterra, en el verano de 1923, empezó a valorar la posibilidad de exiliarse definitivamente y solicitó ayuda a sus discípulos de mayor confianza: Rossi, Carlo y Nello Rosselli y Camillo Berneri, con quien, a su regreso a Florencia, empezó a publicar el periódico antifascista *Non mollare*. Y en particular buscó a aquel que consideraba más hábil en las actividades ilegales y conspirativas, a Berneri (1897-1937), ya conocido por sus ideas anarquistas cuando estudiaba filosofía en la Universidad de Florencia. Salvemini escribía a Rossi desde Brighton, el 6 de septiembre de 1923: «deja esta carta en casa de Berneri. Ese demonio nunca pone la dirección en sus cartas». Era muy consciente de las dificultades materiales de Berneri, mucho más acuciantes que las de sus otros alumnos de extracción burguesa. Por las ideas libertarias y abiertamente «subversivas» de ambos, la madre de Camillo había perdido su trabajo de maestra y Camillo no lograba conseguir un empleo. En agosto de 1925, Berneri le explicaba a Salvemini sus dificultades y su intención de emigrar cuanto antes a Estados Unidos y le pedía por primera vez que le ayudara a encontrar encargos retribuidos en periódicos¹⁰. En esos años los discípulos aún le pedían a Salvemini que se quedara en Italia. La decisión definitiva de exiliarse la tomó después de salir de una detención que sufrió en junio de 1925; en un primer momento se refugió en París, donde irían a reunirse con él algunos de sus alumnos, como Camillo Berneri, Carlo Rosselli, Piero Gobetti, que moriría como consecuencia de los golpes recibidos en agresiones fascistas a principios de 1926, y Emilio Lussu (1890-1975). Más tarde se trasladaría al Reino Unido y finalmente, en 1934, a Estados Unidos, donde permanecería enseñando en la Universidad de Harvard y escribiendo hasta su retorno a Italia en el año 1949.

Los colectivos y las corrientes surgidos de las distintas tradiciones políticas del siglo XIX y del internacionalismo de finales de siglo, ya divididos durante el año de neutralidad italiana, experimentaron una mayor dispersión en los años revolucionarios y contrarrevolucionarios de la primera posguerra. Junto con este grupo que se inspira en la tradición republicana, garibaldina y mazziniana del primer Risorgimento, volvemos a encontrar a la extrema izquierda, también en busca de renovación; la de los anarquistas y anarcosindicalistas, cuyo referente es la Unión Sindical Italiana de Alcide de Ambris, Filippo Corridoni, Michele Bianchi y Paolo Orano, formados en las lecturas de Sorel, Blanqui y Proudhon, a quienes se refiere Marco Masulli en su capítulo. Algunos se man-

¹⁰ Salvemini, Gaetano, *Carteggio 1921-1926*, Laterza, Bari-Roma, 1985, pp. 228 y 238.

tuvieron fieles al alma internacionalista del movimiento, otros se sumaron a la revolución nacional fascista.

Si por un lado existe una élite de voluntarios de guerra que se mantiene en contacto, gracias a sus maestros y a su compartida oposición al fascismo, como se aprecia en itinerarios tan distintos como los de Rosselli y Berneri, para volverse a recomponer en los años de la Guerra Civil Española, por otro lado encontramos a un grupo mucho más amplio de jóvenes militantes socialistas que en la década de 1914-1924 emprende caminos muy diversos. Ya en 1914 eran demasiadas las fracturas que afectaban a este colectivo, entre los que habían seguido a Mussolini en su giro intervencionista del mes de noviembre de 1914 (como el secretario de la Federación juvenil socialista Lido Caiani, expulsado en diciembre del PSI) y los que habían permanecido neutralistas; entre estos últimos, Antonio Gramsci (1891-1937), defensor de una «neutralidad activa y operante», y Angelo Tasca (1892-1960). Lo mismo ocurriría en la primera posguerra entre la nueva hornada de jóvenes, muchos de los cuales no habían llegado a tiempo para participar en la guerra. Eran pocos los que se sentían atraídos por la «casa grande» socialista; la mayoría había respondido a la llamada de la revolución rusa y de la Tercera Internacional. Se ha dicho a menudo que Gramsci siempre se mostró crítico y desconfiado con Salvemini. En cambio, la publicación de los epistolarios entre Salvemini y Tasca (uno de los fundadores turineses de *Ordine Nuovo*, junto con Gramsci, Togliatti y Terracini) revela que entre ambos existió, puntualmente, una relación intensa a partir del congreso de las juventudes socialistas de Bolonia en 1912, donde prevaleció el ala intransigente mussoliniana y del cual Tasca publicaría una crónica en *L'Unità*. En 1914, Tasca trabajó para que Salvemini se presentara como candidato por los socialistas en el colegio electoral de Turín, aun sin estar inscrito en el partido. Los contactos se reanudaron después del período de militancia comunista cuando, en 1934, Tasca había vuelto a las filas socialistas y vivía en Francia, mientras Salvemini ya se había establecido en Estados Unidos¹¹.

Queda, pues, por reconstruir la historia del recambio generacional que se dio en la organización juvenil socialista¹², que pasó casi al completo a la Tercera

¹¹ Salvemini, Gaetano y Tasca, Angelo, *Carteggio: Il dovere di testimoniare*, edición de Signori, Elisa, Roma, Colección del ANIM, Bibliopolis, 1999.

¹² Hice un primer intento de publicar una recopilación, que nunca vio la luz. El capítulo acabó publicándose por partes en Dogliani, Patrizia, «Il ruolo degli italiani nella nascita dell'Internazionale giovanile comunista», en *Il Calendario del popolo*, Milán, Teti, 1983, n. 451, 452, 453, pp. 9168-9172, 9228-9231, 9292-9298.

Internacional, como hicieron las juventudes españolas y escandinavas, hasta configurar el núcleo fundador de los partidos comunistas en sus respectivos países. Se trató de un movimiento muy fluido, atraído por la revolución rusa y por las intenciones revolucionarias que la siguieron por toda Europa y que, al menos hasta el IV congreso de la Internacional juvenil de Berlín de 1924 donde se impuso la dirección soviética, dio vida a un amplio debate interno y tuvo una gran libertad y autonomía de acción y de pensamiento. La bolchevización coincidió con el paso a la clandestinidad de los partidos antifascistas italianos y de sus movimientos juveniles. Los cuadros directivos que se habían formado en los años de la primera posguerra, durante el ventenio fascista, sufrieron cárcel y emigración, y también se produjeron profundas fracturas dentro de la izquierda europea. Hubo quien recorrió un camino difícil pero lineal en el PCI; otros en cambio, como Tasca, Secondino Tranquilli –que había sido el principal líder de las juventudes socialistas al final de la guerra y que tomaría el nombre de Ignazio Silone (1900-1973)– o Pietro Tresso (1893-1943), destacado militante en la lucha antimilitarista en 1911, siguieron un recorrido más accidentado y a menudo contradictorio. Expulsados del PCI en 1930, volvieron a militar en las distintas corrientes y versiones del socialismo de la emigración en Francia y Suiza. Esta militancia determinó destinos diversos, con una interpretación del socialismo en clave de anticomunismo y, sobre todo, de anti-Tercera Internacional durante la guerra: Silone en Suiza, Tasca en Vichy y Tresso, asesinado en el maquis y acusado de ser trotskista por sus mismos compañeros de lucha, vivieron un destino no muy distinto del que el estalinismo había reservado seis años antes a Camillo Berneri en Barcelona. Silone volvió a Italia y, en 1956, en plena Guerra Fría, fundó junto con Nicola Chiaromonte (1905-1967) la revista cultural *Tempo presente*, que mantuvo posiciones claramente anticomunistas. Chiaromonte, al que se refiere también De Maria en este volumen, siguió también un recorrido complejo: después de militar en Giustizia e Libertà, participó en la Guerra Civil Española luchando en la escuadrilla aérea de André Malraux (que se inspiró en él para crear el personaje del intelectual Giovanni Scali en *Espoir*); se exilió en Francia y posteriormente en Estados Unidos y, en los años treinta, se decantó hacia un socialismo libertario muy intransigente con el comunismo.

UN MOVIMIENTO INTERNACIONALISTA SIN INTERNACIONAL. ITINERARIOS DE SINDICALISTAS REVOLUCIONARIOS ITALIANOS ENTRE FRANCIA Y ESPAÑA

MARCO MASULLI

Universidad de Génova – Universidad de Bolonia

EL SINDICALISMO REVOLUCIONARIO EN LA NUEVA ETAPA DE ESTUDIOS SOBRE LA HISTORIA OBRERA

Hasta hace pocas décadas no existía la necesidad de realizar trabajos de síntesis y reconstrucción historiográfica dedicados al tema de la difusión internacional del sindicalismo revolucionario. Por lo demás, la idea misma de sindicalismo revolucionario entendido como «movimiento» –y ya no como mero «fenómeno»– internacional¹ es reciente, a pesar de que desde finales de los años setenta del siglo XX algunas investigaciones² ya apuntaban en esta misma dirección. Pero entonces se trataba de perspectivas de investigación pioneras, destinadas a enfrentarse a un ambiente historiográfico en general poco dispuesto a acogerlas y mucho menos a desarrollarlas. Hoy vivimos una nueva etapa de estudios sobre la historia obrera que se caracterizan por la atención puesta en las nuevas tipologías de fuentes³, por una renovada reflexión sobre la relevancia heurística de los conceptos de internacionalismo⁴ y transnacionalismo, pero también por la reconsideración del valor historiográfico de los movimientos minoritarios y las trayectorias humanas y políticas, incluso radi-

¹ Van der Linden, Marcel, «Second thoughts on revolutionary syndicalism», *Labour History Review*, 63.2 (1998), p. 185.

² Cf. el Congreso de 1977: «Il sindacalismo rivoluzionario nella storia del movimento operaio internazionale», cuyas actas se encuentran en: *Ricerche storiche*, año XI, n. 1 (1981).

³ Muchas investigaciones se inspiran aún hoy en la crítica de las fuentes y en las intuiciones metodológicas indicadas en Haupt, Georges *La Seconda Internazionale*, Florencia, La Nuova Italia, 1973.

⁴ Véase Jousse, Emmanuel, «Une histoire de l'Internationale», *Cahiers Jaurès*, 212-213 (2014/2), pp. 11-25.

cales, que durante mucho tiempo quedaron excluidas o marginadas de facto en la disertación científica.

A partir de los años ochenta, con la crisis de las posiciones políticas y culturales de ascendencia marxista, surgió claramente la necesidad de abandonar una perspectiva de investigación histórica orientada al finalismo, esto es, a la voluntad de poner fin al curso de los acontecimientos. Este finalismo, vinculado a la tendencia de querer demostrar la superioridad de un partido o de una orientación ideológica respecto a otros⁵, no podía hacer otra cosa que condenar a la *damnatio memoriae* las experiencias que, aunque minoritarias, habían animado de manera significativa los acontecimientos históricos del socialismo internacional. Ello ocurría precisamente mientras en Italia se asistía a la implosión de las estructuras de partido que hasta entonces habían tenido interés en facilitar alicientes y medios para la investigación histórica⁶. De hecho, con ese desmoronamiento también se rompía el sólido vínculo que hasta entonces había caracterizado la relación entre historiografía y política. Este vínculo, si bien había estimulado –y en ciertos aspectos, condicionado– con ideas, pasiones y medios el avance de la investigación sobre la historia obrera y socialista⁷, también había provocado en algunos casos la ofuscación del objetivo que presidía esos mismos estudios. El compromiso historiográfico que debería haber tenido el sentido de infundir en las clases obreras «el conocimiento del propio pasado para adaptarse a la propia misión»⁸, según palabras de Georges Haupt, el historiador que más contribuyó a la historia de la Segunda Internacional, quedó reducido a mera víctima del enfrentamiento entre facciones rivales. En este caso, se trataba de una historia caracterizada por la atención reservada más a los grupos dirigentes que a la historia de los obreros y a la historia social, y que había acabado por reproducir un procedimiento lógico-racional propio de las clases dominantes que implicaba que «la separación entre quien dirige y quien está detrás [...] seguía privilegiando el elemento de dominio»⁹.

⁵ Zangheri, Renato, *Storia del socialismo italiano*, Turín, Einaudi, 1993, vol. I p. XV.

⁶ Dogliani, Patrizia y De Maria, Carlo, «La Première Internationale en Italie (1864-1883)», *Cahiers Jaurès*, 215-216 (2015), pp. 19-34.

⁷ Cfr. Meriggi, Maria Grazia, *Cooperazione e mutualismo. Esperienze di integrazione e conflitto sociale in Europa fra Ottocento e Novecento*, Milán, Franco Angeli, p. 9.

⁸ Haupt, Georges, *L'Internazionale socialista dalla Comune a Lenin*, Turín, Einaudi, 1978, p. 8.

⁹ Foa, Vittorio, *Per una storia del movimento operaio*, Turín, Einaudi, 1980, p. XI.

Por tanto, a partir de los años noventa, una nueva generación de historiadores parece haber adoptado plenamente las reflexiones metodológicas del periodo anterior. De hecho, Georges Haupt explica cómo los debates metodológicos que tuvieron lugar en los ambientes antiestalinistas a partir de los años sesenta sirvieron para cuestionar la visión clásica de la historia obrera, para situar en primer plano la relación entre historia obrera e historia social¹⁰, y para iniciar itinerarios de investigación originales que, a pesar de los pocos medios disponibles, producen resultados de gran valor científico. Precisamente en correspondencia con el inicio de esta nueva etapa de estudios, también se ha renovado la reflexión historiográfica sobre la dimensión internacional asumida por el sindicalismo revolucionario. Sin lugar a dudas, el auténtico cambio hay que atribuirlo a la actividad del *International Institut of Social History* de Ámsterdam y, en particular, a los estudios de Marcel Van der Linden y Wayne Thorpe, dos de los principales inspiradores de dicho instituto y de la revista *International Review of Social History*. De hecho, ellos fueron quienes iniciaron algunas de las primeras investigaciones orientadas a demostrar «that for all its regional and national variations, syndicalism was an international movement»¹¹.

Hasta los años setenta, el estudio del sindicalismo revolucionario parecía haberse ocultado tras una interpretación del movimiento facilitada por los ambientes de la socialdemocracia y del liberalismo político¹². Con tales antecedentes, esta cuestión ha tenido hasta hoy poco éxito en el ámbito científico, o incluso una abierta hostilidad, advertida sobre todo entre los ambientes influidos mayoritariamente por el pensamiento marxista. Por ejemplo, el historiador Gian Mario Bravo consideraba que «en el ámbito del movimiento obrero [...], el sindicalismo revolucionario se presentó [...] como una típica manifestación de ese irracionalismo, de matriz radical-burguesa, que en todas las épocas ha constituido una especie de espejo en el cual los movimientos de clase han reflejado sus propias

¹⁰ Cfr. Haupt, Georges, *L'Internazionale socialista dalla Comune a Lenin...*, op. cit., pp. 3-34.

¹¹ Van der Linden, Marcel y Thorpe, Wayne, «The Rise and Fall of Revolutionary syndicalism», en Van der Linden, Marcel y Thorpe, Wayne, *Revolutionary Syndicalism. An International Perspective*, Aldershot, Scolar Press, 1990, p. 1.

¹² Croce los definía como «fanáticos e impulsivos» y sus iniciativas —refiriéndose en particular a la huelga general de 1904 en Italia— capaces de provocar «indignación de todas las demás clases sociales, y la escasa satisfacción de los propios operarios». Croce, Benedetto, *Storia d'Italia dal 1871 al 1915*, Bari, Laterza, 1959, pp. 239-240.

y principales contradicciones»¹³. De hecho —como indica Jacques Julliard— sobre estos prejuicios se había implantado una reflexión historiográfica influida por esa «vision léniniste du syndicalisme en général et de l'anarcho-syndicalisme en particulier» que llevaba a pensar que ambos fenómenos eran totalmente incapaces de «exprimer la vérité du mouvement ouvrier et définir des objectifs valables; tout au plus traduisait-il le retard industriel [...] et la domination sur la classe en formation d'une aristocratie ouvrière d'origine artisanale, nostalgique de son importance passée et sublimant son déclin dans une vision utopique de l'avenir»¹⁴. Por tanto, el sindicalismo revolucionario se entendía principalmente como un original producto de un provincianismo cultural y político. Expresión de la resistencia que oponían esas realidades obreras que no habían entrado en las dinámicas del capitalismo moderno y, por ello, típicamente vinculada a esos «países latinos» (Francia e Italia sobre todo) cuyas economías presentaban un notorio retraso respecto a los parámetros de desarrollo noreuropeos¹⁵.

De ello se deduce una propensión a negar —o a redimensionar— la posibilidad de difusión internacional del movimiento, así como también a aceptar la opinión de aquellos, ya fueran líderes sindicales en Italia o socialdemócratas en Alemania¹⁶, que consideraban el movimiento en imparable declive ya desde 1907 o de todas formas destinado a perecer ante el impulso del progreso económico-productivo de principios de siglo.

En cambio, en la actualidad, enfrentarse a este objeto de estudio significa analizar en primer lugar los cambios socioeconómicos y políticos que caracterizan el periodo de la crisis del liberalismo europeo y extender la cronología de referencia al menos hasta los años de la guerra civil española. Pero también, y sobre todo, abandonar una perspectiva de investigación exclusivamente centrada en la historia institucional y política. Si bien esta orientación metodológica ya se ha consolidado¹⁷, hoy falta una síntesis exhaustiva de la historia del sindicalismo revolucionario internacional.

¹³ Bravo, Gian Mario, «La decomposizione del marxismo nel sindacalismo rivoluzionario», *Ricerche storiche*, 1 (1975), pp. 84-86.

¹⁴ Julliard, Jaques, *Autonomie Ouvrière. Études sur le syndicalisme d'action directe*, Paris, Gallimard, 1988, pp.10-11.

¹⁵ Antonioli, Maurizio, «Sindacalismo rivoluzionario italiano e sindacalismo internazionale: da Marsiglia a Londra (1908-1913)», *Ricerche storiche*, Año XI, n.1 (1981), pp. 192-193.

¹⁶ *Ibidem*, p.195.

¹⁷ A este respecto, véase también: Darlington, Ralph, *Syndicalism and the Transition to Communism. An International Comparative Analysis*, Ashgate, 2008.

UN MOVIMIENTO INTERNACIONALISTA SIN INTERNACIONAL

Entre los años diez y veinte del siglo xx, la difusión del sindicalismo revolucionario vivió un comienzo sorprendente. Durante este periodo, a las siglas sindicalistas ya existentes (NAS holandés, CGT francesa, IWW estadounidense) se sumaron otras muchas: de la SAC sueca (1910) a la CNT española (1911), de la USI italiana (1912) a la One Big Union canadiense (1919) y otras muchas distribuidas incluso en América Latina, sin excluir las influencias que también se ejercían en algunos ambientes alemanes¹⁸ e ingleses. Esta expansión estuvo relacionada con los diversos factores interconectados entre ellos que caracterizaron el cambio radical que se produjo en el contexto económico, social y político del periodo pre y postbélico. El sindicalismo revolucionario, que nació en el periodo de la segunda revolución industrial, con todas las transformaciones del tejido socioeconómico que esta supuso, vivió su máxima difusión precisamente cuando la conflictividad de clase se radicalizó a causa del perfeccionamiento de nuevos modelos productivos, de la consiguiente creación de nuevas figuras profesionales y de una renovada disciplina de fábrica. Pero junto a estos factores de orden económico-productivo emergió también un clima de desconfianza o incluso de abierta hostilidad hacia los partidos obreros que parecían concentrar sus energías más en el mantenimiento de las posiciones de fuerza adquiridas (sobre todo en el caso de la SPD alemana) o, más en general, en cuestiones de tipo electoralista y parlamentario, que en un compromiso concreto en términos de transformación radical del tejido social existente¹⁹.

Sin embargo, se trataba de una difusión que no puede caracterizarse como «a unilinear process, in the sense that one movement completely imitates the other»²⁰, ya que se observa dentro del movimiento una obvia adaptación de las respectivas organizaciones sindicales a sus propios contextos nacionales o locales específicos, lo que determina, a su vez, la existencia de una notable variedad de modelos organizativos (pensemos sobre todo en los expresados por la CGT

¹⁸ Bock, Hans Manfred, «Anarchosyndicalism in the German Labour Movement: a rediscovered minority tradition», en Van der Linden, Marcel y Thorpe, Wayne, *Revolutionary Syndicalism...*, *op. cit.*, pp. 59-79.

¹⁹ Van der Linden, Marcel y Thorpe, Wayne, «The Rise and Fall of Revolutionary syndicalism...», *op. cit.*, p. 4.

²⁰ Van der Linden, Marcel, «Second thoughts on revolutionary syndicalism», *op. cit.*, p. 186.

francesa, la IWW americana, la CNT española y la USI italiana). En este sentido, puede decirse que uno de los pocos elementos capaces de actuar como aglutinante ideal, válido para las diversas expresiones nacionales o locales del sindicalismo, reside en la idea bien conocida de que la emancipación del proletariado podría ser exclusivamente «obra del proletariado mismo». Así, emerge el fuerte vínculo de continuidad que el movimiento instaura con la tradición política de la Primera Internacional y la bakuniana en particular. Precisamente este aspecto implica un ulterior problema de interpretación: el relativo a la necesaria distinción entre anarcosindicalismo y sindicalismo revolucionario. En realidad, se trata de un problema resuelto, al menos en apariencia, por los mismos militantes sindicalistas franceses que, como se sabe, representaban el grupo mayoritario dentro de la CGT, al menos hasta la *Union Sacrée*²¹. Estos, reunidos en Amiens en 1906, habían recalcado la equidistancia del sindicalismo revolucionario respecto a todas las corrientes políticas existentes en el universo socialista. Por consiguiente, el sindicalismo revolucionario, en su expresión más «pura», se planteaba como un momento de síntesis y superación de las disputas ideológicas que habían dividido al proletariado, especialmente en el ámbito práctico y parlamentario.

A pesar de ello, sería imposible negar la existencia de una genuina y, en determinados contextos mayoritaria, tendencia anarcosindicalista (del contexto francés de los orígenes del movimiento a la USI italiana dirigida por Borghi hasta la CNT española de los años treinta). En este caso, la variante anarcosindicalista se alimentaba, al menos en los inicios, de la necesidad de reorganización interna advertida por el movimiento anarquista a finales del siglo XIX, tras los reiterados fracasos de la «propaganda por el hecho» y de la campaña de los atentados. Se trataba de una crisis que convertía en funcional la confluencia anarquista en el movimiento obrero, que precisamente en aquel momento empezaba a organizarse en estructuras reivindicativas, además de mutualistas. Es esencial detenerse en este tema para comprender las dinámicas de formación identitaria del sindicalismo revolucionario a escala internacional.

²¹ Según Van der Linden y Thorpe «après l'échec de la grève pour la journée de huit heures en 1906, et plus encore après l'échec de la grève générale de 1908, la CGT devint de plus en plus réformiste en pratique, au point de pouvoir coopérer sans problèmes avec ses adversaires bourgeois ainsi qu'avec l'État pendant l'Union Sacrée quelques années plus tard»; en Van der Linden, Marcel y Thorpe, Wayne, «Essort et déclin du syndicalisme révolutionnaire», *Le Mouvement Social*, 159 (1992), pp. 28-29.

Con ocasión del célebre Congreso Anarquista Internacional celebrado en Ámsterdam en agosto de 1907, y ante el avance del sindicalismo revolucionario, se revela la imposibilidad de adoptar una resolución de compromiso basada en la voluntad de no considerar a la organización obrera, fundada en la identidad de intereses, en contraste con una organización fundada en la identidad de las aspiraciones y de las ideas (moción Dunois). El enfrentamiento entre Pierre Monatte, presente en el congreso en calidad de miembro del comité de la CGT, y Enrico Malatesta, partidario de la acción sindical entendida solo como instrumento y no como fin, representa la prueba definitiva de una transformación en curso dentro del movimiento sindicalista. Por un lado, el modelo organizativo sindicalista, expresado en ese momento sobre todo por la CGT, surgía con características y objetivos totalmente originales respecto a los de otros organismos obreros existentes a escala internacional; y por otro lado, este se planteaba en términos de continuidad ideal respecto a las tradiciones internacionalistas. Tal como afirmaría Monatte, el sindicalismo revolucionario era el heredero y el continuador del principio fundamental de la Asociación Internacional de los Trabajadores expresado con el lema: «l'émancipation des travailleurs sera l'oeuvre des travailleurs eux-mêmes»²². Por tanto, parafraseando al historiador Maurizio Antonioli, puede decirse que es cierto que el sindicalismo revolucionario, además de ser un proyecto político basado en la idea de un sindicato como «célula de la sociedad futura», era «también y sobre todo la suma de determinados —radicales— comportamientos de masa [...] ligado más que nada a la completa autonomía de elección de la clase», es decir, un movimiento ligado a la espontaneidad proletaria. Pero a ello hay que añadir, continua el estudioso, que no se puede negar la existencia de un «plano teórico (revolucionario) que, a partir de la Internacional bakuniana hasta la Cataluña libertaria, se propaga por líneas internas y vuelve a emerger, a veces mayoritario y en otras ocasiones determinante, en situaciones particulares»²³.

Así, las raíces de la Primera Internacional son las que constituyen el primer elemento capaz de aclarar la fisionomía internacional del movimiento. Pero estas mismas raíces asumen un valor ulterior si están vinculadas a la identificación de las prácticas sindicales adoptadas por el sindicalismo revoluciona-

²² *Congrès anarchiste tenu à Amsterdam août 1907. Compte-rendu analytique*, La Publication Sociale, París, 1908.

²³ Antonioli, Maurizio (a cargo de), *Azione diretta e coscienza operaia*, Milán, La salamandra, 1970, p. 9.

rio, que son los únicos elementos verdaderamente capaces de dar una imagen homogénea del movimiento internacional. Y son los propios militantes quienes se plantean el problema de encontrar una definición válida del movimiento, más allá de las variantes nacionales y locales. Por ejemplo Rosmer, parafraseado por Christian Gras, afirma que «le syndicalisme-révolutionnaire n'est pas une étiquette que l'on adopte ou que l'on rejette, il est une pratique»²⁴. También De Ambris explica cuáles son los mínimos comunes denominadores del sindicalismo revolucionario internacional: «acción directa, violencia proletaria, antimilitarismo, huelga general»²⁵. Y precisamente esto es lo que hace que la definición del sindicalismo «de acción directa» sea preferible a las demás calificaciones dadas al movimiento²⁶. En realidad, los sindicalistas revolucionarios, animados por una concepción voluntarista de la estrategia revolucionaria y por la convicción de que la acción proletaria debía situarse exclusivamente en el terreno económico y de la acción directa a través de prácticas como el boicot, el sabotaje, la solidaridad obrera y la huelga general —en contraposición con un método burocrático, parlamentario y reformista de llevar la lucha de clase—, intentaron dotarse de estructuras institucionales con funciones de coordinación internacional, aunque sin éxito²⁷. Sin embargo, estas estarían marcadas por itinerarios y tentativas fundacionales muy turbulentas que, por causas externas e internas al movimiento, condicionarían su auténtica eficacia. En cualquier caso, el resultado de estas largas, sufridas y complejas tentativas fue la (re)fundación en 1922 de la Asociación Internacional de los Trabajadores, llamada *de Berlín*. Así se volvía a reiterar que solo las organizaciones económicas del proletariado podrían reorganizar la vida social y económica a partir de la base teórica de un comunismo libre y antiautoritario. Sin embargo, la llegada al poder de los fascismos impediría que la nueva organización desempeñara

²⁴ Gras, Christian, *Alfred Rosmer et le mouvement révolutionnaire international*, París, Maspero, 1971, p. 71.

²⁵ De Ambris, Alceste, «Il Congresso Sindacalista Internazionale», *L'Internazionale*, 13 de septiembre de 1913, citado en Antonioli, Maurizio, «Sindacalismo rivoluzionario italiano e sindacalismo internazionale...», *op. cit.*, pp. 197-198.

²⁶ «L'expression de syndicalisme révolutionnaire n'est guère plus satisfaisante que celle d'anarcho-syndicalisme qui, elle, est franchement polémique. Pour notre part, nous préférons de beaucoup que l'on parlât de syndicalisme d'action directe». Julliard, Jaques, *Autonomie Ouvrière...*, *op. cit.*, p. 45.

²⁷ Lehning, Arthur, «Du syndicalisme révolutionnaire à l'anarcho-syndicalisme. La naissance de l'Association Internationale des Travailleurs de Berlin», *Ricerche storiche*, 1 (1981), pp. 105-129.

eficazmente su función de coordinación, al encontrarse aislada, debilitada y sin ninguna influencia.

LA DIÁSPORA DE MILITANTES SINDICALISTAS REVOLUCIONARIOS: UNA PERSPECTIVA DE ESTUDIO TRANSNACIONAL

Llegados a este punto, ¿sería posible suponer que la propia naturaleza del sindicalismo revolucionario lo invalidó para construir estructuras estables a escala internacional, sin que ello interfiriese en la capacidad de reconocerse y de actuar como movimiento internacionalista? En este sentido y tal como destaca Constance Bantman, se podría establecer una conexión con los elementos que George Woodcock señalaba como responsables de los mismos fracasos organizativos vividos en el ámbito del anarquismo internacional: en ese caso —ciertamente más que en el del sindicalismo revolucionario— el carácter de movimiento «loose and flexible» lo volvía naturalmente inadecuado para la creación de estructuras que necesitan una organización rígida y centralizada para sobrevivir²⁸. Efectivamente, no puede pasarse por alto el hecho de que el tratamiento científico del sindicalismo revolucionario no comparte solo evidentes afinidades temáticas y un común y turbulento destino académico con el del anarquismo. Es sobre todo en el plano metodológico donde los dos temas de investigación presentan características que, en ciertos aspectos, hacen que estén indisolublemente vinculados. En particular, se trata de modelos de investigación que han vislumbrado sus puntos fuertes en el método biográfico, en el *network analysis* y en una perspectiva de estudio transnacional. De hecho, estas categorías interpretativas han conseguido imponerse progresivamente por su adaptabilidad al estudio de la dimensión internacional de los movimientos que se distinguen por la inestabilidad de las propias estructuras institucionales, por la ausencia de una clara homogeneidad ideológico-programática y por la marcada movilidad de sus militantes.

Contextualmente, las primeras investigaciones de este tipo a menudo han caído en la tentación de concentrarse en las «grandes personalidades» y han dejado de lado las biografías definidas como «menores». En este caso, se trata de una tendencia que puede decirse que está hoy superada, como lo demues-

²⁸ Woodcock, George, *Anarchism*, Harmondsworth, Penguin, 1975, p. 259, citado en Bantman, Constance, «Internationalism without an International? Cross-Channel Anarchist Networks, 1880-1914», *Revue belge de philologie et d'histoire*, 4 (2006), p. 962.

tran algunos estudios recientes cada vez más orientados a la construcción de historias entendidas como «biografías colectivas»²⁹. Por tanto, la necesidad de encontrar nuevas perspectivas con las que mirar la historia global del sindicalismo revolucionario internacional lleva a tomar como punto de partida una «historia de los militantes», entendida en este caso también como contribución a un «mapa del exilio», capaz de redescubrir transferencias culturales y afinidades transnacionales³⁰. Profundizando en las biografías «menores» se puede comprobar cómo estos personajes, inmersos en una historia del sindicalismo revolucionario entendida como «biografía colectiva», ayudan a reconstruir las modalidades de difusión internacional del movimiento. La «diáspora» que protagonizaron muchos de ellos, sindicalistas revolucionarios italianos entre Francia y España en los años veinte y treinta, permite observar el movimiento como una realidad viva y operante en el sentido transnacional, y se sitúa como elemento de composición y síntesis de ideas y prácticas revolucionarias entre diversas organizaciones nacionales, pero también como circulación e intercambio de experiencias de vida individuales. Si Francia vio cómo nacía el sindicalismo revolucionario y se convertía en una de las expresiones más importantes del movimiento obrero al menos hasta el periodo prebélico, España representa el último (o uno de los últimos) contexto en el que el sindicalismo revolucionario —en su variante anarcosindicalista— ha dado prueba de vitalidad hasta los años treinta como mínimo. Además, si Francia fue el referente para los exiliados antifascistas de cualquier afiliación política³¹, sobre todo en el periodo comprendido entre 1924 y 1926, España lo fue para aquellos que eligieron oponerse a la resistencia armada del avance de los fascismos europeos. En ambos contextos la presencia italiana siempre estuvo bien arraigada en el tejido sociopolítico y económico, como es bien sabido. Así lo confirma Hugo Rolland, alias Erasmo Abate, cuando en sus memorias afirma que en París por un momento «le pareció haber vuelto a Ancona, de tantos compañeros

²⁹ Aunque definida sobre esquemas interpretativos que me parecen superados, se señala una de las últimas investigaciones publicadas en Italia sobre sindicalismo revolucionario que, en sus propósitos, propone una historia del movimiento entendida como «biografía colectiva»: Volpe, Giorgio, *La disillusione socialista. Storia del sindacalismo rivoluzionario in Italia*, Roma, Edizioni di storia e letteratura, 2015.

³⁰ Salvati, Mariuccia, «Conclusioni», en De Maria, Carlo (a cargo de), *Maria Luisa Berneri e l'anarchismo inglese*, Reggio Emilia, Biblioteca Panizzi Archivio Familia Berneri-Aurelio Chessa, p. 176.

³¹ Véase sobre todo Fedeli, Santi, *Storia della concentrazione antifascista 1927-1934*, Milán, Feltrinelli, 1976.

refugiados de las Marcas que había». Como recuerda Abate, es cierto que esta facilidad, sobre todo en Francia, estaba determinada por la demanda de mano de obra y «el fascismo, involuntariamente, ayudó a colmar el vacío»³².

Si el clima de solidaridad obrera era totalmente favorable a la inserción de los obreros y militantes en el tejido sociopolítico, se debía sobre todo al arraigo de la idea según la cual «para los trabajadores del sindicato no existían muchas naciones [...] sino una sola [...], la de la clase explotada»³³. Por tanto, parece que en el caso del sindicalismo revolucionario se puede utilizar con pleno derecho la definición de organizaciones inspiradas por un «internacionalismo transnacional» en lugar de hablar de simples estructuras sindicales de composición multiétnica. De ello se desprende la relativa facilidad con que los militantes sindicalistas se insirieron en contextos políticos y organizativos distintos de los de sus países de origen y que parece estar determinada por la existencia de una auténtica red de solidaridad que superaba las fronteras nacionales.

Este particular contexto fue el que permitió, por ejemplo, que el ferroviario sindicalista Lorenzo Giusti se desplazara con facilidad, una vez hubo abandonado Italia tras la disolución del SFI (sindicato de los ferroviarios italianos) ordenada por el prefecto de Bolonia en 1925. Se trasladó de Francia, donde estuvo en contacto con los ambientes de la Concentración, hacia España, donde a partir del mes de julio de 1931 se instaló en Barcelona. Giusti había nacido en Bolonia el 21 de septiembre de 1890 y a la edad de 18 años empezó a trabajar como ferroviario. Tuvo su primer contacto con los ambientes sindicalistas a través de la lectura del periódico *In Marcia!*, cuyo director y fundador era el anarcosindicalista Augusto Castrucci³⁴. Se afilió al SFI, sindicato conocido sobre todo por su empeño en defender la unidad de sus trabajadores (que incluso le valió ser acusado de corporativismo) y en preservar su independencia, o como mínimo, su autonomía respecto de las centrales sindicales. Pero también era un sindicato que, a diferencia de lo que ocurría en la fase de constitución confederal en 1906 y desde su primer congreso en abril de 1907, veía cómo era mayoritario el componente sindicalista revolucionario

³² Rolland, Hugo, *Il sindacalismo anarchico di Alberto Meschi*, Florencia, La Nuova Italia, 1972, p. 178.

³³ Gabaccia, Donna, *Emigranti. La diaspora degli italiani dal Medioevo ad oggi*, Turín, Einaudi, 2003, p. 167.

³⁴ Sobre Castrucci cfr *Dizionario biografico degli anarchici italiani* (DBAI), ad vocem y Antonioli, Maurizio, *Il sindacalismo italiano. Dalle origini al fascismo. Studi e ricerche*, Pisa, Bfs, 1999.

y anarcosindicalista y cómo se aprobaba la validez de la acción directa, entre otras cosas³⁵. Giusti ingresó en el Comité Central Ejecutivo del sindicato en 1919. Durante el Congreso Sindical del SFI, que se celebró en julio de 1921 en Bolonia, también gracias a su intervención, los anarcosindicalistas consiguieron que prevaleciera nuevamente la línea de la autonomía del sindicato como respuesta al tema de la adhesión a la III Internacional.

Un año después, en Berlín, se celebraría el Congreso constitutivo de la nueva Internacional sindical de tendencia sindicalista revolucionaria y libertaria. Tampoco el proyecto de Alianza del trabajo dio los resultados esperados y –como clara señal del inicio de un clima de persecución– en febrero de 1923 Giusti fue destituido por «escaso rendimiento» y acusado de «incitación al delito»³⁶. Así comenzaba la diáspora personal del militante entre Italia, Francia y España. En Barcelona, donde se había instalado a partir de 1931, Giusti mantuvo contactos asiduos con el diputado socialista Aurelio Natoli y con el jefe del sindicato de los ferroviarios españoles, Gómez Trifón. En poco tiempo se convirtió en dirigente del Sindicato Internacional de los Ferroviarios y de las organizaciones anarquistas españolas, motivo por el cual fue expulsado. Pero en 1936 volvió a Barcelona, donde se había formado el Comité de las Milicias Antifascistas dirigido por anarquistas de la FAI y de la CNT. La misión de Giusti consistió en orientar a los milicianos recién llegados a España y facilitar, junto a Berneri, la inserción en la columna anarquista de otros antifascistas.

En 1936, también partió hacia España el militante anarcosindicalista Alberto Meschi, quien participó en la Batalla de Monte Pelado en agosto de ese mismo año. Meschi, nacido en Borgo San Donnino (Parma) el 27 de mayo de 1879, es aún hoy recordado como una de las figuras importantes del anarcosindicalismo italiano. Se distinguió por su actividad sindical iniciada en 1911 como secretario provisional de la Confederación del Trabajo de Carrara, que supuso un auténtico giro tanto en las relaciones entre el reformismo y el anarcosindicalismo local, como en la capacidad de movilizar a las masas trabajadoras³⁷. De hecho, Alberto Meschi, junto con Armando Bor-

³⁵ D'Onofrio, Serafino, *Libertà vo' cercando. Bologna 1890-1962, Storia dell'anarchico Lorenzo Giusti ferroviere ed assessore nel Comune socialista di Bologna*, Bolonia, Istituto Rodolfo Morandi, pp. 17-19.

³⁶ *Ibidem*, pp. 53-56.

³⁷ Cfr. Gestri, Lorenzo, *Capitalismo e classe operaia in provincia di Massa-Carrara*, Florencia, Leo S. Olschki, 1976.

ghi, fue probablemente el anarcosindicalista que mejor asimiló los métodos aplicados por los sindicalistas revolucionarios franceses e intentó ponerlos en práctica en la organización obrera local. Con el nombramiento de Meschi como secretario y con el apoyo de anarquistas y republicanos, el movimiento obrero retomó su actividad y sumó varias victorias contra el frente patronal. El primer éxito llegó tras la huelga de los picapedreros en 1911, que incluso se mencionaba en un informe de la policía y que apuntaba a Meschi como su promotor y cabecilla. La huelga se resolvió favorablemente para los intereses sindicales³⁸ y la noticia de su existencia incluso llegó a Francia, como se observa en el periódico francés *Le Libertaire* del 2 de septiembre de 1911³⁹. Sin embargo, ya habían madurado las condiciones para la ruptura de relaciones con la Confederación General del Trabajo y su posterior nombramiento en el Comité Central de la USI. Antes de aceptar el cargo de secretario, su actividad se vio estrechamente vinculada al diario *Le Libertaire*, que adquirió notable importancia en el ámbito de las influencias entre el modelo sindical francés y el italiano en los primeros años del siglo xx; esto es, en el periodo en que el sindicalismo revolucionario italiano empezaba a estructurarse, aunque con características totalmente originales⁴⁰. Se trataba de un periódico anarquista, según afirma Gino Bianco, que no se situaba en el terreno especulativo-ideológico y que se caracterizaba por ser la expresión directa de las necesidades de inclusión anarquista en el movimiento obrero que encontraban una «referencia constante en el ejemplo del sindicalismo francés de Pelloutier, Pouget, Delesalle»⁴¹.

El itinerario de Alberto Meschi comenzó precisamente en Francia, donde encontró refugio tras la ocupación de la Confederación del Trabajo de Carrara por parte de los fascistas, en mayo de 1922. En Francia Meschi se afilió a la *Fédération du Bâtiment* de la CGT al menos entre 1926 y 1944⁴² y lideró junto a Fantozzi y Diotallevi el grupo «Pietro Gori» de inspiración anarcosindicalista, que tenía como órgano de prensa regional el periódico *La Voce del*

³⁸ Archivo Central del Estado (Roma), CPC, *ad nomen*. Mención biográfica, 11 de octubre de 1911, prot. n. 9026.

³⁹ «Italie», *Le Libertaire*, n. 45, 2 de septiembre de 1911.

⁴⁰ Cfr Riosa, Alceo, *Il sindacalismo rivoluzionario in Italia e la lotta politica nel partito socialista in età giolittiana*, Bari, De Donato, 1976.

⁴¹ Bianco, Gino, *Socialismo libertario. Scritti dal 1960 al 1972*, Rende (CS), Una città, 2011, p. 11.

⁴² Rolland, Hugo, *Il sindacalismo anarchico di Alberto Meschi...*, *op. cit.*, p. 174.

*Profugo*⁴³. Y precisamente a través de esta publicación Meschi estableció los primeros contactos con los ambientes anarcosindicalistas y libertarios españoles. En noviembre de 1936, se celebró en París el Congreso extraordinario de la reconstituida AIT convocado para tratar la situación española. Camillo Berneri, que era consciente del peligro que suponía el derrumbamiento del frente revolucionario, avanzó allí algunas propuestas para reforzar el papel de la CNT y de la FAI. Pero todo quedó en una mera concesión de solidaridad a la causa, que demostró, a su vez, la escasa eficacia de la estructura institucional. Entretanto Meschi, después de Monte Pelado, había vuelto a Francia y seguía colaborando con *Guerra di classe*. Regresó a España en 1938 y asistió a la derrota de las fuerzas republicanas. En 1939, la diáspora de los dos militantes, Meschi y Giusti, volvió a relacionarlos y compartieron un trágico destino. Cuando Meschi regresó de España fue capturado en Francia e internado en el campo de concentración de Noé, en el Alto Garona, donde permaneció hasta 1943.

En esa época Meschi escribió su diario, *Guerra e sindacalismo*, fruto de su internamiento en el campo. De su lectura emerge una idea clara de lo que para él representaba la lucha en el ámbito obrero:

«El sindicalismo es la denominación última, en orden de tiempo, que se ha dado al movimiento obrero. Es el heredero, el continuador, más o menos directo, de la corporación, tal como ésta lo fue a su vez de la guilda, de la mutualidad [...] el sindicalismo moderno es la continuación de la unión de los productores, puesta al día y adaptada a nuevas condiciones de vida económico-social»⁴⁴.

Según afirma Meschi, tampoco debía sorprender que de Francia, «donde las ideas sociales de emancipación obrera tienen una larga tradición revolucionaria», el sindicalismo hubiera evolucionado y pasado de ser una forma de «agrupación de resistencia [...] a una agrupación de producción y distribución». Tampoco sorprendía que hubiera despertado entre el proletariado revolucionario, sobre todo en los países latinos, un enorme halo de simpatía, de adhesiones en otros países y en particular en Italia. Giusti también fue internado en 1939 en un campo de refugiados francés. Fue liberado tras un intento fallido de evasión y, a partir de entonces, se dedicó a la lucha antinazi que lo llevó a un campo de concentración en Silesia, del que consiguió

⁴³ Di Lembo, Luigi, *Guerra di classe e lotta umana. L'anarchismo in Italia dal biennio rosso alla Guerra di Spagna (1919-1939)*, Pisa, Bfs, 2001, p. 176.

⁴⁴ Diario inédito, Archivo Familia Berneri – Aurelio Chessa, Reggio Emilia, Fondo Lilla Vatteroni.

evadirse. Volvió a Francia, desde donde también intentó regresar a Italia en 1943. A partir del 8 de septiembre, Giusti se convirtió en partisano en la zona de Imola⁴⁵, mientras que Meschi regresó a Italia tras la Liberación, y volvió a dirigir la Cámara de Trabajo de Carrara hasta 1947.

⁴⁵ D'Onofrio, Serafino, *Libertà vo' cercando. Bologna 1890-1962...*, op. cit., pp. 69-80.

CAMILLO BERNERI, UN INTELECTUAL DE FRONTERA. TRES ITINERARIOS DE LECTURA

CARLO DE MARIA
Universidad de Bolonia

CRÍTICA SOCIAL Y AUTONOMÍA ENTRE LAS DOS GUERRAS MUNDIALES

No resulta difícil constatar cómo la biografía de un intelectual comprometido refleja siempre huellas importantes de la historia de una sociedad. De hecho, la palabra del crítico social está íntimamente ligada a su propia época, a su propio contexto y a sus polémicas públicas y, en este sentido, es siempre una palabra militante. El anarquista italiano Camillo Berneri (1897-1937) hoy es considerado uno de los intelectuales comprometidos más interesantes del siglo XX europeo, porque es capaz de expresar, como pocos, una peculiar inteligencia de su propia época¹.

Los escritos políticos de Berneri renuncian de entrada a cualquier pretensión de sistematicidad; es más, son conscientemente fragmentarios. A finales de los años veinte del siglo pasado, durante su exilio en París, Berneri escribía: «Lo más vivo que existe no es el pensamiento desarrollado, sino el fragmento, la alusión»². De forma similar, en una página de mediados de los años treinta apuntaba: «Prefiero a un gendarme que habla de su propia vida antes que a un filósofo que habla de la vida»³. Nos encontramos en las décadas entre las

¹ De Maria, Carlo, *Camillo Berneri. Tra anarchismo e liberalismo*, Milán, Franco Angeli, 2004. Sobre la historiografía relativa a Berneri, véanse las referencias presentes en Berti, Giampietro y De Maria, Carlo (a cargo de), *L'anarchismo italiano. Storia e storiografia*, Milán, Biblion, 2016.

² Berneri, Camillo, «La teiera del socialismo», *Germinal* (Chicago), IV, n. 6, 1.5.1929, pp. 2-3 (la cita en p. 2).

³ Berneri, Camillo, «Maturità», en Berneri, Camillo, *Pensieri e battaglie*, París, Comité Camillo Berneri, 1938, pp. 105-117 (la cita en p. 110).

dos guerras mundiales, años de racionalismo en crisis⁴, y Berneri ciertamente no añoraba esa razón *con mayúscula* a la que atribuía el origen de las simplificaciones abstractas y de los absolutismos mentales. En este sentido, en uno de sus manuscritos de 1936 se puede leer: «La pretensión de poseer *la verdad* conduce a todos los excesos autoritarios. Uno de los mayores inconvenientes de la humanidad es la continua aparición de hombres, de grupos, de partidos que quieren hacerla feliz con una determinada felicidad: la ascética, la epicúrea, la colectivista, la comunista, etc.»⁵. Berneri era partidario de un pensamiento crítico que no se cerrara en dogmas, que permaneciera abierto a la investigación de lo concreto, al estudio de los problemas de la actualidad. Este método de análisis, que aprendió de Gaetano Salvemini con quien se licenció en la Universidad de Florencia a principios de los años veinte, lo llevó a tomar distancia, en cierta medida, también del utopismo de la tradición anarquista. Berneri era muy consciente del gran valor crítico de la anarquía (en particular, ante la estructura centralizada y autoritaria del Estado moderno), pero reconocía su inconsistencia política. Por tanto, en su opinión los anarquistas deberían haber dejado de lado la negación *qualunquista* del Estado y de sus leyes, y haberse puesto a trabajar en un proyecto político actual que pudiera oponerse al fascismo, pensando también en establecer alianzas con fuerzas afines.

Durante su exilio francés, Berneri siguió con particular simpatía al movimiento Giustizia e Libertà fundado por Carlo Rosselli, y también a los republicano-socialistas, encabezados por Fernando Schiavetti. El diálogo entre Berneri y Rosselli fue particularmente intenso a partir de mediados de los años treinta, cuando la situación del antifascismo en el exilio había cambiado profundamente respecto a los años anteriores. De hecho, la Concentración antifascista, que había reunido a buena parte de los opositores al régimen, se había disuelto en 1934. El nuevo eje alrededor del cual giraba la lucha contra el fascismo estaba representado por la alianza entre el Partido Comunista y el Partido Socialista. Los grupos Giustizia e Libertà (GL) de Rosselli y Azione Repubblicana e Socialista (ARS) de Schiavetti se habían quedado fuera. En este contexto, y especialmente entre finales de 1935 y principios de 1936, Berneri intentó construir una alianza alternativa entre el movimiento de Rosselli, el de Schiavetti y los anarquistas que lo seguían. Esta actividad no pasó inadvertida a los espías de la policía política italiana, que notificaron puntualmente a la

⁴ Salvati, Mariuccia, «La passione civile in Simone Weil. Spunti per una lettura storica», *Francofonia*, 12, 1987, pp. 35-63.

⁵ De Maria, Carlo, *Camillo Berneri...*, *op. cit.*, p. 152.

Dirección General de Seguridad Pública de Roma la presencia de Berneri en las reuniones de GL y de ARS. La intención del anarquista era crear un auténtico contrapeso a la alianza social-comunista. Sin embargo, este proyecto político no consiguió ganar terreno y solo derivó en un círculo cultural organizado por Rosselli y Berneri en París. Con todo, puede decirse que lo que pocos meses más tarde sería, en el marco de la Guerra Civil Española, el pacto fundacional de la columna de voluntarios italianos en Barcelona entre Berneri, Rosselli y el republicano Mario Angeloni tiene sus raíces precisamente en estos encuentros parisinos.

Volviendo a la relación Berneri-Rosselli, es conocida la afinidad que se creó entre ambos en torno al autonomismo y el federalismo. Pero quisiera concentrarme aquí en otro aspecto. Tanto Berneri como Rosselli dirigieron una parte importante de su crítica social contra los «marxistas oficiales», culpables de insistir en el mito abstracto de las masas obreras. La crítica social de Berneri y la de Rosselli presentan gran afinidad precisamente en la condena de una cierta retórica socialista y comunista; retórica que encontraba su expresión en las fórmulas del «alma proletaria», de la «conciencia proletaria» y de la «cultura proletaria» (Berneri dio el título de *L'operaiolatria* a uno de sus panfletos más logrados)⁶. En cambio, ambos hicieron hincapié en la forma *individuo*, porque el individuo, como escribió Rosselli en *Socialismo liberale*, es la «célula moral básica»⁷. Las nuevas élites morales, que según ellos debían encargarse de impulsar el cambio revolucionario dando ejemplo de audacia, sacrificio y tenacidad a las mayorías, se dirigían necesariamente a las minorías y no estaban interesadas en divinizar al proletariado. Y de ahí también que su crítica social fuera un tanto despiadada, a menudo agria contra la insuficiencia moral e intelectual de las masas. Durante las reuniones parisinas de Giustizia e Libertà, Berneri tuvo la oportunidad de conocer a Nicola Chiaromonte, refinado intelectual liberal-radical⁸. Han quedado algunos rápidos intercambios epistolares que en cualquier caso demuestran la correspondencia y la afinidad entre ambos. «No sé si te acuerdas de mí: nos conocimos en JL, yo me presenté como *Luciano*. Me dirijo a ti siguiendo

⁶ Berneri, Camillo, *L'operaiolatria*, Brest, Gruppo d'edizioni libertarie, 1934.

⁷ Rosselli, Carlo, *Socialismo liberale*, Turín, Einaudi, 1997, p. 111 [edición original: Rosselli, Carlo, *Socialisme libéral*, París, 1930].

⁸ Bianco, Gino, *Nicola Chiaromonte e il tempo della malafede*, Manduria-Bari-Roma, Lacaita, 1999.

el consejo de Tasca»⁹. «Me gustaría mucho verte. ¿Me puedes telefonar una mañana de estas para quedar?»¹⁰. La crítica social de una figura *herética* como Berneri se formó gracias a intercambios e influencias recíprocas entre personalidades individuales, capaces de superar las barreras de las organizaciones a las que pertenecían en nombre del objetivo: la lucha contra el fascismo y el fenómeno totalitario. Sus interlocutores privilegiados fueron intelectuales que, como él, eran refractarios a las organizaciones de masas y a los partidos.

Beneri llegó a formular su propio pensamiento político, si bien no completamente, que giraba en torno a la idea del «Estado libertario»¹¹. El «Estado libertario» preveía una mínima autoridad central y amplia autonomía de los cuerpos intermedios, tanto territoriales como no territoriales, es decir, municipios, cooperativas, formas asociativas, sindicatos, consejos de fábrica, en una especie de autoorganización comunitaria desde abajo aplicada según el principio del federalismo y de la divisibilidad del poder¹². Bajo la protección de una noble tradición de pensamiento (Pierre-Joseph Proudhon, Carlo Cattaneo, Giuseppe Ferrari y Gaetano Salvemini), el proyecto federalista de Berneri aspiraba a garantizar el máximo de autonomía, tanto material como espiritual, para los individuos y los grupos, respecto a visiones éticas del Estado o abstractos intereses generales. Aquí la autonomía debe entenderse en el sentido etimológico del término, como capacidad de dotarse de normas; y la autonomía espiritual se refiere al derecho a la herejía, al derecho a la diversidad. Por tanto, era ante todo un discurso de libertad personal y de tutela de las minorías.

Beneri utilizaba una fórmula sintética para referirse a su modelo federal: «Cattaneo completado con Salvemini y con el Sovietismo»¹³. Berneri sumaba al federalismo de Carlo Cattaneo y de Salvemini (es decir, el federalismo político-territorial) el problema de la representación de los intereses, esto es, la organización sindical, los consejos de fábrica (federalismo social). En resumen,

⁹ Carta de Chiaromonte, Nicola a Berneri, Camillo [París], 18.6 [1936], en International Institute of Social History, Amsterdam, Vernon Richards. Sobre la relación entre Berneri y Angelo Tasca, véase Gervasoni, Marco, «Il filo rosso della “inappartenenza”: Berneri e Tasca», *Rivista storica dell'anarchismo*, 1 (1997), pp. 85-94.

¹⁰ Carta de Luciano [Chiaromonte, Nicola] a Berneri, Camillo, [París], s.d., en Archivo Familia Berneri – Aurelio Chessa, Reggio Emilia, Fondo Camillo Berneri, caja II.

¹¹ De Maria, Carlo, *Camillo Berneri...*, *op. cit.*, pp. 159-169.

¹² Arendt, Hannah, *Sulla rivoluzione*, Milán, Comunità, 1996 [1963].

¹³ De Maria, Carlo, *Camillo Berneri...*, *op. cit.*, p. 128.

Berneri reflexionaba sobre las relaciones ciudadano-Estado en su conjunto, no solo en el terreno político-jurídico, sino también en el económico-social. Entre los clásicos del pensamiento anarquista, el autor más afín a Berneri es sin duda Proudhon, quien en la fase madura de su reflexión planteó el anarquismo como variante extrema del liberalismo¹⁴. En esta fase del pensamiento proudhoniano se inscribe la revalorización de la pequeña propiedad privada, establecida para proteger la libertad individual contra la injerencia del poder público. Y también la elaboración federalista, con la máxima autonomía para los municipios y las circunscripciones regionales y una autoridad central limitada a la función de simple iniciativa general, de garantía y de vigilancia recíproca. Proudhon entendía el federalismo como aproximación a la anarquía. Aquí estamos muy cerca del «Estado libertario» teorizado por Berneri, que escribía: «La anarquía es religión, el Estado libertario es política». Por tanto, también para Berneri el federalismo, principio informador del «Estado libertario», era una aproximación histórica a la anarquía. Proudhon, además de ser el autor predilecto de Berneri, también fue uno de los referentes principales del proyecto federalista de Silvio Trentin (me refiero al Trentin de *Stato-Nazione-Federalismo* de 1940)¹⁵. La ascendencia común proudhoniana fue uno de los motivos que llevaron a Berneri y a Trentin a tratarse en Francia en los años treinta y a mantener intercambios y correspondencia. Sus proyectos libertarios, aunque extremadamente frágiles y expuestos a múltiples críticas, tienen un profundo significado histórico: representan respuestas radicales y derivadas del totalitarismo.

En otras palabras, la peculiaridad del anarquismo de Berneri, así como las metas originales de otros intelectuales de su época, no se pueden explicar totalmente sin tener en cuenta la experiencia directa de lo que estaba sucediendo en la Europa de entreguerras. El inicio de la biografía política de Berneri corresponde esencialmente a la Primera Guerra Mundial y a la «democratización anómala» de 1914-1918¹⁶. En cambio, el perfilarse de su reflexión política madura y original coincide con la construcción del Estado fascista. Son dos fenómenos capitales del siglo XX que Berneri captó en su novedad. Durante los años veinte y treinta, se sumió en reflexiones agudas tanto sobre

¹⁴ Berti, Giampietro, *Il pensiero anarchico dal Settecento al Novecento*, Manduria-Bari-Roma, Lacaita, 1998, pp. 153-225.

¹⁵ Trentin, Silvio, «Stato – Nazione – Federalismo», en Trentin, S., *Federalismo e libertà. Scritti teorici. 1935-1943*, a cargo de N. Bobbio, Venecia, Marsilio, 1987, pp. 35-231.

¹⁶ Furet, François, *Il passato di un'illusione. L'idea comunista nel XX secolo*, Milán, Mondadori, 1997.

la importancia del derecho como garantía de la libertad del individuo ante el Estado, como sobre el problema de la demagogia. Es fácil constatar que se trata de temas propios del liberalismo: frente al fenómeno totalitario, Berneri llegó a entender plenamente la importancia de las garantías liberales como bien en sí mismo. El programa mínimo de su «anarquismo *actualista*»¹⁷, elaborado en el exilio en relación con la «revolución italiana», era precisamente «liberal», «autonomista» y «federalista». Tenía la voluntad de oponerse al fascismo de forma eficaz y puntual y de ajustar cuentas con el acontecimiento histórico que había conducido a ello, a partir de la tradición de centralización administrativa del Estado unitario¹⁸.

Es cierto que Berneri no fue el único intelectual de su generación que planteó el problema de la novedad. Pensemos, por ejemplo, en las fórmulas anómalas, respecto a las correspondientes familias políticas, de Gobetti («revolución liberal») y de Rosselli («socialismo liberal»), pero también en el republicanismo socialista de Schiavetti. Cuando en 1930 salió en París *Socialismo liberale*, Benedetto Croce objetó que Rosselli había caído en el «error lógico de yuxtaponer» el liberalismo al socialismo, acuñando una «fórmula sintética» que era un oxímoron¹⁹. En cambio, según las palabras de Rosselli, no era «una morbosa necesidad de novedad, sino el fracaso constatado de todas las viejas posiciones»²⁰. No es superfluo señalar que estos *innovadores* de las respectivas culturas políticas habían nacido en el arco de una década entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX: Gobetti era de 1901, Rosselli de 1899, Berneri de 1897, Schiavetti de 1892. Los tres últimos combatieron en la Gran Guerra. No así Gobetti, que era el más joven; pero –como él mismo escribiría– había «respirado» la guerra mientras crecía²¹.

¹⁷ De Maria, Carlo, *Camillo Berneri...*, *op. cit.*, pp. 17 e n, 124-125 e n, 133 e n.

¹⁸ *Ibidem*, pp. 185-191.

¹⁹ Urbinati, Nadia, «Il socialismo liberale nella tradizione politica italiana», en *La sinistra e le due libertà*, Forlì, Una città, 2004, pp. 55-68: 67.

²⁰ Rosselli, Carlo, *Azione antifascista internazionale*, agosto 1933, en Archivos de “Giustizia e Libertà”, Florencia, Fondo Carlo Rosselli, b. 3, fasc. 4, s. fasc. 10, citado por extenso en De Maria, Carlo, *Camillo Berneri...*, *op. cit.*, pp. 140-141.

²¹ Gobetti, Piero, *La Rivoluzione Liberale. Saggio sulla lotta politica in Italia*, Turín, Einaudi, 1995, p. 3 [primera edición Bolonia, Cappelli, 1924].

EL EXILIO COMO VIAJE ANTIGUO Y MODERNO

En las perspectivas planteadas por la cultura europea en las décadas siguientes al paréntesis de 1914-18, auténtica apertura y «número simbólico» del nuevo siglo, surgió con claridad la crisis de la idea de un progreso lineal de la sociedad –propia del siglo XIX–, así como la de una posible integridad y racionalidad de la experiencia humana, ya fuera cognitiva, narrativa o artística²². Entre los horrores que se produjeron con el estallido de la Primera Guerra Mundial –y que en los años veinte y treinta exacerbó el bolchevismo, el fascismo y el nazismo– estaba sin duda la suerte de los «refugiados políticos», la «caza al hombre» a la que estaban sometidos: «indeseados en todas partes, arrastrados de frontera en frontera, a menudo hacia la muerte»²³. Camillo Berneri, que abandonó su país en 1926, tampoco escapó al «destino del refugiado político», según palabras de Emma Goldman. Siendo aún estudiante universitario, había vivido la Gran Guerra cuando hacía el servicio militar y, en algunas páginas autobiográficas de mediados de los años treinta, conseguía dar voz a una ruptura psicológica típica de su época:

«Esto no es un libro, sino un centón. Es como el exilio, el de verdad, vivido por los que han truncado su vida y no consiguen encontrar la cola para pegar los fragmentos. No es un sistema de razones, sino una explosión de sentimientos, una confesión pública, que enciende un fuego de simpatía que llama a los desaparecidos en la landa oscura y fría».

Con estas palabras iniciaba el prefacio de *Esilio*²⁴, trabajo «introspectivo» con el que, en 1935 y desde su vivienda en la periferia de París, Camillo Ber-

²² Salvati, Mariuccia, *Il Novecento. Interpretazioni e bilanci*, Roma-Bari, Laterza, 2001; Guglielmi, Guido, *La prosa italiana del Novecento II. Tra romanzo e racconto*, Turín, Einaudi, 1998.

²³ Goldman, Emma, Prefacio de Berneri, Camillo, *Pensieri...*, *op. cit.*, p. 15. Emma Goldman, que fue vecina de Berneri en los últimos meses dramáticos vividos en Barcelona en 1936-37, leía con agudeza la historia de Europa de esos años a través de la tragedia de los refugiados políticos, auténtico símbolo del siglo XX, capaz de resumir todas las sombras que envolvían el viejo continente.

²⁴ Berneri nunca completó este proyecto editorial. Nos han llegado solamente algunas páginas. Aquí, se hace referencia, sobre todo, a Berneri, Camillo, *Prefazione* (de *Esilio*), en Archivo Familia Berneri – Aurelio Chessa, Reggio Emilia, Fondo Camillo Berneri, caja XII, donde también se encuentran los apuntes tomados en la preparación del libro. El prefacio se publicó, con algunas supresiones e inexactitudes, en Berneri, Camillo, *Pensieri...*, *op. cit.*, pp. 157-162.

neri empezaba a reflexionar sobre el camino recorrido en los últimos diez años. Como discípulo de Salvemini (y con razón se ha hablado del menos conocido entre los mejores discípulos del gran intelectual pullés)²⁵, había asimilado su lección antidogmática y su «peculiar racionalismo». Al principio de los años veinte, el «problemismo» de Salvemini había conseguido comunicar con una parte importante aunque minoritaria de la intelectualidad joven que salía de la guerra, a menudo reunida en torno a la revista *La Rivoluzione Liberale* de Piero Gobetti²⁶. Gobetti y Berneri respondieron a las insidias de un racionalismo ya en crisis aferrándose a un pensamiento entendido como un impulso moral: «Despreciando los fáciles optimismos y los fáciles escepticismos –escribía Gobetti dirigiéndose a la “nueva generación”– sabremos apartarnos de nosotros mismos e interesarnos por la autobiografía como si de un problema se tratase»²⁷. Por lo demás, Berneri afirmaba con simplicidad: «Lo que me interesa no es el problema de la racionalidad del mundo, sino el de la racionalidad de mi acción»²⁸. Y este esfuerzo de análisis autobiográfico se encuentra en los fragmentos manuscritos de su *Esilio*, la obra que Berneri concebía como una «síntesis introspectiva de diez años ya de pasión, de fracasos monstruosos y de experiencias desgarradoras y de una lucha casi diaria con la vida».

Tomando prestadas algunas categorías elaboradas por Eric J. Leed, el historiador anglosajón de la «experiencia vivida», el exilio de Berneri parece reunir en sí mismo las características del «viaje antiguo» y del «viaje moderno»²⁹. El exilio, ante todo, como viaje marcado por la constricción y el sufrimiento. Un viaje antiguo, que somete a dura prueba. La identidad de quien lo afronta se reduce a los elementos esenciales:

«He conocido –escribía Berneri– las nostalgias que poquísimos sufren y que, de mencionarlas, habrían suscitado la risa; me he visto enredado en tramas policíacas y en vilezas de caballeros; he conocido momentos oscuros en los que las almas generosas se cuentan con los dedos de la mano, mientras que las almas cautas se

²⁵ Cavaglion, Alberto, «Introduzione», en Berneri, Camillo, *Mussolini grande attore. Scritti su razzismo, dittatura e psicologia delle masse*, Santa Maria Capua Vetere, Spartaco, 2007, p. 12.

²⁶ Salvemini, Gaetano, *Memorie e soliloqui. Diario 1922-1923*, Bologna, Il Mulino, 2001, p. 184.

²⁷ Gobetti, Piero, *La Rivoluzione Liberale...*, op. cit., p. 4.

²⁸ De Maria, Carlo, *Camillo Berneri...*, op. cit., p. 151.

²⁹ Leed, Eric J., *La mente del viaggiatore. Dall'Odissea al turismo globale*, Bologna, Il Mulino, 1992.

escabullen, para regresar con la mano tendida cuando aparece el arco iris; he visto como algunos a quien consideraba superiores y amaba con corazón fraternal me negaban el gesto presto y benigno que alivia la herida abierta y ardiente; me han escupido, encerrado entre cuatro paredes por culpa de remendones de mentiras, de canallas deslenguados, de sinvergüenzas fraudulentos sin que los caballeros se sublevaran; me he reencontrado en el exilio con hombres desfigurados, apestados y contaminados que había conocido en Italia cuando eran intrépidos y generosos; he visto como deformaban mi pensamiento, negaban mis intenciones, ridiculizaban mis esfuerzos muchos “compañeros de fe y de batalla”; he dudado de que algunas de mis polémicas procedieran de un estéril rencor de decadencia más que de un odio feroz fruto de un apasionado amor; he conocido consuelos de esperanza que hubiera querido expresar con la danza y abatimientos de suicidio; he soñado con construir un sólido y airoso edificio, pero he constatado que mi aliento es breve; he sopesado mi cerebro, radiografiado mi corazón, y estoy ora abatido, ora orgulloso. Me pregunto si mi actividad política no es un escarbar sin sentido en las hojas secas de una ideología crepuscular; la fe que era de un bonito verde tierno y rico se ha vuelto ahora rojiza como las viñas en otoño, porque el resentimiento del exilio la ha corroído hasta el punto de perder la esperanza en los racimos opulentos que se doran al sol; siento que el peso del exilio se vuelve aplastante y como no tengo un solo corazón, me encuentro en una encrucijada: desertar o salir de la trinchera, con un buen salto hacia adelante».

No obstante, desde el punto de vista cultural, para Berneri el exilio supuso también una oportunidad para el descubrimiento y el enriquecimiento. Un viaje moderno, que permite acceder a algo nuevo. «No he descubierto Italia hasta que no he estado fuera, a la vez que me hacía europeo. Por no hablar de las experiencias de vida, de los descubrimientos culturales (Freud, etc.), las amistades, etc.»³⁰. En estos términos Berneri escribía a su amigo Mario Bergamo en 1935, mientras recogía ideas para el libro que –como se ha dicho – nunca terminó. Efectivamente, en un índice provisional de la obra, el capítulo séptimo iba a estar dedicado a un «Elogio del exilio». En algunas notas al margen del índice, Berneri recordaba el «descubrimiento de la patria», y también amistades, ocasiones de encuentro y descubrimientos culturales de esa década vivida fuera de Italia, sintetizada por los nombres de Sigmund Freud (una vez más); el francés Sébastien Faure del *Libertaire*; el líder anarquista ucraniano Nestor Makhno, muerto en París en 1934; otros exiliados como los anarquistas italianos Luigi Fabbri, Torquato Gobbi, Ugo Fedeli; los alemanes Rudolf Rocker, Fritz Kater, Augustin Souchy, Erich Mühsam; la pareja ruso-lituana

³⁰ Citado en De Maria, Carlo, *Camillo Berneri...*, *op. cit.*, p. 156.

formada por Alexander Berkman y Emma Goldman; y también los republicanos socialistas Fernando Schiavetti, Antonio Chiodini, Francesco Volterra, animadores de la revista *Problemi della rivoluzione italiana* de Marsella.

Durante el verano de 1936, Berneri decidió «salir de la trinchera» y se trasladó a Barcelona, donde fue asesinado el 5 de mayo de 1937, en el marco de la progresiva soviétización de la España republicana. En los meses anteriores, en algunos artículos había reivindicado el deber y la valentía de decir toda la verdad sobre la presencia soviética en España: «A partir de ahora, España se encuentra entre dos fuegos: Burgos y Moscú. [...] Un asedio. Una acumulación de nubes negras en el horizonte y una niebla que ciega. Agucemos la mirada y sujetemos el timón con mano de acero. Estamos en alta mar y hay tormenta. Pero nosotros [los anarquistas] sabemos hacer milagros».³¹ El 29 de mayo de 1937, el semanario comunista *Le cri du peuple* de París, en un artículo no firmado y titulado «Hay que elegir», afirmaba precisamente que Berneri había sido «ajusticiado [...] por la Revolución democrática, a la que ningún antifascista puede negar el derecho de legítima defensa». Se puede estar de acuerdo con Pietro Adamo cuando afirma que nos encontramos frente a «un impresionante documento de la inhumanidad de la pasión ideológica»³² y, por lo demás, como escribió Salvemini casi un año después del homicidio: «Que un hombre como ese haya podido ser asesinado de forma tan malvada, solo es concebible en un mundo que ha descendido hasta el último peldaño de la barbarie»³³.

UNA HISTORIA INDIVIDUAL, UNA HISTORIA DE FAMILIA

La experiencia del exilio entre las dos guerras mundiales implicó a familias enteras y, por primera vez, hizo emerger de forma evidente una militancia femenina, que más tarde coincidiría también en la Resistencia a la ocupación alemana en Italia y en otros lugares. Frente a la disgregación de sus núcleos familiares, muchas mujeres cercanas a los ambientes antifascistas y de oposición

³¹ Berneri, Camillo, «La guerra e la rivoluzione», *Guerra di classe* (Barcelona), I, n. 6, 16.12.1936.

³² Adamo, Pietro, «La morte di Berneri e le responsabilità di Togliatti», *MicroMega*, 1 (2001), p. 93.

³³ Salvemini, Gaetano, a Caleffi Berneri, Giovanna, París, 10.6.193[8], en Archivo Familia Berneri – Aurelio Chessa, Reggio Emilia, Fondo Giovanna Berneri, Epistolario, caja XX.

iniciaron un nuevo recorrido y asumieron responsabilidades públicas antes reservadas a sus respectivas parejas. Un caso ejemplar es el de la familia Berneri, que confirma enteramente cómo a los grupos familiares les correspondía «un *estatus político*»³⁴. Tras la muerte de Camillo Berneri, su esposa Giovanna Caleffi (1897-1962) se comprometió a difundir y mantener viva la memoria de su marido. Para ello, participó por primera vez en las reuniones de los anarquistas italianos en París. Fue el primer paso hacia la militancia: un camino hacia la política que, en la segunda posguerra, se desarrollaría de forma original y autónoma, pero que tiene como origen un impulso que todavía viene de la interpretación de un papel tradicional de cuidado y salvaguarda del espacio doméstico y de los afectos familiares.

La elección militante de Giovanna difiere respecto a la de sus dos hijas, Maria Luisa y Giliana Berneri, nacidas entre 1918 y 1919 y que a todos los efectos entraban en el «universo juvenil» que en los años veinte y treinta se caracterizó por una aceleración de los ritmos y de los estilos de vida, que hizo que las hijas que crecieron en el periodo de entreguerras fueran «distintas de sus madres, sideralmente alejadas de los comportamientos de sus abuelas»³⁵. De hecho, Maria Luisa y Giliana se acercaron al anarquismo siendo aún adolescentes, a través del debate libre y continuo con su padre y con amigos y compañeros de estudios a propósito de cultura, religión y política. De las dos, sin duda Maria Luisa Berneri fue la que tuvo una biografía política más densa. Salió a la vida pública con plena conciencia a mediados de los años treinta, años dramáticos para Europa, durante los cuales enseguida aprendió a tomar posición y a interrogarse sobre el destino de la humanidad. Tras estudiar en el Lycée Victor Hugo de París, empezó a frecuentar un curso de estudios psicopedagógicos en la Sorbona. En 1937 se casó con el intelectual anarquista italo-británico Vernon Richards y se trasladó a Londres, donde vivió hasta su prematura muerte en 1949. En esos años desplegó una intensa actividad en el periodismo político, como inspiradora y redactora de tres publicaciones anarquistas junto a Richards, *Spain and the World* (1936-1938), *War Commentary* (1939-1945) y, por último, *Freedom* a partir de 1945. Marie Louise y Vernon, ambos veinteañeros o poco más mayores, (Richards era de 1915), consiguie-

³⁴ Ginsborg, Paul y Porciani, Ilaria, Introducción de *Famiglia, società civile e Stato tra Otto e Novecento*, número monográfico de *Passato e Presente*, 57 (2002), pp. 5-7.

³⁵ De Giorgio, Michela, «Buone maniere in famiglia», en Melograni, Piero (a cargo de), *La famiglia italiana dall'Ottocento a oggi*, Roma-Bari, Laterza, 1988, pp. 259-286: 274, pero véase todo el cap. «Padri, madri, figli, figlie».

ron atraer hacia el movimiento anarquista a muchos jóvenes radicales y con su actividad marcaron toda una época del anarquismo inglés, la comprendida entre los años treinta y los años cincuenta³⁶.

Maria Luisa Berneri había dejado Italia a la edad de 8 años, en agosto de 1926, cruzando la frontera italo-francesa en Ventimiglia. Viajaba junto a su madre y su hermana menor. El padre, Camillo, se había expatriado en abril y las esperaba en París. La precariedad económica en la que se encontraron los Berneri en París se vio aliviada gracias a un préstamo del padre de Giovanna Caleffi. Esta suma de dinero les permitió comprar en 1928 una casita en la *banlieue* este de París, en el municipio de Montreuil-sous-Bois, y más tarde, en abril, hizo posible que Giovanna abriera una tienda de alimentación en la periferia de la capital, en la calle Terre Neuve. Gracias a los ingresos de la «tiendecita», que entró en actividad en 1933, Maria Luisa y Giliana pudieron completar sus estudios en el instituto y matricularse en la universidad. Por su parte, Camillo encontró la manera de dedicarse con mayor continuidad al trabajo de intelectual, en vez de a trabajos manuales como peón o pintor de brocha gorda.

A menudo, de los archivos de las mujeres surgen las reflexiones más complejas y desencantadas sobre la realidad del exilio. En las biografías en femenino, las zonas limítrofes entre la esfera privada y la esfera pública (entre el cuidado de la familia y el compromiso social) suelen ser más amplias que en el caso de los hombres, y de ahí que haya probablemente mayor franqueza y profundidad de percepción. En una carta de 1944 dirigida al anarquista Stefano Vatteroni, Giovanna Caleffi recordaba las esperanzas y las desilusiones ligadas al viaje clandestino realizado con toda la familia en 1926 entre Italia y Francia y escribía:

«Si supieras cuántas veces en el exilio nos dijimos, nosotros también, que hubiera sido mejor afrontar la cárcel o el confinamiento antes que abandonar Italia. El exilio ha contado bien poco en la lucha contra el fascismo: es cierto que quien se marchaba se llevaba consigo un montón de buenas esperanzas y creía que podría seguir siendo útil y podría contribuir mucho más a la caída del dictador. Son experiencias que hay que vivir y en las que solo eres consciente de su ineficacia cuando se han terminado»³⁷.

³⁶ Woodcock, George, *L'Anarchia. Storia delle idee e dei movimenti libertari*, Milán, Feltrinelli, 1971, p. 400.

³⁷ Caleffi Berneri, Giovanna, *Un seme sotto la neve. Carteggi e scritti*, a cargo de C. De Maria, Biblioteca Panizzi, Reggio Emilia, 2010, p. 72.

Junto con las cartas de su madre, sin duda la fuente más completa de información para recorrer los años de formación de Maria Luisa (o mejor dicho, Marie Louise según la versión francesa que adoptó en su trabajo posterior como periodista y militante) es la considerable correspondencia mantenida con su casi coetáneo Vernon Richards. Se trata de un apasionado y denso epistolario, totalmente inédito, que empieza en octubre de 1932³⁸. Vernon, cuyo verdadero nombre era Vero Recchioni, vivía en Londres y había conocido a Maria Luisa el año anterior gracias a su padre, el anarquista oriundo de Romagna, Emidio Recchioni. Este residía en Inglaterra desde hacía más de treinta años, aunque regularmente seguía en contacto con los exiliados anarquistas en Francia y, sobre todo, con los que como Camillo Berneri estaban especialmente decididos a perjudicar a Mussolini y al régimen fascista, incluso con acciones individuales. Los dos jóvenes se escribían alternando el francés y el italiano. También gracias a la influencia de Vernon, en esa época Marie Louise estaba empezando a estudiar inglés. La joven Berneri tenía apenas catorce años, pero el ambiente del exilio italiano ya aparecía entre las líneas de sus misivas. El primer indicio es de noviembre de 1932, cuando explicaba a Vernon que había participado con sus padres en una lotería en favor de las víctimas políticas.

En 1935, Italia atacó Etiopía. Durante esa primavera, Marie Louise estaba ocupada en la preparación del examen de bachillerato (*Baccalauréat*). Las conquistas imperiales del fascismo parecían aniquilar la oposición de los expatriados y hacían que su vida fuera todavía más difícil de lo que ya era. El exilio de la familia Berneri seguía acompañado de la sucesión de decretos de expulsión y de breves permisos de residencia de Camillo. En noviembre de 1935, le llegó un nuevo mandato de expulsión y esta vez la propia Marie Louise se comprometió en primera persona en la organización de conferencias públicas a favor del derecho de asilo para los refugiados políticos. Por suerte, la dimensión del exilio también reservaba oportunidades de descubrimiento y enriquecimiento cultural. «L'autre soir papa m'a parlé assez longtemps de Freud» (la pasada noche papá me habló durante bastante tiempo de Freud), escribía Marie Louise en enero de 1936³⁹. Y las sugerencias paternas la llevaron a leer con gran interés

³⁸ La correspondencia de M. L. Berneri con V. Richards se conserva en el Fondo Richards del Archivo Familia Berneri – Aurelio Chessa, en Reggio Emilia. De este núcleo documental se han extraído todas las cartas que siguen, también ampliamente citadas en De Maria, Carlo (a cargo de), *Maria Luisa Berneri e l'anarchismo inglese*, Reggio Emilia, Biblioteca Panizzi, 2013.

³⁹ Berneri, M.L., a Richards, V., París, 31 de diciembre de 1935.

la *Introducción al psicoanálisis* de Freud. Se acababa de matricular en un curso de estudios psicopedagógicos en el Instituto de Psicología de la Universidad de París, donde seguía las clases de psicología general, psicología aplicada y pedagogía. Iba a menudo al complejo hospitalario de St. Anne donde asistía a las clases de psicología clínica y psiquiatría. Y para ganar algún dinero, enseñaba italiano a domicilio, a jóvenes estudiantes franceses.

En la primavera de 1936, Marie Louise celebró el resultado de las elecciones políticas que ganó el Frente Popular, la alianza de los partidos de izquierdas capitaneados por el líder socialista Léon Blum. Durante esas mismas semanas, en Francia e Inglaterra salieron algunos números de una publicación antifascista realizada por Camillo Berneri y Vernon Richards: *Italia Libera/Free Italy*. A pesar del lanzamiento de esta nueva iniciativa editorial, Camillo se había convencido de la evidente impotencia de los exiliados y hablaba abiertamente de derrota del antifascismo. Sin embargo, en verano se avivó repentinamente la esperanza representada por la guerra civil española y por una posible revolución libertaria en la Península. A finales de julio, Berneri fue uno de los primeros antifascistas italianos que se trasladó a España y, en octubre, empezó a publicarse *Guerra di classe*, el periódico que él dirigía en Barcelona. En otoño, Marie Louise visitó a su padre y se quedó en España durante aproximadamente una semana (desde el 26 de octubre hasta el 3 de noviembre de 1936), sobre todo en Barcelona y Valencia. Antes de marcharse se apresuró a comprar un aparato auditivo para su padre, pues cada vez tenía más problemas de oído («realmente lo necesita porque le cuesta mucho oír a toda esa gente que viene a hablarle») ⁴⁰, y nada más llegar a Barcelona, escribía a Richards:

«Querido Vero, acabo de llegar después de 20 horas de viaje trascurridas en buenas condiciones y estoy lista para volver a partir a Valencia mañana por la noche. Me ha alegrado mucho de ver a papá a quien he encontrado delgado, un poco cansado, pero en ningún modo enfermo. Veo a tantos compañeros que van o vuelven del frente. En la habitación contigua hay una reunión, yo estoy en el despacho de papá en un magnífico edificio de la FAI. Espero ver y aprender ciertas cosas sobre la revolución que puedan ser de utilidad si se produce un golpe en Francia, pero papá tiene poco tiempo para hablar conmigo y los demás compañeros seguro que no me instruirán» ⁴¹.

En diciembre salió el primer número de *Spain and the World*. Marie Louise se congratulaba con Vernon: «Cuánto contenido en esas cuatro páginas». Por

⁴⁰ Berneri, M.L., a Richards, V., París, 24 de octubre de 1936.

⁴¹ Berneri, M.L., a Richards, V., Barcelona, 27 de octubre de 1936.

lo demás, ella misma colaboraba en el periódico y en su difusión en Francia. El año 1937 fue terrible para el antifascismo internacional y para la lucha contra las dictaduras: la muerte de Antonio Gramsci, de Berneri y de los hermanos Rosselli; la batalla fratricida dentro de la izquierda durante la guerra civil española y la intensificación de las purgas estalinistas en Rusia; el fascismo triunfante superviviente de la proclamación del Imperio; el franquismo a punto de vencer; y el nazismo que estaba preparando su asalto a Europa. Marie Louise ya era una militante a tiempo completo: «La camarada Berneri —escribía en enero— ha tenido que hacer acto de presencia en un mitin de protesta contra el proceso trotskista de Moscú»⁴². Al periodismo militante sumaba su implicación en las iniciativas de intervención social y, en particular, colaboraba con el Comité anarquista italiano pro-España de París en obras de auxilio a los niños españoles que se habían quedado huérfanos durante la guerra civil. Las iniciativas tenían el apoyo del *Libertaire*, órgano de la unión anarcocomunista francesa, pero también de *Spain and the World*. En marzo, Marie Louise pedía a Vernon que recogiera y mandara dinero de Londres y escribía que su madre, Giovanna Caleffi, soñaba con vender la tiendecita de París para ocuparse a tiempo completo de la ayuda a esos niños⁴³. Quizás el tema más relevante relacionado con las trayectorias biográficas de las mujeres socialistas y anarquistas del periodo entre las dos guerras mundiales fue precisamente la implicación *desde abajo* — es decir, fuera o al margen de las instituciones públicas — en la intervención educativa y en el trabajo de asistencia social. Frente a la afirmación de las dictaduras, muchas jóvenes militantes invirtieron mucha energía en favor de una educación para la libertad.

Desde España seguían llegando noticias de amigos y compañeros muertos, como en el caso del anarquista Antonio Cieri, quien antes de partir había confiado el cuidado de sus dos hijos a Giovanna Caleffi. A Marie Louise, en esta situación los estudios universitarios le parecían un lujo poco justificable. En abril tomó la decisión de casarse con Vernon lo antes posible, de trasladarse a Londres y de trabajar junto a él en las iniciativas de Freedom Press y renunció así a la licenciatura de París. La noche del 3 al 4 de mayo, un día antes de ser asesinado, su padre le escribía una carta muy densa desde Barcelona, que confirmaba la intensidad del diálogo que se había establecido entre ellos:

⁴² Berneri, M.L., a Richards, V., París, 27 de enero de 1937.

⁴³ Berneri, M.L., a Richards, V., París, 16.3.1937.

«Querida mía, no te sientas humillada por no tener ideas precisas acerca de todo [...]. El inconveniente es verlo todo claro; mientras se sabe que no se sabe y se teme no entender todo va bien. Quiere decir que no se es imbécil. Por otra parte, te darás cuenta de que muchas cosas no se han entendido porque no había nada que entender y que otras no merecían ser entendidas. El consuelo a mi sordera es la convicción de que el 90% de las cosas que no oigo no merecerían ser oídas. [...] Si tuviera menos trabajo te escribiría cartas quilométricas. Quisiera escribir largo y tendido sobre diversos problemas de la vida: entre ellos los de la administración de las energías intelectuales en el periodo de formación en el que te encuentras ahora. Quisiera que pudieras aprovechar todo lo que sé con certeza; es poco, pero es el resultado de cuarenta años de vida, capitalizado por un cierto sentido crítico y una constante curiosidad»⁴⁴.

En los días siguientes, Marie Louise atravesó nuevamente la frontera española, esta vez junto a su madre, para participar en los funerales de su padre en Barcelona. A pesar de todo, a finales de mayo consiguió un diploma universitario de pedagogía. En junio llegó la noticia de la muerte de los hermanos Rosselli. «Me he indignado tanto de pensar que se atrevían a matar tan fríamente a los antifascistas, que poco a poco se iban marchando todos y que Mussolini era más poderoso que nunca... Este nuevo asesinato nos hace pensar aún más en la muerte de papá»⁴⁵. Aun así, en ese trágico 1937, la vida de Marie Louise conocía momentos de normalidad y de tranquilidad familiar gracias a la presencia y al trabajo cotidiano de Giovanna Caleffi («oigo a mamá que empieza a cerrar la tienda, tengo que bajar y luego iré a echar mi carta al correo», escribía a Vernon el 5 de julio). Pronto se trasladaría definitivamente a Londres y, en pocos años, se afirmaría como una intelectual de vanguardia del movimiento anarquista inglés.

⁴⁴ De Maria, Carlo, *Camillo Berneri...*, *op. cit.*, p. 112.

⁴⁵ Berneri, M.L., a Richards, V., París, 14.6.1937.

LO NACIONAL Y LO POPULAR. LA REFLEXIÓN DE ANTONIO GRAMSCI SOBRE LA CRISIS ITALIANA EN LOS AÑOS DE ENTREGUERRAS

GIAIME PALA
Universitat de Girona

GRAMSCI HISTORIADOR

Me propongo aquí explicar el análisis que realizó el político y pensador Antonio Gramsci (1891-1937) sobre la crisis del régimen liberal italiano y el ascenso del fascismo en sus *Cuadernos de la cárcel*, redactados entre 1929 y 1935¹. Hablamos de un *corpus* de 33 cuadernos y 2.848 páginas manuscritas en donde Gramsci meditó acerca de diferentes temas relacionados con la vida política y cultural de su época. Y que escribió en la cárcel después de que el primer ministro Benito Mussolini, tras sobrevivir a un atentado perpetrado por un joven estudiante el 31 de octubre de 1926, ordenara la ilegalización de todos los partidos de la oposición, la creación del Tribunal Especial para la Defensa del Estado y la reintroducción de la pena de muerte, y el arresto de la cúpula del Partido Comunista de Italia, del que Gramsci era secretario general². En suma, unas leyes que consolidaban el poder dictatorial del Partido Nacional Fascista y abrían la vía a la edificación del Estado totalitario al que aspiraba Mussolini³.

Como es sabido, los *Cuadernos de la cárcel* reúnen las reflexiones de un político que, más allá de su arresto, entendió que acababa de perder una

¹ Gramsci, Antonio, *Quaderni del carcere* (edición crítica del Instituto Gramsci. A cargo de Valentino Gerratana), Turín, Einaudi, 1975.

² Sobre el arresto (en noviembre de 1926) y la vida de Gramsci en la cárcel, véase: Fiori, Giuseppe, *Vita di Antonio Gramsci*, Roma-Bari, Laterza, 1967; Lepre, Aurelio, *Il prigioniero. Vita di Antonio Gramsci*, Roma-Bari, Laterza, 1998; Canfora, Luciano, *Gramsci in carcere e il fascismo*, Roma, Salerno editrice, 2012.

³ Acquarone, Alberto, *L'organizzazione dello Stato totalitario*, Turín, Einaudi, 1965; Gentile, Emilio, *La via italiana al totalitarismo. Il partito e lo Stato nel regime fascista*, Roma, Carocci, 2008.

batalla importante en una encrucijada histórica en la que el régimen liberal, dominante en Italia desde la creación del Estado unitario en 1861, había entrado en crisis a raíz de los dos seísmos de la Gran Guerra y de la Revolución de Octubre en Rusia. Una vez en prisión, Gramsci sintió la exigencia de emprender un vasto plan de estudio que le hubiera permitido seguir luchando políticamente a través del trabajo intelectual. De lo que se trataba era de averiguar por qué el movimiento comunista, del que él fue uno de los principales activistas en Italia, fracasó en conseguir sus objetivos de transformación social y política y por qué llegó a ser derrotado de forma tan inesperada como absoluta.

Los *Cuadernos de la cárcel* fueron también un gran laboratorio en el que Gramsci se construyó un método de estudio para investigar los temas que le interesaban. Aunque cursó estudios de Letras en la Universidad de Turín (que no terminó por dedicarse profesionalmente al periodismo militante a partir de 1917), nunca se había volcado en la investigación científica antes de su detención; la totalidad de su producción intelectual anterior a 1926 fueron textos periodísticos breves o algunos informes políticos relativamente largos que redactó como dirigente del Partido Comunista de Italia⁴. En fin, había sido un periodista culto y brillante metido en política, no un estudioso avezado con la siempre difícil labor investigadora. Fue en la cárcel donde se construyó este método, ponderando las fuentes que debía utilizar, identificando los asuntos que tenía que abarcar y revisando constantemente las conclusiones a las que llegaba⁵. Para decirlo rápido: fue un trabajo *in fieri* y que en ningún caso consideró como definitivo por no disponer, como le confesó a su cuñada Tatiana Schucht en una carta de 1931, de «grandes bibliotecas»⁶.

De manera que si para Gramsci era urgente dar una respuesta al porqué el movimiento revolucionario italiano había sido derrotado, y si para responder a esta cuestión se necesitaba una investigación metodológicamente sólida, ¿cuál fue su método? Pues bien, como ha notado un agudo estudioso, su metodo-

⁴ La obra que mejor relata los años universitarios de Gramsci y su tránsito hacia el periodismo profesional es la de Leonardo Rapone, *Anni che paiono secoli. Antonio Gramsci dal socialismo al comunismo (1914-1919)*, Roma, Carocci, 2011. Sobre la militancia de Gramsci en el Partido Comunista de Italia en los años 1921-1926, véase: Spriano, Paolo, *Storia del Partito Comunista Italiano. Da Bordiga a Gramsci*, Turín, Einaudi, 1967.

⁵ Gerratana, Valentino, *Gramsci. Problemi di metodo*, Roma, Editori Riuniti, 1997; Francioni, Gianni, *L'officina gramsciana*, Nápoles, Bibliopolis, 1984.

⁶ Gramsci, Antonio, *Cartas de la cárcel*, México, Editorial Era, 2003, p. 318.

gía fue principalmente historiográfica⁷. Casi todo, en los *Cuadernos de la cárcel*, es historia o está fundamentado en la historia, puesto que Gramsci, para cartografiar la vida cultural, social y económica de la Italia de su tiempo, optó por un tipo de análisis pivotado en torno a la historia de la filosofía, la historia de la literatura, la historia de la lengua y de las tradiciones culturales, la historia de las relaciones laborales y de la administración pública, etc. Estaba convencido de que sólo un tipo de aproximación al presente que estuviese vertebrada en el escrutinio de la evolución histórica del país, le hubiese proporcionado los datos y las respuestas que andaba buscando. No sorprende, pues, la gran atención que dedicó a la historia política, social y económica de la Italia del *Risorgimento* y del periodo liberal; un estudio que tenía que tener una finalidad claramente política: «¿Cuál debe ser la actitud de un grupo político innovador con respecto al pasado, especialmente con respecto al pasado más próximo? Naturalmente debe ser una actitud esencialmente “política”, determinada por las necesidades prácticas, pero la cuestión consiste precisamente en la determinación de los “límites” de tal actitud. Una política realista no sólo debe tener presente el éxito inmediato (...), sino también salvaguardar y crear las condiciones necesarias para la actividad futura y entre estas condiciones está la educación popular. Éste es el punto. La actitud será tanto más imparcial, o sea históricamente “objetiva”, cuanto más elevado sea el nivel cultural y desarrollado el espíritu crítico, el sentido de las distinciones»⁸.

Este fragmento, redactado con el típico lenguaje críptico de los *Cuadernos* para evitar la censura carcelaria, nos indica que, para el político sardo, la capacidad de un partido revolucionario de incidir en la vida política era directamente proporcional a la comprensión rigurosa del pasado de su país⁹. Máxime en un contexto de progresiva fascistización de la sociedad italiana y de repliegue de las fuerzas de izquierdas. Del estudio de la historia y de los intelectuales del pasado

⁷ Burgio, Alberto, *Gramsci storico. Una lettura dei «Quaderni del carcere»*, Roma-Bari, Laterza, 2003. También sigue siendo útil el libro de Attilio Baldan, *Gramsci come storico*, Bari, Dedalo, 1978.

⁸ Gramsci, Antonio, *Quaderni del carcere...*, op. cit., p. 341. Para facilitar la lectura de las citas de los *Cuadernos de la cárcel* que reproduzco en este trabajo, utilizaré la siguiente versión en castellano: Gramsci, Antonio, *Cuadernos de la cárcel*, VI tomos, México, Editorial Era, 1981 (traducción de Ana María Palos revisada por José Luis González). De cada cita de los *Cuadernos*, por tanto, señalaré su ubicación en la versión italiana y, entre paréntesis, en la versión en castellano (en este caso, página 61 del segundo tomo).

⁹ Vivanti, Corrado, «Introduzione», en Gramsci, Antonio, *Quaderno 19. Risorgimento italiano*, Turín, Einaudi, 1977, pp. xiv-xv.

Gramsci sacó –para después resignificarlas– aquellas palabras clave en torno a las cuales articularía su propuesta política («hegemonía», «nacional-popular», «príncipe colectivo», etc.) y obtuvo una visión lo suficientemente completa como para entender los defectos de la acción socialcomunista desplegada hasta 1926 y qué hacer para volver a impulsar un cambio político y social. En estas páginas me limitaré a hablar de su interpretación de la crisis del estado liberal y el ascenso del fascismo, dejando claro desde ahora que un marxista como él no podía dar por buena la explicación liberal del surgimiento del fascismo como epifenómeno de una enfermedad moral que había infectado a Italia y a Europa entera en la primera posguerra mundial. Pero aceptó sólo en parte la idea, muy extendida en los partidos de la Tercera Internacional, según la cual el fascismo era un mero recurso antiproletario y terrorista de una burguesía amenazada por la ola revolucionaria surgida tras los hechos de Rusia de 1917¹⁰. Las cosas eran más complejas, y para entenderlas no se podía soslayar un análisis de la historia del pasado italiano. Porque Gramsci creía que el fascismo era el resultado de una dinámica histórica que tenía sus orígenes en el proceso de unificación estatal italiana realizado en el siglo XIX, el *Risorgimento*, cuya fenomenología condicionó en buena medida la vida sociopolítica de la Italia unitaria, que a su vez llegaría al colapso en los años veinte del nuevo siglo. En definitiva, un proceso que Gramsci interpretó como el gran punto inflexión de la historia nacional que merecía una reflexión detallada.

EL *RISORGIMENTO* COMO «REVOLUCIÓN PASIVA»

Gramsci sabía que el *Risorgimento*, lejos del relato oficial –propagado ampliamente por los gobiernos italianos hasta los años del fascismo– por el cual la unificación fue el fruto lógico de una nación italiana que luchó al unísono por hacerse Estado¹¹, fue más bien un proceso políticamente disputado,

¹⁰ Sobre las diferentes interpretaciones del fenómeno fascista, sigue siendo de gran utilidad el famoso estudio de De Felice, Renzo, *Le interpretazioni del fascismo*, Roma-Bari, Laterza, 2010 (primera edición, 1969); y también: Casucci, Costanzo, *Interpretazioni del fascismo*, Bolonia, Il Mulino, 1982.

¹¹ Banti, Antonio Mario, *Sublime madre nostra. La nazione italiana dal Risorgimento al fascismo*, Roma-Bari, Laterza, 2011, cap. I; Gentile, Emilio, *La Grande Italia. Il mito della nazione nel XX secolo*, Roma-Bari, Laterza, 2011, pp. 5-73. Para un cuadro de conjunto de las principales interpretaciones históricas del *Risorgimento* hasta 1945, véase: Maturi, Walter, *Interpretazioni del Risorgimento*, Turín, Einaudi, 1962.

por un lado, entre un sector democrático-progresista no homogéneo pero liderado por el Partido de Acción del célebre patriota republicano Giuseppe Mazzini, y por el otro, una derecha moderada y liberal con personalidades operantes en toda la península pero que tenía su núcleo más preparado y compacto en la casa real piemontesa de los Saboya y, más en general, la clase dirigente del Reino de Cerdeña, que a la postre resultarían los auténticos ganadores; un desenlace que tendría consecuencias de fuste para la vida italiana de las siguientes décadas y que llevó a Gramsci a preguntarse por qué los mazzinianos no supieron liderar y capitalizar la unificación política de los pueblos de la península. Y la respuesta tenía que ver con su incapacidad para elaborar un programa y una praxis adherentes a las expectativas de los trabajadores.

En efecto, el Partido de Acción de Mazzini no pudo dirigir la unificación italiana porque le dio la espalda al pueblo, porque sus ideólogos y agitadores no eran –para emplear una palabra típicamente gramsciana– «orgánicos» a las necesidades materiales de las clases subalternas. Eran distantes del pueblo porque no podían no serlo, al ser un movimiento más nacionalista que nacional, es decir, portador de una idea de Italia abstracta, literaria y desvinculada de la situación real que vivía entonces la península: «El Partido de Acción estaba empapado de la tradición retórica de la literatura italiana: confundía la unidad cultural existente en la península –aunque limitada a un estrato muy sutil de la población y contaminada por el cosmopolitismo vaticano– con la unidad política y territorial de las grandes masas populares que eran extrañas a aquella tradición cultural y les tenía completamente sin cuidado, suponiendo que conocieran su misma existencia»¹².

Si bien Gramsci respetaba a Mazzini en tanto que político con un fuerte espíritu de sacrificio y moralmente íntegro, le reprochaba su actitud de «apóstol iluminado» incapaz de descifrar la estrategia de sus adversarios y de involucrar a las masas populares en el *Risorgimento*. Ni él ni sus seguidores se propusieron llevar adelante una acción que adoptara algunas de las características que significaron la práctica de los jacobinos franceses después de 1789; a saber: firmeza y determinación a la hora de perseguir los objetivos fijados, capacidad de canalizar la voluntad colectiva y de convertirse en un sujeto capaz de insertar a las masas en la vida del país, y sobre todo de unir la ciudad al campo

¹² Gramsci, Antonio, *Quaderni del carcere...*, op. cit., p. 2014 (*Cuadernos de la cárcel...*, op. cit., tomo 5, p. 390).

para implicar en la lucha política al campesinado, que seguía siendo el sector económico principal del país¹³.

Por el contrario, es patente la admiración que Gramsci sintió por la ganadora del proceso de unificación italiana: la derecha moderada y liberal piemontesa acaudillada por el jefe del gobierno Camilo Benso, conde de Cavour, la cual capitalizó en 1859-1861 un movimiento como el del *Risorgimento* gracias a una actuación inteligente en política exterior (aprovechándose de la rivalidad entre Francia e Inglaterra), pero sobre todo en política interna, cementando un bloque social formado por las fuerzas conservadoras de la península que incluía a los industriales del Norte y a los terratenientes que habían dominado en el Sur borbónico hasta 1860¹⁴. Además, la derecha liberal contaba con intelectuales eficientes y funcionales a su proyecto político. Este último es un punto importante, ya que para Gramsci los intelectuales nunca han sido un grupo social autónomo. En realidad, cada clase social, para asentar una propia función en la producción económica, forma a sus intelectuales, quienes, además de su tarea profesional, proporcionan a su clase homogeneidad teórica y conciencia de sí en la escena política¹⁵. Y los liberales y moderados italianos se beneficiaron de una serie de intelectuales «“condensados” ya naturalmente por la organicidad de sus relaciones con los grupos sociales de los que eran expresión (para toda una serie de ellos se realizaba la identidad de representado y representante, o sea que los moderados eran una vanguardia real, orgánica de las clases altas, porque ellos mismos pertenecían económicamente a las clases altas: eran intelectuales y organizadores políticos y al mismo tiempo jefes de empresa, grandes agricultores o administradores de fincas, empresarios comerciales e industriales, etcétera). Dada esta condensación o concentración orgánica, los moderados ejercían una poderosa

¹³ *Ibidem*, pp. 2014 y 2027-2030. Sobre la visión gramsciana de los jacobinos franceses, deudora de la lectura de la monumental obra de Albert Mathiez *La Révolution française* (1924-1926), véase también: Collina, Vittore, «Giacobinismo e antigiacobinismo», en Mastellone, Salvo (ed.), *Gramsci: i “Quaderni del carcere”. Una riflessione incompiuta*, Turín, Utet, 1997, pp. 97-110.

¹⁴ Un estudio clásico, y fuertemente influenciado por Gramsci, sobre los últimos años del *Risorgimento* y el papel desempeñado en él por Cavour es el de Candeloro, Giorgio, *Storia dell'Italia moderna. Dalla rivoluzione nazionale all'Unità*, Milán, Feltrinelli, 1964. Desde una perspectiva historiográfica liberal y crítica con la interpretación gramsciana, véase también: Romeo, Rosario, *Risorgimento e capitalismo*, Roma-Bari, Laterza, 1959.

¹⁵ Una sugerente explicación de la concepción gramsciana del intelectual en: Fresu, Gianni, *Il diavolo nell'ampolla. Gramsci, gli intellettuali e il partito*, Nápoles, La città del sole, 2005.

atracción, de modo “espontáneo”, sobre toda la masa de intelectuales de todo grado existentes en la península en estado “difuso”, “molecular”, por las necesidades, aunque fuese elementalmente satisfechas, de la instrucción y de la administración»¹⁶.

Es por todo ello por lo que «los moderados representaban un grupo social relativamente homogéneo, por lo que su dirección sufrió oscilaciones relativamente limitadas (y en todo caso según una línea de desarrollo orgánicamente progresista), mientras que el llamado Partido de Acción no se apoyaba específicamente en ninguna clase histórica y las oscilaciones sufridas por sus órganos dirigentes en último análisis se componían según los intereses de los moderados: la afirmación atribuida a Vittorio Emanuele de “tener en el bolsillo” al Partido de Acción o algo parecido es prácticamente exacta y no sólo por los contactos personales del Rey con Garibaldi sino porque, de hecho, el Partido de Acción fue dirigido “indirectamente” por Cavour y el Rey»¹⁷.

Esta fue la fuerza que permitió a los dirigentes del Reino de Cerdeña protagonizar la construcción del nuevo Reino de Italia, hasta el punto de que el Estado unitario asumió todos los visos de una anexión política de la península por parte del Piamonte a raíz de la cual se aplicó a los ciudadanos italianos la legislación sarda¹⁸. El *Risorgimento*, visto así, fue lo que Gramsci llamó una «revolución pasiva», es decir, una transformación radical de Italia en términos territoriales y políticos que no tocaba y, al contrario, apuntalaba los intereses de las clases que hasta entonces habían dominado en los pequeños estados peninsulares. Dicho de otra manera: un tipo de revolución de la que las grandes masas no fueron su sujeto protagonista, sino más bien un objeto pasivo o, cuando menos, subalterno¹⁹. Una visión, por cierto, que entroncaba con aquellas que otros intelectuales iban formulando en los años veinte, como por

¹⁶ Gramsci, Antonio, *Quaderni del carcere...*, op. cit., p. 2012 (*Cuadernos de la cárcel...*, op. cit., tomo 5, p. 388).

¹⁷ *Ibidem*, p. 2010 (*Cuadernos de la cárcel...*, op. cit., tomo 5, pp. 386-387).

¹⁸ Gramsci, Antonio, *Quaderni del carcere...*, op. cit., p. 747. Sobre la llamada «piamontesización» política, jurídica y administrativa de Italia después de la unificación, véase: Martucci, Roberto, *Storia costituzionale italiana. Dallo Statuto Albertino alla Repubblica (1848-2001)*, Roma, Carocci, 2002, cap. 1; Melis, Guido, *Storia dell'amministrazione italiana (1861-1993)*, Bologna, Il Mulino, 1996, capítulos 1 y 2.

¹⁹ Para un análisis más exhaustivo del concepto de «revolución pasiva», véase: Kébir, Sabine, «Rivoluzione-Restaurazione» e “Rivoluzione passiva”: concetti di storia universale», *Critica marxista*, n. 5 (2002), pp. 49-54; Voza, Pasquale, «Rivoluzione passiva», en Liguori, Guido y Frosini, Fabio (eds.), *Le parole di Gramsci*, Roma, Carocci, 2004, pp. 189-207.

ejemplo la del liberal progresista Piero Gobetti, para quien el *Risorgimento* fue un proceso incompleto y concebido desde arriba²⁰.

LA ITALIA LIBERAL POSUNITARIA

El modo en que se cerró el *Risorgimento* marcó la vida política italiana en las décadas posteriores. Por de pronto porque la victoriosa clase dirigente liberal no fue, ni aspiró a serlo, verdaderamente representativa del país en nombre del cual gobernaba: si en los primeros veinte años del Reino de Italia se otorgó el derecho de voto sólo al 2% de población en base a un criterio censitario muy restrictivo (podía votar sólo aquel ciudadano mayor de 25 años que pagase cuarenta liras de impuestos al año), con la reforma electoral de 1882, que incluía a los que sabían leer y escribir y que bajaba el nivel de renta para poder ser incluido en el censo electoral, el número de electores aumentó hasta llegar a los dos millones de ciudadanos; una cifra sin embargo insuficiente para un país de entonces treinta millones de personas²¹.

En segundo lugar, la dialéctica parlamentaria se quedó estructurada en partidos caciquiles e ideológicamente poco distinguibles entre ellos, incapaces, según Gramsci, de producir un pensamiento político consistente y que eran funcionales a ese gran partido oficioso que fue la Monarquía y la gran burocracia del Estado²². Estos partidos oficiales y oficiosos, acompañados por grupos de presión como los grandes diarios nacionales, pese a sus diferencias acababan recomponiéndose en el parlamento, el lugar en el que siempre se alcanzaba un consenso político y se aseguraba el poder económico de aquellos sectores sociales que apoyaron a los liberales en la fase final del *Risorgimento*: el capital industrial y financiero del Norte y el capital agrario del Sur. Con lo cual, después de la unificación se agravó un problema destinado a volverse crónico: la fractura socioeconómica del país entre un Norte que experimentó un desarrollo industrial ciertamente lleno de contradicciones pero real y sos-

²⁰ Pala, Giaime y Scroccu, Gianluca, «El fascismo como “autobiografía de la nación”. Pensamiento y acción antifascista de Piero Gobetti», en Gallego, Ferran y Morente, Francisco (eds.), *Rebeldes y reaccionarios. Intelectuales, fascismo y derecha radical en Europa*, Mataró, El Viejo Topo, 2011, p. 75.

²¹ Pombeni, Paolo, «La rappresentanza politica», en Romanelli, Raffaele (coord.), *Storia dello Stato italiano dall'Unità ad oggi*, Roma, Donzelli, 1995, 73-124.

²² Gramsci, Antonio, *Quaderni del carcere...*, op. cit., pp. 386-388.

tenido en el tiempo, y un Sur rural que se quedó rezagado y cuya población era abandonada a su suerte²³.

Este panorama político se mantuvo sólido porque los partidos liberales supieron anular o suavizar el potencial subversivo de las fuerzas más avanzadas en los años que van de 1861 a 1914. Hasta el cambio de siglo, ello se consiguió a través del «transformismo», esto es, la metódica y continua cooptación de cuadros de estos movimientos políticos no alineados (como el de los republicanos de matriz mazziniana y garibaldina) dentro del sistema liberal o en el aparato del Estado, lo cual impidió que las herramientas con las que contaban las masas para intervenir en la vida del Estado fueran eficaces y autónomas de los gobiernos: «Los moderados siguieron dirigiendo el Partido de Acción incluso después de 1870 y 1876 y el llamado “transformismo” no fue sino la expresión parlamentaria de esta acción (...) Puede incluso decirse que toda la vida estatal italiana desde 1848 en adelante está caracterizada por el transformismo, o sea por la elaboración de una clase dirigente cada vez más numerosa en los cuadros establecidos por los moderados después de 1848 y la caída de las utopías neogüelfas y federalistas, con la absorción gradual, pero continua y obtenida con métodos diversos en su eficacia, de los elementos activos surgidos de los grupos aliados e incluso de los adversarios y que parecían irreconciliablemente enemigos. En este sentido la dirección política se convirtió en un aspecto de la función de dominio, en cuanto que la absorción de las élites de los grupos enemigos conduce a la decapitación de éstos y a su aniquilamiento durante un periodo a menudo muy largo»²⁴.

El segundo periodo, que va de 1900 a 1914 y que vio el ascenso del Partido Socialista Italiano (PSI), se caracterizó por el dominio del sector más avanzado de la clase liberal italiana y por la acción de su líder, Giovanni Giolitti, el cual supo atraer y neutralizar al PSI por medio de una política de concesiones salariales y de progresivo alargamiento del sufragio electoral, amén de una política económica proteccionista que favorecía a la gran industria y a los obreros (socialistas) del Norte²⁵. En la práctica, al optar por un bloque capi-

²³ Cafagna, Luciano, *Dualismo e sviluppo nella storia d'Italia*, Venecia, Marsilio, 1990; Barbagallo, Francesco, *La questione italiana. Il Nord e il Sud dal 1860 a oggi*, Roma-Bari, Laterza, 2013, capítulos II y III.

²⁴ Gramsci, Antonio, *Quaderni del carcere...*, op. cit., p. 2011 (*Cuadernos de la cárcel...*, op. cit., tomo 5, p. 387).

²⁵ Giovanna Savant ha analizado en profundidad la interpretación que formuló Gramsci de la acción de gobierno de Giolitti en su «Giovanni Giolitti: un politico in sessantaquat-

talista-obrero en lugar de formar una alianza entre los obreros del Norte y los campesinos pobres del Sur, el PSI se convirtió *de facto* en un instrumento de los gobiernos liberales que permitía a éstos reforzar su sistema de poder y a sus aliados de clase con una política que perjudicaba a las masas campesinas del Sur: «El programa de Giolitti y de los liberales democráticos tendía a crear en el Norte un bloque “urbano” (de industriales y obreros) que fuera la base de un sistema proteccionista y reforzara la economía y la hegemonía del Norte. El Mediodía estaba reducido a un mercado de ventas semicolonial, a una fuente de ahorros y de impuestos y se le mantenía “disciplinado” con dos series de medidas: medidas policiacas de represión despiadada de todo movimiento de masas con matanzas periódicas de campesinos (...); y medidas policiaco-políticas: favores personales a la capa de los “intelectuales” o leguleyos, bajo la forma de empleos en las administraciones públicas, permisos de saqueos impunes de las administraciones locales, una legislación aplicada menos rígidamente que en otras partes, dejando al clero la disponibilidad de patrimonios notables, etcétera, o sea la incorporación a “título personal” de los elementos meridionales más activos en el personal dirigente estatal, con particulares privilegios “judiciales”, burocráticos, etcétera. Así el estrato social que habría podido organizar el endémico descontento meridional, se convertía por el contrario en un instrumento de la política septentrional, un accesorio de su policía privada. El descontento, por falta de dirección, no lograba asumir una forma política normal y sus manifestaciones, expresándose sólo en forma caótica y tumultuaria, eran presentadas como “esfera de policía” judicial»²⁶.

El PSI de anteguerra tuvo siempre una concepción corporativa y no nacional de la vida italiana, lo cual se reflejaba en su incapacidad de proporcionar intelectuales que pudieran ofrecer una alternativa concreta y sofisticada a la vida cultural cicatera de la Italia de la época²⁷. En esta crítica se puede notar la fuerte influencia que ejerció sobre el joven Gramsci el pensamiento del socialista «meridionalista» Gaetano Salvemini, además de los primeros activistas sardistas de principios de siglo, quienes defendieron una política para el Sur

tresimo», en D’Orsi, Angelo (coord.), *Il nostro Gramsci*, Roma, Viella, 2011, pp. 179-186.

²⁶ Gramsci, Antonio, *Quaderni del carcere...*, *op. cit.*, pp. 2038-2039 (*Cuadernos de la cárcel...*, *op. cit.*, tomo 5, pp. 409-410).

²⁷ El símbolo más nítido de esta incapacidad fue, para Gramsci, el entonces famoso economista Achille Loria, el cual ejerció una influencia enorme en el PSI de los años de Giolitti y que fue criticado duramente en los *Quaderni del carcere* (pp. 2321-2337) por sus teorías pintorescas y falta de seriedad intelectual.

que iba en la dirección opuesta a la de Giolitti: libertad aduanera y fomento de una política de bajos precios en los productos industriales, sufragio universal, implantación de un Estado descentralizado que responsabilizara a las poblaciones locales y evitara el clientelismo liberal con sede en Roma, reforma agraria y bancaria, etcétera²⁸.

Por lo tanto, las clases dirigentes dominaron la vida del país sin una visión nacional del país, y sobre todo mediante un método de gobierno basado en una mezcla de elementos coercitivos y de esterilización del enemigo a través de la cooptación de la oposición no liberal. En resumen, Gramsci llegó a la conclusión de que el bloque de poder de la Italia liberal era un bloque dominante pero no propiamente dirigente, o sea decidido a gobernar sin proponerse captar el consenso y la participación en la vida del Estado de las masas populares. Una manera de ejercer el poder muy alejada de su idea de «hegemonía» política, cuyo punto central explicó en una célebre nota metodológica de los *Cuadernos*: «La supremacía de un grupo social se manifiesta de dos modos, como “dominio” y como “dirección intelectual y moral”. Un grupo social es dominante de los grupos adversarios que tiende a “liquidar” o a someter incluso con la fuerza armada y es dirigente de los grupos afines y aliados. Un grupo social puede e incluso debe ser dirigente aun antes de conquistar el poder gubernamental (ésta es una de las condiciones principales para la misma conquista del poder); después, cuando ejerce el poder y aunque lo tenga fuertemente en el puño, se vuelve dominante pero debe seguir siendo también “dirigente”»²⁹.

La idea gramsciana de hegemonía liga, pues, el concepto de «dominio», entendido como ejercicio de la fuerza, con el de dirección intelectual y moral de una clase social sobre una sociedad para solucionar los problemas de la colectividad e imprimirle una visión coherente del mundo³⁰.

²⁸ Sobre la influencia de Salvemini y de los primeros sardistas en el joven Gramsci, véase: Mattone, Antonello, «Gramsci e la questione sarda», *Studi Storici*, v. 17, n. 3 (1976), pp. 195-222; Buci-Glucksmann, Christine, *Gramsci y el Estado*, Madrid, Siglo XXI, 1978, pp. 162-164; Lussana, Fiamma, «Gramsci e la Sardegna. Socialismo e socialsardismo dagli anni giovanili alla Grande Guerra», *Studi Storici*, v. 47, n. 3 (2006), pp. 609-635; Marseglia, Michele, *La formazione culturale di Antonio Gramsci (1910-1918)*, Roma, Aracne, 2010, pp. 25-94; Tarascio, Giacomo, «Gramsci e la Questione meridionale. Genesi, edizioni e interpretazioni», *Historia Magistra*, 9 (2012), pp. 56-71.

²⁹ Gramsci, Antonio, *Quaderni del carcere...*, op. cit., pp. 2010-2011 (*Cuadernos de la cárcel...*, op. cit., tomo 5, p. 387).

³⁰ Gruppi, Luciano, *Il concetto di egemonia in Gramsci*, Roma, Editori Riuniti, 1972, sobre todo pp. 9-25 y 104-124.

EL FINAL DE LA ITALIA LIBERAL Y EL ASCENSO DEL FASCISMO

Este tipo de gobierno dominante pero no dirigente de los liberales nos ayuda a entender su crisis cuando Italia salió de la Gran Guerra, un acontecimiento que acabó de introducir, aunque fuera por la vía militar, a las masas italianas en la vida política del Estado³¹. Los políticos liberales no estaban preparados para hacer frente a este nuevo escenario. Como hemos visto, su cometido había sido hasta entonces excluirlas o limitar, hasta donde fuera posible, su intervención en la esfera pública. La guerra desestructuró aquella forma de actuar e impuso, *velis nolis*, la necesidad de ensanchar la base social de la política italiana y la legitimidad del Estado. Algo que tenía que hacerse de forma rápida ante una clase obrera enfervorizada por los acontecimientos revolucionarios de Rusia y que, después de la aprobación del sufragio universal masculino y la adopción del sistema electoral proporcional, consiguió un fuerte peso parlamentario en las elecciones de 1919 que mermó la capacidad de los liberales para formar gobiernos estables y mantener el control del país³². En este contexto de crisis política y parlamentaria liberal, agravado por un conflicto de clases agudo, el movimiento fascista de Benito Mussolini (transformado en partido en 1921) fue acaparando cuotas de protagonismo político –gracias, por un lado, a una astuta política de *appeasement* con la Monarquía, los poderes económicos industriales y agrarios y los partidos liberales, y por el otro, a la violencia armada de sus militantes contra las organizaciones obreras– hasta obtener la presidencia del gobierno en octubre de 1922 y un poder creciente que desembocó en la instauración de la dictadura en 1926³³.

Como ya he dicho, Gramsci aceptó sólo en parte la interpretación tercerinternacionalista según la cual el fascismo era el recurso militar de una burguesía amenazada por la ola revolucionaria de posguerra. El fascismo era algo más que eso y requería un mayor esfuerzo interpretativo para encuadrarlo en su complejidad. Tanto él como su compañero de partido Palmiro Togliatti empe-

³¹ Gentile, Emilio, *Fascismo e antifascismo. I partiti italiani fra le due guerre*, Florencia, Le Monnier, 2000, cap. I.

³² Es menester recordar que los partidos que consiguieron más escaños en las elecciones de noviembre de 1919 fueron precisamente el Partido Socialista Italiano (156) y el Partido Popular Italiano (100), fundado ese mismo año por el católico reformista Luigi Sturzo.

³³ De Felice, Renzo, *Mussolini il fascista (I). La conquista del potere (1919-1925)*, Turín, Einaudi, 2005 (primera edición, 1966); Lupo, Salvatore, *Il fascismo. La politica in un regime totalitario*, Roma, Donzelli, 2005, pp. 31-154.

zaron a esbozar, ya en la primera mitad de los años veinte, su visión del Partido Nacional Fascista como –y aquí empleo dos conceptos que usaría Togliatti en sus *Lezioni sul fascismo* de 1935, pero que ya están en ciernes en los escritos que ambos publicaron en la revista *L'Ordine Nuovo*– una especie de «partido de tipo nuevo de la burguesía italiana» y un «partido revolucionario»³⁴.

Por de pronto, un partido de tipo nuevo para una burguesía que históricamente había dominado el país a través de diferentes corrientes y grupos políticos que se recomponían en el Parlamento y que –en el nuevo contexto de masas de posguerra–, necesitaba reagruparse antes de entrar en el Parlamento (y el fascismo era el medio idóneo para llevar a cabo esta operación); un partido que recompusiera a la burguesía italiana en el sentido de implicar no sólo a los grandes industriales y a los terratenientes, sino también a aquella pequeña burguesía que había entrado en el juego político con la Gran Guerra y que veía en el fascismo una manera de esquivar su crisis a raíz de la concentración monopólica del capitalismo. Y también, claro está, era un partido revolucionario en la medida en que se proponía no sólo alcanzar el poder en el marco del Estado liberal, sino dismantelar ese mismo régimen liberal y reconstruir el Estado desde bases nuevas.

Esta intuición del fascismo como movimiento que reunificaba a la burguesía italiana fue desarrollada en los *Cuadernos de la cárcel*. Naturalmente, fue una operación lenta y que encontró, como ya afirmó Gramsci en su único discurso pronunciado en la Cámara de Diputados, resistencias en algunos sectores de la burguesía más ligada a la masonería o en órganos de prensa como el *Corriere della Sera*³⁵. Asimismo, Gramsci siguió desde la cárcel las contradicciones que

³⁴ A través de una convincente y filológicamente robusta comparación entre los escritos sobre el fascismo de Gramsci y los de Togliatti de la primera mitad de los años veinte, Giuseppe Vacca ha demostrado los numerosos puntos en común y la sustancial convergencia interpretativa que presentan las conclusiones de ambos autores. En concreto, véanse los siguientes textos de Vacca: «La lezione del fascismo», en Togliatti, Palmiro, *Sul fascismo*, Roma-Bari, Laterza, 2004, pp. xv-clxvi (este volumen recoge tanto los escritos juveniles como las ya citadas «Lezioni sul fascismo», que Togliatti impartió en Moscú en un curso para cuadros de la Internacional Comunista de 1935); y también «Togliatti e la storia d'Italia», en Gualtieri, Roberto, Spagnolo, Carlo y Taviani, Ermanno (coords.), *Togliatti nel suo tempo*, Roma, Carocci, 2007, pp. 3-20. Los escritos de Gramsci sobre el fascismo publicados en *L'Ordine Nuovo* se pueden consultar en ídem, *Socialismo e fascismo. L'Ordine Nuovo (1921-1922)*, Turín, Einaudi, 1970; sobre sus escritos de 1923-1926, véase: ídem, *La costruzione del Partito Comunista (1923-1926)*, Turín, Einaudi, 1971.

³⁵ Este discurso, pronunciado en mayo de 1925 y que criticó la «Ley sobre las asociaciones secretas» con la que Mussolini ilegalizó a la Masonería italiana, se puede leer en: Gramsci,

engendraba la política económica de Mussolini: tanto la política monetaria del gobierno –dirigida a revaluar la lira respecto de la libra inglesa y que supuso una dura deflación salarial para los trabajadores (con la consiguiente reducción de la demanda interna italiana)–, como el aumento del proteccionismo aduanero y la creación un sistema crediticio que favorecía a las grandes empresas, penalizaban a aquella pequeña burguesía que había sido, y seguía siendo, el cuerpo militante del Partido Nacional Fascista³⁶.

A tenor de lo dicho, es evidente que para Gramsci el fascismo fue esencialmente otra «revolución pasiva» por dos grandes motivos. En primer lugar, porque no solucionaría los problemas históricos de la Italia posunitaria (dramática separación social entre Norte y Sur, incapacidad para insertar activamente a las masas en la vida política, provincianismo sociocultural, etc.), y permitió a los sectores sociales que habían dominado la política en la etapa liberal mantener su influencia pese al derrumbe de las viejas estructuras políticas –que no estaban en condición de reformarse y revitalizarse ante el nuevo panorama que se creó tras la Gran Guerra– dentro de un Estado fascista cuyo propósito no era volver a un imposible *statu quo ante*, sino permitir al viejo mundo burgués relanzar su dominio a través de formas políticas nuevas.

Y también fue una revolución pasiva en tanto que respuesta regresiva a la crisis orgánica que estaba atravesando la civilización burguesa occidental después de 1918 y que propició el pasaje de una economía «individual» a otra «programada». Como afirmó en su momento el historiador Franco de Felice en un ensayo que marcó los estudios gramscianos a partir de finales de los años setenta, el político sardo supo ver que todos los regímenes políticos occidentales, independientemente de sus características e ideologías, tuvieron que afrontar, después del primer conflicto mundial, el problema de cómo gestionar el ingreso de las grandes masas en la escena política y de cómo organizar las transformaciones de una economía que se dirigía hacia una imponente concentración de capitales y empresas y hacia formas productivas masificadas y estandarizadas. Se trataba, pues, de «gobernar la economía» y «gobernar a las masas» tras el final de la economía individual y de *laissez faire* de antes de la

Antonio, *Contro la legge sulle associazioni segrete*, Milán, Manifestolibri, 1997.

³⁶ Petri, Rolf, *Storia economica d'Italia. Dalla Grande Guerra al miracolo italiano (1918-1963)*, Bolonia, Il Mulino, 2002, capítulos 2 y 3; Domenicantonio, Fausto (ed.), *Intervento pubblico e politica economica fascista*, Milán, Franco Angeli, 2007; Cavalcanti, Maria Luisa, *La politica monetaria italiana fra le due guerre (1918-1943)*, Milán, Franco Angeli, 2011, pp. 133-167.

guerra³⁷. Al respecto, el modelo que Gramsci tuvo presente y que analizó pormenorizadamente en sus *Cuadernos* fue el fordismo que se estaba imponiendo a la sazón en los Estados Unidos de América, por el cual la producción se iba concentrando en las grandes fábricas y funcionando con una rígida –y taylorista– parcelización del trabajo a realizar en la cadena de montaje; un sistema duro y psicofísicamente tan exigente que obligaba a los empresarios a mantener una política de salarios elevados y, al gobierno americano, a contrastar, a través de leyes y propaganda masiva, algunas actividades nocivas para la productividad del trabajador (como la prostitución o el consumo de alcohol) y a imponer un modelo de vida conforme con el industrialismo pregonado por Henry Ford y Frederick Taylor³⁸. El gobierno, por ende, entró potentemente en la economía para asentar un modelo económico y de relaciones laborales determinado y ajustado al desarrollo de las fuerzas productivas estadounidenses. La mano visible del Estado americano se hizo así patente sin recurrir al gasto público de tipo keynesiano en torno al cual Franklin D. Roosevelt lanzaría su *New Deal* en los años treinta.

A diferencia del fordismo americano, que Gramsci identificó como un fruto espontáneo de la sociedad civil de los Estados Unidos y de la fuerza de su gran capital privado, el fascismo, sobre todo en su etapa corporativa, representó una forma espuria –e impuesta desde arriba– de fordismo para dar cabida al Estado en la economía y a formas de planificación en el sector bancario e industrial, y para implicar políticamente a las masas (mediante potentes campañas de propaganda) de una forma inocua para el gran capital³⁹.

A MODO DE CONCLUSIÓN

El estudio del pasado representó para Gramsci un esfuerzo de clarificación mental que le permitió construirse una interpretación acerca de la formación del Estado unitario y de las dinámicas sociales, políticas y económicas de la sociedad italiana. Fue un estudio realizado con plena conciencia política y en el

³⁷ De Felice, Franco, «Rivoluzione passiva, fascismo, americanismo in Gramsci», en Ferri, Franco (ed.), *Politica e storia in Gramsci*, vol. 1, Roma, Editori Riuniti, 1977, pp. 161-220.

³⁸ Gramsci, Antonio, *Quaderni del carcere...*, op. cit., pp. 2139-2181.

³⁹ Telò, Mario, «Il nuovo capitalismo tra le due guerre: taylorismo e fordismo», en Tega, Walter (ed.), *Gramsci e l'Occidente*, Bologna, Cappelli, 1990, pp. 123-155; Rafalski, Traute, «Gramsci e il corporativismo», *Critica marxista*, n. 3 (1990), pp. 85-116.

marco de un diálogo indirecto que –desde la cárcel y con la ayuda de su cuñada Tatiana y del economista Piero Sraffa– mantuvo con Palmiro Togliatti sobre los errores que había cometido el movimiento progresivo italiano en los últimos sesenta años y la línea que tenía que seguir el Partido Comunista de Italia para volver a establecer, desde el exilio, un contacto con el país⁴⁰. En este sentido, es evidente el vínculo entre su reflexión historiográfica y las propuestas políticas que formuló en la cárcel, como el deber de trazar una cultura «nacional-popular» que superara la vieja distinción entre cultura de élite y cultura popular o la creación de un «bloque histórico» entre obreros del Norte y los campesinos del Sur que acaudillara la ruptura con el fascismo. El pasado y el presente eran las dos caras de la misma moneda política con la que Gramsci intentó perfilar el programa de una revolución italiana que, al fin, debía convertirse de «pasiva» en «activa». En definitiva, una revolución en virtud de la cual las masas del país se rescatarían socialmente.

⁴⁰ Giuseppe Vacca ha explicado este diálogo indirecto en su documentado libro *Vita e pensieri di Antonio Gramsci*, Turín, Einaudi, 2012.



CECEL (CSIC)



Este volumen propone un acercamiento, mediante el estudio de un número limitado pero significativo de biografías intelectuales y políticas, al impacto que los proyectos y las prácticas totalitarias tuvieron sobre quienes se habían reclamado herederos y partícipes de las tradiciones emancipadoras del liberalismo democrático y del radicalismo popular. Las recientes aportaciones sobre las culturas políticas y especialmente sobre la potencialidad de las biografías como método de acercamiento a los problemas políticos e intelectuales marcan metodológicamente este trabajo. El marco cronológico nos lleva de los años previos al estallido de la Primera Guerra Mundial, en el tránsito del liberalismo clásico al liberalismo social, de las viejas modalidades de organización sindical a las prácticas sindicales y políticas de la socialdemocracia, hasta aquellos en los que se abren las puertas a la segunda de las posguerras mundiales. El cuadro cultural de análisis es el español y, por extensión y con voluntad de pensar en términos transnacionales la problemática enunciada, aquel que tiene lugar en marcos estatales estrechamente conectados con el acontecer político y las dinámicas intelectuales de nuestro país, en particular el argentino. Asimismo, como resulta evidente desde el índice del volumen, la perspectiva comparada con el caso italiano sobrevuela el conjunto de la obra; un caso, por otra parte, que ha demostrado numerosas potencialidades para el conjunto de ambas biografías.

